Edgar Avila Echazú

RESUMEN Y ANTOLOGIA DE LA LITERATURA BOLIVIANA

GISBERT Y CIA. S. A.
Libreros - Editores
La Paz- Bolivia
1973

APENDICE I

LA PRODUCCION LITERARIA CONTEMPORANEA (1960-1972)

1) **Antecedentes:** Política cultura oficial.— La Prensa.— Las Universidades.

Las luchas políticas, sindicales (a partir de 1920 las reivindicaciones obreras tienen un decisiva influencia en el proceso histórico nacional) y económicas que lideraban los partidos nacionalistas y socialistas, luego de la formación de éstos a principios de la década de 1940, culminaron con la Revolución Popular del 9 de abril de 1952. Los intelectuales que tuvieron activa participación en ese proceso —especialmente aquellos que apoyaron al gobierno de Busch y tuvieron relevante actuación en la Convención de 1938 y en los congresos posteriores, tanto como miembros del MNR, que tomó el poder después de la victoria de abril, como porque adhería a los postulados revolucionarios nacionalistas, colaboraron a las tareas gubernamentales en diferentes funciones y abandonaron por estas circunstancias sus labores literarias, aunque empeñáronse en desarrollar, con ayuda estatal, las impostergables tareas educativas en base a planes que beneficiaban primordialmente a las mayorías que hasta entonces no habían tenido acceso a la instrucción, de igual forma que procuraron alentar e impulsar todas las actividades culturales. Merecen destacarse —en este sentido— las gestiones ministeriales que contribuyeron efectivamente a esa política cultural, especialmente las de José Fellmann Velarde y Fernando Diez de Medina, y, en nuestros días, la de Mariano Baptista Gumucio.

Pese a estos auspicios, las contradicciones doctrinales y los imperativos de la agudización de las luchas políticas, —entre los sectores de la izquierda, los representantes de la todavía coerciti-

va fuerza oligárquica minera y grupos radicalizados nacionalistas—, así como cierta desorientación entre los jóvenes intelectuales que comenzaron a publicar por esos años; —desorientación en cuanto a cómo encarar correctamente su compromiso con las nuevas realidades y, sobre todo, cómo crear un lenguaje adecuado para expresar las múltiples características de esas realidades; estos factores y otros que se señalarán más adelante, refrenaron el generoso y sincero desarrollo cultural que estaba produciéndose luego de la Revolución, porque era necesario que los intelectuales maduraran todos los aspectos de sus específicas problemáticas, así como clarificaran su ideología, para que —recién entonces— desde ese ángulo de aprehensión crítica, produjeran los ensayos, estudios y creaciones puramente literarias que se vienen publicando en esta última década.

Lo valioso en ellas, haciendo abstracción de sus méritos o defectos, es el rigor profesional con que se exalta o critica los logros del nacionalismo gubernamental y el de aquel que desde otras instituciones políticas o culturales aún se encuentra en una trinchera disidente, en cuanto a las medidas a adoptarse para superar algunos males que conformaron la estructura económica y social de nuestro país, aceptándose el término de crítica en su verdadera significación: analizar y definir una determinada realidad en base a una Teoría.

Papel importante en la difusión de tales ideas fue el que asumió la Prensa, teniéndose en cuenta que, precisamente a consecuencia de los males derivados de nuestra estructura económica dependiente, las labores culturales tropiezan aún con una serie de obstáculos para desarrollarse, —entre ellos la carencia de una efectiva ayuda estatal para la costosa edición de la mayoría de las obras de proporciones vastas—. Sin embargo, tratando de superar esos males, los escritores y demás artistas han encontrado en las radios, especialmetne en las emisoras universitarias, un nuevo medio difusor desus ideas y, al mismo tiempo, ese nuevo medio les planteó la necesidad de reformar ciertos módulos expresivos en sus creaciones, aspecto éste saludable porque obliga a los creadores a renovar no solamente su lenguaje sino a encarar la creación de conformidad con las necesidades culturales mayoritarias para propender a su elevación intelectual. Si en los periódicos, en sus páginas dedicadas a la difusión cultural, los escritores han encontrado un medio más efectivo para hacer conocer sus obras y su pensamiento, es reprochable, sin embargo, que en tales órganos —muchas veces— se de lugar a las reacciones emocionales ideológicas, impi-

diendo de esa manera a quienes se consideran autores no conformistas con las líneas culturales adoptadas en esos periódicos el acceso a sus páginas, cuando no se incurre en la desfiguración de sus obras con críticas no siempre objetivas; pero tales actitudes no son exclusivas de nuestro país y serán superadas, y sabiamente olvidadas, cuando se comprenda que muchas voces que se pretende silenciar en el campo literario también dan relieve a la auténtica creación cultural nacional.

En cambio en las universidades, por término general —porque ahí también se incurrió en la discriminación cultural con carácter político, los intelectuales encontraron las puertas abiertas gracias a una política que asumió sus deberes en pro de la más vasta e irrestricta libertad cultural. En sus editoriales han sido publicados la mayoría de los ensayos, estudios, monografías, poemas y relatos que acreditan el hecho irreversible de que estamos entrando a una madurez creadora, por lo menos en el campo de la investigación histórica y en el del ensayo de carácter ideológico.

2) — **El Ensayo.**

a) **La difusión de las ideas filosóficas.**

Los factores políticos que han dado un específico carácter al desarrollo y afirmación de nuestra nacionalidad, y las contradicciones con la evolución del pensamiento ideológico y teórico en los demás países —especialmente con el que se expresa en Europa y Norteamérica—, han obligado a nuestros estudiosos a dedicarse al análisis y difusión de esos pensamientos en nuestro país, con el objetivo de que tal conocimiento pueda clarificar la acción ideológica del nuevo nacionalismo latinoamericano, a la vez que contribuir a incitar, sobre todo, la creación de un pensamiento filosófico propio. Es a través de la cátedra universitaria donde esa tarea se viene realizando en forma activa. A partir de la Revolución de 1952, una serie de becarios en el extranjero lograron adquirir los elementos teóricos que los han capacitado para exponer, difundir y desarrollar muchos aspectos del pensamiento filosófico contemporáneo. Es así que, en base a la labor pionera de Guillermo Francovich, Roberto Prudencio, José Antonio Arze, Nicolás Fernández Naranjo y Augusto Pescador, se está formando ya una generación de estudiosos de la filosofía que, es lo más importante, vienen escribiendo algunos ensayos que, sin duda, serán también los antecedentes de una elaboración teórica más original. Entre ellos me-

rece destacarse **Arturo Orías**, por su valiosa tarea pedagógica desarrollada en la Universidad de La Paz, ya que el rigor de su formación está siempre al servicio de un ejemplar compromiso social. Han llevado a cabo una fecunda labor en este campo, así como en sus ensayos publicados hasta hoy, **Manfredo Kempf, Rubén Carrasco de la Vega, Jorge Alturalde, Luis Carranza Siles, Hugo C. F. Mansilla, Rafael García Rosquellas, Federico Blanco Catacora, Mariano Morales Dávila, Huáscar Cajías y Mario Miranda Pacheco.** También se pueden mencionar las aportaciones especulativas literario-filosóficas de **Marvin Sandi**, muerto en plena juventud, **Jorge Siles Salinas, Raúl Teixeido, Naima Romero del Carpio** y, sobre todo, de **Alberto Echazú**, quien dejó también importantes estudios lingüísticos.

b) **El ensayo político teórico.**

Los escritos que tienen como temas diversos aspectos políticos doctrinales, podían llenar varias bibliotecas, continuando con la tradición republicana de la folletería de carácter político personalista que, en su mayoría, no tienen más interés que para el erudito. Lo que nos importa mencionar aquí son aquellas producciones que examinan en términos de alta crítica ideológica los aspectos de la política nacional que es necesario analizar y conocer con ánimo objetivo y desapasionado.

La principal característica de esos escritos es, sin embargo, una falta de posición teórica firme o de una elemental metodología expositiva, cuando no acusan una muy curiosa pseudoidealización ideológica. Cuando se supera estos defectos, se producen obras de la calidad de "**El Poder y la caída**" y "**Requiem para una república**" de **Sergio Almaraz**, sin duda el más grande escritor político, pues nadie como él ha podido conciliar una de las prosas más logradas de nuestra literatura: de vigorosa plasticidad, perfecto uso idiomático y claridad expositiva, con un dominio poco común de sus temas, —dominio éste que nació de su perfecto conocimiento teórico y de su firme posición ideológica. Junto a la obra de Almaraz, la de **René Zabaleta Mercado** también evidencia un muy rico dominio de estilo y originalidad interpretativa; de un ardiente nacionalismo intelectual Zabaleta pasó a concebir sus análisis con el rigor de los planteamientos teóricos materialistas. En cambio **Guillermo Lora** siempre postuló una posición crítica a veces dogmática para juzgar el nacionalismo, —pero en sus exámenes existen muchos aspectos que hay que analizar por su vigencia y por su afán

de propugnar las bases ideológicas de un auténtico nacionalismo revolucionario. Su **"Historia del Movimiento Obrero Boliviano"** es ya de imprescindible consulta y además constituye un verdadero enfoque nuevo de la realidad histórica nacional. Sin ser un gran estilista, Lora expone sus puntos de vista con vigor. **Jorge Ovando Sanz** abarca en sus estudios mucho más de lo que propone modestamente; con una interpretación materialista ha incidido en análisis sociológico-antropológicos e históricos que son de enorme valor, como lo prueba su obra **"Sobre el problema nacional y colonial"**. Es importante también la labor periodística de **Guillermo Ovando**.

Otros escritores políticos que han aportado valiosas interpretaciones de nuestra realidad actual son: **Guillermo Riveros Tejada, Mario Miranda Pacheco** y **Mario Rolón Anaya**, éste último de una posición ideológica ecléctica, lo que no le ha impedido juzgar con justeza algunos aspectos de la vida política. En el campo de la especialización monográfica se destaca **Amado Canelas**, prolífico escritor que ha analizado variadas características de nuestro subdesarrollo, lo mismo que **Fernando Baptista Gumucio**; su hermano **Mariano** también dio a conocer algunos análisis políticos, pero lo mejor de su obra se encuentra en sus exámenes sobre la educación y otros aspectos culturales. Un valioso antecedente de muchos de los escritos que hemos mencionado se debe a **Ernesto Ayala Mercado**, cuya obra **"La realidad boliviana"** merece revisarse, al igual que los ensayos de **Miguel Bonifaz** y ciertos estudios programáticos y críticas políticas debidas a **Víctor Paz Estenssoro, Jaime Arellano Castañeda, José Fellmann Velarde, Guillermo Bedregal, Roberto Jordán Pando, Mario Guzmán Galarza, Luis Adolfo Siles, Luis Ossio Sanjinés, Raúl Alfonso García** y **Benjamín Miguel**.

c) **La investigación arqueológica.**

Superando la etapa de las investigaciones subjetivistas y de interpretaciones sobre esta importante fuente histórica, de tanta riqueza en nuestra patria, a la vez que desarrollando con rigor científico, sobre todo con los elementos de juicio de la moderna ciencia, los planteamientos de carácter antropológico-lingüísticos e histórico, en los que primaba un diletantismo nada serio; clarificando y rectificando los estudios de los precursores de la ciencia arqueológica en Bolivia, como ser los que dieran a conocer **Carlos Felipe Beltrán, José María Camacho, Belisario Díaz Romero** y **Arthur Posnansky**, quien tuvo el mérito de introducir cierta metodología y reunir materiales valiosísimos a través de una vida íntegramente

rece destacarse Arturo Orías, por su valiosa tarea pedagógica desarrollada en la Universidad de La Paz, ya que el rigor de su formación está siempre al servicio de un ejemplar compromiso social. Han llevado a cabo una fecunda labor en este campo, así como en sus ensayos pubbcados hasta boy, Manfredo Kemp, Rubén Carrasco de la Vega, Jorge Alurralde, Luis Carranza Siles, Hugo C. F. Mansilla, Rafael García Rosquellas, Federico Blanco Catacora, Mariano Morales Dávila, Huáscar Cajías y Mario Miranda Pacheco. También se pueden mencionar las aportaciones especulativas literario-filosóficas de Marvin Sandi, muerto en plena juventud, Jorge Siles Salinas, Raúl Teixedó, Numa Romero del Carpio y, sobre todo, de Alberto Echazú, quien dejó también importantes estudios lingüísticos.

b) El ensayo político teórico.

Los escritos que tienen como temas diversos aspectos políticos doctrinales, podían llenar varias bibliotecas, continuando con la tradición republicana de la folletería de carácter político personalista que, en su mayoría, no tienen más interés que para el entdito. Lo que nos importa mencionar aquí son aquellas producciones que examinan en términos de alta crítica ideológica los aspectos de la política nacional que es necesario analizar y conocer con ánimo objetivo y desapasionado.

La principal característica de esos escritos es, sin embargo, una falta de posición teórica firme o de una elemental metodología expositiva, cuando no acusan una muy curiosa pseudoidealización ideológica. Cuando se supera estos defectos, se producen obras de la calidad de "El Poder y la caída" y "Requiem para una república" de Sergio Almaraz, sin duda el más grande escritor político, pues nadie como él ha podido conciliar una de las prosas más logradas de nuestra literatura: de vigorosa plasticidad, perfecto uso idiomático y claridad expositiva, con un dominio poco común de sus temas, —dominio éste que nació de su perfecto conocimiento teórico y de su firme posición ideológica. Junto a la obra de Almaraz, la de René Zabaleta Mercado también evidencia un muy rico dominio de estilo y originalidad interpretativa; de un ardiente nacionalismo intelectual Zabaleta pasó a concebir sus análisis con el rigor de los planteamientos teóricos materialistas. En cambio Guillermo Lora siempre postuló una posición crítica a veces dogmática para juzgar el nacionalismo, —pero en sus exámenes existen muchos aspectos que hay que analizar por su vigencia y por su afán

de propugnar las bases ideológicas de un auténtico nacionalismo revolucionario. Su **"Historia del Movimiento Obrero Boliviano"** es ya de imprescindible consulta y además constituye un verdadero enfoque nuevo de la realidad histórica nacional. Sin ser un gran estilista, Lora expone sus puntos de vista con vigor. **Jorge Ovando Sanz** abarca en sus estudios mucho más de lo que propone modestamente; con una interpretación materialista ha incidido en análisis sociológico-antropológicos e históricos que son de enorme valor, como lo prueba su obra **"Sobre el problema nacional y colonial"**. Es importante también la labor periodística de Guillermo Ovando.

Otros escritores políticos que han aportado valiosas interpretaciones de nuestra realidad actual son: **Guillermo Riveros Tejada, Mario Miranda Pacheco** y **Mario Rolón Anaya**, éste último de una posición ideológica ecléctica, lo que no le ha impedido juzgar con justeza algunos aspectos de la vida política. En el campo de la especialización monográfica se destaca **Amado Canelas**, prolíficuo escritor que ha analizado variadas características de nuestro subdesarrollo, lo mismo que **Fernando Baptista Gumucio**; su hermano **Mariano** también dio a conocer algunos análisis políticos, pero lo mejor de su obra se encuentra en sus exámenes sobre la educación y otros aspectos culturales. Un valioso antecedente de muchos de los escritos que hemos mencionado se debe a **Ernesto Ayala Mercado**, cuya obra **"La realidad boliviana"** merece revisarse, al igual que los ensayos de **Miguel Bonifaz** y ciertos estudios programáticos y críticas políticas debidas a **Víctor Paz Estenssoro, Jaime Arellano Castañeda, José Fellmann Velarde, Guillermo Bedregal, Roberto Jordán Pando, Mario Guzmán Galarza, Luis Adolfo Siles, Luis Ossio Sanjinés, Raúl Alfonso García** y **Benjamín Miguel**.

c) **La investigación arqueológica.**

Superando la etapa de las investigaciones subjetivistas y de interpretaciones sobre esta importante fuente histórica, de tanta riqueza en nuestra patria, a la vez que desarrollando con rigor científico, sobre todo con los elementos de juicio de la moderna ciencia, los planteamientos de carácter antropológico-lingüísticos e histórico, en los que primaba un dilletantismo nada serio; clarificando y rectificando los estudios de los precursores de la ciencia arqueológica en Bolivia, como ser los que dieran a conocer **Carlos Felipe Beltrán, José María Camacho, Belisario Díaz Romero** y **Arthur Posnansky**, quien tuvo el mérito de introducir cierta metodología y reunir materiales valiosísimos a través de una vida íntegramente

dedicada a estos análisis; **Leo Pucher, Federico Buck, Federico Diez de Medina,** también contribuyeron a la recolección y clasificación de materiales arqueológicos de suma importancia; más tarde, dos arqueólogos de formación estrictamente profesional sistematizaron y pusieron orden —y cordura— en la investigación arqueológica nacional: **Carlos Ponce Sanginés** y **Dick Edgar Ibarra Grasso**; el primero es Director del Centro de Investigaciones Arqueológicas de Tiwanaku, donde ha llevadoa cabo una significativa tarea y donde se han formado una serie de nuevos investigadores; en sus monografías pubiicadasse encuentran precisiones que ya era hora se realizaran, aunque adolecen sus exposiciones de giros rebuscados que están en contradicción con la seriedad de su obra. Ibarra Grasso ha abarcado un campo de acción interpretativa más grande y nos ha dado a conocer exhaustivos análisis de nuestra prehistoria que ya son de imprescindible consulta, basta señalar sus libros **"Prehistoria de Bolivia"** y **"La verdadera historia de los incas"**.

En el campo específico de la investigación palcontológica merece destacarse la empeñosa labor de **Leonardo Branisa,** y en lo que se refiere a ciertas especulaciones y descripción de nuevos yacimientos arqueológicos a **Maks Portugal, Alberto Perrin Pando** y **Gregorio Cordero.** Los esposos **José de Mesa** y **Teresa Gisbert de Mesa,** han contribuido con muy valiosos trabajos, desde una perspectiva más artística, al esclarecimiento de varias características arqueológicas coloniales.

d) La investigación **tradicionalista y foiklórica.**

Como ya se ha mencionado, en el siglo pasado y a principios de éste, la difusión reelaborada de leyendas y tradiciones fue intensa; en el presente esos escritos han dado lugar a una sistematización monográfica de la ciencia foikiórica; es decir que se procede no solamente a definir el campo de investigación propiamente foiklórica, sino a analizar sus manifestaciones con sentido más científico. Son varios los estudiosos que dieron a conocer sus trabajos en esta última década, los que poseen méritos sobresalientes por los puntos de vista con que han sido confeccionados y por lo que revelan—, pero al mismo tiempo hay que lamentar en ellos ciertas fallas, como ser la sequedad en el tratamiento de los materiales que se prestan para realizar recreaciones verdaderamente artísticas; por otra parte, aún no se ha publicado un trabajo que analice el folklore boliviano en su totalidad como un fenómeno de profundas raíces antropoiógico-filosóficas, como lo demuestran los mitos

aymaras, quechuas y de raíz guaraní, donde la concepción poética de esos pueblos se expresa a través de determinadas estructuras lingüísticas.

Sin embargo los trabajos de **Víctor Varas Reyes** lindan ya esos planteamientos, así como algunos de **Julia Elena Fortún** en el terreno de la musicología. En cambio **Antonio Paredes Candia** se ha concretado a la recolección de tradiciones sin efectuar una interpretación de ellas con criterios que las iluminen en sus significaciones socio-históricas, —aunque hay que felicitarlo por el empeño puesto en difundirlas. El poeta **Héctor Cossío Salinas** nos ha dado una magnífica interpretación del fenómeno tradicionalista en su antología de escritores cochabambinos. Existen también varias obras de carácter etnográfico-folklórico y de curiosas revelaciones que es necesario destacar, aunque no hayan sido escritas con la claridad y pulcritud necesarias, se trata de los libros sobre la cultura callahuaya de **Enrique Oblitas Poblete**, algunos ensayos de **Felipe Costas Arguedas** y "Folklore tarijeño" de **Wilson Mendieta**.

3).— La Historia.

Profundizando los conceptos historicistas del pasado, tomándose a la historia como una verdadera ciencia que debe regirse por su específica metodología, por leyes generales que dan la tónica de sus planteamientos interpretativos, y reduciendo su campo de análisis de conjoranidad con su evolución estrictamente científica; partiendo de la ejemplar labor desarrollada por Humberto Vásquez Machicado, en lo que se refiere al manejo de las fuentes documentales, son varios ahora los estudiosos que merecen el apelativo profesional de historiadores, porque ya han superado los dogmatismos interpretativos, los esquematismos mecanicistas y la gratuidad subjetivista para dedicarse a confeccionar estudios estructurales, es decir, especificando la particularidad de desarrollo de cada elemento transformativo del fenómeno histórico, que pueden considerarse como modelos en su género, tales los debidos a **Ramiro Condarco Morales**, especialmente su **"Zárate, el temible Willka"** en el cual lo único de lamentar es que no hubiese insistido más en el desentrañamiento psicológico de su personaje.

En el campo estrictamente delimitado de la historiografía hay que destacar el acucioso trabajo de **Valentín Abecia Baldivieso** "Historiografía boliviana", verdadera interpretación de los estudios sobre historia y que se relacionan íntimamente con ella, pese a ciertos juicios apresurados y al uso de términos perimidos. Hay

también una serie de monografías de gran aliento, sobre todo por el adecuado uso de la documentación pertinente, entre las que merecen mención especial las que escribió **Gunnar Mendoza**, uno de los más serios herederos de Vásquez Machicado; en cambio, aquellas debidas a **Heriberto Trigo Paz, Jacobo Libermann, Raúl Alfonso García, Víctor Santa Cruz, Eduardo Ocampo Moscoso** y **Nicolás Fernández Naranjo**, sin grandes pretensiones eruditas, expuestas con estilos sencillos y honestidad de miras, se concretan a develar ciertos sucesos históricos poco conocidos.

El programa editorial de Werner Guttentag, editor gerente de Los Amigos del Libro, que auspicia un monumental ciclo dedicado a examinar nuestra historia por siglos, ya ha dado magníficos frutos por la excelente metodología empleada y por el rigor programático de cada estudio: **Eduardo Arce Quiroga** escribió la relación histórica del siglo XVI, **Alberto Crespo Rodas**, la del XVII, **José de Mesa y Teresa Gisbert** la del XVIII y **Juan Siles Guevara** la del XIX. El resumen didáctico, de original concepción, de **Augusto Guzmán**, es útil para los estudiantes y para la consulta rápida. Mención aparte merecen los tomos de historia nacional escritos por **José Fellmann Velarde**, sin duda uno de los más importantes aportes al exhaustivo conocimiento interpretativo de nuestro proceso histórico nacional. Fellmann ha realizado una tarea de loables propósitos y sus planteamientos continúan la línea interpretativa de Montenegro, desarrollando sus conceptos y clarificando aún más ciertas características de la lucha de clases. Quizá Fellmann incurra a veces en mecanicismos interpretativos y en redundancias que merecen deslindarse con mayor claridad y detalle, y no siempre maneja un lenguaje correcto, pero hasta ahora su historia es, en nuestro concepto, la de mayor valor. Finalmente, es necesario resaltar el magnífico estudio de **Roberto Querejazu Calvo**: "Masamaclay", justamente valorado por la crítica.

4).— La Novela y el Cuento.

Pese a que todavía no se ha sobrepasado el esquematismo pintoresquista y folklorizante, el uso retórico y redundante de diálogos demasiado implícitos expresados con un lenguaje artificioso, y no se haya comprendido bien que el lenguaje narrativo o dialectal es el elemento fundamental de la estructura expresiva de la novela y el cuento, porque es él, a través de su específica función, válida en sí misma, la que concreta el ritmo expositivo del desarrollo narrativo; pese también a que se persista en las significaciones

simbólicas demasiado libriscas y se continúe cargando el acento —muchas veces de gruesos trazos— en el contenido temático, sin tener en cuenta que éste sólo adquiere valor estético y de testimonianza trascendente a través de una reelaboración lingüística de la realidad, destinada a trasmutar lo ilustrativo, o la primaria exposición de ideas, en otra realidad más significante aún que la que le diera nacimiento —porque entonces se alcanza un nivel poético universal y de contornos más lúcidos que la viscosidad con que se presentan ante nuestra aprehensión cotidiana los sucesos humanos; a pesar de que tampoco se han asimilado las lecciones de la novela latinoamericana actual, aquellas que se desprenden de las obras de Rulfo, Carpentier, Sábato, Asturias, Fuentes, Cortazar, Marechal, Lemaza tima y García Márquez— a pesar de todas estas objeciones, ya se están produciendo algunas experiencias saludables que conformarán quizá a muy breve plazo el descubrimiento de una original narrativa boliviana.

Muestra de esas experiencias, tanto en la novela como en el cuento, y, sobre todo, realizaciones que hay que tomar en cuenta, son algunas páginas de "Laberinto" de **Fernando Medina Ferrada**, "Aisa" y otros cuentos de **Oscar Soria**, "Del amor y la muerte" de **Eduardo Olmedo**, "Los deshabitados" de **Marcelo Quiroga Santa Cruz**, "Los Fundadores del alba" de **Renato Prada** y "Tirinea" de **Jesús Urzagasti**. En éste último hay que señalar el hecho tan largamente esperado de que ha introducido en la novela boliviana el humor lúcido, tanto en la estructura narrativa como en el contenido mismo, y en Prada la incorporación de técnicas narrativas que están siendo ampliamente desarrolladas por los novelistas latinoamericanos mencionados, así como en la exposición de un compromiso con la realidad que le sirve para crear—, desechando sus caídas en algunas superficialidades lingüísticas. Al lado de estas creaciones hay que mencionar algunos logros que son debidos a **Rolando Costa, Sergio Suárez Figueroa**, cuyos cuentos sería necesario reunir en un volumen, **Mario Guzmán Aspiazu**, y las narraciones y novelas que continúan dentro de los cánones tradicionales, en los que la retórica y el vigor, la artificiosidad y la autenticidad se unen y combaten, como elementos subyacentes ineludibles; pese a ello, en las obras de **Adolfo Costa Du Rels, Augusto Céspedes, Nazario Pardo Valle, Fernando Ortiz Sanz** y **Federico Avila**, publicadas en estos últimos años, existen páginas rescatables. Mención justiciera merecen aquellas narraciones donde la espontaneidad y un tierno y nada grandilocuente amor por la tierra y la tradición vital se expresan con admirativa sencillez, tal como

ocurre con algunos cuentos de **Franz Avila del Carpio, Oscar Alfaro y Roger Barneville.**

5).— **El Teatro**

Se puede afirmar que en Bolivia no existe una tradición creadora teatral, —ya que las obras de este género que se han publicado desde el período republicano—, las que podrían llenar extensas anaqueles de las bibliotecas públicas—, adolecen de una carencia absoluta de la problemática teatral; es decir, que no toman como punto de partida el hecho de que en el teatro lo que importa es, por más redundante que parezca, un planteamiento específicamente teatral: donde lo visual, la acción corporal, el juego escénico, en suma, tenga igual valor dramático que la expresión lingüística. El lenguaje teatral debe considerarse y exponerse como una estructura de expresión que afirma, amplía y sostiene esa otra expresión corporal y, a su vez, ésta última también cumplirá dicho papel con respecto al lenguaje. La exposición de ese juego escénico es el punto de partida para que todo texto adquiera la poesía trasmutadora con que se quiere iluminar o redescubrir determinada realidad que se quiere mostrar.

Sin embargo, algunas de estas concepciones ya se vislumbran en uno que otro pasaje de las obras de **Raúl Salmón** y están puestas de relieve, en especial en el contenido dramático del texto, en las de **Sergio Suárez Figueroa,** y con un sentido aún más experimental y con una saludable ironía en las de **Guido Calabi Abaroa** y **Gastón Suárez.**

6).— **La Poesía**

Esta última década ha sido pródiga en la creación poética; basta considerar que en ella han seguido produciendo Jaime Saenz, Oscar Cerruto y otros poetas contemporáneos. Alejados de ellos, en cuanto a la manifestación de otras realidades, iluminadas por un lenguaje más directo, coloquial y caótico que el que utilizan sus predecesores generacionales, pero afines con ellos en valorar, por sobre todo, la estructura lingüística poética, no ya la oratoria expresiva, —aunque ésta aparezca todavía en muchos pasos de sus versos— y magnificando una subjetividad herida por las circunstancias cotidianas y concretas de la existencia colectiva nacional, una serie de poetas vienen reformando los moldes expresivos de la lírica boliviana. Ellos son **Félix Rospigliosi, Julio de la Vega,**

Héctor Cossío Salinas, Gonzalo Vásquez Méndez, Roberto Echazú, Jesús Urzagasti, Jorge Suárez, Pedro Shimose, Oscar Rivera Rodas, Eliodoro Ayllón Terán, Alberto Guerra, Héctor Borda, Mercedes Avila Jiménez y Mery Flores. En esa tarea también estuvieron **Edmundo Camargo y Jaime Canelas.** muertos en plena juventud creadora.

En todos ellos, especialmente en **Roberto Echazú, Mercedes Avila Jiménez, Gonzalo Vásquez Méndez, Héctor Cossío y Félix Rospigliosi**, adquiere radical importancia la depuración del lenguaje considerado como un elemento dramático de expresión, más válido quizá que la misma exposición conceptual—, al contrario de la preeminencia dada a la vivencia testimonial de la realidad circundante como módulo de la elaboración de metáforas fulgurantes que elevan a esa realidad a un nivel de creación cuestionadora o magnificada, como ocurre con **Pedro Shimose, Eliodoro Ayllón, Jorge Suárez, Héctor Borda,** en el cual todavía existen resabios folklorizantes verbalistas, como en **Guerra** persisten ciertos tonos tremebundistas ya superados: o a la concreción lírica de raíces interpretativas existenciales, como se ve en Gonzalo Vásquez Méndes y en el mismo Roberto Echazú, y también a la musicalidad del verso que trasciende, en términos estéticos válidos en sí mismos, una dolorosa vivencia, como puede comprobarse en los sonetos de Mery Flores, Félix Rospigliosi y Héctor Cossío. Esa subjetividad herida, escindida también entre dos términos antagónicos de la existencia: la espiritualidad y lo concreto viscoso de lo exterior de la realidad, se transforma —en cambio— en una mítica añoranza y búsqueda de los valores creadores de la infancia y de la profunda consustanciación con la tierra en los versos y en la prosa poética de Jesús Urzagasti.

Mención aparte merecen dos poetas más: **Carlos Franck**, que realiza una magnífica tarea de difusión cultural en Costa Rica, con su revista "Hipocampo", donde publicó últimamente "Bella por el cobalto"—, poemario donde un doloroso desarraigo conciencial se recubre con un frío y metafórico intelectualismo; cuando Franck edite otros poemas —conocidos apenas por un círculo muy restringido, seguramente mostrará la vigorosa originalidad de su concepción estética; y **Flavio Barbieri**, que comenzó a producir con el favorable influjo del uruguayo Benedetti y está logrando expresar en sus últimos poemas una original visión de la realidad, apartándose de todo rebuscamiento y artificiosidad literaria.

Aunque sea aún prematuro efectuar una valorización de las características con quese definen las obras de estos poetas, porque

recién están adquiriendo una muy original madurez expresiva, o profundizando vivencias, no podemos dejar de anotar a las generalidades mencionadas, conceptos que también pueden ser referidos parcialmente a la producción de **Luis Fuentes, Matilde Casasola, Hugo Molina Viaña, Mary Monje Landivar y Erwin Rojas** (*).

7).— **La Crítica Literaria**

En la historia de la literatura boliviana no son pocos los que se han dedicado a escribir artículos y hasta ensayos críticos, pero —por lo general— enjuiciaban la labor literaria desde un punto de vista historiográfico, es decir, como un fenómeno natural de la historia de la cultura, sin deslindar sus términos cuestionadores ni su validez específicamente estética. Desde **Carlos Medinaceli**, esta noción va dando paso a un concepto más definido de la función crítica literaria, —aunque este autor estaba más preocupado por las connotaciones antropológico-pedagógicas e históricas de la literatura—. **Enrique Finot** en su Historia de la Literatura Boliviana propuso una esquematización de la labor crítica y **Fernando Diez de Medina** en su Literatura Boliviana cumplió con los requisitos de esa esquematización, pero aún persiste en el examen subjetivista de la obra literaria. Le corresponde a **Juan Quirós** el haber propuesto un modelo de crítica estrictamente literaria, —aunque a veces exista un desnivel subjetivizante en sus análisis, pecando de tendenciosas valorizaciones—, aspecto éste que es preferible a la anodina relación laudatoria o al silencio que no hace sino demostrar la incapacidad intelectual para emitir un juicio de valor. Lo importante es que Quirós demostró que la crítica literaria tiene sus leyes y propósitos que la diferencian sustancialmente del comentario apologista o denigratorio y que, —aún desde una posición ideológica bien definida—, es necesario deslindar en cada obra la específica estructura literaria lingüística y de cómo ésta expresa o no un contenido de auténtico valor social, —comprendiéndose como valor social a una vivencia profundamente sentida, nacida en la realidad circundante a la vez que en un desarrollo en profundidad de la propia historia estética de la literatura nacional y universal. La crítica tradicional consideraba que ese contenido no tenía ningún valor preponderante, o era un fenómeno circunstancial, agregado a los valores propiamente estéticos, simplemente porque confundía

(*) Es de justicia destacar también algunos trabajos de **Luciano Durán Boger, José Fernández y Mostajo y Carlos Arístegui Arce.**

"contenido social" con una exposición ideológica politizante y, naturalmente, trataba de aislar lo estético de una realidad que lo había hecho nacer, o también se dedicaba a presentar el producto literario como una expresión más o menos gratuita. Hoy se ha comprendido que toda realidad, todo contenido social—, toda vivencia subjetiva hondamente aprehendida en su auténtica significación y en su exterioridad retórica, todo tema, si se quiere, genera su lenguaje expresivo; es decir, encuentra su forma literaria a través de la cual podrá convertirse en una realidad válida estéticamente.

La crítica literaria debe, en consecuencia, analizar la originalidad o su carencia, en ese lenguaje, examinando el empleo de cada nivel estructural de la obra para proceder, de inmediato, al examen de la realidad que nos propone confrontar, aceptar o rechazar. Naturalmente que la crítica cambia de enfoque cuando se trata de analizar y exponer el desarrollo cronológico del fenómeno cultural—, exposición ésta que —necesariamente— dará preponderancias la confrontación: vivencia individual = realidad histórica concreta, choque o relación o confrontación que, a su vez, obliga al examen de la específica formación cultural de los creadores literarios, sin que se pierda de vista el fenómeno propiamente estético—, porque toda realidad está también conformada por la ideología cultural que la expresa.

Una de las causas, aunque no la más decisiva, por la cual no se puede afirmar que contamos en Bolivia con una producción crítica literaria de características originales y de un alto nivel profesional, proviene del hecho de que no se han dado todavía las condiciones materiales necesarias para su existencia misma, y desde este punto de vista tan sólo Presencia Literaria es el único órgano que pueda enorgullecerse de mantener tal actividad—, sin que importe que en él se evidencien todos los males y virtudes que caracterizan a la crítica literaria; la otra razón para aquella carencia es la que deviene de la poca importancia dada en las facultades de Letras a la formación profesional. Pesea ello, se puede advertir que, venciendo mil obstáculos, a través de publicaciones aunque sea ocasionales, o por medio de la radiodifusión, sin contar con los libros y monografías especializados, está formándose en nuestra patria una generación de jóvenes críticos que, todavía sufriendo ciertos condicionamientos del autodidactismo o de la insuficiencia ideológica estética, vienen trabajando con empeño para superar esos males. Entre ellos los más destacados son Oscar Rivera-Rodas, Armando Soriano Badani, Carlos Castañón Barrientos, José Luis Ro-

ca, Juan Siles Guevara, este último sobre todo en el análisis historiográfico, y Mariano Baptista Gumucio, más preocupado por las incidencias propiamente culturales e históricas de la creación literaria.

Para quienes deseen ampliar sus conocimientos sobre la materia, a la vez que conocer con más detalle algunos trabajos de los críticos mencionados y de otros más, les será muy provechoso revisar ciertos análisis de Nicolás Fernández Naranjo y Dora Gómez de Fernández, a la vez que confrontar las siguientes revistas culturales: "Signa", "Cultura Boliviana", "Vertical", "Sisifo", "Cordillera" y "Kollasuyo".

8).— El Periodismo

Lo que aquí nos interesa destacar es la labor creadora crítica de aquellos periodistas que procuran dotarle de un sentido más coherente, con objetivos más definidos en cuanto a su función social, a las tareas informativas de la prensa; esto es a quienes consideran que hacer periodismo, sea éste el de los diarios o de la mediodifusión, implica necesariamente un compromiso de esclarecimiento de todos los aspectos de la realidad nacional, y que tal compromiso debe fundamentarse en el servicio de la verdad que no puede ser desfigurada ya sea por intereses políticos sectarios o por la sutil sumisión ideológica extranjerizante. Este periodismo, por eso, se propone contribuir a la lucha contra toda ingerencia de colonialismo cultural, para afirmar nuestro primordial sentido de nacionalidad. Esta tarea tiene ya gloriosos antecedentes que parten del siglo pasado y alcanzaron una ejemplar combatividad, por ejemplo, en el periódico "La Calle" de Armando Arce, Augusto Céspedes y Carlos Montenegro. Luego de abril de 1952, defendiendo otros postulados menos politizados, la prensa boliviana continúa luchando para resistir los embates de la maquinaria que manejan los grandes trusts de la sociedad que se ha dado en llamar "de consumo masivo".

Sería muy largo enunciar a todos los periodistas que se destacaron o se destacan, tanto por su fidelidad a los principios mencionados como por su capacidad profesional, así como por su, muchas veces, heroica tarea cotidiana encaminada a descubrir, explicar y acusar aspectos de la realidad nacional que el ciudadano no contempla con debida atención o no comprende en su verdadera dimensión. Sin embargo creemos de justicia mencionar a Mario Guzmán Aspiazu, Raúl Salmón, Luis Raúl Durán, promotor incan-

gable de la elevación cultural nacional; Hugo Gonzáles Rioja, Mario Mercado, Julio de la Vega, Sergio Almaraz, Jorge Suárez, Mario Marañón Padilla, Raúl Alfonso García, José Fellmann Velarde, Alberto Bailey G., Walter Montenegro, Renán Estenssoro Alborta, Teddy Córdoba, Luis GonzálesQuintanilla, Oscar Peña Franco, Walter Villagómez, recientemente fallecido, Jacobo Liberman, Mario Rolón Anaya, Jorge Mansilla, Andrés Rada Soliz y Alfredo Estivariz.

APENDICE II

OBRAS SOBRE LA LITERATURA DE AUTORES NACIONALES

Para quienes deseen ampliar sus conocimientos sobre la producción literaria boliviana, damos a continuación una reseña sobre las principales obras de autores nacionales publicadas hasta hoy que examinan, ya sea en conjunto o sólo a partir de algunos períodos, el proceso de la literatura nuestra.

El primer escritor que dedicó algunas referencias sobre la literatura boliviana y sobre el quehacer literario en la república, ha sido **José Manuel Cortés**, en su "Bosquejo de los Progresos de Hispano-América", libro publicado en 1852, y en su "Ensayo Sobre la Historia de Bolivia" del año 1861. Pocos años después, en 1864, **Gabriel René Moreno** publica en Chile una "Introducción al Estudio de los Poetas Bolivianos", que contiene ya una interpretación del proceso romántico. En 1868 y 1870 da a la publicidad dos estudios biográficos, el primero sobre el poeta Néstor Galindo y el segundo sobre Daniel Calvo. Pero, sin duda, la más importante aportación al género es el ensayo de **Santiago Vaca Guzmán**: "La Literatura Boliviana: breve reseña", que apareció en Buenos Aires en 1883. En él existen valiosos y originales puntos de vista críticos que no han sido suficientemente estimados.

Después de la obra de Vaca Guzmán, los pocos estudios ocasionales que se publican, tienen un sentido laudatorio, pero no hay ninguna relación crítica de importancia ni en la prensa ni en el libro, hasta el año 1908 en que **Manuel Molina y Plácido y Emilio Finot**, dan a conocer en París "Poetas Bolivianos", una antología informativa con más buenas intenciones que sentido crítico.

El poeta **Abel Alarcón**, en 1917, publica en la revista "The Hispanic Society of America", de Nueva York, una relación de "La Literatura Boliviana, 1549-1916", que hasta entonces era la re-

seña informativa más completa. Desde esa época hay que esperar la edición del Album "Bolivia en el Primer Centenario de su Independencia", que fuera publicado en Nueva York en 1925, donde aparte de unos "Apuntes para un diccionario biográfico boliviano", sobre los principales literatos, hay un "Estudio sintético de la literatura boliviana, desde 1810 hasta 1924" de **Juan Francisco Bedregal**, en el que son pocos los juicios valorativos. De mayores alcances en el estudio de **Rosendo Villalobos** "Letras Bolivianas: los poetas y sus obras—los prosistas literarios", aunque tampoco pase de ser un breve resumen. En el mismo Album hay dos ensayos de **Angel Salas** referentes a "La Literatura Dramática en Bolivia", interesante por los datos que aporta, y "Breve Ensayo sobre el Periodismo", de las mismas características.

Luego de la publicación de ese Album, en 1926, **Gustavo Adolfo Otero** da a la publicidad su difundida "Crestomatía Boliviana", que fuera corregida en 1928 y sirvió de texto en las escuelas. La selección de los trozos escogidos y las pequeñas noticias bio-bibliográficas indudablemente que estaban en función pedagógica y prestaron un enorme servicio hasta la aparición de la Literatura de Finot. El poeta **Carlos Gómez Comejo**, en 1930, publicó una antología de los "Poetas Bolivianos de Izquierda", en los que agrupa a los modernistas y vanguardistas de aquella época; hoy en día es difícil adquirir esa edición. Como una introducción a sus posteriores estudios, en 1934, el Instituto de las Españas le publica a **Enrique Finot** un breve estudio sobre "La cultura colonial española en el Alto Perú", base de su Historia de la Literatura.

La contribución más valiosa en el campo de la crítica literaria es el pequeño libro de **José Eduardo Guerra** "Itinerario Espiritual de Bolivia", que data de 1936, publicado en Barcelona, España. En ese ensayo interpretativo existen juicios muy personales y que en muchos aspectos aún hoy son válidos. Examina la producción literaria de acuerdo a las regiones geográficas: la puna, el valle y la selva. **Rigoberto Villarroel Claure**, un año más tarde publicó su "Elogio de la crítica y otros ensayos", que tiene algunas referencias a la producción nacional. Carlos Medinaceli, hizo una edición llena de errores en 1938, de sus "Estudios Críticos", que no contiene lo mejor de su obra, ya que sus estudios más serios se encuentran dispersos en publicaciones periodísticas y en algunas revistas como "Kollasuyo"; más tarde, en 1955, **Armando Alba** hizo una selección de algunos de sus artículos en "Páginas de Vida". En el mismo año en que Medinaceli publicaba sus estudios, **Augusto Guzmán**, edita la conocida "Historia de la Novela Boli-

viana", que ha sido ampliada y mejorada con juicios valorativos sumamente interesantes; en esta obra se nos da un panorama pedagógico ilustrativo de la producción novelística boliviana desde sus comienzos, en el período romántico, hasta nuestros días.

Sin duda alguna los ensayos críticos más valiosos sobre los autores, obras y aspectos históricos de la literatura boliviana, han sido publicados en la revista "Kollasuyo", que fue fundada y dirigida por Roberto Prudencio; apareció regularmente desde 1939 hasta 1952. Si bien se daba preponderancia al pensamiento eminentemente nacionalista, no se descuidó el análisis de una valorización universalista del fenómeno literario en nuestro país. Las notas biográficas de los autores del siglo pasado y algunos sobre la colonia son quizá los más importantes de esa revista. Merecen destacarse las críticas del propio director de "Kollasuyo", las de Fernando Díez de Medina, Oscar Cerruto, Gonzalo Bedregal, José Eduardo Guerra, Augusto Guzmán, Guillermo Viscarra Fabre, etc. En 1941, Guillermo Viscarra Fabre, publicó su interesante antología de "Poetas Nuevos de Bolivia", que tiene el mérito de contener no sólo biografías y una selección de los mejores poemas de los creadores contemporáneos sino que también sintéticos y justos juicios sobre sus obras.

La primera "Historia dela Literatura Boliviana" de Enrique Finot, fue dada a conocer en 1943, y constituye también el primer tímido intento valorativo de nuestras letras. Más que una Historia es una de las más completas relaciones sobre las obras literarias publicadas desde la Colonia, valiosa como documentación, y que no pasa de dar algunos juicios ambiguos sobre las obras examinadas. En 1955, al ser reeditada esta obra se le aumentó dos Apéndices: "El Período Colonial", escrito por José de Mesa y Teresa Gisbert, que es uno de los catálogos más valiosos y completos sobre las obras publicadas en ese período, y "Los Contemporáneos" de Luis Felipe Vilela, que continúan las directivas de Finot, a pesar de que en la corta relación de la moderna producción literaria nacional se aventuran algunos rápidos juicios.

En "Thunupa" (1947), uno de los mejores libros de Díez de Medina, existe un interesante ensayo sobre nuestra literatura: "Perfil de la literatura boliviana". Más tarde ese ensayo fue ampliado en su posterior historia literaria. En el mismo año Jesús Lara publica una de las interpretaciones capitales de nuestra cultura, pese a su carácter de ensayo y a sus errados juicios históricos: "La Poesía Quechua", que hasta ahora sigue siendo el único examen serio de la producción poética del Incario; la antología que le acompa-

ha es también muy valiosa por las excelentes traducciones. En el tomo III del Album "La Paz en su IV Centenario" (1948), hay varios estudios relativos a la producción poética, al ensayo y a la novela, al periodismo, etc., de autores paceños, pertenecientes a Oscar Cerruto y Luis Felipe Vilela, con juicios sumarios y los más demasiado laudatorios de las obras mencionadas.

Fernando Diez de Medina, publicó en 1950 su "Literatura Boliviana, introducción al estudio de las letras nacionales, del tiempo mítico a la producción contemporánea", que, como el subtítulo lo anuncia, es un ensayo interpretativo del proceso cultural boliviano; en él hay mucho de hojarasca verbalista y juicios certeros aislados, aunque el método escogido sea excelente para una visión panorámica del quehacer literario; seguramente que esta obra es sólo la introducción a un examen más serio.

Dos años más tarde, en 1952, **Gustavo Adolfo Otero**, publica su serie de ensayos "Figuras de la cultura boliviana", que puede considerarse el libro más enjundioso sobre la materia, pese al carácter fragmentario, ya que sólo analiza la vida y la producción de ciertas personalidades, pero con un sentido de la perspectiva histórica y valorizando la vigencia de sus obras. Anteriormente este autor había iniciado uno de los intentos culturales más nobles al reimprimir en la colección estatal de la "Biblioteca Boliviana", varios de los libros más importantes de nuestra literatura desde la Colonia, entre ellos las obras de Calancha, Pazos Kanky, René Moreno y otros.

Merecen especial mención las publicaciones de la "Subsecretaría de Prensa, Informaciones y Cultura", aparecidas en 1953, en donde se pueden encontrar algunas noticias críticas sobre libros y autores nacionales, así como las dos antologías "Antología de los Poetas de la Revolución" y "Antología de Cuentos de la Revolución", ambas de 1953. El libro de Juan Quirós "La Raíz y las Hojas", es una reunión de los artículos de crítica literaria publicados en "El Diario" y "La Nación", durante 1952-1955, y para tener un cabal conocimiento de las publicaciones realizadas en el país, durante esos años, es muy importante, así como los conceptos vertidos que se basan en una objetiva apreciación de la obra de arte.

El último panorama de nuestra literatura, que se dedica más bien a la exposición del pensamiento cultural boliviano moderno es "El Pensamiento Boliviano en el Siglo XX" de **Guillermo Francovich**, sumamente interesatne porque realiza una relación sobre el influjo de las ideas filosóficas, jurídicas y políticas tomadas co-

mo fundamentos de las tareas literarias de estos últimos años. Y, finalmente, el "Diccionario de la Literatura Latinoamericana" de la Unión Panamericana, en su primer tomo publicado, está íntegramente dedicado al examen biográfico y bibliográfico de nuestra literatura, y fue realizado por Augusto Guzmán. Como es natural, siendo sólo el proyecto de la edición definitiva, adolece de muchas fallas y, sobre todo, existen muchos claros que será necesario llenar, dadas sus características estrictamente biográficas. Sin embargo, es uno de los catálogos más completos.

Desde 1964, hasta 1972 han aparecido varios ensayos monográficos de análisis literario, antologías y algunos ensayos que se refieren a una etapa de la producción literaria boliviana, al examen de uno o varios autores determinados o a reseñar algunas obras, generalmente las que se vienen publicando precisamente en estos últimos años, que son de gran utilidad para el estudiante y para quienes desean poseer un conocimiento más exhaustivo de nuestro quehacer intelectual, —pero lamentablemente no se ha editado ninguna historia de nuestra literatura que amplíe o mejore los ensayos anteriores. Entre las monografías de análisis, las antologías y reseñas bibliográficas creemos que las principales son: "La Poesía Lírica de Franz Tamayo" de **Dora Gómez de Fernández**; "Concepción del mundo e ideas filosóficas de Franz Tamayo" de **Nicolás Fernández Naranjo**; el "Panorama de la Literatura bolviana — siglo XX" de Augusto Guzmán; el bien documentado "Esquema de la literatura virreinal" de Teresa Gisbert de Mesa; "El hombre y la tierra en dos novelas de Jaime Mendoza" de **María Teresa Medeiros**; la nueva versión ampliada de "La Literatura de los quechuas", "Leyendas quechuas" y "La cultura de los Incas" de **Jesús Lara**; el "Indice de la poesía boliviana contemporánea" y "Las cien mejores poesías de Bolivia" de **Juan Quirós**; "Ensayos y críticas", la parte relativa a estampas de escritores bolivianos, de **Tristán Marof**; los cuatro tomos de "Prosa y Verso de Bolivia" de Porfirio Díaz Machicao, así como sus antologías del Teatro Boliviano y Oratoria boliviana; "Tres poetas modernistas de Bolivia" de **Guillermo Francovich**; "La literatura de la Guerra del Chaco", uno de los más importantes estudios sobre ese período, de **Jorge Siles Salinas**; "Estudios bolivianos" y "Opiniones" de **Carlos Castañón Barrientos** y "La Literatura Folklórica" de **Antonio Paredes Candia**. Sin embargo, en nuestro concepto, las reseñas más destacadas sobre autores y libros —que no solamente tratan sobre temas literarios— son las que se insertan en "Historiografía Boliviana" de Valentín

Abecia Baldivieso y "Protohistoria Andina" de **Ramiro Condarco Morales**. Mención aparte merecen los boletines bibliográficos de Ediciones Isla, a cargo de **Antonio Paredes Candia** y las anuales entregas de **Werner Guttentag**.

ANTOLOGIA

INSTRUCCIONES PARA EL USO DE LA ANTOLOGIA

Se debe considerar a la presente Antología como material de análisis literario; trabajo éste que, con la guía de los profesores, puede ser realizado en base a las siguientes sugerencias:

1o.) Considerar cada pieza antológica como una expresión estética. Es decir, como una totalidad lingüística que es necesario analizar en las relaciones de cada una de sus partes integrantes—, independientemente de su contenido conceptual o ideológico. Por ejemplo:

a) característica del uso lingüístico: ¿a qué estilo pertenece; existe originalidad en el empleo del lenguaje literario?
b) ¿Qué influencias estéticas se encuentran en cada trozo de la antología, en cuanto al lenguaje, su ordenamiento sintáctico y el uso de giros y metáforas?
c) Características de concepto: ¿el lenguaje utilizado expresa con fidelidad y con claridad los contenidos conceptuales, o estos son de difícil comprensión por las peculiaridades del estilo?

2o.) Considerar cada pieza como un medio expresivo de una determinada realidad.

a.) ¿Qué ideología se trata de expresar o exponer?
b) ¿Qué conceptos directivos son utilizados para iluminar, describir o criticar una realidad histórica o social escogida?
c) ¿Cuáles son los propósitos de la exposición examinada: informativos, anecdóticos, exclusivamente narrativos (estilísticos) o de crítica ideológica?

3o.) Proceder a una crítica literaria-conceptual de los autores de cada pieza. Esta crítica se efectuará en base a los datos de los análisis anteriores y tendrá como objetivo principal la acumulación de fuentes

y documentos que informarán al alumno sobre: 1o.) la formación cultural del autor escogido; 2o.) el ámbito histórico-cultural en el cual desarrolló su actividad creadora; 3o.) Particularidades de su educación estética (escuelas o movimientos literarios, filosóficos, sociológicos, etc., a los cuales perteneció o defendió y géneros en los cuales mejor expresó sus ideas o sus capacidades artísticas; 4o.) Influencias directas que alentaron su creación o que se encuentran en su obra total y en cada etapa de su desarrollo, y 5o.) su contribución al desarrollo de la literatura que puede delimitarse: a) en lo estilístico y b) en lo conceptual (ideológico).

Con estos datos ya le será posible al alumno conformar fichas bio-bibliográficas, de consulta imprescindible para sus trabajos de formación profesional. Se aconseja a los profesores proponer preguntas didácticas teniendo en cuenta las anteriores sugestiones de análisis, luego de cada lectura o examen de los trozos antológicos.

LA LITERATURA QUECHUA.—

Antecedentes

La cultura incaica tiene sus antecedentes en las de Chavín, Chimú, Nazca-Ica, Mochica, Paracas y la de Tiahuanacu. Se calcula la antigüedad de todas ellas en unos 1.000 años antes de Cristo, aproximadamente. Estas culturas desarrollaron un arte original, especialmente el realizado por los collas o aymaras, en el que la literatura alcanzó una preeminencia a través de las manifestaciones orales, como ser las cosmogonías y los mitos; mitos y leyendas que, a su vez, sirvieron de fundamento a las producciones artístico-literarias de la era incaica. En Tiahuaancu, donde culminó la cultura aymara y donde se encuentran nuestras raíces más remotas, se creó un arte de carácter abstracto con una profunda concepción sobre la realidad exterior; en cambio, en la cultura de chavín, en la de los chimúes y en la mochica existen expresiones artísticas más realistas y menos rígidamente formales que en Tiahuanacu: las manifestaciones que nos quedan: cerámicas, tejidos, etc., nos muestran ya ese realismo lírico que fuera profundizado en el incario. Además se nota esa característica que iba a ser esencial en el arte del imperio quechua: la noción del papel preponderante de los factores religioso-míticos, encaminados a lograr una unidad espiritual como segura guía de las realizaciones materiales.

La homogeneidad del desarrollo social-económico y la importancia concedida a lo espiritual, base de las creaciones debidas al imperio de los incas, han hecho que éstas sean expresiones en las que predomina un realismo en el que, sin embargo, la realidad exterior está trascendida por un fuerte espíritu místico, heredado de las concepciones cosmogónicas aymaras. En cuanto a las realizaciones puramente literarias, —aceptando que tuvieron una literatura escrita—, se puede decir que lo que sobresale en ellas es esa intensa emotividad lírico-musical traducida en la plasticidad y flexibilidad del idioma, en el que jamás existen afectaciones y rebuscamientos formales.

La literatura quechua, por eso, es eminentemente lírica, y no desdeña, desde luego, la confesión amorosa intimista. Siempre hay, tanto en el teatro como en la poesía épica y lírica, un especial sentido expresivo del idioma que se vierte a través de la musicalidad, el colorido y el realismo idiomático hecho patente en la utilización de los agentes gramaticales onomatopéyicos.

La literatura quechua nos muestra también visiones artísticas de las preocupaciones místico-sociales que conformaron la cultura del imperio y sustentaban las creencias y las nociones de carácter filosófico, a través de la referencia a las ideas, sentimientos e intereses colectivos. Por eso, el teatro, la poesía, la leyenda, la historia y la misma mitología quechua poseen tendencias primordialmente pedagógicas. Existían, por otra parte, dos producciones literarias: la que elaboraba la élite gobernante y la destinada exclusivamente al pueblo. Los dirigentes culturales, o filósofos e historiadores, eran los **amautas** y los **aravicus**, que se dedicaban especialmente a la poesía, sin que ésto quiera decir que el pueblo no haya contribuido con ocasionales producciones anónimas.

El examen de la literatura del incario es de suma importancia para la comprensión de la mentalidad indígena que, a través de los siglos, sún sigue manteniéndose en líneas generales. En la poesía anónima modernase pueden estudiar, en efecto, que las características mencionadas: **misticismo, unidad de expresión de lo individual y lo colectivo, musicalidad y emotividad, sentido plástico y vigor expresivo,** han perdurado en muchas composiciones poético-musicales de la actualidad, pese a los ingredientes y a la metamorfosis y los cambios estructurales sufridos por el idioma y por la misma manera de concebir las realizaciones artísticas, al influjo de los elementos constitutivos espirituales y filosóficos traídos por España e introducidos por el catolicismo.

Las Formas Literarias en el Incario.

Los orígenes de la literatura incaica los encontramos en las leyendas cosmogónicas aymara-quechuas, en las cuales existen elementos mitológicos y religiosos que explican la creación del mundo, los primeros dioses tutelares, su acción, sus nombres, sus metamorfosis en la tierra, etc. Porque, como es natural en todas las sociedades primitivas, el ritual religioso, la mitología, etc., forman parte integrante de la vida misma de los pueblos; de ahí que en muchas de esas leyendas se hacen menciones muy interesantes sobre ciencias naturales, físicas, elementos primarios de medicina, etc., que

constituyen las primeras explicaciones que los pueblos andinos tenían sobre la realidad exterior y el mismo Universo. Del ritual religioso-mítico se desprenden las ceremonias adorativas a los seres sobrenaturales y dioses creadores, bienhechores y malignos, siempre entremezclados con la danza y el canto; de ahí nace la necesidad de expresar los sentimientos. La danza y el canto son dos formas que siempre van a estar unidas en toda expresión artística posterior. En ello reside también el origen eminentemente social de la literatura incaica, puesto que danza y canto, en su forma ritual, son igualmente formas de expresión colectiva.

La poesía.

La unión armónica entre la Palabra y la Música, es una de las principales características de toda la expresión literaria incaica. No hay una total preeminencia entre una y otra forma expresiva, sino que —más bien— música y palabra se "refuerzan", constituyen un sólo factor de significación artística. La música ha sido un elemento altamente unificativo de ese deseo y necesidad expresiva y tuvo varias formas entre las cuales la coral era la más importante.

La poesía elaborada por los amautas y, especialmente, por los arawicus estaba siempre unida a una concepción esencialmente musical, lo cual permitía además una variedad extraordinaria de ritmos; por otra parte no existía entre los creadores poéticos restricciones formales, puesto que no les preocupaba mayormente lo que en la poesía occidental se conoce como rima, metro, acentuación, etc., es decir los problemas de la versificación; la musicalidad de sus poesías nacía de un sabio empleo del idioma; la rima, por ejemplo, más que buscada era algo que devenía naturalmente.

La religiosidad delas masas del incario, como también de las élites, explica en gran parte que la principal forma estilística poética haya sido el canto religioso o Jailli, pero, al mismo tiempo, existían otras formas: entre los mismos jaillis habían los denominados jaillis guerreros, los agrícolas, etc.

Los ejemplos poéticos, las traducciones de la literatura quechua insertados aquí, pertenecen a los libros: "La Poesía Quechua", de Jesús Lara, quien inserta —a su vez— poemas que habían sido recopilados por Méndez, J.M.B. Farfán, y Vázquez; "Floresta Literaria", de José Alcina Franch, y "La Literatura Inca", de Jorge Basadre; autores estos que, a su vez, se sirven de las recopilaciones realizadas por Santa Cruz Pachacutí Salkamaywa, Guamán Poma de Ayala y Garcilaso de la Vega. Para los que deseen una confron-

tación en las propias fuentes, recomendamos la lectura de los libros: "Relación de Antigüedades deste Reyno del Pirú", "Nueva Crónica y Buen Gobierno" y "Los Comentarios Reales", de los autores mencionados; por su fácil accesibilidad los alumnos de secundaria pueden encontrar en "Los Comentarios" noticias sobre la poesía quechua. Cuando los poemas, insertados en esta Antología, son debidos a otros traductores que los que hemos mencionado más arriba, así lo indicamos al pie del fragmento incluído aquí. Debido al carácter eminentemente pedagógico de esta Antología, hemos procurado hacer una selección ejemplificadora de cada género literario producido en el incario.

La poesía religiosa:

HIMNO DE MANCO CAPAC

Viracocha
poderoso cimiento del mundo,
tú dispones:
"Sea éste varón,
sea ésta mujer".
Señor de la fuente sagrada,
tú gobiernas
hasta el granizo.
¿Dónde estás
—como si no fuera
yo hijo tuyo—
arriba,
abajo,
en el intermedio
o en tu asiento de supremo juez?
Oyeme,
tú que permaneces
en el océano del cielo
y que también vives
en los mares de la tierra.
gobierno del mundo,
creador del hombre,
los señores y los príncipes,
con sus torpes ojos
quieren verte.
Mas cuando yo pueda verte
y conocer y alejarme,
y comprender,
tú me verás
y sabrás de mí
El Sol y la Luna,
el día y la noche,
el tiempo de la abundancia
y del frío están regidos
y al sitio dispuesto
y medido
llegarán.
Tú, que me mandaste
el cetro real,
óyeme
antes de que caiga
rendido y muerto.

GOBIERNO DEL MUNDO

Ten piedad de mis lágrimas,
ten piedad de mi angustia.
El más sufrido
de tus hijos,
el más infortunado
de tus siervos
te implora con sus lágrimas.

Manda, pues, el milagro
de tus aguas,
manda, pues, la merced
de tus lluvias
a esta infeliz criatura,
a este vasallo
que creaste.

RUNA KAMAJ

Amanece la tierra
y se cubre de luces,
a fin de venerar
al criador del hombre.

Y el alto cielo
barre sus nubes
para humillarse
ante el creador del mundo.

El rey de las estrellas
y padre nuestro, el Sol,
su cabellera extiende
a los pies de él.

Y el viento junta
las copas de los árboles
y sacude sus ramas
y las yergue hacia el sol.

Y en el regazo de los árboles
los pajarillos cantan
y rinden el fervor de su homenaje
al regidor del mundo

Todas las flores
bellas y ufanas
exhiben sus colores
y sus perfumes.

Y en el seno del lago
que es universo de cristal
es grande el alborozo
de los peces.

El río caudaloso,
con su bronco cantar,
está rindiendo su alabanza
a Viracocha.

El peñasco también
se atavía de verde,
y la floresta del barranco
ostenta flores nuevas.

Y las serpientes,
habitantes del monte,
van arrastrándose
a los pies de él.

La vicuña del páramo
y la vizcacha del peñasco
se domestican
cerca de él.

Así también mi corazón,
que cada amanecer,
te rinde su alabanza,
Padre mío y Creador.

ORACION A TODAS LAS WAKAS

(Undécimo Himno trascrito en "Relación de las Fábulas y Ritos de los Incas en el tiempo de su infidelidad" de Cristóbal de Molina)

Rocío del mundo,
Viracocha,
Rocío interior,
Viracocha,
Tú ordenas que existan
Los dioses sagrados.
Potente señor,
Haz que aquí la gente
Se multiplique
Y se engrandezca
Y di que ella habite
Tanto en este mundo
Como en el de arriba.
Tú, que en un mundo interior
Construyes tu fortaleza,
Oyeme, susténtame.
Haz que viva sano y salvo,
Padre Viracocha,
Sin que me falte el alimento,
Ni auxilio, ni maíz.
Ni ganado, y todo
Orden de conocimientos.
Presérvame
De mis enemigos,
De todo peligro,
De toda desgracia,
De la maldición,
De la podredumbre
Y del abandono.

MADRE LUNA

Luna, reina y madre nuestra,
Por la bondad de tus aguas,
Por el amor de tus lluvias
Estamos llorando,
Estamos sufriendo.

El más triste de tus hijos
De hambre
De sed
A tus pies está gimiendo.

Padre, gobierno del mundo,
¿Dónde estás,
En la tierra
O debajo de la tierra?

Obséquiale con tu lluvia
A este siervo
A este hombre
Que te implora.

TIJSI VIRACOCHA

Dios, origen del Universo,
Creador de todo,
Oro que arde solamente entre la noche
Del corazón.

Que la alegría de tus ojos
Venga en el alba
Que el calor de tu aliento
Venga en el viento.

Que tu mano magnánima
Siempre se extienda
Y que tu sempiterna voluntad
Sea la única que florezca.

Jaillis Agrícolas

CANCION DE LA GALLARDIA

Los hombres:
¡La canción, la canción!
¡No la canción de la tristeza!
¡Oh la canción de la alegría!

Las mujeres:
¡La canción, la canción!

Los hombres:
¡Con qué gallardía, sí, con gallardía!
¡Cómo me gusta ver la gallardía!
¡Con gallardía!

Las mujeres:
¡Con gallardía, sí, con gallardía!

Los hombres:
¿Tienes ají en tu sementera?
¡Vendré con el pretexto del ají!
¿Hay flores en tu sementera?
¡Vendré con el pretexto de las flores!

Un hombre:
¡He ahí la reina!

Una mujer:
¡Hurra, sí, ésa es la dama!
¡Hurra, ahí está, en el borde!
¡Hurra, sí, ésa es la infanta!
¡Hurra, sí, ésa es la hermosa!
¡Hurra!

¡EA, EL TRIUNFO!

Los hombres:
¡Ea, el triunfo! ¡Ea, el triunfo!
¡He aquí el arado y el surco!
¡He aquí el sudor y la mano!
Las mujeres:
¡Hurra, varón, hurra!
Los hombres:
¡Ea, el triunfo! ¡Ea, el triunfo!
¿Dó está la infanta, la hermosa?
¿Dó la semilla y el triunfo?
Las mujeres:
¡Hurra, la simiente, hurra!
Los hombres:
¡Ea, el triunfo! ¡Ea, el triunfo!

¡Sol poderoso, gran padre,
ve al surco y dále tu aliento!
Las mujeres:
¡Hurra, sol hurra!
Los hombres:
¡Ea, el triunfo! ¡Ea, el triunfo!
¡Al vientre de Pachamama,
que da vida y fructifica!
Las mujeres:
¡Hurra, Pachamama, hurra!
Los hombres:
¡Ea, el triunfo! ¡Ea, el triunfo!
¡He aquí la fuerza, la hermosura!
Las mujeres:
¡He aquí el varón y el macho!
¡Hurra, varón, hurra!

¡EA, YA HE TRIUNFADO!

Los hombres:
¡Ea, ya he triunfado!,
he enterrado el grano!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!
Los hombres:
¡Nacerá la planta mañana,
y habrá que recollarla pasado mañana!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!
Los hombres:
¡Y vendrá la lluvia,
o inundará el agua!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!
Los hombres:
¡Florecerá luego
y ya tendré el choclo!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!
Los hombres:
¡Vendrá la cosecha,
llenará la troja!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!
Los hombres:
¡El sol llueve oro!
y la luna plata!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!
Los hombres:
¡Para hacerte de mi rey,
para mi noble corazón!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!
Los hombres:
¡Ya he enterrado el grano,
ya he sembrado el sustento!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!

POESIA LIRICA

CANCION

Hermosa flor eres tú,
punzante espina soy yo.
Tú eres ventura hecha vida,
pensar que cuando soy yo.

Tú eres virginal paloma,
odiosa mosca soy yo.
Luna de nieve eres tú,
noche de pena soy yo.

Tú eres árbol con frutos,
carcomido tronco soy yo.
Tú eres mi sol, mi sol eres,
noche de pesar soy yo.

Túeres vida de mi vida,
eres amor de mi amor,
Alfombra a tus pies tendida
seré eternamente yo.

Blando helecho que despliega
su traje de verde nuevo;
vestida de blanco, eres
la estrella de mi mañana.

Blanca nube, la más leve,
clara fuente de agua pura,
tú serás mi dulce engaño,
yo seré tu obscura sombra.

ARAWI

Morena mía
morena,
tierno manjar, sonrisa
del agua,
tu corazón no sabe
de penas
y no saben de lágrimas
tus ojos.

Porque eres la mujer más bella,
porque eres reina mia,
porque eres mi princesa,
dejo que el agua del amor
me arrastre en su corriente,
dejo que la tormenta
de la pasión me empuje
allí donde he de ver la manta
que ciñe tus hombros
y la saya resuelta
que a tus muslos se abraza.

Cuando es de día, ya no puede
llegar la noche;
de noche, el sueño me abandona
y la aurora no llega.

Tú, reina mía,
Señora mía,
¿ya no querrás
pensar en mi
cuando el leõn y el zorro
vengan a devorarme
en esta cárcel,
ni cuando sepas
que condenado estoy
a no salir de aquí, señora mía?

¡Sol poderoso, gran padre,
ve al surco y dále tu aliento!
Las mujeres:
¡Hurra, sol, hurra!
Los hombres:
¡Ea, el triunfo! ¡Ea, el triunfo!
¡Al vientre de Pachamama,
que da vida y fructifica!
Las mujeres:
¡Hurra, Pachamama, hurra!
Los hombres:
¡Ea, el triunfo! ¡Ea, el triunfo!
¡He aquí la infanta, la hermosa!
Las mujeres:
¡He aquí el varón y el sudor!
¡Hurra, varón, hurra!

¡EA, YA HE TRIUNFADO!

Los hombres:
¡Ea, ya he triunfado!,
he enterrado el grano!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!
Los hombres:
¡Nacerá la planta mañana,
y habrá que acollarla pasado mañana!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!
Los hombres:
¡Y vendrá la lluvia,
e inundará el agua!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!
Los hombres:
¡Florecerá luego
Y ya tendré el choclo!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!
Los hombres:
¡Vendrá la cosecha
llenaré la troje!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!
Los hombres:
¡El sol llueve oro!
y la luna plata!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!
Los hombres:
¡Para la frente de mi rey,
para su noble corazón!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!
Los hombres:
¡Ya he enterrado el grano,
ya he sembrado el sustento!
Las mujeres:
¡Ea, ya he triunfado!

POESIA LIRICA

CANCION

Hermosa flor eres tú,
punzante espina soy yo.
Tú eres ventura hecha vida,
pensar que cunde soy yo.

Tú eres virginal paloma,
odiosa mosca soy yo.
Luna de nieve eres tú,
noche de pena soy yo.

Tú eres árbol con frutos,
carcomido tronco soy yo.
Tú eres mi sol, mi sol eres,
noche de pesar soy yo.

Tú eres vida de mi vida,
eres amor de mi amor.
Alfombra a tus pies tendida
seré eternamente yo

Blando helecho que despliega
su traje de verde nuevo;
vestida de blanco, eres
la estrella de mi mañana.

Blanca nube, la más leve,
clara fuente de agua pura,
tú serás mi dulce engaño,
yo seré tu obscura sombra.

ARAWI

Morena mía,
morena,
tierno manjar, sonrisa
del agua,
tu corazón no sabe
de penas
y no saben de lágrimas
tus ojos.

Porque eres la mujer más bella,
porque eres reina mía,
porque eres mi princesa,
dejo que el agua del amor
me arrastre en su corriente,
dejo que la tormenta
de la pasión me empuje
allí donde he de ver la manta
que ciñe tus hombros
y la saya resuelta
que a tus muslos se abraza.

Cuando es de día, ya no puede
llegar la noche;
de noche, el sueño me abandona
y la aurora no llega.

Tú, reina mía,
Señora mía,
¿ya no querrás
pensar en mí
cuando el león y el zorro
vengan a devorarme
en esta cárcel,
ni cuando sepas
que condenado estoy
a no salir de aquí, señora mía?

TIKATA TARPUINIKICU

No te dije que sembraras esa flor
aquí o allá
cuando aún no estaba lloviendo
aquí o allá.

Yo si que puedo sembrarla
aquí o allá
regándola con mi llanto
aquí o allá.

Soy moza, noble y conocida
aquí o allá,
devuélveme el amor que yo te dí
aquí o allá.

LA PALOMA AGRESTE

¿Qué viene a ser el amor,
palomita agreste,
tan pequeño y esforzado,
desamorada;
palomita agreste,
le hace andar desatinado?
Desamorada.

Palomita agreste,
desamorada
amanece el día
que yo me vaya.

Alígera golondrina,
palomita agreste,
enséñame el camino
desamorada;
para irme sin que me sientan;
palomita agreste,
y salvar mi destino,
desamorada.

Palomita agreste,
desamorada,
amanece el día
que yo me vaya.

LA PERDIDA

He perdido a mi paloma;
que no sé dónde se fue;
¿dónde estás, paloma mía?
Quizá en algún yermo llora
sin tener cómo volver,
que te busco un año y día.
¿Dónde estás, paloma mía,
que te busco un año y día?

Yo pregunto a todo el mundo,
quizá cualquiera pudo verla,
¿dónde estás, paloma mía?
Si se encontró con alguno,
para perseguir tus huellas,
que te busco un año y día.
¿Dónde estás, paloma mía,
que te busco un año y día?

HERMOSA FLOR

Hermosa flor. Hermosa caballera,
Doncella no tocada, ojos que besan como estrellas,
Nieve hecha flor, lumbre inmortal,
Dientes pulquérrimos y labios de wayruru.

Transido de cansancio
De lejos llega el que te adora
Y dichoso como ave que por fin llega a su nido
Cae a tus pies su corazón.

Es como si recién fuérnunos descubriendo
Cómo sabe correr el agua transparente;
Así, pues, a danzar venimos
Todos nosotros juntos ante tí.

Hermosa flor, madre águila,
Desde hoy día y por siempre,
De igual manera que el padre águila,
Enséñanos, condúcenos.

Tú, puñado de estrellas, flor de oro,
Toda amasada de perfumes,
Adorable hermosura, red de luz,
Admítenos en tu corazón.

El mandato de nuestro príncipe
A todo trance fue cumplido.
Nuestra alegría busca ahora
La ternura de tu corazón.

WAYÑU

Flor de kantuta,
Sangre hecha luz,
Moza linda, nacida
para el halago.

Dulce princesa,
Ojos de estrella,
Guirnalda fresca,
Ventura mía.

No bien te miro
Ya te recatas,
Tímida flor
De la pradera.

En la tormenta
De mi infortunio
Eres el iris
Que paz me trae.

Triunfante estrella
Entre las nubes,
Cóndor que ciñe
Mi pensamiento.

Iris alzado
Sobre el abismo,
Amanecer de mi pupila.

Sol detenido
En el cenit,
Tu cabellera dorada es como
Fruta madura de granadilla.

Piedra preciosa
Te encontró un día mi corazón,
Pero ahora eres luna florida
En mi pasión.

Paloma mía
De voz de miel,
Cuán amorosa
Pareja tiene mi corazón.

Manto tejido
De flores llevas;
Su trama fue hecha
De hilos de oro.

Sus finos flecos se hallan atados
Con mi ternura
Y con el ansia de mis pupilas
Asegurados.

Cómo tu encanto
Aquí en mi mente,
Incontenible
Va retozando.

WANKAS O ELEGIAS

ELEGIA

Protectora sombra del árbol,
camino de vida,
Limpio cristal de cascada
fuiste tú.

En tu ramaje anidó
mi corazón,
mi regocijo a tu sombra
floreció.

¿Es posible que te vayas
tan solo?
¿Ya no volverás a abrir
los ojos?

¿Por qué camino te has de ir,
dejándome,
sin volver a abrir siquiera
los labios?

¿Qué árbol me prestará ahora
su sombra?
¿Qué cascada me dará
su canción?

¿Cómo he de poder quedarme
tan solo?
El mundo será un desierto
para mí.

AL GRAN INCA ATAHUALLPA

¿Qué Iris nefando es este negro
Iris que se alza?
Horrenda flecha del enemigo
Del Cuzco blande,
¡Granizada siniestra por doquiera
Se desparrama!

A menudo mi corazón
Entreveía
En mi vigilia y en mi sueño
Y en mi letargo
Al aberrojo maléfico
Y maldito.

El sol se vuelve macilento y se ennegrece
Misteriosamente
Amortajando a Atahuallpa
Con su esencia divina
Y llorando esta muerte sucedida
En un instante.

Los enemigos repugnantes arrojaron
Ya su cabeza
Y un río de sangre ya va inundando
La encrucijada.

Sus dientes crujidores ya han mordido
El páramo de la tristeza
Y sus ojos de sol se han vuelto
De plomo.
El corazón enorme de Atahuallpa
Ya se ha enfriado.
Todo en Tawanstinsuyu está ahora
Sollozando.

Hasta la tierra se ha cubierto
de densa niebla
La madre luna en su angustia, parece enferma
De ictericia.

Van encogiéndose seres y cosas
De pesadumbre.

Niega la tierra su regazo
A su señor,
Cual si se avergonzara del cadáver
De su amante,
Cual si temiera devorar
A su adalid.

Por su señor hasta las peñas se estremecen
Y se derrumban.
Hasta el río grita vencido
Por el dolor.
Lloremos todos juntos
Y recogidos.

¿Habría hombre capaz de no llorar
Por aquél que le quiso?
¿Habrá hijo capaz de no ser fiel
A su padre?

Gimiente corazón, acribillado
Y sin fortuna.
¿Qué paloma no ha de pertenecer
A su compañero,
Y qué taruca mellíza extraviada
A su corazón?

Lágrimas de sangre arrancadas
De la ventura ida,
En vuestro espejo retratad
Su cadáver.
Y bañad con vuestra ternura
El regazo
De aquél que nos regalaba con el poder
De sus múltiples manos.

Y bajo el ramaje de su corazón
Nos daba albergue
Y con la sombra de su pecho
Nos abrigaba.

Con lamentos de viudas
Desoladas
Le han rodeado las infantas
Enlutadas.

El Sumo Sacerdote viste ya el manto sagrado
Para el sacrificio.
Han desfilado ya todos los hombres
Hasta su tumba.

La reina se extravía bajo el peso
De mortal dolor.
Ríos y ríos de lágrimas corren
Sobre el cadáver amarillo.

Está yerto su rostro.
Yerta su boca.
¿Dónde te alejas hasta que mis ojos
Te pierdan.
Dejando este reino sumido
En duelo.
Separándote para siempre de
mi corazón?

¡No obstante el aposento lleno de oro y plata
El enemigo blanco,
Envanecido por el triunfo su mezquino
Corazón:
Airado páramo siempre sediento
De codicia

No obstante todo cuanto le obsequiaste
El enemigo blanco te ahorcó!
Sólo su malsana voluntad
Colmaste.
Pero tu vida en Cajamarca
Se extinguió.

Está ya cuajada en tus venas
Tu sangre.
Y bajo tus pupilas se ha marchitado
Tu vista.

En el brillo de alguna estrella está escondida
Tu mirada.

Tan sólo tu paloma sufre y gime
Y deambula
Perdida en el dolor solloza la que tuvo
Nido en tu corazón.

Con el tormento del desastre
Se quiebra el pecho
Te han robado tu andas de oro
Y tu palacio
Y todos los tesoros que han hallado
Se han repartido.

A martirio perpetuo condenados
Y destruídos
Cavilantes y con el pensamiento fugitivo
Lejos de nuestro mundo,
Viéndonos sin refugio y sin auxilio
Estamos llorando
Y sin saber a quién volver los ojos
Nos estamos perdiendo.

¿Permitirá tu corazón,
Rey soberano,
Que vivamos dispersos
Y errantes,
Al extraño poderío sometidos
Y pisoteados?

Descúbrenos tus ojos que herir saben
Como flecha magnánima,
Extiéndenos tu mano que concede
Más de lo que uno pide.
Y confortados con esa aventura
Dinos que nos vayamos.

EL TEATRO

En la sociedad incaica, perfectamente organizada bajo estrictos cánones jerárquicos, donde la educación sólo era de exclusivo beneficio de las clases altas y de la élite gubernativa, se explica que el teatro, como forma pedagógica y de propaganda política, haya tenido tan vital importancia. El Teatro era el vehículo ideal educativo y moralizador, dirigido especialmente al pueblo. Los temas principalmente explotados fueron los de carácter histórico; pero al mismo tiempo que cumplían una misión pedagógica-moralizante, los creadores del teatro incaico también escribían sus obras con el objeto de educar la sensibilidad estética de las masas.

El "Ollantay".

El principal carácter del **"Ollantay"** lo constituye ese realismo traducido en la serena objetividad de la exposición. Pero —sin duda— lo que más resalta es la belleza de los diálogos, la plasticidad lograda con el perfecto uso del idioma; los monólogos de Ollanta pueden muy bien parangonarse con los trozos más conocidos y gustados de los grandes dramas europeos. La trama de la obra es, en términos generales, la siguiente: Ollanta, uno de los generales más valientes y más apreciado del inca Pachacutec (comienzos del siglo V), está enamorado de la hija del soberano: Cusi Cuylleur: Estrella de alegría, quien también le corresponde. Ollanta, pese a no ser de sangre real, se atreve a desafiar la jerarquía y pide la mano de Cusi Cuylleur al inca; desde luego, éste rechaza airado tal afrenta, haciendo encerrar a su hija en uno de los edificios (o conventos) destinados a las ñustas. Ollanta, entonces, decide sublevarse contra el inca y solivianta a las tropas que comandaba, retirándose a las provincias montañosas del este (en la región Anti), donde resiste a los ejércitos del Inca, comandados por Rumiñahui (Ojo de Piedra), el que sufre una derrota. Ante estos acontecimientos, el general Rumiñahui se finje torturado por el inca, como castigo a su derrota, y se presenta ante Ollanta pidiéndole unirse a él para así vengarse del soberano; un día convenido con sus fuerzas, mientras el ejército de Ollanta celebra una fiesta, el astuto Rumiñahui abre las puertas de la fortaleza donde se encuentran éstos e inmediatamente son sorprendidos y derrotados por los soldados del inca. Llevados a presencia del nuevo soberano Tupac Yupanqui, ya que Pachacutec había muerto, el inca se apia-

da de Ollanta y de la suerte corrida por su hermana; perdona al jefe rebelde y le permite casarse con Cusi Cuylleur.

OLLANTAY
(Fragmentos)

Escena Primera

Gran plaza en el Cuzco, con el templo del Sol al fondo. La escena tiene lugar ante el vestíbulo del templo.

Diálogo Primero

Ollanta y Pie Ligero

Ollanta: ¿Has visto en su casa a la encantadora Estrella?

Pie Ligero: ¡Líbreme Dios de espiarla! ¿Cómo es que tú no temes a la hija de un rey?

Ollanta: Sea lo que fuere no he de vivir sin adorar a esa tierna paloma. Fuérzame mi corazóna ir tras ella como tierno corderillo.

Pie Ligero: Paréceme que tienes el diablo en el cuerpo y que no está muy segura tu cabeza. Otras doncellas hay a quienes amar. ¿Por qué apresurarte tanto? El día que descubra el rey tu audaz propósito te cortará la cabeza y arrojará tu cuerpo a las llamas.

Ollanta: ¡Hombre! No me desanimes, si no quieres perecer. No hables más o te hago pedazos entre mis manos.

Pie Ligero: Arrástrame, pues, si quieres, como a perro muerto; pero no me repitas noche y día, durante años enteros: "Pie Ligero, vea buscar a Estrella".

Ollanta: Pie Ligero, ya te lo he dicho: aun cuando la misma muerte con su guadaña o las montañas conjuradas se volvieran contra mí, como terribles enemigos, sabría resistirlas y afrontarlas para caer muerto o vivo a los pies de mi divina Estrella.

Pie Ligero: ¿Y si el diablo se te apareciese?

Ollanta: ¡Hasta a él mismo le haría morder el polvo!

Pie Ligero: Como no has visto ni la punta de su nariz. ¡Vamos, confiésalo!

Ollanta: Sea. Pero dime Pie Ligero, francamente y sin rodeos: ¿No es Estrella la más bella de todas las flores? ¡Vamos, confiésalo!

Pie Ligero: ¡Todavía te turba Estrella el espíritu! No la he visto; pero quizá fuera la que vi ayer, a la caída de la tarde, en el sitio más solitario del paseo; en aquél paraje me pareció brillante como el sol y bella como la luna.

Ollanta: ¡Era ella! Ya la conoces. ¡Qué divina belleza! Llévale en seguida un halagüeño mensaje de mi parte.

Pie Ligero: ¿Cómo he de penetrar, en medio del día, en su palacio donde multitud de mujeres emperejilladas la rodean y entre las que no podría conocerla?

Ollanta: ¿Pues no acabas de decirme que ya la conoces?

Pie Ligero: En broma lo dije. Estrella es una estrella que sólo brilla en la noche, y a esa hora es cuando podría reconocerla.

Ollanta: ¡Vete de aquí supersticioso! Mi amada Estrella oscurece el sol y brilla sin rival.

Pie Ligero: Aquí llega ahora un anciano, o una vieja, pues más bien por su aspecto parece una mujer, y ella podrá llevar tu mensaje. Haz que lo lleve, que si yo lo hiciera, pobre diablo, me llamarían todos correveidile.

Diálogo Segundo

El Astrólogo: Eterno Sol posternado ante tí yo te admiro reverente en tu carrera. Mil llamas serán por tí sacrificadas en este solemne día consagrado a tí Después del ayuno, en tu honor correrá sangre y las consumirá la inmensa hoguera.

Ollanta: Pie Ligero, mira que aquí viene el sabio Astrólogo. Este viejo zorro arrastra tras de sí una carga de brujerías. Aborrezco a este hechicero que no abre la boca más que para pronosticar desgracias. Cuando habla no predice más que fatalidades.

Pie Ligero: ¡Chist! Cállate que estoy seguro que este brujo sabe ya de memoria lo que dices y lo que piensas, pues lo adivina todo.

Ollanta: Ya me ha visto y voya su encuentro. Ilustre y noble Astrólogo, me inclino ante tí respetuosamente. Que el cielo ilumine y aparte las sombras de tus ojos.

Astrólogo: Poderoso Ollanta, ¡ojalá pueda pertenecerte el país entero y abarcar tu vigoroso brazo el Universo!

Ollanta: Al verte, anciano, se estremece uno de terror. En derredor tuyo no se ven más que huesos, flores fúnebres,

urnas y piedras preciosas, y te miran con miedo. ¿Qué significa todo esto? ¿Es que el rey te ha llamado como profeta de la desgracia o como el genio del bien? ¿Por qué has venido antes del día consagrado a tu fiesta? ¿Estará malo el rey? ¿O es que has adivinado que la sangre va a correr muy pronto? Porque aún está lejos el día del Sol y de las libaciones a la Luna, que apenas se descubre, y todavía no estamos en el solemne día de los sacrificios de la gran fiesta.

Astrólogo: ¿Por qué me preguntas en ese tono de reconvención? ¿Soy tu vasallo acaso? Lo sé todo y pronto lo probaré.

Ollanta: Siento que mi corazón desfallece de temor al verte llegar inesperadamente este día. ¡Quizá me sea funesta tu venida!

Astrólogo: Ollanta, no tengas miedo, aunque hoy me veas aquí: quizá sea amor lo que me trae a tu lado, como arrastra el viento a la hoja seca. Dime: ¿obedece tu cabeza a tu corazón diabólico? Te concedo este día para que, a tu gusto, elijas tu felicidad o tu perdición, la vida o la muerte.

Ollanta: Aclara tus palabras para que las comprenda. Parecen una madeja enredada y harías muy bien en desenredarla.

Astrólogo: Pues bien, escúchame Ollanta. La ciencia me enseña cosas ocultas a los espíritus vulgares. Me considero con poder suficiente para descubrirlo todo y hacer de ti un gran jefe. Desde tu edad más tierna te he educado y te he querido lo bastante para servirte en esta ocasión. El pueblo te venera como jefe del país de los Andes, el rey te estima mucho y desearía compartir contigo su corona. Ha dirigido a todos su mirada, sólo en ti la ha puesto. Tu brazo lo ha encontrado fuerte contra los golpes de sus enemigos y los has vencido a todos, por numerosos que han sido. Pero ¿es esto una razón para que hieras el corazón del rey? Amas a su hija y pretendes que por ti se vuelva loca, abusando de esta pasión. No lo hagas; crimen semejante no brota jamás de un corazón noble. Por inmensa que sea tu pasión, ¿es un motivo para pagar su amor con la deshonra? Vacilas, pero te detengo al borde del abismo. Sabes muy bien que el rey no consentirá nunca que su hija haga un casamiento desigual. Desplegar los labios sería le-

vantar en su corazón una espantosa tormenta. Por tus locas ilusiones caerías del primer rango que ocupas, descenderías de príncipe a plebeyo.

Ollanta: ¿Cómo sabes lo que oculto en el fondo de mi corazón? Sólo su madre lo sabía, pero veo que todo me lo revelas.

Astrólogo: Como en un libro abierto leo en la luna, y el destino más oscuro aparece claro ante mis ojos.

Ollanta: Comprendí que tu deseo era beber en mi corazón ya apagar la sed que te devora, ¿tirarás la copa después de dejarla vacía?

Astrólogo: ¡Cuantas veces bebemos en copas de oro mortales venenos! Sabe que, con mucha frecuencia, nos hiere la desgracia por nuestra obstinación.

Ollanta: Sepulta en mi garganta el cuchillo que tienes en tu mano y arráncame el corazón, a tus pies me arrojo.

Astrólogo (A Pie Ligero): Cógeme esa flor. (A Ollanta): Ya ves que parece estar seca... La estrujo... Mira cómo llora... ¡Llora!... ¡Llora! (estrujando la flor).

Ollanta: Será más fácil hacer que el agua brote de la roca y que llore la arena, que obligarme a abandonar la estrella de mi felicidad.

Astrólogo: Arroja en la tierra la mala semilla, y en pocos días la verás multiplicarse y crecer más allá de los límites del campo. ¡Cuánto más desenfrenado y grande sea tu crimen, más pequeño serás!

Ollanta: Venerable padre, voy a abrirte mi corazón, y a confesarte mis faltas; y, ya que has comprendido mi secreto, quiero que sepas para siempre que los lazos que me sujetan son tan fuertes que acabarán por ahogarme. Y aun cuando estén tejidos con hilos de oro, como el mío, es digno de castigarme por ellos. Estrella ya me pertenece. Estoy unido a ella, ahora soy tan noble como ella, puesto que mi sangre corre por sus venas. Bien lo sabe su madre, que puede atestiguarlo. Voy a decírselo todo al rey y, después que lo sepa, cuento con vuestra influencia para que me dé a Estrella. Voy a hablarle con energía y sin temor, arrostrando su cólera y su desprecio porque no tengo sangre real, pero quizá al recordar mi juventud se enternezca viendo grabados de mis combates en esta arma victoriosa, que venció a millares de guerreros, arrastrándolos humillados a sus plantas.

Astrólogo: ¡Joven Príncipe, hablas demasiado! Rompiste y enredaste la madeja de tu destino: átala tú y desenrédala. Ve tú solo a hablar al rey, pero poco y con mucho respeto, y sufre el castigo que te has buscado; mas piensaque, ni en la vida ni en la muerte te olvidaré jamás.

Escena Cuarta

Bosque de los alrededores del Cuzco.
Monólogo de Ollanta.

Ollanta: ¡Ollanta! ¡Desdichado Ollanta! ¿Cómo te dejas abatir por aquél a quien tanto tiempo has servido, tú, el señor de tantos países? ¡Oh, Estrella de mi dicha, acabo de perderte para siempre! ¡Qué vacío siento en mi alma! ¡Oh princesa mía! ¡Oh paloma mía! ¡Oh Cuzco, la bella ciudad! Desde hoy seré tu enemigo implacable. Abriré tu seno para arrancarte el corazón y arrojarlo a los buitres. ¡Ya verás, tú, cruel rey! Reuniré a miles de mis andícolas y, seducidos y guiados por mí, los conduciré hacia el Sacsahuamán, amenazándolos desde allí como una nube de maldición. Cuando el fuego enrojezca el cielo y tú duermas sobre tu lecho ensangrentado, tu rey perecerá conmigo y, una vez abatido, verá si mis yuncas son poco numerosos. Y cuando lo ahogue entre mis brazos, veremos si su boca inanimada me dice todavía: "¡No eres digno de mi hija! ¡No la poseerás jamás!" Y no me humillaré más ante su altiva presencia para pedírsela de rodillas. ¡Entonces seré yo el rey y la ley será mi voluntad! Entre tanto, prudencia.

Escena Trece

Jardín interior del palacio de las Vírgenes Escogidas. A un lado, la gran puerta de entrada. Al otro, la cueva de Estrella, cuyo interior ven los espectadores, separado del jardín por rocas y ramajes en medio de los cuales se distingue la puerta de la cueva formada por una gruesa piedra. En el fondo de la cueva, Estrella, tendida en el suelo, ceñida por una culebra.

Bella — Salla — Estrella

Salla: (Se dirige a la caverna y abre la puerta). He aquí la princesa que vienes a buscar. ¿Estás satisfecha?

Bella: ¡Ah hermana mía! ¿Qué veo? ¿Es una muerta la que vengo a buscar? Me estremezco de horror. Este sitio no encierra sino un cadáver. (Se desmaya).

Salla: ¡Qué desgracia me sucede en este instante! ¡Bella mía, mi dulce paloma, vuelve en tí pronto: levántate, florecita mía! (Bella vuelve en sí) No temas, querida hermana; no es un cadáver, es una princesa desdichada que aquí se consume.

Bella: Pero ¿vive aún?

Salla: Acércate y ayúdame. Todavía vive. ¿No ves? Mira. Vierte un poco de esta agua, y cierra nuevamente la puerta. (A Estrella esforzándose por incorporarla). Bella princesa, he aquí agua y algo que comer. Procura sentarte. Acabo de entrar ahora.

Bella: ¿Quién eres, dulce paloma? ¿Cómo estás encerrada en el fondo de esta caverna?

Salla: Toma un poco de alimento. Sin él, hermana, tal vez sucumbirías.

Estrella: ¡Qué dichosa soy viendo, después de tantos años, un rostro nuevo en esta joven que te acompaña!

Bella: ¡Ah princesa mía, hermana encantadora, bello pájaro de pecho de oro! ¿De qué crimen eres culpable para sufrir de esta suerte? ¿Por qué crueldad estás en ese suplicio, compañera mía? La muerte te oprime bajo la forma de esa culebra.

Estrella: Encantadora niña, semilla de amor, flor de mi corazón, soy una pobre mujer sumida en este abismo. ¡Estoy unida a un hombre como la pupila al ojo, pero el ingrato me ha abandonado! Me unía a él lazos indisolubles; pero el rey lo ignoraba y cuando le pidió mi mano, arrojóle el rey con cólera. Después, cuando mi amante hubo partido, me hizo encerrar aquí. De esto hace ya bastantes años y, sin embargo, ya lo ves, aún vivo. No veo a nadie en esta mansión donde se deslizan mis negros años. Ningún consuelo he encontrado en este suplicio, y han pasado por mí diez años entre la vida y la muerte, ligada a esta cadena de hierro y olvidada de todos.

¿Y tú, tan joven y tan compasiva, quién eres, amor mío?

Bella: Yo también te he seguido con el pensamiento, acongojada y llorando, y en las soledades de esta casa mi corazón siempre anhelando verte, quería saltar del pecho. Tampoco tengo padres y nadie se interesa por mí en este mundo.

Estrella: ¿Qué edad tienes?

Bella: Muchos años debo tener, porque como detesto esta casa y me aburro tanto, el tiempo me parece largo.

Salla: Según me cuenta, debe tener diez años, poco más o menos.

Estrella: ¿Y cuál es tu nombre?

Bella: Me llaman Bella, pero se han engañado al darme ese nombre.

Estrella: (Estrechando a Bella contra su pecho). ¡Ah! ¡Hija mía, paloma mía! ¡Descansa sobre mi corazón! Eres toda mi dicha! ¡Hija mía, ven, ven! ¡La alegría inunda mi alma! ¡Ese es el nombre que yo te he dado!

Bella: ¡Ah madre mía! ¿Cómo te hallas aquí? ¡No te separes ya de mí! ¿No te he conocido sino para ser más desdichada? ¿Me dejarás en mi abatimiento? ¿A quién acudiré yo para que te vuelvana mis ojos? ¿A quién me acercaré para tenerte en mis brazos?

Salla: ¡No hagas ruido! Podría suceder una desgracia. ¡Vámonos pronto! Las madres pueden advertir nuestra ausencia.

Bella: ¡Sufre todavía por algún tiempo en esta casa de mis tristes años! Y hasta que yo te haga salir, ten paciencia algunos días. ¡Ah madre mía! ¡Para mí corazón, lleno de amor, abandonarte es la muerte!

Escena Catorce

Salón en el Palacio del Rey

El Inca Tupac Yupanqui, el Astrólogo, Ojo de Piedra, Ollanta, Huanco Huillo y el jefe montañés, estos tres últimos conducidos por los verdugos, atados y con los ojos vendados; nobles de la corte, jefes y guerreros de la comitiva de Ojo de Piedra; después, Pie Ligero.

El Rey Yupanqui: Quitad las vendas a esos hombres. ¡Hola! Ollanta. ¿dónde estás? ¿Dónde estás Jefe Montañés? Pronto rodaréis desde lo alto de las rocas. (A los soldados que conducen a Pie Ligero, con los ojos vendados). ¿A quién traéis aquí?

Pie Ligero: En los lugares cálidos innumerables pulgas atormentan al hombre, el agua hirviendo las destruye. Yo, pobre pulgón, debí morir con ellas.

El Rey Yupanqui: Dime, Huanco Huillo, dime, ¿por qué te has entregado a Ollanta? ¿No te había colmado de honores el rey, mi padre? ¿Qué has deseado tú que él no te haya concedido? Una palabra de tu boca lo decidía todo. Cuanto más pedías tú, más te otorgaba él. ¿Tuvo para tí nunca secretos? Hablad, pues, vosotros, rebeldes. ¡Ollanta! ¡Y tú, Jefe Montañés!

Ollanta: No nos preguntes, padre mío. Nuestros crímenes nos ahogan a todos.

El Rey Yupanqui: Elegid vuestro castigo. A tí te toca hablar, Gran Sacerdote.

Astrólogo: El corazón que recibí del Sol está lleno de clemencia.

El Rey Yupanqui: Tienes la palabra, Ojo de Piedra.

Ojo de Piedra: Un crimen tan horrendo se ha castigado siempre con la muerte. Es el único medio, ¡oh rey!, de prevenir mayores atentados. Que todos sean inmediatamente atados a cuatro tacarpus, y así sean arrastrados por sus mismos vasallos. Disparen luego sus flechas los guerreros de todo el país sobre sus tenaces secuaces y venguen así la muerte del rey tu padre, en la sangre de aquellos.

Pie Ligero: ¡Así sea y para siempre perezcan todos los andícolas! ¡Sean arrojados esos hombres en una gran hoguera de ramas encendidas!

Ojo de Piedra: (A Pie Ligero) ¡Calle el hombre! Rodando como una piedra, sea convertido en piedra mi corazón.

El Rey Yupanqui: ¿Habéis oído que los tacarpus han sido preparados ya para vosotros? ¡Llevâos a estos traidores y que todos perezcan!

Ojo de Piedra: Arrastrad al punto a esos tres hombres al lugar de la ejecución! ¡Precipitadlos a todos desde lo alto de las rocas, uno tras otro!

El Rey Yupanqui: (A los verdugos). ¡Quitadles esas ligaduras! (A Ollanta). Tú, que te has visto muerto, levántate y ven

a mí. Corre ahora, ingrato desertor. Tú, que acabas de arrojarte a mis pies, mira la clemencia se apodera de mi corazón. Caerás un millón de veces, otras tantas, sábelo, yo te levantaré. Ya has sido en otro tiempo jefe supremo de los Andes. Pues bien (mira hasta dónde llega mi amor), gobierna la provincia de los Andes y vuelve a ser gran jefe para siempre. Toma este penacho para mandar mi ejército y esta flecha que te he destinado. (Al Astrólogo) Tú, gran sacerdote, ponle de nuevo el signo de honor, absuelve a los que te han faltado y vuelve a los muertos a la vida.

Astrólogo: Ollanta, aprende a conocer la omnipotencia de Tupac Yupanqui. Desde hoy, obedécele a él y bendice su clemencia. Este anillo es toda mi fuerza y por eso lo ajusto a tu dedo. Esta maza, sábelo, es la del rey, por eso te la doy.

Ollanta: (Al rey). Esta maza que me das la baño con mis ardientes lágrimas. Cien veces soy tu esclavo. ¿Quién puede llamarse tu igual? Las fibras de mi corazón serán siempre los lazos de tus sandalias. Desde ahora, todo mi poder está consagrado a tu servicio.

LA PROSA DIDACTICA

Bajo este título agrupamos la serie de leyendas, narraciones, cuentos y fábulas incaicas que responden a esa característica formal. Ellas, ciertamente, se originan, por la exposición de sus temas, en la mitología aymara-quechua. El hecho de que tengan un sentido altamente moralizador, no les impide que también sean de una extraordinaria belleza formal. Actualmente muchas de esas leyendas se conservan, entre los indígenas del altiplano, con las mismas características del tiempo de su origen, pero algunas ya poseen elementos españoles, provenientes de la colonia. En el libro de Rigoberta Paredes: **"Mitos, Supersticiones y Supervivencias populares de Bolivia"**, se pueden encontrar referencias a esas leyendas cosmogónicas y a los cuentos y fábulas procedentes de la época incaica.

La Sabiduría de Pachacutec. (Máximas).

Cuando los súbditos y sus capitanes y curacas obedecen de buen ánimo al rey, entonces goza el reino de toda paz y quietud.

La envidia es una carcoma que roe y consume las entrañas de los envidiosos.

El que tiene envidia y es envidiado, tiene doble tormento.

Mejor es que otros, por ser tú bueno, te hayan envidia, que no la hayas tú a otros, por ser tú malo.

Quien tiene envidia de otro, a sí mismo se daña.

El que tiene envidia de los buenos, saca de ellos mal para sí, como la araña en sacar de las flores la ponzoña.

La embriaguez, la ira y la locura corren iguales, sino que las dos primeras son voluntarias y mudables, y la tercera es perpetua.

El que mata a otro sin autoridad o cosa justa, él propio se condena a muerte.

El que mata a su semejante, necesario es que muera; por lo cual los reyes antiguos, progenitores nuestros, instituyeron que cualquier homicida fuese castigado con muerte violenta, y Nos lo confirmamos de nuevo.

De ninguna manera se debe permitir ladrones; los cuales, pudiendo ganar hacienda con modesto trabajo y poseerla con buen derecho, quieren más haberla hurtado o robado, por lo cual es muy gusto que sea ahorcado el que fuese ladrón.

Los adúlteros, que afean la fama y calidad ajena y quitan la paz y la quietud a otros, deben ser declarados por ladronesy, por ende, condenados a muerte sin remisión alguna.

El varón noble y animoso es conocido por la paciencia que muestra en la adversidad.

LAS ISLAS DE PACHACAMAC.

Había dos curacas que se odiaban. El hijo de uno de ellos se enamoró de la hija del otro, y el padre de la joven, al darse cuenta de estos amores, la encerró en su palacio para que no pudiera ver el hijo del odiado curaca. Este para poder penetrar en el castillo, se convirtió en un hermoso pájaro.

Un día, cuando ella estaba en el jardín con sus doncellas, se presentó el pájaro; la niña, al verlo tan hermoso, le quiso aprisionar, y viendo que no podía llamó a sus doncellas para que le ayudasen y así poder cogerlo. La niña encerró al pájaro en una jau-

la y la puso en su cuarto. Pasaron pocos días y el pájaro se convirtó en el hijo del curaca: volvió a su verdadero ser.

El padre de la niña, después de varios meses, se dio cuenta de que su hija iba a tener un niño; entonces le preguntó cómo había ocurrido, y ella le contestó que un día había soñado que el pájaro que tenía en su jaula se convertía en ser humano. El padre, al darse cuenta de que su hija había sido víctima de un ardid, ordena que la maten. Ella huye, al volver el rostro ve con gran sorpresa que la está persiguiendo el mismo pájaro, pero ahora con aspecto repugnante y horroroso. Entonces, para no ser alcanzada, se arroja al mar junto con su hijo. Al caer al mar, el hijo se convirtió en una isla pequeña y la madre en una gran isla. Así es cómo se formaron las islas de Pachacamac.

(Arguedas, José María. "Mitos, Levendas y cuentos peruanos", Lima, 1947).

LA CULTURA COLONIAL: LOS CRONISTAS

Antecedentes.—

La conquista española, fundamentada en la explotación económica de las "Indias Occidentales", en primer término, tuvo, después, proyecciones más vastas. El choque violento entre dos concepciones antagónicas entre dos mentalidades que diferían en casi todo lo relativo a la existencia, produjo cambios colectivos, cambios en las estructuras económicas y administrativas pre-hispánicas y cambios también en el desarrollo cultural de los pueblos andinos sojuzgados por los aventureros, capitanes de empresas fabulosas y misioneros de vida heroica que componían los ejércitos reales de la España de esa época. Tanto los soldados, —aun los pocos que poseían cierta cultura—, como los misioneros se caracterizaban por su racismo intransigente, su fanatismo y su crueldad, productos éstos de la educación feudal y del acendrado dogmatismo religioso. Sólo así se explica que hayan realizado las hazañas que todavía hoy nos asombran. Junto al ansia desmedida por los beneficios naturales, existieron algunas personalidades que obraron obedeciendo a un desmesurado misticismo.

Los cronistas del siglo XVI. — Características de sus obras.—

Aunque la mayoría de las crónicas, o relatos e informes escritos principalmente por encargo de las órdenes religiosas, la alta jerarquía eclesiástica y el poder administrativo real, hayan sido confeccionadas por sacerdotes, hubieron también muchos capitanes, hidalgos y hasta soldados que, al igual que los misioneros, sintieron la necesidad impostergable de testimoniar lo visto, oído y actuado en ese mundo de fantasías y miserias que habían sometido. Por eso, como principal característica de las primeras crónicas, —de aquellas incluso que fueron redactadas sin obedecer ningún encargo—, hay que destacar su maravillada espontaneidad. Espontaneidad que se refleja especialmente en el estilo enrevesado, y en el desorden de la exposición. Más tarde, a fines del siglo XVI y principios del XVII, primaría en los informes, relaciones y crónicas un rebuscamiento lingüístico de difícil accesibilidad. Por otra parte, hay que considerar que dichos escritos y aquellos de la época colonial media, obedecen a directivas mentales —a veces inconscientes— que reflejan muy a las claras la cultura medioeval española, alimentada de leyendas, consejas, novelas de caballería y narraciones de viajes fabulosos.

A la fantasiosa se unía una bien premeditada desfiguración de algunos sucesos relativos a la historia de aymaras y quechuas; desfiguración ya iniciada por los gobernantes quechuas con respecto a los collas. Pero tal noción, interpretativa del pasado en base a moldes valorativos propios del dogmatismo religioso, se explica por el deseo de preservar la futura estabilidad de la empresa colonial y a las directivas de la Santa Inquisición. Sin embargo es necesario anotar que, aun con esos prejuicios, los cronistas no dejaron de consignar valiosos y verídicos datos referentes a la cultura precolombina.

Los trozos antológicos que insertamos a continuación, evidencian las características estilísticas y conceptuales anotadas.

PEDRO DE CIEZA DE LEON.—

Este cronista nació en Llerena (Badajoz), en 1518, y viajó al Perú muy joven aún, donde prestó importantes servicios a la Corona, tomando parte en varias expediciones por el nuevo territorio conquistado; fue uno de los fundadores de Santa Ana y Cartado; colaboró al jefe español Jorge Robledo en el descubrimien-

to y la conquista de tierras en Colombia; también estuvo al servicio de Belalcazar. En la villa de Arma (Colombia), que había obtenido como repartimiento, se puso a escribir sus "Memorias". Posteriormente tomó parte en las guerras civiles del Perú, al tiempo que iba acumulando datos sobre los antiguos gobernadores incaicos y sobre todo lo relativo a la historia y las costumbres del imperio. El gobernador La Gasca, que había leído algunos de sus manuscritos, le entregó varios documentos para que continuara su obra que estuvo concluida en 1550 y pubticada tres años después en Sevilla. Cieza de León murió en 1560. Su libro es uno de los más eruditos, por los datos no sólo históricos sobre el antiguo Perú, sino porque contiene las primeras descripciones geográficas sobre el territorio del imperio que tan bien llegó a conocer; posteriormente sirvió de base para otras obras como la de Antonio Herrera. La crónica de Cieza de León se intitula: "De la Crónica del Perú, que tracta de la demarcación de sus provincias: la descripción dellas. Las fundaciones de tas nuevas ciudades. Los ritos y costumbres de los Indios y otras cosas extrañas dignas de ser sabidas", y está dividida en tres partes. La lectura de esta crónica es fácil. Fue escrita con el evidente deseo de trasmitir, con sencillez, las cosas vistas y oídas a la mayor cantidad de lectores. Es de un realismo objetivo y detallista.

SEGUNDA PARTE DE LA CRONICA DEL PERU QUE TRATA DEL SENORIO DE LOS INCAS YUPANQUIS Y DE SUS GRANDES HECHOS Y GOBERNACION.

De lo que dicen estos Naturales de Ticciviracocha, y de la opinión que algunos tienen que atravesó un apóstol por esta tierra, y del templo que hay en Cachan y de lo que allí pasó.

Antes de que los incas reinasen en estos reinos ni en ellos fuesen conocidos, cuentas estos indios otra cosa mayor que todas las que ellos dicen, porque afirman que estuvieron mucho tiempo sin ver el sol, y que padeciendo gran trabajo con esta falta, hacían grandes votos y plegarias a los que ellos tenían por dioses, pidiéndoles la lumbre de que carecían; y que estando de esta suerte, salió de la isla de Titicaca, que está dentro de la gran laguna del Collao, el sol muy resplandeciente, con que todos se alegraron. Y luego que esto pasó, dicen que de hacia las partes del Mediodía vino y remaneció un hombre blanco de crecido cuerpo, el cual en su as-

pecto y persona mostraba gran autoridad y veneración, y que este varón, que sí vieron tenían tan gran poder que de los cerros hacía llanuras y de las llanuras hacía cerros grandes, haciendo fuentes en piedras vivas; y como tal poder reconociesen, llamábanle Hacedor de todas las cosas criadas, Principio de ellas, Padre del Sol, porque, sin esto, dicen que hacía otras cosas mayores, porqué dio ser a los hombres y animales, y que, en fin, por su mano les vino notable beneficio. Y este tal, cuentan los indios que a mí me lo dijeron, que oyeron a sus pasados, que ellos también overon a los cantares que ellos de lo muy antiguo tenían, que fue de largo hacía el Norte, haciendo y obrando estas maravillas, por el camino de la Serranía, y que nunca jamás lo volvieron a ver. En muchos lugares, dice dio orden a los hombres cómo viviesen, y que les hablaba amorosamente, con mucha mansedumbre, amonestándoles, que fuesen buenos y los unos a los otros no se hiciesen daño ni injuria, antes, amándose, en todos hubiese caridad. Generalmente le nombran en la mayor parte Ticciviracocha, aunque en la provincia del Collao le llaman Tuapaca, y en otros de ella Arunaua. Fuéronle en muchas partes hechos templos, en los cuales pusieron bultos de piedra a su semejanza, y delante de ellos hacían sacrificios; los bultos grandes que están en el pueblo de Tihuanacu, se tiene que fue desde aquellos tiempos; y aunque, por fama que tienen de lo pasado, cuentan que éstos que digo de Ticciviracocha, no saben decir más de él, ni que volviesen a parte alguna de este reino.

HUIRACOCHA INCA

Muchas historias y acaecimientos pasaron entre la naturaleza de estas provincias en estos tiempos... Y así es público entre los orejones, que en este tiempo vinieron al Cuzco embajadores de la Provincia del Collao, porque cuentan, que reinando Inca Viracocha, poseía el señorío de Hatun Collao un señor llamado Zapana, como otro que hubo de este nombre; y como en el palude de Titicaca hubiese islas pobladas de gente, con grandes balsas entró en las islas, adonde peleó con los naturales dellas, y se dieron entre él y ellos grandes batallas, de las cuales el Cari (su Sinchc) salió vencedor, más..., no pretendía otro honor ni señorío que robar y destruir los pueblos, y cargado con el despojo, sin querer traer cautivos, dio la vuelta a Chucuito, adonde había hecho su

asiento, y por su mandado se habían poblado los pueblos de Hilave, Cepita, Pumata, y otros, y con la gente que pudo juntar... determinó de salir a la provincia de los Canas, los cuales... salieron a encontrarse con él y se dieron batalla, en la cual fueron los Canas vencidos con muerte de muchos dellos. Habida esta victoria por Cari, determinó de pasar adelante, y haciéndolo así llegó hasta Lurocachi adonde dicen que se dio otra batalla entre los mismos Canas en la cual tuvieron la misma fortuna que en las pasadas. Con estas victorias estaba muy soberbio Cari, y como Zapana, el señor de Hatun Collao, lo supiese, pesóle... y mandó juntar sus amigos y vasallos para le salir al camino y quitarle el despojo; mas no se pudo hacer tan secreta la junta que Cari no entendiese el designio de Zapana tenía, y con buena orden se retiró a Chucuito por camino desviado de manera que Zapana no le pudiese molestar... teniendo propósito de procurar su destrucción y que en el Collao uno solo fuese el señor; y este mesmo pensamiento tenía Zapana. Y como se divulgase por todo este reino el valor de los Incas y su gran poder y la valentía de Viracocha Inca... cada uno destos, queriendo granjear su amistad, la procuraron con embajadas que le enviaron para que quisiese mostrarse su valor y ser contra su enemigo. Partidos estos mensajeros con grandes presentes el Inca los oyó y tomando parescer con los orejones y ancianos de su consejo sobre lo que haría en lo tocante a las embajadas que habían venido del Collao, se acordó de pedir respuesta en los oráculos... y dicen que supo que le convenía ir al Collao y procurar el favor de Cari; mandó parescer ante sí a los mensajeros de Zapana, a los cuales les dijo que dijesen a su señor, que él saldría con brevedad del Cuzco para ver la tierra del Collao, a donde se verían y tratarían su amistad. A los que de parte de Cari vinieron, dijo que le dijesen cómo él se quedaba aderezando para ir en su ayuda y favor, que presto sería con él Determinado por el Inca de ir al Collao, salió de la ciudad del Cuzco y pasó por Moyna y por los pueblos de Urcos y Quiquixana... Y después de pacificar a los Canas, esto pasado, Viracocha Inca determinó de se partir para el Collao, adonde ya se sabía lo que por él había sido hecho, así en los Canches como en los Canas, y estaban aguardándole en Chucuito y lo mismo en Hatun Collao, adonde Zapana estaba ya entendiendo cómo Cari se había gratulado con Viracocha, y que le estaba aguardando, y porque no se hiciese más poderoso, acordó de salir a buscar y dar batalla antes que el Inca se juntase con él; y Cari salió con su gente a un pueblo que se llamaba Paucarcolla,

y junto a él se afrontaron los dos más poderosos tiranos de la comarca, con tanta gente que se afirma que se juntaron ciento y cincuenta guarangas de indios... Y habiendo durado gran rato, Cari quedó por vencedor y Zapana y los suyos fueron vencidos por muerte de muchos y el mismo Zapana fue muerto, Cari se apoderó de su real y robó todo lo que él había, con la cual presa dio la vuelta a Chucuito... El Inca supo en el camino el fin de la guerra y cómo Cari había vencido, y aunque en lo público daba a entender haberse holgado, en lo secreto le pesó por lo sucedido, porque con haber diferencias entre aquellos dos, pensaba fácilmente hacerse señor del Collao, y pensó de se volver con brevedad al Cuzco, porque no le sucediese alguna desgracia. Y como estuviese ya cerca de Chucuito, salió Cari con los más principales de lossuyos a le recibir... Habló con Cari adulándole con palabras de lisonjas sobre lo mucho que se había holgado de su buena andanza, y que venía a le ayudar con toda voluntad y para que estuviese cierto que siempre le sería buen amigo, le quería dar por mujer a una hija suya. A lo cual respondió Cari, que era muy viejo y estaba muy cansado, que le rogaba que casase a su hija con mancebo... y que supiese que él se había de tener por señor y amigo y así le ayudaría en guerras y en otras cosas que se ofreciesen. Y luego en presencia de los más principales que allí estaban, mandó traer Viracocha Inca un gran vaso de oro y se hizo el pleito homenaje... Y habiendo holgado algunos días Viracocha en Chucuito, se volvió al Cuzco... Y como entró en el Cuzco como ya estuviese viejo y cansado, determinó de dejar la gubernación del reino a su hijo...

JUAN POLO DE ONDEGARDO.—

Nació en Salamanca, en 1514. Llegó al Perú en 1545. Por sus altos méritos intelectuales, como magistrado, fue nombrado Corregidor de Potosí y, después, Recaudador de la Real Hacienda. Antes tomó parte en todas las insurrecciones de los españoles contra las Nuevas Ordenanzas, sirviendo a Gonzalo Pizarro y también a los leales. Desde su permanencia en el Cuzco, Polo de Ondegardo se interesó por las manifestaciones culturales del antiguo imperio incaico, asimismo por su historia; allí se dedicó a las excavaciones y desenterró muchas momias y objetos arqueológicos, cosas de las que deja constancia en dos informa-

ciones y en sus Cartas de Indias, escritas en Potosí, La Plata y el Cuzco. Polo de Ondegardo trató de impedir la ejecución del Inca Tupac Amaru, pero no fue escuchado por el Virrey Toledo. Sus obras más conocidas son la "Relación del Linaje de los Incas y cómo extendieron ellos sus conquistas", "Relación de los Adoratorios de los indios en los cuatro caminos que salían del Cuzco", y la más mencionada y consultada por los historiadores: "Relación de los fundamentos acerca del Notable daño que resulta de no guardar a los indios sus fueros"; además, es autor de un tratado denominado "Los errores y supersticiones de los indios" que fuera escrito el año de su muerte: 1571, libro de capital importancia para el esludio de la religión incaica. En el estilo de Polo de Ondegardo se comprueba una total ausencia de adornos literarios; es llano y sin grandes rebuscamientos, además de enrevesado por lo que hay que seguir su lectura atentamente. Para el conocimiento de las costumbres y algunos datos sobre la historia de los incas tienen sus obras mucho valor.

FRAGMENTOS DE "RELACION DE LOS FUNDAMENTOS ACERCA DEL NOTABLE DANO QUE RESULTA DE NO GUARDAR A LOS INDIOS SUS FUEROS":

E quien hubiere visto la obra que los ingas empezaron, que es acá en el Collao cerca de Chuquiavo, si considerase que en sesenta leguas de allí no se halla venero de aquella piedra, y la suntuosidad con que va trazada, entenderá fácilmente la poca dificultad que hallaban en hacer edificios aunque fuesen pesados, aunque según lo poco que importaban muchos, parece que buscaban ocasión para hacerlos sin propósito de manera que nunca se acabasen e para indios, la gente del Perú —a lo menos esto que sujetó el Inca— no es mucha, y la tierra aunque larga tiene grandes despoblados e por todas partes es angosta, y con tantas ocupaciones generales, cierto no debía de holgar mucho.... así cualquier cosa que proponían los viejos hechiceros que convenía o se les había dicho en sueños, luego se ponían por obra y todo venía a resultar en trabajo de la gente menuda.

Hago desto relación porque se entienda la facilidad con que estos indios hacían cualquier cosa por la orden que les estaba puesta y la determinación con que ponían en obra cualquier cosa con cualquier imaginación, mayormente si iba dirijido a la

conservación de su estado y pacificación de su tierra, que de cada una estas cosas dan ellos sus razones... digo esto porque no era el intento principal, como algunos dicen, por sólo traerlos en rebeliones, y bien podría ser esto en alguna manera la causa, ocupados, porque así convenía para que con el vicio no pensasen pero no hay duda sino que de cada cosa dan su razón que procedían de sus imaginaciones, que serían largas de contar.

E luego se apartaban otras para los sacrificios que se hacían en el discurso del año, que eran muchos, en los cuales se mataban destas doncellas por su orden. y tenían por requisitos necesario que fuesen vírgenes, sin otros muchos sacrificios extraordinarios que se hacían, como por la salud del inga si caía enfermo, o si fallecía para enviarle para su servicio, o si iba personalmente a la guerra para que tuviese victoria, o si había notable eclipse del sol o de la luna, o si temblaba la tierra, en aquella fiesta principal, a que ellos llamaban Tyri que por esta razón se hacía, o por la pestilencia, o por otras muchas ocasiones que el dominio por sus viejos o hechiceros les decía tener necesidad destos sacrificios. Finalmente, era grande el número de mujeres que se sacaban en cada año para estos efectos, sin tenerse respeto a cuyas hijas fuesen más de la elección y disposición del Apopanaca como está dicho, sin poder reclamar sus padres ni quejarse por alguna vía, ni aun según afirman, mostrar tristeza porque se las llevaban. Que cierta era tributo pesado, e fuéralo mucho más si no estuvieran satisfechos y creyesen realmente que las que mataban en los sacrificios, y las que daban para servicio a los difuntos, y las que sacrificaban para la salud del inga y por otras necesidades, iban sus ánimas a tener grandísimo descanso como ellos afirmaban, que era ocasión de ofrecerle algunas veces de su propia voluntad, mayormente en el Cuzco, si el Inga estaba enfermo o algún cacique principal...

Para cumplir con esta opinión, ninguno que fallecía, como fuese hombre de quien se hiciese cuenta, le dejaban de matar servicio que llevase consigo: lo cual no se hacía con la gente común, y con los demás, como cada uno tenía la estimación, porque no se podía hacer tampoco sin la licencia del Inga o de su gobernador, porque era el negocio de más estimación de todos cuantos entrellos se trataban, y así era menester favor para ello y lo negociaban en vida; y dado caso que este servicio en la gente de es-

timación fuese del mismo que le servía, e aun el más amado e querido de él propio, así de las mujeres, como de las viejas que hacen el vino, y el muchacho que traía la tiana o silla en que ellos se asientan de ordinario; pero en caciques grandes era grande la exorbitancia, porque se daban las licencias más largas, y en gobernadores mucho mayores; pero aun después que los cristianos entraron en la tierra, fue este daño mucho mayor en los señores, porque tomaban ellos y sus hijos la licencia más cumplida y copiosa que antes se les daba, porque cada uno era Inga en su tierra, y los vivos que se quedaban en los señoríos, con el amor de los padres y con la pretensión que se hiciese lomismo con ellos, alargábanse demasiadamente, e así sobre esto yo he castigado algunos con quien se ha podido averiguar, e algunas veces se han venido a mí huyendo otros que estaban disputados para este efecto.

Inquiriendo la razón, dicen haber sido por reverencia del Ticciviracocha, a quien ellos dirigen principalmente sus sacrificios, el que ellos tienen por criador universal llamándole de muchas maquiere decir Criador, y cuando tratan de la mar llámanle Tizivineras, por un nombre Pachayachochi, que es nombre general y Viracocha y otros nombres, que de todo dan su origen.

Allí donde pobló el Inga los pueblos en todo el reino, en cada uno dividió las tierras en esta forma: una parte de ellas aplicó para la religión, dividiéndola entre el Sol y el Pachayachachi y el trueno, que ellos llaman Chucuylla, y la Pachamama, y los muertos, y otras guacas y adoratorios universales y particulares del pueblo, que sería larga historia tratar de esto en particular, porque los cargó tanto y obligó a sacrificios, que aunque no tuviera otra cosa en qué entender, no estuviera muy desocupado. He hizo adoratorios de diversas advocaciones, todas las cosas que parecían notables de fuentes y manantiales, y puquios, y piedras, y ondas y valles y cumbres, que ellos llamaban apachetas, e puso a cada cosa su gente, e les mostró la orden que habían de tener en sacrificar cada una de ellas, y para qué efecto, y puso quien se lo enseñase, y en qué tiempo y con qué género de cosas.

Como está dicho el Pachayachachi, que ellos tenían por criador universal, y el Sol, y el trueno, que llamaron ellos Tilcuylle, y la Pachamama y otra infinidad de adoratorios que tenían, los más tenían su ganado aparte y se tenía cuenta y razón con la lana que dello procedía, y se mandaba labrar y llevar en cada año,

la cual ropa y ganado se distribuia en la ciudad del Cuzco, donde era la fuerza de los sacrificios, y en vestir la gente del servicio de las casas y gente del servicio de las guacas y adoratorios, que era en gran cantidad y lo quemaban por los dias señalados del año conforme a lo estatuido, sin otras necesidades extraordinarias porque se multiplicaban los sacrificios.

PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA.—

Nació en Pontevedra, no se sabe con exactitud en qué año; murió en España, en 1587. Durante su época fue más conocido como navegante e inventor de instrumentos náuticos y como uno de los más excelentes cartógrafos. Había ingresado en la Marina en 1550, y comandó dos expediciones al estrecho de Magallanes, recomendando a la Corona el establecimiento de una colonia española que defendiera las excursiones de los piratas ingleses. Sobre estas expediciones escribió una "Relación" con algunos mapas incluidos. Estuvo prisionero en Inglaterra y en Francia, de los hugonotes, siendo rescatado por Felipe II, que le tenía gran estima. A consecuencia de estar perdido en el Océano y necesitando orientarse, construyó un nuevo género de Báculo y ballestilla. Es autor de un Atlas, uno de los más completos de su tiempo. Estando en el Perú, el Virrey Toledo le encargó la visita general del Cuzco. Escribió allí un libro, por recomendación especial de Toledo, para refutar la obra de Las Casas; en él se hace mención de lo que hoy es Bolivia en los capítulos XIV al XLL. Su obra se intitula: **"Historia de los Incas"** o Historia General llamada Índica; fue terminada en 1572 y es demasiado parcializada. Su estilo es directo y claro, con una tendencia a exagerar los hechos, pero contiene datos sumamente importantes sobre el imperio que complementan algunos vacíos existentes en las demás crónicas.

FRAGMENTOS DE LA "HISTORIA INDICA"

Pachacuti Inga Yupanqui Conquista a la Provincia de Collasuyu.

Al sur del Cuzco es una provincia llamada Collasuyu o Collas, tierra llana muy poblada, en la cual en el tiempo de Pachacuti Inga Yupanqui estaba en el Cuzco, después de haber conquistado las provincias arriba dichas, había un cinche llamado Chuchi o Colla Capác, que todo es uno. Este Chuchi Capác creció tanto en autoridad y riquezas con aquellas naciones del Collasuyu, que le respetaban todos los Collas, por lo cual se hacía llamar Inga Capac.

De envidia de lo cual Pachacuti Inga Yupanqui determinó conquistalle a él y a todas las provincias del Collao. Y para esto juntó a su gente de guerra y marchó la vuelta del Collao en demanda de Chuchi Capac, que esperando estaba en Hatuncolla, pueblo del Collao, donde él tenía su morada, cuarenta leguas del Cuzco, sin hacer caso de la ida ni aparatos del Inga Yupanqui. El cual, luego que fue cerca de Hatuncolla, envió a Chuchi Capac sus mensajeros, pidiéndole que le sirviese y obedeciese, sino que se apercibiese para otro día que se verían en batalla y experimentarían la fortuna. Desta embajada recibió mucha pesadumbre Chuchi Capac y respondióle soberbiamente, quél se holgaba de que hubiese venido a darle obediencia como las demás naciones, a quien él había conquistado, y que si así no lo pensaba hacer, que aparejase su cabeza, con la cual pensaba beber triunphando de la victoria que dél habría, si viniesen a batalla.

Con esta respuesta Inga Yupanqui otro día ordenó su gente y acercóse a Chuchi Capac, que esperándole estaba con la suya a punto de pelear. Y luego que se dieron vista arremetieron los unos a los otros y porfiaron la batalla gran rato, sin que de ningún cabo se reconociese ventaja. E Inga Yupanqui, como era muy diestro en el pelear, andaba acudiendo a todas partes, peleando y mandando y animando a su gente. Y viendo que los Collas se le resistían y duraban tanto en la batalla, volvió el rostro a los suyos y con una voz alta afeó a los suyos aquel caso diciéndoles: "O ingas del Cuzco! ¡Vencedores de toda la tierra! ¿y cómo no tenéis vergüenza, que una gente tan inferior a vosotros y tan desigual en las armas se os iguale y resista tanto tiempo?" Y con esto tornó a pelear, y los suyos avergonzados desta reprehensión apretaron a los enemigos tal arte, que los rompieron y desbarataron. Mas Inga Yupanqui, como varón guerrero, y que sabía

que al fin de aquella victoria consistía en haber el Chuchi Capac, aunque andaba peleando miraba por él a todas partes, y viéndole en medio de la gente, arremetió con la gente de guarda que traía y prendió a Chuchi Capac y lo entregó a quien lo llevase al real y lo guardase. Y él con los demás acabaron de vencer la batalla y seguir el alcance, hasta que prendió a los capitanes y caudillos chinches, que allí se habían hallado. Y Pachacutí se fue a Hatuncolla, silla y morada de Chuchi Capac, adonde estuvo hasta que todos los pueblos que ovedecían a Chuchi Capac, le vinieron a obedecer, y le trajeron muchos y muy ricos presentes de oro y plata y ropas y otras cosas de precio.

Y dejando guarnición y gobernador en su nombre, que le guardase a Collasuyu, se volvió al Cuzco, trayendo preso a Chuchi Capac y a los demás prisioneros con los cuales entró triunphando en el Cuzco, adonde le tenían aparejado un solemnísimo triunpho, en el cual metió delante de sus andas al Chuchi Capac y los demás presos de los Collas, vestidos con unas ropas largas cerradas y llenas de borlas por afrenta, para que fuesen cognocidos. Y llegado a la casa del Sol, ofresció los captivos y despojos al Sol, el cual —digo su estatua o su sacerdote por él— pisó todo el despojo y preso que Pachacutí obo de los Collas, que fue dar una gran honra al Inga. El cual, acabado el triunpho, para darle buen remate, hizo cortar la cabeza al Chuchi Capac y ponerla en la casa llamado Llaxaguasi con los demás que allí tenía de los otros cinches, que había muerto. Y a los demás capitanes cinches de Chuchi Capac hizo hechar a las fieras que para esto tenía encerradas en una casa llamada Sangaguacy.

Alzanse los Collas, hijos de Chuchi Capac contra Inga Yupanqui procurando su libertad.

Después que Inga Yupanqui hizo las fiestas del triunpho del vencimiento de Chinchaysuyu y hizo los mitimaes, despidió los ejércitos y él se fue a Yucay y hizo los edificios cuyas ruinas y vestigios agora allí paresecn. Y estos acabados, fue por el mismo valle y río de Yucay abajo a un asiento que agora llaman Tambo, ocho leguas del Cuzco, adonde hacía unas suntuosísimos edificios. Y la obra y albañería de los cuales andaban trabajando como captivos los hijos de Chuchi Capac, el gran cinche del Collao, a quien como antes dije, venció e mató el Inga en el Collao. Estos hijos de Chuchi Capac, viéndose tratar tan aviltadamente y acordándose que eran hijos de un hombre tan principal y rico

como su padre, y viendo que a la sazón Inga Yupanqui había despedido la gente de guerra, acordaron de aventurar la vida procurando su libertad. Y así una noche se huyeron con toda la gente que allí estaba y dióronse tal diligencia que aunquel Inga embió tras ellos, no pudieron ser alcanzados ni habidos. Y por las partes que pasaban, iban alzando la tierra contra el Inga. Y no era menester mucho, porque como todos estaban violentos, no aguardaban más que la primera coyuntura para se alzar. Y con este tal favor fácilmente se alzaron muchas naciones, aun los que estaban muy cerca del Cuzco, y principal se alzó Collasuyu y todas sus provincias.

El Inga, visto esto, mandó juntar mucha gente de guerra y pidió favor de gente a Guzmango Capac y Chimo Capac. Y juntó gran número de gente, y hechos sus sacrificios y calpa, y enterrando algunos niños vivos a que llaman Capac Cocha, porque sus ídolos les favoresciesen en aquella guerra, y estando todo a punto para se partir a la guerra, nombró por capitanes del ejército a dos hijos suyos, hombres valerosos, nombrados el uno Topa Ayar Mongo y al otro Apo Paucar Usno. Y partió el Inga del Cuzco con más de doscientos mil hombres de guerra y caminó en demanda de los hijos de Cuchi Capac, que también estaban con mucho poder de gente y armas y ganosos de se ver con el Inga y pelear por la vida con los Cuzcos y sus devotos.

Y como los unos buscasen a los otros, brevemente se toparon y se dieron una batalla muy porfiada y sangrienta, adonde hubo grandes crueldades, porquelos unos peleaban por la vida y la libertad y los otros, por la honra. Y como los Cuzcos eran más disciplinados y diestros en la guerra y más en número que los contrarios haciánles ventaja. Mas los Collas, por no verse captivos de hombre tan inhumano y cruel como el Inga, querían más morir peleando, que verse rendir; y así se metían por las armas de los orejones, los cuales con grandes crueldades mataban a los Collas cuantos se les ofrescían delante. Y los hijos del Inga hicieron ese día grandes cosas por sus manos en la batalla.

Y así los Collas fueron vencidos, muertos y presos la mayor parte dellos, y los que huyeron siguieron el alcance hasta un pueblo llamado Lampa. Y curó allí los heridos de su campo y reparó los escuadrones y mandó a sus dos hijos Topa Ayar Mango y Apo Paucar Usno que pasasen delante conquistando hasta los Chichas y allí pusiesen sus mojones y se volviesen. Y él desde allí se tornó al Cuzco a triunphar de la victoria ganada.

Luego que el Inga Yupanqui se volvió al Cuzco, y como es dicho, dejó a sus dos hijos en el Collao, partieron los dos hijos de Lampa y fueron la vuelta de Hatumcolla, donde supieron que los Collas se habían reformado de gente y armas, para tornar a pelear con los Cuzcos, y que habían alzado como Inga a uno de los hijos de Chuchí Capac. Los Ingas llegaron a donde estaban los Collas aguardando en arma; viéronse y pelearon valerosamente los unos y los otros, en que obo de ambas partes muchos muertos. Y en fin de la batalla los Collas fueron vencidos y el nuevo Inga tomado en manos. Y así fueron tercera vez conquistados los Collas por los Cuzcos. Y por mandado del Inga, dejaron sus hijos generales del campo en Hatumcolla preso el nuevo Inga del Collao con guarda y buen recaudo. Los demás capitanes pasaron prosiguiendo su conquista como el Inga se lo mandaba la vuelta de los Chichas y Charcas.

Y así fueron los hijos de Yupanqui conquistando todo el Collasuyu. Mas como llegasen cerca de los Charcas, los naturales de las provincias de Paria, Tapacari, Cotabambas, Poconas y Charcas, se retiraron a los Chichas y Chuyes, para que allí todos juntos peleasen con los Ingas, los cuales llegaron a donde las dichas naciones, que estaban juntas aguardándolos. Y los Ingas partieron su campo en tres partes. Un escuadrón de cinco mil hombres echaron por la montaña, y otro de veinte mil por la parte de hacia la mar, y la resta caminó por el camino derecho. Llegaron al sitio fuerte donde los Charcas y sus aliados estaban, y pelearon con ellos, y los Cuzcos fueron vencedores y hubieron de allí grandes despojos y riquezas de plata que sacaban de aquellos naturales de las minas de Porco. Y es de notar que los cinco mil orejones que entraron por la montaña, nunca más se supo de ellos que se hubiesen hecho. Y con esta victoria, dejando subjetas las provincias dichas, se tornaron Amaro Topa Inga y Apo Paucar Usno al Cuzco, adonde triunpharon de sus victorias. Y Pachacutí les hizo muchas mercedes y se regocijó haciendo muchas fiestas y sacrificios a sus ídolos.

CRISTOBAL DE MOLINA.

Nació en el Cuzco y fue cura de esa ciudad. Por espacio de mucho tiempo se confundió con el cronista español del mismo nombreque había nacido en Santiago (España) y escribió una "Relación de la Conquista y Población del Perú" (1552). No se sabe

con certeza cuándo nació y murió. Su obra "Relación de las Fábulas y Ritos de los Incas", escrita en 1572 y, posiblemente, terminada en 1591, es una de las más completas relaciones sobre la religión y las costumbres del tiempo de los incas. Su estilo es rico en sugerencias y contenido. Molina posee una maestría admirable para lo descriptivo. Y, posteriormente, ha sido muy explotado por los cronistas que conocieron su obra. El libro de Molina es una de las fuentes históricas más fidedignas en lo que se refiere a la documentación y los datos que aporta para el conocimiento de la cultura incaica.

FRAGMENTOS DE "RELACION DE LAS FABULAS Y MITOS DE LOS INCAS"

Dicen estos orejones que la manera que tuvieron para tener señor entre sí, fue que de una laguna questá treinta leguas de Cuzco en la tierra del Collao, que se llama Titucaca, salió el principal dellos que se llamaba Inca Viracocha, que era muy entendido y sabio, y decía que era hijo del Sol, y éste dicen ellos que les dio policía de vestidos y se dio a conquistar las provincias comarcanas al Cuzco . . .

Por ser tan confusa la historia destos naturales de estos reinos no quiero traer más origen de los señores de ellos de lo que los antiguos, que al tiempo que los españoles entraron en la tierra, se acordaban por vista de ojos, porque esto es lo verdadero pues no alcanzaban letras para más de lo que la vista les diese a entender, y es de saber que cuando los españoles entraron en el Cuzco había indios que se acordaban de un señor Inga que se llamaba Zupa (¿Tupa?) Inga—Yupanque. Conquistó por su persona, según dicen los indios, la mayor parte de estos reinos, y fue muy valeroso e hizo y acrecentó los caminos reales de la sierra y llanos. Este conquistó el Collao, que se rebeló muchas veces, y desde el Cuzco hasta la provincia de Chile, que son quinientas leguas, y toda su habitación fue desde el Cuzco hasta el estrecho de Magallanes . . .

La manera que el Inga tuvo de conquistar tanta tierra era que, comenzando desde el Cuzco, poco a poco, peleando con los comarcanos, los vencieron a todos; y pasando delante, en ganando la provincia los mandaba que se vistiesen todos a la manera de los Ingas, ellos y sus mayores, e hiciesen sus casas de piedra y pueblo en el camino real con su plaza y aposentos del Inga y aposentos

para la gente de guerra; y ésto hecho, cada vez engrosaba el Inga su ejército para lo de adelante...

Era el Inga y todos sus súbditos enemiguísimos de todos los quese alzaban, y con los que más vecesse las habian rebelado estaban peor él y todas sus provincias, y eran tenidos en gran aprobio de todos y no les permitían ningún género de armas...

Todas las veces que los indios comían cosa, ofrecen al Sol, y si se hallan junto al fuego la hechan en él por manera de adoración, con gran reverencia; y cada vez que pasan por algún puerto de nieve o frío, que encumbra, tienen allí por guaca o adoración, y señal que las hay, un gran montón de piedras, y en muchas partes puestas muchas saetas ensangrentadas, y ofrecen allí de lo que llevan; y algunos dejan allí algunos pedazos de plata y otros se tiran de las cejas y pestañas algunos cabellos y los ofrecen con gran reverencia y tienen por costumbre de caminar por allí muy calladamente, y no usan hablar, porque dicen si hablan se enojarán los vientos y echarán mucha nieve y los matarán...

El Inga, señor principal, se intitulaba por este vocablo, Capa Inga, que quiere decir solo señor, y tenía otro nombre de que aun más se apreciaba, y se le llamaba por gran excelencia y con gran acatamiento, que era Indecturri, que quería decir hijo del Sol, porque el Inga daba a entender que era hijo del Sol. Y con este título se hacía adorar y gobernaba principalmente, en tanto grado, que nadie usaba ir contra su palabra ni voluntad, aunque hubiese de matar cien mil indios, no había uno en su reino que se osase decir que no lo hiciese. A todo lo que el Inga decía le respondían: "Oh Inga!", como si dijesen, es muy bien, Inga, y nadie salía ni osaba salir aunque fuese la segunda persona, so pena de que había de morir por ello.

La manera de las idolatrías destos reinos, todas procedían de los que había en la ciudad del Cuzco, porque, como tengo dicho, cuando el Inga ganaba una provincia les daba las maneras de las que habían de guardar en su servicio y lo que habían de adorar, y las que instruían en los sacrificios, y les mandaban hacer sus adoratorios y doctarlos y ofrecerles muy largos con muy gran servicio. La orden por donde ellos formaban sus huacas, que ellos llamaban la idolatría, era porque decían que a todos criaba el Sol, y que los daba madre por madre; y al fuego, y al maíz y a las otras sementeras, y a las obejas y ganados, a la chicha, que es el bre-

vaje que ellos usan, decían que el vinagre de ella era la madre, y lo reverenciaban y lo llamaban mama, agua madre del vinagre, y cada cosa adoraban desta manera, y le tenían hechos, como digo, casas, y puesto su gran respeto. Y al oro asimismo decían que era lágrimas que el sol lloraba; y así, cuando hallaban un grano de oro grande en las minas, sacrificábanle y henchíanlo de sangre, y poniéndole en su adoratorio, decían que estando allí aquella huaca o lágrima del sol, todo el oro de la tierra se venía a juntar con él, y que aquella manera los que lo buscaban lo hallarían muy fácilmente. De esta manera, procediendo por todos lo enseñaban a todas las provincias que conquistaban, y les hacían a todas las huacas.

Y así dicen que los unos salieron de cuevas, los otros de cerros y otros de fuentes, y otros de lagunas y otros de pies de árboles y otros desatinos desta manera, y que por haber salido y empezando a multiplicar destos lugares, y haber sido de allí el principio de su linaje, hicieron huacas y adoratorios estos lugares en memoria del primero de su linaje que de allí procedió, y así son de diferentes figuras las huacas que adoran y que usan. Hubo algunas naciones que tuvieron noticia antes que el Inga los sujetase, que había un hacedor de todas las cosas, al cual, aunque le hacían algunos sacrificios, no eran en tanta cantidad ni con tanta veneración como a sus huacas.

También tenían que todas las veces que alguna cosa se esmerase entre las de su género, en ser más hermosa, luego la adoraban y le hacían huaca o adoratorio.

Hacían sacrificios por el Hacedor, y el Sol, Luna y Trueno y por el Inga, y por los que se habían armado caballeros. Era el sacrificio que hacían de mucha cantidad de ganado, y ropa, y oro y plata, y otras cosas.

Iban a Curicancha por la mañana y a medio día, y a la noche, llevando los carneros que se habían de sacrificar aquel día, los cuales traían al rededor de los ídolos y huacas y llamados Punchao Inca, que era el Sol y el Pachayachachi, que era otro ídolo figura de hombre, que quiere decir dicho vocablo Hacedor, y otro ídolo llamado Chuquiylla y Ilapa, que era la huaca del relámpago y trueno y rayo, la cual huaca era la forma de persona, aunque no le veían el rostro. Y luego por la mañana enviaban un carnero a Guanacauri, que es la huaca principal que ellos tienen.

Y así en toda la provincia y la tierra que sujetó Inca Yupanqui en las cabezas de provincias mandó que le hiciesen templo por sí (al Hacedor) y tuviesen sus ganados, criados y chácaras y ha-

ciendas de donde se le hiciesen los sacrificios. También éste hizo hacer casas al Trueno, en la ciudad del Cuzco y en todas las provincias juntamente con las del Sol y Hacedor. Tenía su templo esta huaca, y haciendas, ganados y criados por sí para sus sacrificios.

JOSE DE ACOSTA.

Nació en Medina del Campo, en 1540. Ingresó a la Orden de los jesuitas y vino como Provincial al Perú. Murió en 1599. Recorrió gran parte del territorio del bajo y el alto Perú, llegando a comprender con gran sagacidad y admiración las antiguas realizaciones de los indígenas. Es por eso que su obra no adolece de exageraciones ni de falsificaciones, siendo más bien favorable a la cultura incaica. Fue muy amigo del famoso **Blas Valera**, con quien escribió un "**Catecismo de la lengua aymara**". Su principal obra es la "**Historia Natural y Moral de las Indias**" (1590), en la que se encuentran datos fidedignos y bien utilizados sobre las costumbres, la historia y la religión del Incario. Su estilo es uno de los mejores entre todos los cronistas, por su claridad, sencillez y vigor expresivo, siempre muy agradable de leer. Es autor, además, de una apología presentada al Concilio de Lima, realizado en 1583: "**De Procuranda Indorum salute**".

FRAGMENTOS DE LA "HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS"

De los Edificios y Orden de Fábricas de los Incas.—

Los edificios y fábricas que los Incas hicieron en fortalezas, en templos, en caminos, en casas de campo, y otras, fueron muchos, y excesivo trabajo, como lo manifiestan al día de hoy las ruinas y pedazos que han quedado, como se ven en el Cuzco, en Tiahuanacu y en Tambo, y en otras partes, donde hay piedras de inmensa grandeza, que no se puede pensar cómo se cortaron y asentaron donde están. Para todos estos edificios y fortalezas, que el Inca mandaba hacer en el Cuzco, y en diversas partes del reino, acudía grandísimo número de todas las Provincias, porque la labor es extraña, y para espantar; y no usaban de mezcla, ni

tenían hierro, ni acero para cortar y labrar las piedras, ni máquinas, ni instrumentos para traerlas, y con todo están tan pulidamente labradas, que en muchas partes apenas se ve la juntura de unas con otras; y son tan grandes muchas piedras de éstas, como está dicho, que sería cosa increíble si no se viese. En Tiahuanacu medí yo una de treinta y ocho pies de largo, y diez y ocho de ancho, y el grueso sería de diez pies; y en la muralla de la fortaleza del Cuzco, que está de mampostería, hay muchas piedras de mayor grandeza: y los que más admira es, que no siendo cortadas éstas que digo de la muralla por regla, sino entre sí muy desiguales en el tamaño y en la facción encajan unas con otras con increíble juntura sin mezcla.

Todo esto se hacía a poder de mucha gente, y con gran sufrimiento en el labrar, porque para encajar una piedra con otra, según están ajustadas era forzoso probarla muchas veces, no estando las más de ellas iguales, ni llenas. El número que había de acudir de gente para labrar piedras y edificios el Inca lo señalaba cada año, la distribución, como en las demás cosas, hacían los indios entre sí, sin que nadie se agraviase; pero aunque eran grandes estos edificios, comunmente estaban mal repartidos y aprovechados, y propiamente como mezquitas o edificios de bárbaros. Arco en sus edificios no lo supieron hacer ni alcanzaron mezcla para ello. Cuando en el río de Jauja vieron derribar las cimbrias, hecharon a huir, entendiendo que se había de caer luego la puente, que es de cantería: como la vieron quedar firme, y a los españoles andar por encima, dijo el cacique a sus compañeros: Razón es servir a éstos que bien parecen hijos del Sol.

EL INCA MAYTA CAPAC

El Inca Mayta Capac (cuyo nombre no tiene que interpretar, porque Mayta fue nombre propio, en la lengua general no significa cosa alguna, y el nombre Capac ya está declarado) habiendo cumplido con las ceremonias del entierro de su padre, y con la solemnidad de la posesión de su reino, volvió a visitarle como rey absoluto, que aunque en vida de su padre lo había visitado dos veces, había sido como pupilo restringido debajo de tutela, que no podía oír de negocios, ni responder de ellos, ni hacer mercedes sin la presencia y consentimiento de su consejo, a los cuales tocaba el ordenar la respuesta y los decretos de las peticiones, pronunciar las sentencias y tantear y proveer las mercedes que el princi-

pe hubiese de hacer, aunque fuese heredero, si no tenía edad para gobernar, que era ley de reino. Pues como se viese libre de ayos y tutores, quiso volver a visitar sus vasallos por sus provincias; porque, como ya hemos apuntado, era una de las cosas que aquellos príncipes hacían, de que más se favorecían los súbditos: por ésto y por mostrar su ánimo liberal, magnífico, manso y amoroso, hizo la visita con grandes mercedes de mucha estima a los curacas y a las demás gente común.

Acabada la visita, volvió al ánimo al principal blasón que aquellos incas tuvieron, que fue llamar y traer gente bárbara a su vana religión, y con el título de su idolatría cubrían su ambición y codicia de ensanchar su reino. Ora sea por lo uno o por lo otro, o por ambas cosas, que todo cabe en los poderosos, mandó levantar gente, y venida la primera salió con doce mil hombres de guerra, cuatro maestres de campo y los demás oficiales y ministros de ejército, y fue hasta el Desaguadero de la gran laguna Titicaca, que por ser llana la tierra del Collao le parecía más difícil de conquistar que otra alguna, y también porque la gente de aquella región se mostraba más simple y más dócil.

Llegado al Desaguadero mandó hacer grandes balsas en que pasó el ejército, y a los primeros que halló envió los requerimientos acostumbrados, que no hay para qué repetirlos tantas veces. Los indios obedecieron fácilmente por las maravillas que habían oído decir de los incas, y entre otros pueblos que se redujeron fue uno Tihuanacu, de cuyos grandes e increíbles edificios será también que digamos algo. Es así que entre otras obras que hay en aquel sitio, que son para admirar una de ellas es un cerro o collado hecho a mano, tan alto para ser hecho de hombres que causa admiración y porque el cerro y la tierra amontonada no se les deslizase y allanase el cerro, lo fundaron sobre grandes cimientos de piedra, y no se sabe porqué fue hecho aquel edificio. En otra parte apartada de aquel cerro estaban dos figuras de gigantes entallados de piedra, con vestimentas largas hasta el suelo, y con sus tocados en las cabezas todo ello bien gastado del tiempo, que muestra su mucha antigüedad. Vése también una muralla grandísima de piedras tan grandes, que la mayor admiración que causa es imaginar qué fuerzas humanas pudieron llevarlas donde están, siendo como es verdad que en muy gran distancia de tierra no hay peñas ni canteras de donde se hubiesen sacado aquellas piedras. Vense también en otra parte otros edificios bravos, y lo que más admira son unas grandes portadas labradas de una sola piedra por todas cuatro partes. Aumenta la maravilla de es-

tas portadas, que muchas de ellas están sentadas sobre piedras que, medidas algunas, se hallaron tener treinta pies de largo, quince de ancho y seis de frente; y estas piedras tan grandes y las portadas son de una pieza; las cuales otras no se alcanzan ni entiende con qué instrumentos o herramientas se pudieron labrar, y pasando delante con la consideración de esta grandeza es de advertir, cuántos mayores restarían aquellas piedras antes que se labraran.

Los naturales dicen que todos estos edificios y otros que no escriben, son obras antes de los Incas, y que los Incas a semejanza de éstos hicieron la fortaleza del Cuzco, que adelante diremos, y que no saben quién los hizo, más de que oyeron decir a sus pasados que en una sola noche remanecieron hechas todas aquellas maravillas. Las cuales obras parece que no se acabaron, sino que fueron principios de la que pensaban hacer los fundadores. Todo lo dicho es de Pedro Cieza de León, en la demarcación que escribió del Perú, y sus provincias, capítulo ciento cinco, donde largamente escribe estos y otros edificios que en suma hemos dicho: con los cuales me pareció juntar otros que me escribe un sacerdote condiscípulo mío, llamado Diego de Alcobaza, a quien puedo llamarlo hermano, porque ambos nacimos en una casa, y su padre me crió como ayo. Este, entre otras relaciones que de mi tierra á y otros me han enviado, hablando de estos grandes edificios de Tihuanacu dice estas palabras: Tihuanacu, provincia del Collao, entre otras hay una gran antiguedad digna de inmortal memoria, está pegada a la laguna llamada por los españoles Chacuytu, cuyo nombre propio es Chuquivitu: allí están unos edificios grandísimos entre los cuales está un patio cuadrado de quince brazas a una parte y a otra, con su cerca de más de dos estados de alto. A un lado del patio está una sala de cuarenta y cinco de largo y veinte y dos de ancho, cubierta a semejanza de las piezas de paja que vuestra merced vio en la casa del Sol en esa ciudad del Cuzco, el patio que tengo dicho con sus paredes y suelo, la sala, su techumbre cubierta, las portadas y umbrales de dos puertas que la sala tiene y otra puerta que tiene patio, todo esto es una sola pieza hecha y labrada en un peñasco, y las piedras del patio y de la sala son de tres cuartas de vara de ancho, y el techo de la sala por de fuera parece de paja, aunque es de piedra, porque como los indios cubren sus casas con paja, porque semejase ésta a las otras, peinaron la piedra y la rayaron para que pareciese cobija de paja. La laguna bate en un lienzo de los del patio: los naturales dicen que aquella casa y los demás edificios los

tenía dedicados al Hacedor del Universo. También hay allí cerca otra gran suma de piedras labradas en figuras de hombres y mujeres, tan al natural que parece que están vivos, bebiendo con los vasos en las manos, otros sentados, otros que van pasando un arroyo que por entre aquellos edificios pasa: otras estatuas están con sus criaturas en las faldas y regazo, otras las llevan a cuestas, y otras de mil maneras. Dicen los indios presentes, que por grandes pecados que hicieron los de aquel tiempo, y porque apedrearon a un hombre que pasó por aquella provincia, fueron convertidos en aquellas estatuas. Hasta aquí son palabras de Diego de Alcobeza, el cual en muchas provincias de aquel reino ha sido vicario y predicador de los indios, que sus prelados lo han mudado de unas partes a otras, porque como mestizo natural de Cuzco sabe mejor el lenguaje de los indios que otros no naturales de aquella tierra, y hace más fruto.

LA CRONICA JURIDICA: — JUAN DE MATIENZO

Nació en Valladolid en 1510. Debió llegar al Perú poco antes de 1560, porque en esa fecha ya era Oidor de la Audiencia de Charcas, cargo que ocupó hasta su muerte, sucedida en 1580, — aunque existen algunos autores que creen vivió hasta 1587. Juntamente con Polo de Ondegardo, colaboró al Virrey Toledo en la redacción de sus Ordenanzas. Matienzo era un caso bastante raro de probidad; como magistrado su actuación fue irreprochable; y, por su percepción de la realidad, por su conocimiento de los problemas políticos, sociales e históricos de aquel tiempo, realmente asombra, puesto que ya entonces propuso ciertas medidas al gobierno español referentes a un cambio casi total de la vida política americana; cambios que de haber sido seguidos habrían evitado muchos daños al Alto Perú, al mismo tiempo que demuestran el interés que Matienzo tenía por estas tierras. Respecto a sus opiniones sobre los incas, vertidas en varias obras suyas, si bien son adversas no por eso dejan de desconocer algunas de las más importantes realizaciones debidas a ellos. De ahí que la importancia de su obra jurista sea más bien esa proyección político-económica hacia el futuro que él preconiza, principalmente en su libro: "Gobierno del Perú" (1573), que aunque está escrito en estilo bastante árido, pero claro y concreto, no deja de tener ciertos aciertos estilísticos.

tas portadas, que muchas de ellas están sentadas sobre piedras que, medidas algunas, se hallaron tener treinta pies de largo, quince de ancho y seis de frente; y estas piedras tan grandes y las portadas son de una pieza; las cuales otras no se alcanzan ni entiende con qué instrumentos o herramientas se pudieron labrar, y pasando delante con la consideración de esta grandeza es de advertir, cuántos mayores restarían aquellas piedras antes que se labraran.

Los naturales dicen que todos estos edificios y otros que no escriben, son obras antes de los Incas, y que los Incas a semejanza de éstos hicieron la fortaleza del Cuzco, que adelante diremos, y que no saben quién los hizo, más de que oyeron decir a sus pasados que en una sola noche remanecieron hechas todas aquellas maravillas. Las cuales obras parece que no se acabaron, sino que fueron principios de lo que pensaban hacer los fundadores. Todo lo dicho es de Pedro Cieza de León, en la demarcación que escribió del Perú, y sus provincias, capítulo ciento cinco, donde largamente escribe estos y otros edificios que en suma hemos dicho: con los cuales me pareció juntar otros que me escribe un sacerdote condiscípulo mío, llamado Diego de Alcobaza, a quien puedo llamarlo hermano, porque ambos nacimos en una casa, y su padre me crió como ayo. Este, entre otras relaciones que de mi tierra él y otros me han enviado, hablando de estos grandes edificios de Tihuanacu dice estas palabras: Tihuanacu, provincia del Collao, entre otras hay una gran antiguedad digna de inmortal memoria, está pegada a la laguna llamada por los españoles Chacuytu, cuyo nombre propio es Chuquivitu: allí están unos edificios grandísimos entre los cuales está un patio cuadrado de quince brazas a una parte y a otra, con su cerca de más de dos estados de alto. A un lado del patio está una sala de cuarenta y cinco de largo y veinte y dos de ancho, cubierta a semejanza de las piezas de paja que vuestra merced vio en la casa del Sol en esa ciudad del Cuzco, el patio que tengo dicho con sus paredes y suelo, la sala, su techumbre cubierta, las portadas y umbrales de dos puertas que la sala tiene y otra puerta que tiene patio, todo esto es una sola pieza hecha y labrada en un peñasco, y las piedras del patio y de la sala son de tres cuartas de vara de ancho, y el techo de la sala por de fuera parece de paja, aunque es de piedra, porque como los indios cubren sus casas con paja, porque semejase ésta a las otras, peinaron la piedra y la rayaron para que pareciese cobija de paja. La laguna bate en un lienzo de los del patio: los naturales dicen que aquella casa y los demás edificios los

tenía dedicados al Hacedor del Universo. También hay allí cerca otra gran suma de piedras labradas en figuras de hombres y mujeres, tan al natural que parece que están vivos, bebiendo con los vasos en las manos, otros sentados, otros que van pasando un arroyo que por entre aquellos edificios pasa: otras estatuas están con sus criaturas en las faldas y regazo, otras las llevan a cuestas, y otras de mil maneras. Dicen los indios presentes, que por grandes pecados que hicieron los de aquel tiempo, y porque apedrearon a un hombre que pasó por aquella provincia, fueron convertidos en aquellas estatuas. Hasta aquí son palabras de Diego de Alcobeza, el cual en muchas provincias de aquel reino ha sido vicario y predicador de los indios, que sus prelados lo han mudado de unas partes a otras, porque como mestizo natural de Cuzco sabe mejor el lenguaje de los indios que otros no naturales de aquella tierra, y hace más fruto.

LA CRONICA JURIDICA: — JUAN DE MATIENZO

Nació en Valladolid, en 1510. Debió llegar al Perú poco antes de 1560, porque en esa fecha ya era Oidor de la Audiencia de Charcas, cargo que ocupó hasta su muerte, sucedida en 1580, — aunque existen algunos autores que creen vivió hasta 1587. Juntamente con Polo de Ondegardo, colaboró al Virrey Toledo en la redacción de sus Ordenanzas. Matienzo era un caso bastante raro de probidad; como magistrado su actuación fue irreprochable; y, por su percepción de la realidad, por su conocimiento de los problemas políticos, sociales e históricos de aquel tiempo, realmente asombra, puesto que ya entonces propuso ciertas medidas al gobierno español referentes a un cambio casi total de la vida política americana; cambios que de haber sido seguidos habrían evitado muchos daños al Alto Perú, al mismo tiempo que demuestran el interés que Matienzo tenía por estas tierras. Respecto a sus opiniones sobre los incas, vertidas en varias obras suyas, si bien son adversas no por eso dejan de desconocer algunas de las más importantes realizaciones debidas a ellos. De ahí que la importancia de su obra jurista sea más bien esa proyección político-económica hacia el futuro que él preconiza, principalmente en su libro: "Gobierno del Perú" (1573), que aunque está escrito en estilo bastante árido, pero claro y concreto, no deja de tener ciertos aciertos estilísticos.

FRAGMENTOS DE "GOBIERNO DEL PERU"

Si conviene que aya Virrey o Governador en el Perú, y qué cualidades ha de tener, y cómo se ha de hacer en el Gobierno.

El gobierno de españoles es más importante, y de donde depende de la execusión de las leyes tocantes a Indias y todo lo demás, y es muy gran inconveniente el que a la república bien provayda de leyes no pone buenos y bastantes governadores, y aunque en el Perú se han proveydo gente tan principal y letrados, que no ha avido ninguno que aya dado asiento en el govierno de aquella tierra, y así parece que aya Virrey en aquel Reyno, que sea señor de título porque sea más tenido y reverenciado, que es la cosa que los de aquella tierra han más menester; gratíficaseles con este cargo sus servicios, tienen más experiencia de la guerra y es bien que dexe prendas en España; por otra parte parece que conviene que los que governaren aquel reyno sean letrados o cavalleros principales, sabios y prudentes, y no principales, ni grandes señores, porque estos yendo por virreyes no tenien aunque hagan algun excesso por el gran favor que tienen; Gastan mas de la Real Hazenda lo cual no se atreve a hacer un pobre cavallero o letrado; lleva un virrey muchos cavalleros y personas principales por criados, que cada uno de ellos piensa que el Perú es poco para él, danles de comer lo que ay en la tierra, olvidando a los que en ella han servido, mandando su magestad que estos sean preferidos, lo qual cesa en el letrado, y en que el señor lleva doblado salario y no tiene voto en cosas de justicia y el Letrado sí, que al fin con su voto suple el de otro oydor. Resta responder a las primeras razones que el señor será mas temido y reverenciado, aviando audiencias cessa esta razón, porque el virrey no puede castigar sino el audiencia; de mas de esto ninguno fué tan obedecido como Vaca de Castro y lo mesmo el de la Gasca y Castro. El autoridad no se atiene por ser señor, sino por dársela el Rey en quanto al pagalle con ello sus servicios y de sus passados, no se ha de tener esta consideración en el proveer los oficios, y finalmente paresce que se ha mostrado que aquella tirera querer ser governada por letrado, pues han sido los que mejor han governado y vencido las batallas. Las quelidades que ha de tener el que governare el Perú ha de ser virtuoso, buen Christiano, conocido por tal en su niñez y de mas hedad, y de buena fama, sea rrepublicano y tenga experiencia de las cosas de la tierra que huviere de governar, ha de tener cuydado de la rrepública, y aquel tiene más cuydado

de ella que mas la ama y aquel ama mas que tiene prendas en ella, de donde se entiende que no solo es dañoso estar el governador hazendado en aquel reyno, y arraygado él y sus hijos, mas aun, es necesario porque procura mas su conservación, y los que van por poco tiempo procuran de desfructar la tierra en gran daño de ella y de la Real Hazienda, porque si se diese medio para perpetuar la tierra rentaria a su Magestad tres vezes mas. Indios serían mejor tractados y el Rey augmentado y estas son las causas porque aquella tierra no ha sido bien governada.

Ay en los jueces mucha codicia, no ay justicia contra el rrico, yra, rrencor y amistad o enemistad, y el parentezco y el temor que tienen de los que han injuriado, por lo cual contra los tales no se alcance justicia, lo cual no se hecha de ver tanto como el tener el Governador o el Presidente o Oydores haziendas o hijos en la tierra.

Tambien el que governare aquella tierra no entre de presto a mudar las costumbres y hazer nuevas leyes y ordenanzas, hasta conoscer muy bien las condiciones y costumbres de los naturales de la tierra y españoles que en ella havitan, que como es larga son diversas las costumbres, como los templos, hase primero de acomodar a las costumbres de los que quieren governar y andar a su gusto, hasta que ganada con ellos la opinión y fee con la autoridad que tiene, hazerles mudar costumbres, y si de golpe quissiese quitar las borracheras de los indios que rresiden en Potosí, y se han y de si golpe se quisieren poner en orden a los caciques que no tiranizasen sus Indios, podria rresultar de ello algun daño; ha de provar primero en dos o tres rrepartimentos grandes y de otros tantos en la provincia de los llanos, para que lo vayan sintiendo menos, y si juntamente se echasen a todos los ociosos juntar seyan y podrian hazer algun daño. Primeroes menester aconsejarles que se appliquen, y al que echare mano a la espada o por otra liviana ocassión, echalle de la tierra, de manera que no quede en ella, porque quedando es hazer enemigo del que antes no lo era, gran prudencia ha menester el que governare saber entender las costumbres del vulgo, para entender por la vía que les ha de atraher a lo bueno, porque el no entender aquellos con quien ha de vivir y tractar, es causa de no ser tenido por tal governador qual conviene, y no pueda salir con lo que pretende, entonces ha de procurar enmendar las costumbres de sussubditos quando tuviere cobradas fuerzas y autoridad, ni opinión; también los que governaron han de ser eloquentes para persuadir con palabras a sus subditos a bien vivir; no han de ser parciales, no han de dar la reenta

que ay en la tierra a sus criados y amigos, sino a los que han servido a Su Magestad, excepto si los amigos los meresciessen por aver servido, y si algo de negar al amigo sea sin dezille palabras que le pesan, es cosa muy acertada por medido en sus promesas piérdese mucha autoridad ser un principe tenido por mentiroso, ha de ser liberal de lo fuere suyo y de lo que el Rey le manda que rreparta y no de lo ageno, ni de la Real Hazienda, que de esto no pueda hazer merced en ninguna manera.

No ha pezar al governador del Perú que las audiencias goviernen en su districtu fuera de las cosas que a el le fueron cometidas, antes sometiéndole a el todo el govierno lo devia de cometer a ellos por lo tener presente. No ha de hazer injuria a nadie, ni acordarse de las enemistades passadas. i huviere hazer alguna cossa de importancia tome consejo con los Oidores o con los mayores amigos que tuviere. No ha de confiar algun negocio de su govierno a algun hombre malo— no se ha de demudar— ni ensoberbecer— no ha de loar, ni reprender los hombres vana y ligeramente, no se ha enojar con los littigas aunque sean inoportunos la gente de aquella tierra españoles que en ella havitan quieren ser bien tractados de los governadores — la puerta abierta para oir a todos benigna y mansamente —suele aver en aquellos reynos algunos vandos entre soldados y vezinos encomenderos, y para el sosiego conviene que el governador no se allegue al un vando ni al otro, y lomesmo hagan los demas juezes, y ha de desear a los que viven en el Reyno paz y libertad — no tenga en poco las renzillas privadas— antes los castigue y envie a España y la falta de castigo y prevención en esto ha causado muchas calamidades, ha de ser medido en las visitas que nos les haga sino a obispo, o duque Cónde o Marquez —De parte de Su Magestad y de su consejo se deve dar en gran crédito y autoridad al tal governador— no ha de admitir quexas de hombres apasionados, aunque sean religiosos, ni dar crédito a los que dixeren hasta oyrle— Al tal governador le ha de dar su magestad buen salario— y los criados de su magestad conviene que sean rricos, que de no tener salario competente vienen a hacer lo que no deven— y a no hazer su oficio tan libremente...

CRONISTAS DEL SIGLO XVII:

JUAN DE SANTA CRUZ PACHACUTI

Su nombre completo era Juan de Santa Cruz Pachacuti Salkamaywa; había nacido en Santiago de Nananguaygu, en el Collasuyu; es, pues, el primer cronista nacido en territorio altoperuano. Se convirtió a la religión católica y, por lo tanto, declarose contrario a todas las creencias religiosas de sus antepasados. Escribió, en 1620, su "Relación de Antiguedades desde Reyno del Pirú". En ese libro existen muchos fragmentos de la poesía incaica, a la vez que innumerables datos históricos sobre los incas y los mitos antiguos. Su estilo es algo similar al de Guaman Poma de Ayala, pero cuida más de la forma y sabe interesar por sus narraciones que tienen muchísimo interés para la confirmación de algunas aseveraciones sobre la cultura del incario que afirmaran Garcilaso y otros cronistas. No se sabe con certeza el año de su nacimiento ni de su muerte.

FRAGMENTO DE "RELACION DE ANTIGUEDADES DESTE REYNO DEL PIRU"

... Han llegado entonces a estas provincias y reinos de Tabantinsuyu un hombre barduo, mediano de cuerpo y con cabellos largos, y con camisas algo largas, y dicen que era hombre pasado ya pasado más que de mozo... el cual andaba con su bordón y que enseñaba a los naturales con gran amor y le nombraban Tonapa o Tarapaca... Este varón dicen que llegó al pueblo de un cacique llamado Apotambo... y así por el Apotambo fueron oídos sus razonamientos con amor, y los indios dél sujetos los oyeron malas ganas; al fin por aquel día fué huesped el peregrino, el cual dicen que dió un palo de su bordón al dicho Apotambo... Dicen que aquel dicho palo que había dejado el dicho Tunapa, entregándole en las manos del dicho Apotambo, se convirtió en oro fino en el nacimiento de su descendiente, llamado Mancopacyncu, cuyos hermanos y hermanas eran siete, llamados Ayarcachi, Ayaruchu, Ayaraoca. El cual dicho Apotambocapac, despues que murió su padre y su madre, llamado Apotambo, Pacliamamaachi, y viéndose ya sin padre y siendo ya hombre, hizo la reseña de su gente para ver qué fuerzas tenía para el nuevo conquista que pre-

tendia hacerlo... Hizo su concierto con sus hermanos para buscar tierras, tomando sus vestidos ricos y armas, sacando aquel palo que había dejado el dicho Tunapa, el cual palo se llamó tupay.huñi, y dos aquillas de oro pequeñas con que había bebido el dicho Tunapa... y llamando a sus hermanos, y así se partió hacia el cerro de donde sale el sol, o mediodía... Y viniendo así, dicen que llegó al dicho cerro más alto de aquel lugar y se bajó hacia Collpapampa y con sus hermanos juntos, desde el pueblo de Sañuc, les vió desde lejos un bulto de persona y corrió uno de sus hermanos, entendiendo que era algun indio... Luego, como llegó uno de sus hermanos, que fué el menor, el dicho que parecía persona le llamó junto a sí, los tentó de la cabeza... Y el dicho Mancocapac, como su hermano tardó tanto, envió a su hermano para que lo llamasen, y lo mismo se quedó el uno y el otro, ojeado dequel guaca de Sañuc... Despues que vió a sus hermanos en aquel peligro, el dicho Mancocapac echó lágrimas con gran sentimiento y dolor... Y de allí se partió para Collpapampa y allí estuvieron algunos, y de allí se partió para Guamantianca, en donde estuvieron algun tiempo; y de allí para una población... Y despues le vido una peña que los naturales de allí, que son los Allcayvicas y Cullinchimas y Callaocachis le llaman Kuskocasa o rumi, y de allí se vino a llamarse Cuzcopampay y los ingas que despues se intitularon cuzcocapac o cuzcoinca.

Este Inca Apo Manco Capac se casó con su hermana carnal llamada Mamaocllo... Y asi comenzó a poner leyes morales para el buen gobierno de su gente, conquistándole a los inobedientes muchas provincias y naciones de los Taauantinsuyus benieron ellos mismos de sus bellas gracias con presentes ricas, y la nueva de nuevo inga le había corrido con gran fama, dándole en qué entender. Unos estuvieron muy alegres, otros afligidos, por como oyeron que era más poderoso que ninguno de los mas valientes y mas venturosos en las armas y mas amados de los valientes y capitanes y todas sus cosas se iban con mas prosperos y acrecentamientos.

Este inga Mancocapac fue enemigo de los guacas, y como tal los destruyó al curaca Pinaocapac con todos sus idolos; y lo mismo los venció a Tocaypaca... tuvo por su hijo legítimo a Sinchi Ruca Inga el cual heredó el estado de su padre...

FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA

Natural de Huamanga, nació en 1526. Era indio puro y descendiente de los curacas collas. Su padre adoptó el apellido que llevaba: Poma de Ayala. Su vida está llena de peripecias, de penurias y parece que siempre vivió errante. Al volver a su pueblo de origen, para morir, tenía 88 años. Su obra "La Nueva Crónica de Buen Gobierno", que fuera iniciada en 1587, recién estuvo terminada en 1613. Es una curiosa mezcla de libro ilustrado, con dibujos del mismo autor, y de crónica histórica. Posee un estilo confuso, nada claro, porque fue escrito en una rara combinación entre quechua y castellano. Guamán hace una relación completa de los orígenes del mundo y del imperio incaico, de los primeros incas, las coyas, los grandes capitanes, etc. Poma de Ayala, como descendiente de los antiguos curacas enemigos de los incas y sometidos por éstos, odiaba el régimen impuesto por el imperio. Su obra es de sumo interés, no sólo para el historiador sino para todo escritor y artista, porque en ella se puede estudiar muchos aspectos relativos a la poesía y a todas las diferentes manifestaciones culturales de los quechuas.

FRAGMENTO DE LA "NUEVA CRONICA DE BUEN GOBIERNO"

De este cuarto edad de indios llamado auca pacha runa descendiente de Noe y de su multiplico de uariura cocha runa y de auri runa y de porun runa. Esta gente duraron y multiplicaron dos mil y cien años. Estos dichos indios se salieron y se despoblaron de los dichos buenos sitios de temor de la guerra y alzamiento y contradición que tenian entre ellos. De sus pueblos de tierra baja se fueron a poblarse en altos cerros y peñas y por defonderse, y comenzaron a hacer fortalezas que ellos les llaman pucara. Edificaron las paredes y cerco y dentro de ellas casas y fortalezas y escondedijos y pozos para sacar agua de donde bebian y comenzaron a reñir y batallar y mucha guerra y mortanza con su señor y rey, y con otro señor y rey y bravos capitanes y valientes animosos hombres, y pelearon con armas, y con estas armas se vencían y habia muy mucha muerte y derramamiento de sangre hasta cautivarse, y se quitaban a sus mujeres y hijos, y se quitaban sus sementeras y chácaras y acequias de agua, y pastos, y fueron muy crueles, que se robaron sus haciendas, ropa, plata, oro, cobre hasta llevalle las piedras de moler, y tenían mucho ri-

queza entre ellos, y se hicieron grandes capitanes y valerosos príncipes. De puro valiente dicen que ellos se tornaban en la batalla leones y tigres y zorras y buitres, gavilanes y gato de monte, y ansi sus descendientes se llaman hoy poma, otoringo, atoc, condor, anca, usco, y así se llamaron de otros animales. Sus nombres y armas que tray, ya sus antepasados los ganaron en la batalla que ellos tuvieron. El más estimado nombre de señor fué poma, guaman, anca, condor, acapana, guanayanay, curi, cullque, como parece hasta hoy. Ha habido grandes reyes y señores prencipales y caballeros, duques y condes y marqueses en todo el reino. Esta gente de anca runa, puron runa, uari runa, uariuiracocha runa duraron y multiplicaron cinco mil y trescientos años. Despues comenzaron a conquistar los Ingas en este reino.

Junio: Cuzquiquilla. Este mes hacían la moderada fiesta del yntiraymi y se gastaba mucho en ello, y sacrificaban al sol, y enterraban el sacrificio llamado Capococha, que enterraban a los niños inocentes quinientos, y mucho oro y plata, y mullo.

Diciembre: Capac yntiraymi, que en este mes hacia la gran fiesta y pascua solemne del sol... que en este mes hacia grandes sacrificios al sol, mucho oro y mucha plata y vajillas, que entierran quinientos niños inocentes y niñas. Los entierran parado vivo, con sus vajillas de oro y plata. Entierro del Inga. Cómo fué enterrado el Inga, y le abalsamaron sin menealle el cuerpo y le pusieron los ojos y el rostro como si estuviera vivo, y le vestían ricas vestiduras, y al difunto le llamaban yllapa, que todos los demas difuntos les llamaban aya, y le enterraban con mucha bajilla de oro y plata, y a los pajes y camareros y mujeres que él quería le matan, y a la mujer la mas querida la llevaba por señora Coya, y para ahogar estos, primero les emborrachaban, y dicen que le hacia abrir la boca y le soplaban con coca molida hecha polvo. Todos iban enbalsamados y lo ponía su lado, y tenían un mes el cuerpo y en todo el reino hacen grandes lloros y llantos con canciones y músicas, bailando y danzando lloraban, y acabado el mes enterraban y lo llevaban a la bóveda que llaman pucullo con grande procesión y solemne.

Cuando se coronaba a ser rey el Inga y los señores a ser principales y se oradaban las orejas y fiesta de vírgenes, estas dichas fiestas hacían con grandes taquies y danzas, Sacrificaban al dios de Huanacauri y a Pachacamac dos de los Ingas con diez niños y con otras cosas. Tambien sacrificaban al Pacaritambo con diez niños y oro y plata, de donde dicen que salió el dicho inga. Todo esto ordenó Mango Capac Inga.

GARCILASO DE LA VEGA

Nació en el Cuzco, en 1539. Era hijo del capitán español Garcilaso de la Vega y de la princesa Isabel Chimpa Ocllo. Se sabe que estuvo en el Perú y, seguramente, en gran parte del Kollasuyo, hasta los veinteaños, recibiendo una educación bastante esmerada, ya que aprendió el latín y el quechua a la perfección. Por su madre, y los parientes de ésta, debió de enterarse de la historia de sus antepasados. Cuando murió su padre, tuvo que viajar a España con la intención de conseguir de la Corona el reconocimiento de su nobleza. Aunque algunos opinan que Garcilaso fue más bien "llevado" a España porque iba adquiriendo cierto ascendiente entre los indígenas. Vivió largo tiempo en Sevilla, Madrid y Córdoba, después de estar enrolado en el ejército de don Juan de Austria, cuando éste comandó la expedición contra los moriscos de Granada. Falleció recluído en un convento de Córdoba, en 1616. Allí había escrito sus famosos libros, desde la traducción de los "Diálogos de Amor" (1590) de León Hebreo, "La Florida del Inca o la Historia del Adelantado Hernando de Soto", que data de 1605, hasta su inmortal "Comentarios Reales". La importancia de la obra de Garcilaso radica en que es una de las crónicas más completas, partiendo de Los Comentarios, pues su "Historia General del Perú" constituye la segunda parte del libro anteriormente nombrado. En ellos existen muchísimos datos sobre el Kollasuyu, en especial sobre Tiahuanacu, y sobre la conquista de los Collas, a la vez que noticias de un valor incalculable sobre las manifestaciones culturales del Imperio Incaico: la poesía, el teatro, la música, etc., afirmando la existencia de una escritura indígena (la de los khipus). Su estilo es fácil, ligero y ameno, aparte de poseer una belleza extraordinaria, denominada con justeza la primera prosa poética "añorativa" americana que —por otra parte— no está desligada de una lógica rigurosa, cosa ésta que ha dejado de utilizar el autor de los Comentarios en la planificación y exposición narrativa del libro, ya que carece de un plan y por ello es bastante desordenado, aspecto muy común en la mayoría de las crónicas. Entre los defectos del estilo, hay que señalar cierta ampulosidad y recargamiento. Pero escribe con un evidente interés de convencer y con amor por su materia. Según algunos críticos, más que una historia es uno de los primeros intentos ensayísticos de novelación poético-histórica.

CAPITULO XXVII DE LOS "COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS"

La Poesía de los Incas amautas, que son filósofos, y haraucus, que son poetas.

No les faltó habilidad a los amautas, que eran los filósofos, para componer comedias y tragedias, que en dias y fiestas solemnes representavan delante de sus Reyes y de los señores que assistían en la corte. Los representantes no eran viles, sino Incas y gente noble, hijos de curacas y capitanes, hasta maeses de campo, porque los autos de las tragedias se representassen al propio, cuyos argumentos siempre eran de hechos militares de triunfos y victorias, de las hazañas y grandezas de los Reyes passados y de otros heroicos varones. Los argumentos de las comedias eran de agricultura, de hazienda, de cosas caseras y familiares. Los representantes, luego que seacabava la comedia se sentavan en sus lugares conforme a su calidad y oficios. No hazían entremeses deshonestos, viles y baxos: todo era de cosas graves y honestas, con sentencias y donaires permitidos en tal lugar. A los que se aventajavan en la gracia del representarles davan joyas y favores de mucha estima.

De la poesía alcançaron otra poca, porque supieron hacer versos cortos y largos, con medida de silabas: en ellos ponían sus cantares amorosos con tonadas diferentes, como se ha dicho. También componían en verso las hazañas de sus Reyes y de otros famosos Incas y curacas principales, y los enseñaban a sus descendientes por tradición, para quese acordasen de los buenos hechos de sus passados y los imitassen. Los versos eran pocos, porque las memoria los guardasse, empero muy compendiosos como cifras. No usaron de consonante en los versos, todos eran sueltos. Por la mayor semejavan a la natural compostura española que llaman redondillas. Una canción amorosa compuesta en cuatro versos me ofrece la memoria; por ellos se verá el artificio de la compostura y la significación abreviada, compendiosa, de lo que en rusticidad querían dezir. Los versos amorosos hazían cortos porque fuesen más fáciles de tañer en la flauta. Holgara poner también la tonada en puntos de canto de órgano, para que se viera lo uno y lo otro, mas la impertinencia me escusa del trabajo.

La canción es la que sigue y su traducción en castellano:

Caylla llapi		Al cántico
Puñunqui	quiere dezir	Dormirás
Chaupituta		Media noche
Samúsac		Yo vendré

Y más propiamente dixera: veniré, sin el pronombre yo, haciendo tres sílabas del verbo, como las haze el indio, que no nombra la persona, sino que la incluye en el verbo, por la medida del verso. Otras muchas maneras de versos alcançaron los Incas poetas, a los cuales llamaban Haráuec, que en propia significación quiere dezir inventador. En los papeles del padre Blas Valera hallé otros versos que él llama spondaicos: todos son de cuatro sílabas, a diferencia de estotros que son de a cuatro y tres. Escrívelos el indio y en latin; son en materia de Astrología. Los Incas poetas los escribieron filosofando las causas segundas que Dios puso en la región del aire, para los truenos, relámpagos y rayos, y para el granizar, nevar y llover, todo lo cual dan a entender en los versos, como se verá. Hiziéronlos conforme a una fabulante que tuvieron, que es la que sigue: Dizen que el Hazedor puso en el cielo una donzella, hija de un Rey, que tiene un cántaro lleno de agua, para derramarla cuando la tierra la ha menester, y que un hermano della la quiebra a sus tiempos, y que de golpe se causan los truenos, relámpagos y rayos. Dizen que el hombre los causa porque son hechos de hombres feroces y no de mujeres tiernas. Dizen que el granizar, llover y nevar lo haze la doncella, porque son hechos de más suavidad y blandura y de tanto provecho. Dizen que el Inca poeta y astrólogo hizo y dixo los versos, loando las excelencias y virtudes de la dama, y que Dios se las había dado para que con ellas hiziesse bien a las criaturas de la tierra. La fábula y los versos, dize el Padre Blas Valera que halló en los ñudos y cuentas de unos anales antiguos, que estaban en hilos de diversos colores, y que la tradición de losversos y de la fábula se la dixeron los indios contadores, que tenían cargo de los ñudos y cuentas historiales y que, admirado de que los amautas huviessen alcançado tanto, escribió los versos y los tomó de memoria para dar cuenta dellos. Yo me acuerdo haber oído esta fábula en mis niñezes con otras muchas que me contavan mis parientes, pero, como niño y muchacho, no les pedí la significación, ni ellos me la dieron. Para los que no entienden indio ni latín me atreví a traducir los versos en castellano, arrimándome más a la significación de la lengua que

mamé en la leche que nos la ajena latina, porque lo poco que della sé lo aprendí en el mayor fuego de las guerras de mi tierra, entre armas y cavallos, pólvora y arcavuces, de que supe más que de letras. El Padre Blas Valera imitó en su latín las cuatro sílabas del lenguaje indio en cada verso, y está muy bien imitado; yo salí dellas porque en castellano no se pueden guardar, que haviendo de declarar por entero la significación de las palabras indias, en unas son menester más sílabas y en otras menos. Ñusta quiere dezir donzella de las comunes, dizen **tazque; china** llaman a la donzella muchacha de servicio. **Illapantac** es verbo; incluye en su significación la de tres verbos, que son tronar, relampaguear y caer rayos, y así los puso en dos versos el Padre Blas Valera, porque el verso anterior, que es Cunuñunn significa hazer estruendo, y no lo puso aquel autor por declamar las tres significaciones del verbo illapántac. Unu es agua, para es llover, chichi es granizar, ritî nevar. Pacha Cámac quiere dezir el que haze con el universo lo que el alma con el cuerpo. Viracocha es nombre de un dios moderno que adoravan, cuya historia veremos adelante muy a la larga. Churá quiere dezir poner, cama es dar alma, vida, ser y sustancia. Conforme a esto diremos lo menos mal que supiéremos, sin salir de la propia significación del lenguaje indio. Los versos son los que siguen, en las tres lenguas:

Cúmac Ñusta	Pulchra Nimpha	Hermosa donzella
Toralláiquin	Frater tuus	Aquese tu hermano
Puiñuy quita	Urnam tuam	El tu cantarillo
Páquir cayan	Nunc infringit	Lo está quebrantando
Hina mantara	Cuius ictus	Y de aquesta causa
Cunuñunn	Tonatfulget	Truena y relampaguea
Illapántac	Fulminatque	También cayen rayos
Camri ñusta	Sed tu Nimpha	Tú, real donzella
Unuiquita	Tua limphan	Tus muy lindas aguas
Para munqui	Fundens pluis	Nos darás lloviendo
Mai ñimpiri	Interdunque	También a las vezes
Chichi munqui	Grandinem, seu	Granizar nos has
Riti munqui	Niven mittis	Nevarás assimesmo
Pacha rúrac	Mundi factor	El Hazedor del mundo
Pacha cámac	Pacha cámac,	El Dios que le anima
Vira cocha	Viracocha	El gran Viracocha
Cai hinápac	Ad hoc munus	Para aqueste oficio
Churasunqui	Te sufficit	Ya te colocaron
Cumasunqui	Ac panefceit	Y te dieron alma

Esto puse aquí por enriquecer mi pobre historia, porque cierto, sin lisonja alguna se puede decir que todo lo que el Padre Blas Valera tenía escrito eran perlas y piedras preciosas. No mereció mi tierra verse adornada dellas.

Dízenme que en estos tiempos que se dan mucho los mestizos a componer en indio estos versos, y otros de muchas maneras, assí a lo divino como a lo humano. Dios les dé su gracia para que le sirven en todo.

Tan tassada y tan cortamente como se ha visto sabían los Incas del Perú las sciencias que hemos dicho, aunque si tuvieran letras las passaran adelante poco a poco, con la herencia de unos a otros, como hizieron los primeros filósofos y astrólogos. Sólo en la filosofía moral se estremaron, assí en la enseñança della como en usar las leyes y costumbres que guardaron, no sólo entre los vasallos, como se debían tratar unos a otros, conforme a la ley natural, mas tamvién como devían obedecer, servir y adorar al Rey y a los superiores y cómo devía el Rey governar y beneficiar a los curacas y a los demás vassallos y súbditos inferiores. En el exercicio desta sciencia se desvelaron tanto que ningun encarecimiento llega a ponerla en su punto, porque la experiencia della les hazia pasar adelante, perficionándola de día en día y de bien en mejor, la cual experiencia les faltó en las demás sciencias, porque no podían manejarlas tan materialmente como la moral, ni ellas se davan a tanta especulación como aquellas requieren, porque se contentavan con la vida y ley natural, como gente que de su naturaleza era más inclinada a no hazer mal que a saber bien. Mas con todo esso Pedro de Cieça de León, capítulo treinta y ocho, hablando de los Incas y de su govierno, dixo: "Hizieron tan grandes cosas y tuvieron tan buena governación que pocos en el mundo les hizieron ventaja, etc.". Y el Padre Maestro Acosta, libro sesto, capítulo primero, diza lo que se sigue en favor de los Incas y de los mexicanos:

"Haviendo tratado lo que toca a la religión que usavan los indios, pretendo en este libro escrevir sus costumbres y policía y govierno para dos fines. El uno, deshazer la falsa opinión que comúnmente se tiene dellos como de gente bruta y bestial y sin entendimiento, o tan corto que apenas merece esse nombre; del cual engaño se sigue hazerles muchos y notables agravios, sirviéndose dellos poco menos que de animales y despreciando cualquiera género de respecto que se les tenga, que es tan vulgar y pernicioso engaño, como saben los que con algun celo y consideración han andado entre ellos y visto y sabido sus secretos y avisos; y junta-

mente al poco caso que dellos hazen los que piensan que saben mucho, que son de ordinario, los más necios y más confiados de sí. Esta tan perjudicial opinión no creo con que pueda mejor deshazerse que con dar a entender el orden y modo de proceder que éstos tenían cuando vivían en su ley, en la cual, aunque tenían muchas cosas de bárbaros y sin fundamento, pero havía también muchas otras dignas de admiración, por las cuales se dexa entender que tienen natural capacidad para ser bien enseñados, y aun en gran parte hazen ventaja a muchas de nuestras repúblicas. Y no es de maravillar que se mezclassen yerros graves, pues en los mas ajustados de los legisladores y filósofos se hallan, aunque entren Licurgo y Platón, en ellos. Y en las mas sabias repúblicas, como fueron la romana y la ateniense, vemos ignorancias dignas de risa, que cierto que si las repúblicas de los mexicanos y de los Ingas se refieren en tiempo de romanos o griegos, fueran sus leyes y govierno estimado. Más como sin saber nada desto entramos por la espalda sin oírles ni entenderlos, no nos parece que merecen reputación las cosas de los indios, sino como de caça havida en el monte y traída para nuestro servicio y antojo. Los hombres mas curiosos y sabios que han penetrado y alcançado sus secretos, su estilo y govierno antiguo, muy de otra suerte lo juzgan, maravillándose que huviesse tanta orden y razón entre ellos".

Hasta aquí es del Padre Maestro Joseph de Acosta cuya autoridad, pues es tan grande, valdrá para todo lo que hasta aquí hemos dicho y adelante diremos de los Incas, de sus leyes, y govierno y habilidad, que una dellas fué que supieron componer en prosa, también como en verso, fábulas breves y compendiosas por vía de poesía, para encerrar en ellas doctrina moral o para guardar alguna tradición de su idolatría o de los hechos famosos de sus Reyes o de otros grandes varones, muchas de las cuales quieren los españoles que no sean fábulas, sino historias verdaderas, porque tienen alguna semejança de verdad. De otras muchas hazer burla, por parecerles que son mentiras mal compuestas, porque no entienden la elogoría dellas. Otras muchas huvo torpísimas, como algunas que hemos referido. Quiça en el discurso de la historia se nos ofrecerán algunas de las buenas que declaramos.

LA LITERATURA EN LA COLONIA

Siglos XVII — XVIII.

ANTECEDENTES

La colonización del imperio incaico fue una obra fundamentalmente política encaminada a la reglamentación de la explotación de las riquezas del suelo recién conquistado. Motivo por el cual la elaboración artística tuvo pocos alcances, aunque existan testimonios aislados de una preocupación por crear algunas producciones en el campo del arte pictórico, en la escultura, el teatro y la literatura en general. Toda labor intelectual estuvo en manos, casi exclusivamente, del clero, que ya había comenzado a cumplir con su misión evangelizadora y pedagógica desde los primeros días de la conquista, sirviéndose de las producciones nativas para este doble fin. La elaboración cultural de la colonia estaba dirigida, principalmente, a la educación de las clases altas, es decir, a los españoles y a sus directos descendientes; aparte de la labor propia que la Iglesia realizaba para integrar a los indígenas dentro de los beneficios que traía la cultura importada de España, que se quería predominadora por encima de las directivas culturales del antiguo imperio incaico, como un imprescindible fundamento para la creación posterior de una cultura hispanoamericana con netas raíces españolas. Por eso, toda manifestación artística encaminada a la expresión de esa tendencia, era propulsada por los sacerdotes, además del afán pedagógico de las diferentes misiones, las que ya habían creado colegios, seminarios y, después, las primeras universidades.

Los Cronistas Conventuales. (Siglo XVII).

Los cronistas conventuales y los historiadores religiosos abundan en este período. Sus producciones se caracterizan por ser de un eminente carácter místico, teológico y jurídico; es decir, que el historiador al interpretar los primeros sucesos culturales de la co-

lonia, lo hacía desde un punto de vista pedagógico-moralizador de acuerdo con las directivas espirituales y filosóficas de su educación religiosa. En esas interpretaciones histórico-religiosas, se nota la preponderante intención educativa y divulgadora de los principios religiosos y teológicos del catolicismo. En cuanto a las características literarias, ellas están subordinadas a la noción directriz mencionada. Todo estaba ordenado y visto a través de las anteojeras intelectuales provenientes del teologismo dogmático. Aunque no es difícil encontrar algunos conceptos humanistas paganos, expresados en un estilo siempre rebuscado y lleno de digresiones que nada tienen que ver con lo esencial de lascosas relatadas. Otra de las características de esta literatura histórico-conventual, es que estaba dirigida a un público reducido y específico, por lo que carece de una decisiva influencia social, cosa que tampoco se buscaba. Sus méritos propiamente literarios son muy pobres, ya que tales crónicas fueron escritas copiando los estilos europeos en los cuales predominaba un sentido obscuro y lleno de metáforas barrocas de difícil acceso para los no iniciados en esas disciplinas. Pero también existieron notables y muy originales cronistas, gracias a los cuales poseemos datos de suma importancia sobre la vida colonial.

FRAY ANTONIO DE LA CALANCHA

Nació en Chuquisaca, en 1584, e ingresó a la orden de los Agustinos en 1598. Después de profesar se trasladó a Lima, donde murió en 1654. Fue famoso como predicador, llegando a ocupar la rectoría del colegio de San Ildefonso, lo cual le valió el ser nombrado Cronista Oficial de su orden, para la que escribió su "Crónica Moralizadora de la Orden de San Agustín en el Perú" que no pudo concluir, a consecuencia de su muerte. El Padre Bernardo de Torres terminó el segundo tomo de ella. Calancha, a través de su obra, demuestra haber sido un agudo observador, además de un gran conocedor de las lenguas nativas y poseer una vasta cultura humanista y teológica de la que hace abuso. Su estilo no carece de belleza cuando deja a un lado la prosa gongorina llena de imágenes rebuscadas, con giros extravagantes e ingenuidades increíbles que se unen a fastidiosos sermones. Para el estudio de la literatura boliviana esta obra es importante, porqueenella podemos encontrar, claramente, la evolución del idioma, y por sus excelentes descripciones de la geografía, la historia y el carácter de los habitantes del Alto Perú.

FRAGMENTOS DE LA "CRONICA MORALIZADORA DEL OROEN DE SAN AGOSTIN EN EL PERU"

Está poblado todo el reino de nobilísimas sangres, pues no hay hidalgo, caballero, señor o título de España que en conocido grado deje de tener deudo o pariente en este reino: ha unos ha traído la necesidad, a los más los oficios, a muchos los virreyes, y a todos la codicia.

Para que se vea cuánto debe España a estas Indias, hágase cotejo de las grandezas que hoy tiene y de las pobrezas que tuvo, de las realezas que ostenta y de las pobrezas que sufría; veráse en la historia de España escrita por el rey don Alfonso el Sabio, en la cuarta parte, capítulo diez: el rey don Alonso IX de León hizo guerra contra su hijo don Fernando el Santo, y el hijo, viendo los grandes daños, envió saber de su padre cual era la causa de tan sangrienta guerra, quese lo avisase y lo enmendaría; y le respondió por escrito que le hacía la guerra porque no le pagaba diez mil maravedís que le debía; pagóselos y cesó la guerra. Montan treinta y seis pesos y seis reales. Un padre contra un hijo y un reino católico contra otro su vecino tratan de matarse por treinta y seis pesos y seis reales, que hoy los gasta un palanquín en dar un almuerzo... Dejé de ir un año flota de Indias y es en todo valle de lágrimas Europa...

El asiento y formación de la ciudad de La Plata se hace en pequeño descanso que, por la apacibilidad de su temple, pareció conveniente; y después de haber buscado muchos lugares eligieron éste para formar esta ciudad; es alegre, la constelación mansa, apta para criar muchos frutos, criollos y castellanos, todos de regalo, dando los valles templados lo que no fructifican otros más fríos... Está lleno de jardines y huertas, flores varias y extremadas hortalizas... por más que los cielos sequen los sembrados o falten aguas cuando las mezquina el cielo... Tiene muy suntuosos templos de bóveda y cantería... con enmaderamiento de cedro y cuadros de escultura, cosa curiosa de vista... Tiene esta célebre ciudad una Real Cancillería con el largo y famoso distrito que llevo dicho; acompáñale el concurso de los cabildos secular y eclesiástico, lustrosos y doctos, y el de la Universidad Pontificia y Real, donde se leen artes, filosofía, metafísica, teología y lenguas,

cuyos grados, honras y diligencias se deben a la Compañía de Jesús, haciendo célebres los ingenios acutísimos de esta provincia. Reconoce esta singularidad la Universidad de Lima, por los agudos ingenios que han lucido en sus escuelas.

El clima de esta ciudad y provincia es soberbio, y experimén. tase en hombres, en animales y en pájaros. Los hombres, aunque sean de nacimiento humilde, truecan en levantado espíritu, debiéndoles sus corazones más al clima que a su naturaleza. Todos quieren ser parejos, y pocos o ninguno quiere reconocer superioridad en otro. Los hidalgos suben a caballeros, y los que lo son crecen a deudos de títulos y grandes; todos se precian de valientes, y los más se hacen magnánimos. Esto procede solamente del clima, que este, como hace en la tierra tan excelentes creaciones, de metales, los hace también en los ánimos de los hombres.

Este mismo año de noventa estaban cien indios cavando una mina en el cerro de Potosí; asistía con ellos un minero español, obligándoles a trabajar, mejor diremos a morir, pues por no reparar los daños y prevenir los peligros, o por la codicia de sacar aprisa metales, caen las minas y perecen cada día los miserables indios en los socavones... Trabajando estaban en el cerro más de cuatro mil indios, sudando por ajustar su tarea y barreñado, porque si faltan a lo que se les obliga, sobran los azotes y las vejaciones se doblan... ¡Oh qué crueles son con aquellos indios miserables, casi a una mano todos los ministros! ¡Qué sin piedad los sobrestantes! ¡Qué sordas las justicias! ¡Qué ciegas las conciencias y qué mucho los agravios!

Tuvo algunos hijos (Guayna Capac) y los dos mayores fueron Guascar Inga legítimo sucesor del Reyno, que dejó en el Cuzco, y Atahuallpa, hijo menor, y no heredero, que tenía consigo en Quito. Este hizo matar, no sólo a su hermano Guascar por hurtarle la corona, pero a todos sus hijos, no sólo aquellos que ya habían nacido para morir, sino los que estaban en opinión de sus hijos en las entrañas de las madres, y así murieron antes de nacer, excepto una hija, que cautelas de la madre disímulos de la prudencia, la escaparon del bárbaro homicidio. Este fratricidio no le dió nombre de Caín, porque en guerras a cuchillo había muerto antes cuarenta y tres hermanos suyos, hijos de su padre Guayna Capac, porque no tuviese opositor su ambición, ni riesgos de sangre su tiranía.

FERNANDO DE MONTESINOS

Nació en Osuna(Sevilla), no se sabe exactamente qué año. Murió en 1662. Se trasladó joven aún al Perú, estableciéndose en Lima, después de haber recorrido casi todo el territorio del virreinato. Como Visitador viajó por el Kollasuyu, enterándose de todo lo relacionado con su historia, su geografía y, en general, su antigua cultura. Esos datos los fue recogiendo directamente de los mismos indígenas sobre los cuales tenía un ascendiente extraordinario. A pesar de que fueron consideradas como exageradas y falsas sus aseveraciones referentes a la historia del incario, se ha comprobado que la mayoría son verídicas. Una de las importantes aportaciones hecha por Montesinos es la de que antes del imperio existieron otras culturas sobre las cuales da algunos datos, además de afirmar —como una verdad incontrastable— que había existido un sistema de escritura entre los incas. Montesinos escribe con una facilidad asombrosa, tiene un estilo muy vivido, movido, lleno de gracia, y es uno de los más hábiles descriptores, aparte de que sabe observar con penetración y expresar con claridad y hasta con emoción y gran belleza plástica lo que ha podido ver en sus largas correrías por todo el virreinato. Sus obras son: "Memorias", relativasa la explotación de las minas de plata; su "Historia del Perú" que, junto con sus "Memorias antiguas historiales y políticas del Pirú" (1632), son de capital importancia para el estudio de la literatura y la historia del imperio de los incas.

FRAGMENTO DE "MEMORIAS ANTIGUAS HISTORIALES Y POLITICAS DEL PIRU"

Lo primero que hizo Huayna Capac después de coronado, fue quitar de las provincias de arriba y poner en algunas partes de los Andes, por donde habían bajado algunas veces gentes extrañas, muy reforzados presidios, especialmente en Vilcabamba, porque su padre le refirió la respuesta que tuvo su abuelo Huira Cocha de que se había de perder el mando de los Ingas, y así este sólo atendió a fortificar sus reinos. Formó un grueso ejército; llegó hasta los Chapapoyas, y por el río de Moyobamba envió mucha gente en balsas para que advirtiesen la tierra y notasen qué gente había.

El Inga propuso de ir a conquistar aquellas provincias, y comenzó a tratar con sus capitanes del modo que se podía tener. Cesó esto con las nuevas que vinieron de cómo los Paltas se habían rebelado y muerto los gobernadores que su padre y abuelo habían puesto. Sintiólo mucho. Los Paltas temieron mucho al Inga, pareciéndoles que le ayudaba superior virtud. Trataron entre sí de reducirse a la obediencia antigua; dividiéronse en pareceres; prevalecieron los de los inquietos; pero sucedióles mal, porque en dos batallas que les dio Huayna Capac, los venció y casi acabó....

No se descuidaba Huayna Capac en ir a buscar a sus enemigos antes que se fortaleciesen; hizo lista de su gente; hallóse con más de cien mil combatientes; pasó por las provincias de Malchinguí, Cochesqui y Coyambe, en donde hizo grandes castigos en todos los que pudo haber; llegó con su ejército a una legua del contrario; dióse batalla. Juntos los campos, hubo muchos muertos de ambas partes, en especial de la del Inga, porque de los fuertes que estaban alrededor de la laguna, no sólo hacían daño, pero reforzaban el ejército contrario y desanimábanse mucho los del Inga, porque no parecía mataban a nadie. Duró la batalla tres días, retiróse el de Cayambe a la fortaleza de la laguna. Visto por Huayna Capac que era imposible pelear, por no tener balsas, dió orden que cuarenta mil soldados tuviesen cercada la laguna y peleasen con hondas y armas arrojadizas. Dió también orden que treinta mil soldados los combatiesen por todas partes a los demás que estaban alrededor de la laguna en fuertes y pucaraes; a los demás envió a Octavalo a traer mucha enea o totora y las balsas que estuviesen hechas.

Tardó muchos días en esto Huayna Capac; venció a los que estaban en los fuertes de la otra banda de la laguna; acometió con las balsas a los de dentro; pelearon crueimente los unos y los otros... Después de haber peleado mucho tiempo los de las balsas, prevaleció la gente del Inga y mataron mucha gente al contrario y les hundieron las balsas.

Después de alcanzar esta victoria, mandó hacer Huayna Capac grandes sacrificios. Luego se dió orden en la pacificación de las provincias; y un día que celebraban grandes fiestas y alegrías en presencia del ejército, mandó el Inga sacar en su presencia a todos los presos y rendidos que tenía en todas partes. Salieron turbados y temerosos, atadas las manos atrás, pareciéndoles que los llamaban a ser ajusticiados. Llegados que fueron ante el Inga les dijo que los otorgaba la vida y les quería por amigos. Quedaron admirados oyendo lo que nunca pensaron; postráronse por tierra pro-

metiéndole ser leales, y en prenda de esto hicieron traer sus mujeres e hijos que andaban escondidos por los montes, con que se pobló la provincia de Carangue.

Llegó a Tumbez y allí compuso muchas diferencias que tenían los principales entre sí. Partió a Quito; envió a conquistar las provincias de los Pastos y Quillacingas; hizo capitán general del ejército a Huan Auqui, hermano del Inga Huayna Capac, hombre valentísimo. Estando con toda felicidad, le llegó nueva de Huayna Capac, en que le mandaba que dejando la tierra bien fortalecida, se viniese con el resto del ejército a Quito, porque había tenido nueva de Tumbez cómo la mar había hechado unos monstruos marinos, hombres con barbas, a la orilla, que andaban por la mar y en casas grandes.

LOS CRONISTAS Y JURISTAS DEL SIGLO XVIII.

La producción de crónicas e Informes de carácter histórico-político, fue muy vasta en este período y es debida a los funcionarios de la Corona que estaban encargados de suministrar justicia y defender los intereses económico-políticos de España. Estos funcionarios pertenecían, generalmente, a la ya famosa Audiencia de Charcas. En sus escritos prevalece siempre un estilo retórico, frondoso y verbalista que nada debe a lo propiamente literario y que, ahora, sólo interesa a los eruditos. Pero existieron algunos historiadores que registraron los hechos no sólo históricos y económicos del desarrollo colonial, sino que también quisieron darnos cuenta de la vida espiritual, anotando los sucesos más destacados que, después, irían a conformar los datos con que se escribiría la historia general de este período. Entre ellos hay los que escriben sobre mínimos detalles de la vida colonial, sobre las leyendas religiosas, sobre las costumbres y modos de pensar y actuar, realizando así una labor que solamente hoy en día está siendo valorizada. No son propiamente creadores, sino acumuladores de materias históricas y culturales. Pero no dejan de mostrar un espíritu acucioso y observador que es traducido hasta con cierta belleza de estilo. Entre estos cronistas o historiadores y entre los juristas no faltan quienes, además de defender los intereses de la Colonia española, se dedican también a propugnar un cambio de la política colonial, en vista de la confrontación sincera de la realidad económica-social; por eso, sus obras son actualmente significativas por su trascendencia histórica. Tal es el caso de Victoriano de Villava, quien

muestra en sus escritos las nuevas concepciones histórico-jurídicas que servirán de fundamentos para la realización de la independencia política.

BARTOLOME ARZANZ DE ORZUA Y VELA.

Nació en 1668, en Potosí. Sus padres fueron mineros andaluces, y él dedicó casi toda su vida a la enseñanza. Murió en 1736. Sobre su "Historia de la Villa Imperial de Potosí, Riquezas de su incomparable Cerro. Grandezas de su magnánima población. Sus guerras civiles y casos memorables" que abarca desde el año 1545 hasta el 1736, han habido muchos equívocos, pues por mucho tiempo se creyó que había sido escrita por don Arzanz y Vela, padre e hijo, debido a las múltiples copias en que figuraba el nombre de Nicolás y en otras el de Bartolomé; se creyó incluso que el hijo de Bartolomé era el autor de unos "Anales", los que se ha comprobado que son una copia mutilada de la "Historia". Con el descubrimiento realizado por José de Mesa y Teresa Gisbert del manuscrito original en una Biblioteca de Madrid se ha aclarado toda la cuestión: Bartolomé sólo tuvo un hijo llamado Diego quien no es autor de ninguna de esas obras. Bartolomé Arzanz de Orzua y Vela escribe en un estilo grandilocuente, culterano y enrevesado que proviene de la concepción estilística barroca imperante. Si bien en esas páginas hay una esencial sinceridad e ingenuidad, y hasta muchas bellezas de estilo en ciertas descripciones que demuestran al escritor que está buscando su modo expresivo, a la vez que excelentes narraciones sobre las costumbres, es por lo general de un tono moralista, crédulo por demasía.

FRAGMENTOS DE LA "HISTORIA DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSI"

Siendo, como es necesario á que los Reinos, Provincias y Repúblicas no carezcan de Anales, así para el total cumplimiento al referir los sucesos, como para librarse de molestias y dudosas conjeturas; considerando que aunque en esta magnánima Villa no se han descuidado en apuntar los sucesos, por los años, ha sido con tanta escasez, que sólo refieren aquello, que aun la juventud lo tiene en la uña, ignorando siempre lo más memorable o el año en que sucedió, de suerte que, si la curiosidad apura aún a los mis-

mos ancianos, que se hallaron en el caso, nacen sus conjeturas, y luego unos les quitan diez años y otros le ponen otros tantos, y se hallan juntas estas contrarias opiniones en concurso de juventud ignorante, les parece, y aún lo aseguran, que el que más porfió y gritó ese ganó.

Año de 1456. De la creación del mundo según el Génesis, cap. V, envió Dios Nuestro Señor, el general diluvio, y entoncesse dividió a esta mayor parte del mundo, llamada comúnmente Indias Occidentales. Sus primeros habitadores algunos autores affirman haber sido judios, y otros dicen que fueron españoles —en tiempo de la gentilidad—, los cuales pasaron a estas partes por algún estrecho. y que de unos o de otros descienden los Indios: el tiempo y año que pasaron sólo Dios lo sabe.

Doscientos cincuenta años antes que Cristo encarnase, comenzó la Monarquía, reinando Sinchi Roca, segundo rey del Perú. A los 90 años de su reinado, nació el Señor.

A los 56 años del nacimiento de N.S. Jesu Cristo. Maita Capac, cuarto rey o monarca del Perú, edificó la laguna de Tarapaya, recreo de los moradores de Potosí, la cual era una laguna pequeña, muy profunda, obra de naturaleza, de cuya mitad salían un grueso penacho de agua caliente: edificóla este monarca en forma de una sorcija y quedó tan admirable, que es una de las maravillas del reino del Perú; es baño y recreo de Potosí, aunque algunos la llaman boca tragadora de gentes, por la mucha que en ella se ha ahogado.

En este año este poderoso monarca acabó de conquistar la rica provincia de los Charcas, y la de Porco, donde está Potosí, quitándola a fuerza de armas de otros Señores y Principales: redújola a su dominio al pueblo de Cantumarca, que está fundado medio cuarto de la legua, donde ahora es la Villa de Potosí, en el cual reinan el comercio de puntas de pedernales para las flechas, y otros menesteres; y aunque vió el cerro de Potosí, no le permitió Dios seaprovechase desu riqueza, por tenerla guardada para otros mayores monarcas, cuales son los de España.

1462. En este año, Guayna- Capac, undécimo monarca del Perú, pasando a sacar plata del rico cerro mineral de Porco—, distante de Potosí siete leguas—, fué hospedado en Cantumarca; y admirado de la hermosura exterior del cerro de Potosí, —por haberlo visto—, dijo que sin poner duda encerraba aquel cerro en sus entrañas mucha plata, por lo cual pasó; y de allí envió sus

obreros, para que sacasen el rico metal. Vinieron, y estando a punto de hacerlo, por Divina disposición, se oyó un espantoso estruendo, a manera de trueno, y tras esto una temerosa voz, que dijo: "No saquéis la plata de este cerro, porque es para otros dueños", y atemorizados los obreros, desistieron de intento: se volvieron a Porco; refiriéndo el caso al monarca y llegando al término del estruendo, dijeron Potojsi, que quiere decir, "dió una grande estruendo" y de aquí se deliberó el nombre de Potosí, corrompiendo una letra; quedó desde aquel suceso el cerro entre los naturales con el nombre de Potojsi. Refiéreto así el cronista Garcilaso de la Vega; aunque otros autores quieren también que Potosí se delibere, tanto por el suceso dicho, cuanto porque los naturales llamaron al cerro —en tiempo de su gentilidad—. Potojchi, que quiere decir "brotador de plata".

1555. En este año florecieron los apulentos caudales de los moradores de Potosí con las nuevas labores que se descubrían en el rico cerro, beneficiando los metales sólo por fundición.— Crecía el número de forasteros, y crecía en gran manera la población, no faltando cotidianas guerras entre las varias naciones, que la habitaban, dejándose llevar sus moradores del influjo de las estrellas, que predominan en Potosí, las cuales son Júpiter y Mercurio: Este inclina a que sean sabios, prudentes e inteligentes en sus tratos y comercio; y por Júpiter, magnánimos de ánimos sumamente liberales. Predominan asimismo, los signos de Venus y Libra: y así son las más que inclinan a los que nacen y habitan en Potosí a ser cariñosos y amigos de música y festines, y trabajadores por adquirir riquezas, y algo dados a gustos venéreos.

Que estos signos predominan en Potosí enseña cada hora la experiencia, dicen los autores; y nótase, cuando se dejan llevar los más que allí nacen, las influencias de sus estrellas verticales; que pasan sobre Potosí, las cinco, que son la del ojo del cuervo que Copérnico dijo que era el Cuelto, o Sirius; y la estrella austrina, en la frente de Escorpión; y la que está en la extremidad del arco de Sagitario, y la antecedente de la cabeza de Sagitario, y la otra que se le sigue; todas cinco son de naturaleza de Marte, y las en Sagitario y Escorpión, que sólo influyen guerras, disensiones, odios, pendencias, muertes y heridas; y las dos estrellas, de la pierna derecha de la Serpiente, Ofiúco, es de naturaleza de Venus; y la antecedente austral, de la espina de Capricornio, es de naturaleza de

Mercurio, tratos y comercios, ocupaciones y venéreos, que debiendo oponerse los que en Potosí habitan a estas influencias con el valor del libre albedrío, se rinden y sove en común el efecto de estas constelaciones.

VICTORIANO DE VILLAVA.

Nació en España, pero se desconoce la fecha y el lugar. En 1789 estaba ya en Buenos Aires como juez. Más tarde fue ascendido como Fiscal de la Audiencia de Charcas, cargo que ejerció hasta 1800. Murió en 1802. Villava introduce en estas tierras el pensamiento de la Ilustración Francesa, en una forma activa, no sólo especulativa como lo hicieran, después, algunos de los famosos doctores de Charcas. Se dedicó por completo al estudio de los problemas jurídicos de la explotación colonial; en especial le interesó la suerte de los indios, de quienes se constituyó en ardiente defensor, escribiendo su famosa obra: "**Discurso sobre la Mita de Potosí**". Pero su libro más conocido y el que más ha contribuido para cimentar su fama de reformador jurídico y social, es el conocido con el título de: "**Apuntes para la Reforma de España**", en dondese propone al gobierno español sabias medidas económico-políticas que transformarían la vida social y administrativa de las colonias americanas. Está escrito con un estilo sencillo y por demás objetivo, en el que no falta un noble sentido apasionado y vibrante que se dirige a lograr su principal propósito: convencer y hacer comprensible lo expuesto.

FRAGMENTOS DE ALGUNOS ESCRITOS DE VICTORIANO DE VILLAVA

Pensamientos.

Siempre que la potestad legislativa penda de la voluntad del Rey; siempre que sus favorecidos ministros o secretarios tengan en su tintero la facultad de derogar las más fundamentales leyes con sólo decir: "El Rey quiere... El Rey manda... El Rey extraña..." cuando tal vez ni quiere, ni manda, ni extraña; siempre que una ley no se medite, se ventile, se consulte y se revea antes de promulgarse, y siempre que después de promulgada no pueda derogarse sin las mismas formalidades y reflexiones con que se publicó, no hay monarquía, ni hay constitución, ni hay gobierno fijo, sino despotismo, trastorno, variación continua, caos de cédulas, ór-

dones, pragmáticas y declaraciones con que, lejos de encontrarse regla que prescriba los límites del que manda y las obligaciones del que obedece no sirven sino de apoyo para hacer cada cual lo que se le antoja.

Desde los principios de la monarquía miraron los españoles este país con ojos de codicia tan bárbara y tan ignorante que por coger el fruto cortaban el árbol.

¿Puede aspirar a culta una nación que apenas tiene enseñanza de las verdaderas ciencias, y tiene infinitas cátedras de jerga escolástica? ¿Puede ser culta sin geografía, sin aritmética, sin matemáticas, sin química, sin física, sin lenguas madres, sin historia, sin política en las universidades, y sí sólo con filosofía aristotélica, con leyes romanas, cánones, teología escolástica y medicina peripatética?

Contra Paula Sanz

El Fiscal presenta a Vuestra Alteza la súplica de estos indios curacas perseguidos por el gobierno de Potosí únicamente porque han defendido los derechos de su libertad fundados en una orden del soberano que ha desobedecido el señor Gobernador de Potosí, como desobedece todas las que no se dirigen a probar sus ideas. ¿Hasta cuándo este jefe abusará de la incansable paciencia de estos indios? ¿Hasta qué se habrá propuesto irritar los ánimos de los vasallos más útiles y más humildes que el rey tiene en ambas Américas? No contento con permitir a sus vistas los envejecidos abusos de la antigua mitad, en no pagar el leguaje a los indios desde el pueblo de donde salen, en no darles a los azogueros más que una pequeña vela para toda la noche que se les acaba a la mitad; en no señalarles tarea fija contra lo que previenen las leyes y contra lo que la misma equidad grita; pues ni es ni puede ser justo el exigirles el mismo trabajo en número y medida al que ahonda un pozo que una cueva en la superficie que en la profundidad; en azotarlos, castigarlos y maltratarlos, si no cumplen con los deseos del azoguero; en venderles en las pulperías los mismos azogueros la coca, la chicha, el aguardiente, el pan, etc., con una ganancia exorbitante con que le absorben al infeliz indio el corto salario de la semana; no contento, digo, con permitir a su vista estos y otros innumerables abusos de la antigua mita, lleva con el mayor tesón en cumplimiento de la nueva, desobedece y desprecia las reales provisiones, atropella a cuantos se le oponen, amenaza y aterra a cuantos le replican, aprisiona y carga de hierros a los que repre-

sentan o a los que no coadyuvan a su consecución; y finalmente, si el salir con su intento pendiera en derribar cabezas y pudiera hacerlo, no duda un momento el Fiscal que lo haría.

Contra Cañete.

Ya que lleno de orgullo y satisfacción propia habla repetidas veces el señor Asesor de su literatura, de su suficiencia y de su integridad, se hace preciso hacer patentes los hechos que hasta ahora había pasado en silencio el Fiscal, por honor del mismo que se halaba tanto.

¿Será sin duda literatura y suficiencia el no sustanciar los artículos de incompetencia que se le ponen en causas graves de homicidio, de que conoce sin haberse cometido en su territorio, y decidirlos en tono deífico con un "No ha lugar, y no turbe el orden de los juicios"? ¿Será literatura negar en la misma causa los días de la ley que se piden para la prueba, en el mismo tono y con apercibimiento del abogado que pide lo que debe? ¿Será verdaderamente suficiencia el hacerse juez eclesiástico en el mismo proceso, metiéndose a declarar sobre si hubo o no quebrantamiento del sigilo sacramental? ¿Será literatura el escribir un papel fastidioso, y lleno de citas truncadas para defender el vicepatronato de los Intendentes, y luego escribir otro contrario en La Paz diciendo que el primero lo había escrito a instancia del señor Gobernador y sin haber visto la Ordenanza de México. ¿Será literatura el haber manifestado en su Historia de Potosí los abusos y los inconvenientes de la mita, y luego por oponerse al Fiscal, que escribía sobre lo mismo, defenderla y asegurar impávidamente que no hay tales abusos? ¿Será literatura escribir un papel como abogado del difunto Vélez y compararlo con los mayores señores y héroes de la antigüedad, dándonos la inaudita noticia de que Sócrates sufrió la pena del ostracismo? ¿Será, en fin, literatura notoria su Código, sus Ordenanzas, su Historia y sus continuos papelones que son otros tantos momentos perpetuos del trastorno de su cabeza?

LA LITERATURA INDIGENA COLONIAL

En este período aparte de la producción realizada bajo la dirección y vigilancia del clero, que servía a sus fines propagandistas y pedagógicos, la poesía lírica quechua mantiene su originali-

dad creadora en algunas canciones, elegías y dramas que, habiendo sido previamente traducidas al español y, en cierta manera, desfiguradas, sin embargo siguen mostrando sus características: **lirismo subjetivo muy profundo,** con indudables hallazgos artísticos por la profundidad de los temas tratados y la forma simple y patética cómo están traducidos formalmente. **El dolor es el tema sustancial de estas creaciones,** pero ahora es un dolor más individualizado, sin que esto quiera decir que deje de cantarse el sufrimiento de toda la raza y, por lo tanto, **es un dolor —muy a menudo— agonista y morboso,** pero siempre expresado en un estilo musical que no tiene parangón. La Elegía **"Manchay Puito"**, por ejemplo, es una de las joyas que conservamos de la lírica quechua de aquella época. El teatro indígena continuó siendo cultivado, mostrando siempre las características especiales inherentes al tratamiento poético-pedagógico, **lirismo hondo, sentido de la realidad y de la moralidad encaminada a la educación de las masas.** Pero existen en ambas formas muchos elementos híbridos provenientes de la imposición de directivas artísticas conceptuales extrañas al sentir colectivo de la raza vencida. Las diferentes traducciones al castellano que, de esas producciones nos han llegado, contienen serias alteraciones del primitivo sentido, pero aún así es de admirar que conserven el soplo creador originario, originalidad que se puede comprobar incluso en las mismas canciones folklóricas de las primeras épocas republicanas que, ciertamente, tienen su origen en las que examinamos de este período.

ARAWI

Mi madre en medio de las nubes
Y la lluvia me había concebido,
Para verme vagar como las nubes,
Para verme llorar como la lluvia.

Has nacido en la cuna del martirio
Me dijo en su dolor.
Y al envolverme en los pañales
Como río en crecida sollozó.

Es imposible que conozca el mundo
Un ser tan desdichado como yo.
Maldita sea para siempre
La noche aquella en que nací.

ACUERDATE PALOMA

Acuérdate, paloma,
Que juntos anduvimos;
No olvides que vivimos
Por el amor unidos.

Ahora me voy quedando
Solo, asufrir;
Tengo atadas las alas
Y no puedo volar.

Amigos míos,
Venid a donde estoy,
Venid y desatadme
Las ligaduras.

Si no lográis salvarme,
Tenedme compasión
Y en mi quebranto
Llorad conmigo.

Me he de ir, con todo,
Hasta perderme,
Hasta encontrar
Un nuevo amor.

Mi nueva amada
Me ha de mimar,
Como a su compañero
Me ha de querer.

Y si ya no he de hallar
El nuevo amor,
Caminando sin rumbo
Me voy a consumir.

MANCHA Y PUITO

¿Qué tierra cruel ha sepultado
A aquella que era mi única ventura?
Lozana la dejé como una flor.
¿Algún viento maligno talvez se la ha llevado?
Voy siguiendo su rastro,
Voy buscando su sombra.
¿Es ella quien me da su sombra en el camino
O es sólo la cortina de mis lágrimas?

La voy soñando y la beso en mi sueño.
En mi congoja, ella acude y me habla.
En mis horas de confusión, la veo;
En un vuelo de luz baja hasta mí.
¿Fuera mejor que me matara?
¿Quizá mi muerte la ofendiera?
Con la muerte podría aproximarme a ella;
Pero tal vez me vería más lejos.

Voy arañando la tumba en que duerme,
Mientras cae mi llanto como lluvia sin fin;
Creo que así se ha de ablandar la tierra
Para buscar después en el fondo de mi amada.
Donde quiera que sea,
Así en el seno de la tierra,
Mujer yo solo he de adorarte
Y nadie, sino yo, te he de mimar.

Con el calor más tierno de mi aliento
Conseguiré devolverle la vida.
La abrazaré, la besaré, y mis besos
Despertando la irán suavemente.
Más si así no ha de ser,
Ven, no tardes, ciclón,
Que tus hondas tinieblas me devoren
Y en ellas para siempre desaparezca mi vida.

Tú, tierra humedecida con mis lágrimas,
Tú, tierra generosa, albérganos.
Una sola unidad formamos en el mundo;
Quiero que así quedemos para la eternidad.
Yo soy noche sin fondo,
Soy soledad sin término.
Yo soy la carne misma de la angustia
Y estoy en fuga de mi propio pensamiento.

Más, no. Quiero algo de ella...
¡He de arrancarle un hueso
Y lo tendré en mi seno tal si fuera ella misma!
El se ha de convertir en quena entre mis manos
Y ha de llorar mis propias lágrimas,
Desde la eternidad,
Desde el origen de la luz.
¿Es tal vez ella quién me está llamando?
¡No, es tan sólo el lamento de mi quena!

LA PRODUCCION POETICA ESPAÑOLA

El Renacimiento humanista español, tuvo algunas expresiones en la Colonia que pueden ser consideradas como de gran valor artístico, aunque no originales, por lo menos como intenciones de búsqueda de una propia personalidad. En el campo de las artes plásticas, por ejemplo, la Colonia produjo muchas obras en las que ya se muestra, a través del realismo trágico y artificioso heredado del Barroco, una tendencia a mostrar e incorporar elementos de raigambre mestiza. La concepción artística del Barroco español se torna en América en un culto exagerado por el adorno y la brillantez exterior, tanto en la literatura como en la pintura y la escultura. Hay también una enfermiza y fantasiosa ensoñación mística que se expresa en muchos aspectos artísticos de la creación arquitectónica, especialmente en la recargación ornamental, unida al panteísmo animista del indígena que traduce la visión de un mundo mágico e ilusorio. En la literatura, también se puede comprobar la existencia de ese espíritu barroco que está constituído por una extravagancia formal en la que no hay otra cosa que elementos sentimentales grandilocuentes. La divulgación de las leyendas, —de un sentido netamente medieval—, y las famosas "consejas" conventuales, pasan a constituirse en los orígenes de un género literario, más oral que escrito, que los cronistas historiadores van a recoger. La poesía no es más que una imitación de los estilos imperantes en España: el gongorismo y el conceptualismo, o sea el rebuscamiento artificioso de las ideas y las formas lingüísticas. En ella predomina el gusto por el retorcimiento de las metáforas e imágenes y el rechazo a todo lo vulgar: la obscuridad era buscada como un elemento esencial de la poesía. Los que escribían versos en el Alto Perú, fueron generalmente españoles emigrados que residían en Potosí, centro de la vida social y económica del coloniaje. En esa época no hay más que aislados intentos de producción poética popular de muy bajos niveles artísticos, aunque muy valiosos como documentos sociales.

LUIS DE RIVERA

Nació en Sevilla, no se sabe con exactitud en qué fecha, tampoco la de su muerte. Tomó parte en la famosa guerra civil a consecuencia de las Ordenanzas, sirviendo a Diego Centeno desde 1544 al 1547. Pasó sus sus últimos años en Po-

tosi. Sus versos fueron publicados en Sevilla (1612) y en Madrid (1626), con el título de **"Sagradas Poesías"**. Ha dejado también varios sonetos de estilo gongorino. Es el único creador poético en lengua española quese ha salvado del olvido por sus méritos literarios indudables. En suspoesías predomina un sentido místico que está más de acuerdo con la obra de Fray Luis de León y, también, muy cercano a la producción místico-religiosa de Quevedo. Tiene una hondura de pensamiento realmente sorprendente y un cabal sentido de las cualidades poéticas de la palabra.

DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO SACRAMENTADO

Celestial sacramento, en pan y vino
Que verdadero Dios sois ciertamente,
Ponéis al corazón un rayo ardiente
Y el amorque con vos vino del cielo.

Porque el hombre mortal, hecho divino,
Según que eso tiene cerca, os vea presente
Y venga a aquel estado floreciente
Que mantiene en holganza su camino.

Abrid los ojos que cerró el pecado,
Hartad el alma, que sin vos perece,
Refrigerad la sed, rocío del cielo.

Llegaos dulce amador, a vuestro amado,
Que en vos sólo hay virtud, por quien merece
Veros allá cual sois, corrido el velo.

DEL CRISTO YA RESUCITADO

Rosas, brotad al tiempo que levanta
La cabeza triunfal del breve sueño
El sacro vencedor, trocado el ceño,
Y huella el mundo su divina planta.

El cisne entre las ondas dulce canta,
Y el campo, al expirar olor risueño,
Al renovado fénix, sobre el leño
Ve pulirse las plumas y se espanta.

Brotad, purpúreas rosas, y el aliento
Vuestro, mezclado de canela y nardo,
Bañe el semblante de carbuncos hecho.

Mueva el coro la voz y el instrumento
El coro celestial, sin más gallardo,
¿Puede ofrecerse a más heroico hecho?

LA LITERATURA EN EL PERIODO DE LA EMANCIPACION Y EN LOS PRIMEROS DIAS DE LA REPUBLICA.

ANTECEDENTES

Los doctores charquenses, influenciados por algunas de las doctrinas de la Ilustración Francesa, pero conservando fuertemente arraigadas sus creencias religioso-feudalistas que conformaron la mentalidad colonial, lograron crear la "República Bolivar", al término de la Guerra de la Independencia. Una vez en el poder conformaron castas conservadoras de todo el régimen que habían deseado derrumbar. Los mestizos y los guerrilleros que consiguieron la independencia, fueron relegados y los doctores altoperuanos tomaron en sus manos el poder político y económico de la nueva República. Naturalmente, en el plano cultural, es muy poco lo que se debe a ellos. En este periodo lo único que floreció fue la oratoria, considerada como un poder místico-político.

LA ORATORIA DOCTORAL

En la oratoria es donde hay que ver expresados fielmente todos los factores constituyentes del espíritu burgués colonialista: superficialidad de miras, duplicidad de procederes, y una sustancial hipocresía que les capacitaba para saber acomodarse a cualquier situación. **La oratoria es de un verbalismo insustancial, hueco, lleno de palabras y conceptos líricos que en nada tocan a la verdadera realidad.** Domina en ella un brillante juego de palabras y conceptos encaminados a deslumbrar; en ellas siempre existen exageradas comparaciones destinadas a vivir sólo un instante, porque al primer choque con la realidad, se esfuman. Durante la República, y desde mucho antes, este ha sido un género muy cultivado, no sólo en el Parlamento: la oratoria era la escala por donde ascendían los prestigios literarios de los famosos doctores que dominaron el escenario político, social y económico boliviano. Los típicos representantes y expositores de esa oratoria han sido Olañeta, Urcullo,

Serrano, Cañete y Domínguez, etc., los cuales, además, escribieron numerosos folletos y algunas recopilaciones históricas.

CASIMIRO OLAÑETA

Nació en Chuquisaca en 1796. Se doctoró en la Universidad de San Francisco Javier, durante la Guerra de la Independencia. Sirvió a su tío, el jefe realista Pedro Antonio de Olañeta en los últimos años de aquella guerra; se cree que influyó en el ánimo de aquél para que se rebelara contra el Virrey La Serna. Tiénense evidencias de que es el autor de casi todas las proclamas lanzadas contra La Serna y que mantuvo correspondencia con Bolívar, antes de que el Libertador viniera a Bolivia, dándole cuenta de las posibilidades favorables para que actuara en el territorio del entonces denominado Alto Perú. Ahí es donde inicia su carrera de servidor de las causas políticas más antagónicas. Tuvo destacada actuación en la Asamblea Constituyente de 1825 y fue, posteriormente, uno de los principales autores de la conspiración contra el Mariscal de Ayacucho para conseguir que saliera del país. De igual forma colaboró al gobierno de Santa Cruz, siempre combatiéndolo por la espalda. Sería muy largo el enumerar los cargos que tuvo durante casi todos los gobiernos de la República. Murió en Chuquisaca en 1860. Es autor de folletos relativos a su actuación política y sobre algunas cuestiones internacionales; lo mismo que de cartas y manifiestos innumerables. Todos ellos tienen las características literarias de sus discursos: grandilocuentes, frondosos, llenos de imágenes a gusto de la época verbalista, pero — la mayor parte — vacíos de contenido.

EL GENERAL SANTA CRUZ

En la invasión del año 38, que la historia registrará en sus páginas como una de esas incursiones Tártaras o Vándalas, manifestó Bolivia su amor a la independencia y lo dispuesta que estaba a toda clase de sacrificios. ¿Por qué error funesto, nombramos aquella época de Presidente al más declarado enemigo de nuestra existencia social? Sólo puede explicarse por la influencia maligna del genio que ha presidido los desaciertos americanos. Nada había que esperar del hombre que servía en las antesalas de Goyeneche, o perdía los ejércitos que le habían confiado, prefiriendo sus ven-

ganzas e intrigas a la causa pública y a la gloria, mientras los altoperuanos en lucha obstinada, enrojecían sus hondos valles con sangre a torrentes, o emblanquecían sus montañas con esqueletos de víctimas ilustres. El instrumento de las venganzas del Cielo, nuestro formidable azote, el General Santa Cruz llamado por Bolivia vino de Chile por Arequipa. Su primera ocupación fue abrir las malignas catacumbas que con el nombre de Logias Masónicas no son más que laboratorios de iniquidad y de constante rebelión. Llegado a La Paz, pisó nuestras leyes fundamentales, dictó decretos de horror y barbarie para intimidar al país y siguió su sistema de opresión para quitarnos, como jefe lo que le habíamos ordenado administrador como Soberano. Infatigable en consumar el crimen e hidrópico del poder que no supo haber moderadamente, introducía la agitación en las pasiones políticas del Perú; hacía invocar el santo nombre de libertad cuyos ecos abogaba en su patria y por mil medios, tan rastreros como inicuos, atrajo sobre nosotros el odio peruano, los riesgos de la guerra y las turbulencias de un estado violento; siempre en alarma para consumir nuestras rentas y sacar la substancia pública que hacia chupar con la hidra de un ejército superior a nuestras necesidades. Pero entonces, y siempre, Bolivia ha manifestado odio implacable a la Confederación que aún la idea sólo subleva el patriotismo o hacia arder la irritación pública.

LA POESIA QUECHUA

Durante este período la única producción realmente artística que merece ser tomada en cuenta, es la poesía: los cantos y las elegías que los indígenas seguían elaborando. Entre ellos, nació un verdadero creador que, desgraciadamente, murió muy joven, pero que nos dejó uno de los testimonios líricos más valiosos: Wallparrimachi. En toda esta poesía, tanto en la escrita por aquél como en las canciones anónimas, sigue perdurando una cautivante emotividad, plasticidad y sencillez en el lenguaje y la musicalidad realmente asombrosa.

JUAN WALLPARRIMACHI

Sobre este gran lírico quechua han corrido infinidad de leyendas referentes a su origen. Leyendas que han sido recogidas por historiadores respetables. Sin embargo, se sabe que era indio puro,

nacido en Macha (Potosí), de padres indios; el apellido de su madre era Maita. Como quedara huérfano muy niño, Manuel Ascencio Padilla lo recogió como sirviente. El mismo Padilla y su esposa, doña Juana Azurduy, se encargaron de la enseñanza de Wallparrimachi al ver la natural inteligencia y el deseo de aquél por aprender. Escribía versos desde los 14 años, siempre en quechua, pese a que hablaba y escribía perfectamente el español. Muy joven se enamoró de Vicenta Quirós, a la que dedica sus más conocidas canciones. Al iniciarse la Guerra de la Independencia peleó al lado de las tropas de Padilla, dirigiendo a los honderos indios. Murió a los 21 años (1814), combatiendo en una de las batallas contra las fuerzas realistas. El tema de las canciones líricas que nos quedan de Wallparrimachi, siempre es el mismo: el amor; pero, por su belleza formal y conceptual, por sus méritos de sinceridad y como muestra de las mejores virtudes de la lírica quechua, estos poemas serán siempre considerados como la producción más valiosa de aquella época.

POEMAS DE WALLPARRIMACHI

¿Cómo pudiera hacer
Para peinar con peine de oro
Tu negra y encantada cabellera
Y ver cómo ella ondula alrededor de tu cuello?

¿Cómo pudiera hacer
Para que los luceros de tus ojos
Rompiendo el caos de mi ceguera
Sólo brillaran en mi corazón?

¿Cómo pudiera hacer
Para beber tu aliento y conseguir
Que la mutla que está floreciendo en tus labios
Se cubriera de flores aún más rojas?

¿Cómo pudiera hacer
Para que la pureza de tus manos
Avergonzando a la azucena
Reverberara todavía más?

¿Cómo pudiera hacer
Para que el ritmo de tu andar
En cada paso fuera derramando
Más flores que las que hoy le veo derramar?

Y si me fuera dado todo esto,
Yo podría plantar tu corazón
Dentro del mío, para verlo
Eternamente verdecer.

WAYÑU

Siempre vivíamos
Juntos los dos
Y nos amábamos.
¿Con qué valor
Te has de apartar
Del ser que amabas?

¿Era para esto,
Paloma mía,
Que te adoré
Para que un día
Abandonaras
Al compañero fiel que tenías?

Si te acercaras
A mi refugio
Aun te dijera
Una palabra.
Tal vez pudiera salir de aquí
Para marcharnos juntos los dos.

Qué bien vivíamos
En el collado
Ahora, tú sola,
Como sonámbula, ¿por dónde
has de ir?
¿Por qué camino
Te has de perder?

Escúchame ésto:
Porque ahora lloro
Por tu abandono,
No pienses nunca
Que estás sufriendo
Mi maldición.

Flor que he amado
Bella y lozana,
Dime, ¿qué es esto?
Habiendo juntos tú y yo vivido
¿Será posible
Verme tan solo?

Sea No importa
Que nunca nadie
De tí me diga:
"Está vagando
De árbol en árbol
Sola y doliente".

Enamorados,
Gentes con lago de corazón
Esto escuchadme:
Que no termine
Entre las garras
Del gavilán.

CANCION

De entre las flores que en la mano tuve
Sólo a tí escogí.
No sé de qué manera sólo a tí
Anidar en mi pecho te dejé.

Cóndor, que vuelas por doquiera
Dime, ¿de dónde vienes?
Tal vez hayas podido en el trayecto
Con mi amada encontrarte.

Hasta ahora en mis ojos no ha podido
Agotarse la lluvia de las lágrimas
Sólo hallarían término
Viéndote a tí.

Voy errando arrastrado por mis penas,
Queriendo tu cariño recobrar.
Hasta la noche y hasta el alba
Lloro y busco sin cesar.

Todo es abismo y todo es monte.
¿De qué manera verte lograré?
Si fuera alado pájaro
Al punto volaría a donde estás.

Acompañado por el viento
De pueblo en pueblo vagabundo voy,
Creyendo así poder un poco
De mi tormento descansar.

TU PUPILA

Como una estrella tu pupila
Cayó una noche en mi congoja.
Cuando a esconderla fuí en mi pecho
Se convirtió en tierna paloma.

Luego, envidioso torbellino
Me las arrebató de las manos;
Para evitar que las siguiera
Dejóme ciego y amarrado.

Escarnecido en el camino
Flagelado por lluvia y sol,
Pensando en su tierna paloma
Se carcome mi corazón.

MI MADRE

¿Qué nube puede ser aquella nube
Que entenebrecida se aproxima?
Será tal vez el llanto de mi madre
Que viene en lluvia convertido.

El sol alumbra a todos
Menos a mí.
No falta dicha para nadie;
Mas para mí sólo hay dolor.

Porque no pude conocerla
Lloré más harto que la fuente
Y porque no hubo nadie quien me asista
Mis propias lágrimas bebí.

También al agua me arrojé
Queriendo que ella me arrastrara.
Pero el agua me echó a la orilla
Diciéndome: "Anda aun a buscarla".

Si ella viera mi corazón
Cómo nada en el lago de sangre,
Envuelto en marañas de espinas,
Lo mismo que ella está llorando.

EL ROMANTICISMO Y EL POST-ROMANTICISMO.

ANTECEDENTES

La burguesía criolla, principal beneficiaria de la cultura, desde la creación de la República, hizo intentos por crear un clima propicio a las manifestaciones artísticas y, al mismo tiempo, intentó producir algunas obras que demostraron el deseo culturizador que le animaba. Pero siempre estuvo dando las espaldas a las grandes mayorías iletradas, a las que dejó sin educación y no se les permitió que participaran en esa construcción social y cultural que pretendía formar. Por eso es que esa literatura carece de sólidas bases en su doble intento pedagógico-cultural, porque —además— al no contemplar la verdadera realidad de nuestro país, era una mera imitación de los moldes europeos. Más tarde el pensamiento de aquella burguesía seguiría alimentándose de concepciones filosófico-pedagógicas y jurídicas debidas a Europa. Por eso, la expresión literaria tampoco podía ser otra cosa que un mero ejercicio imitativo. Todas las producciones literarias de esta época están marcadas por el sello romántico de procedencia española y francesa: pero en ellas podemos ver también la continua influencia directa del verbalismo insustancial procedente de la oratoria charquense; de ahí que la poesía o la novela románticas tengan elementos falsos, como por ejemplo todo lo debido a la imitación y su insustancialidad. El espíritu romántico definió no sólo una época en Bolivia, sino que ha creado una mentalidad poco original al influjo idealizante de las malas copias españolas de la época.

LA HISTORIA

Los primeros historiadores bolivianos no son más que "memorialistas" y recolectores de acontecimientos, los cuales han sido vividos por ellos mismos durante sus actuaciones en la vida política de

aquella época. Es por eso que existen algunas desfiguraciones interesadas de aquellos sucesos, debidas a los juicios parcializados. Estos memorialistas escribieron crónicas en las que se desdeña la interpretación de los documentos. De ahí que los libros de Historia pertenecientes a esa etapa denominada romántica, sean más bien monografías de ciertos períodos. Dentro de estas características hay algunas obras que muestran intentos interpretativos que merecen destacarse; dichas obras están escritas como si fuesen verdaderas "memorias", en las que se evidencia un sincero y apasionado sentimiento de amor por la verdad, revelando muchos datos de capital importancia que, recién más tarde, serían apreciados en su verdadero valor. Entre esas memorias, las que sobresalen por sus especiales méritos son las debidas a Vicente Pazos Kanki, digno ejemplo de honradez intelectual.

VICENTE PAZOS KANKI

Nació en Ilabaya (La Paz), en 1779, y murió en Londres en 1845. Hijo de indígenas aimaras aprendió las primeras letras en su pueblo natal bajo la dirección del párroco. Más tarde, se dirige a La Paz a estudiar en el Seminario; después graduóse en Teología y Derecho, en la Universidad del Cuzco. Estuvo en Chuquisaca y Potosí cuando ya era incontenible el fermento revolucionario. Amigo de Moreno, Monteagudo, Serrano y otros patriotas, se declaró partidario de la Independencia. Desde 1808 está en las provincias del norte argentino, y en 1810 dirige "La Gaceta" de Buenos Aires. En 1812 funda "El Censor", pero por sus ideas políticas es desterrado a Inglaterra, donde vivió hasta 1816, año en que regresa a Buenos Aires, habiendo abandonado antes los hábitos religiosos y contraído matrimonio. Dueño de una imprenta adquirida en Londres, funda "La Crónica Argentina", de netas tendencias republicanas, que combatió las ideas monárquicas de "El Observador Americano", periódico éste que se publicaba en su misma imprenta. El año 1817 es obligado nuevamente a exilarse, dirigiéndose —esta vez— a Nueva York, donde vivió hasta principios de 1821; trasladóse después a Portugal y España, radicándose finalmente en Inglaterra, país donde vivió hasta su muerte. Sus obras más conocidas son, aparte de sus múltiples artículos en los sucesivos periódicos fundados por él, sus **"Cartas sobre las Provincias del Río de la Plata"** (1819); **"El Pacto y Ley Fundamental de la Confederación Perú-Boliviana** (1837); una traducción del

"Evangelio de Jesucristo según San Lucas" (traducido al aimara y al español), y su libro más importante: "Memorias Histórico-políticas" (1834), que están escritas en una forma muy original por la independencia de pensamiento relativo a los acontecimientos políticos que le tocó vivir en América. El suyo es un estilo sin adornos, —nada más que los originados en las concesiones literarias de la época—, claro, objetivo y sobrio. Desgraciadamente esta obra no fue concluida, y sólo nos ha quedado la parte relativa a los últimos días coloniales.

FRAGMENTO DE LAS "MEMORIAS HISTORICO-POLITICAS"

Las revoluciones de Buenos Aires, aunque atroces algunas, no han tenido los mismos caracteres de aquellas en Francia, España y Portugal. En estos países la disputa ha versado siempre sobre los derechos del gobernante; en aquél sobre los derechos del pueblo. Los revolucionarios han invocadoen todas las ocasiones los sagrados nombres de Patria y Libertad, y bajo sus estandartes han deslumbrado a los incautos y combatido a sus antagonistas, y en la lid se han creído los guardianes de los derechos de sus conciudadanos. Jamás caudillo alguno osó decir que le competía el derecho de gobernar; desde el imbécil Saavedra hasta el asesino Larralde, todos han invocado el nombre del Pueblo para encubrir sus miras personales; y la audacia misma que tuvo que pugnar, argüir, persuadir, demostrar y convencer que no era liberticida, y se vio obligada a recurrir a ese mismo Poder cuyos derechos usurpó hasta que reprobada, castigada por sus mismos excesos, enmudeció delante de la Majestad ofendida del pueblo, la que en su tribunal infalible le condenó a castigo más severo —la desaprobación general. Entonces la ley volvió a tomar su idioma, la experiencia la escudó; y el disgusto a las revoluciones crece de tal modo que llegará el día en que se aborrezca hasta su nombre. Pasando por esta senda espinosa Buenos Aires, así como las otras repúblicas, agitadas, llegaron al estado de tranquilidad, así como el bajel que corriendo a grandes borrascas se salva al fin por su buena construcción artística.

Entretanto otra República se ha levantado en las cumbres auríferas y argentíferas del monte sinónimo de riquezas, llevando el nombre de su ilustre fundador Bolívar. Aquí falló otra vez la previsión y ciencia política del señor M. de la Rosa que afirma que el mero hecho de separarse una provincia de otra de que fue par-

te, no legitima su existencia aislada e independiente, e inculca que esta doctrina es contraria al Derecho de Gentes, y a los principios de Derecho Público. Desde el tiempo que S.E. estudió a Jus Publicum, este canón ha padecido alteraciones muy considerables, y dejando a salvo sus vastos conocimientos, se puede asegurar que siendo la base del Derecho Público las convenciones y la aquiescencia de los pueblos, este no tiene la posibilidad del derecho natural; que en prueba de esto la Grecia sacudió al yugo del Imperio Otomano; que la Bélgica se ha separado de Holanda, que el Brasil se emancipó del Portugal, así como éste de España, y la península toda de la dominación de otras potencias. Que en los ejemplos aducidos, los pactos y tratados subsecuentes, sancionando los hechos, no cometen trastornos de principio, y que sin escandalizar a los Publicistas, pasaron a incorporarse en los códigos del Derecho Público Universal.

Si de esta teoría descendemos a la cuestión práctica o a la organización actual de la República Boliviana, ¿cuáles el aspecto que ella no presenta en punto de vista social? Aquí las esperanzas vagas e indefinidas del señor M. de la Rosa pasan a ser resultados ciertos y evidentes. El mundo sabe que aquel distrito era conocido únicamente por la abundancia de sus metales preciosos, para cuya explotación se hadan vejaciones más escandalosas sobre sus primitivos habitantes; que estos miserables iban compelidos por las leyes municipales desde grandes distancias a morir asfixiados entre las exhalaciones o efluvios de los minerales, que esta conscripción la más inhumana, duró todo el tiempo que se conservó en estado Colonial; que no alcanzaron las leyes y los reglamentos de la Mita, para mejorar la condición de los trabajadores forzados, llamados mitayos; que los escritores y los informes de un Magisterio Célebre por su ciencia legal y por su vasta erudición, como por su integridad, el ilustre don Pedro Vicente Cañete, fueron eludidos, desatendidos y rechazados con indignación en la Corte de Madrid, por la influencia de los intereses que se enriquecían a costa del dolor, del sudor y de la sangre del infeliz indígena. Como tributo debido a la memoria de este grande hombre, debo recordar que muchas veces hallándome en Potosí, le oí decir, lamentando la suerte de los mitayos, "que si le fuera permitido llegar a los pies del Rey narrarle las miserias de los indios, y la falsa política en forzarlos a caminar a un trabajo que ni es ventajoso al azoguero, ni provechoso al Estado, porque sólo el trabajo libre es el que rinde utilidad, atravesaría desde luego el Océano, aunque fuera peligro cierto de vida". Estas expresiones quedaron desde entonces gra-

badas en mi corazón, como si el sello de la filantropía y del amor a la justicia, sentimientos a la verdad propios de aquel digno y justificado Magistrado, que habló siempre en el idioma de la verdad a las primeras autoridades del reino, y que murió víctima de su celo, al principio de la revolución del Río de la Plata, no porque fuese enemigo de ella, más si por las vejaciones que sufrió por la precipitación con que se lo declaró en Buenos Aires hostil al nuevo orden que esa abrazó en aquella capital. Es igualmente justicia consignar en este lugar el aprecio que el Dr. Don Mariano Moreno hacía de la capacidad extraordinaria del señor Cañete, antes de embarcarse para Londres, en cuyo viaje murió, me encargó muy especialmente para que significase a éste, la estima y consideración que tenía de sus talentos y aunque había disentido de él en su carácter ministerial, esto no aminoraba de manera alguna el alto concepto que tenía formado de su previsión y vistas elevadas. Yo tuve el gusto de transmitir estos sentimientos del Doctor Moreno al Señor Cañete. Me será permitida esta digresión que es sugerida por la memoria de estos dos grandes letrados, ciertamente los luminares del foro Americano, y que honrarían cualquiera de los estrados de los tribunales supremos de justicia de Europa; ambos se formaron sin salir de América.

Estas provincias, pues, que tenían de suyo a más de los metales, multitud de producciones en los reinos vegetal y animal; que por la variedad de sus climas producían frutos varios y pingües; que estaba habitada de gentes activas, industriosas y sobrias, yacían en atraso lamentable, sin puertos de comunicación con el extranjero, sin caminos cómodos para el comercio interior, ni otros canales de comunicación que las penosas e imperfectas estradas o sendas que la necesidad había abierto. En vano la naturaleza era feraz y pródiga de sus producciones aquellas masas enormes cuyos puntos culminantes son los más elevados del globo, exceptuando Himalaya, estaban como ocultos a la ciencia: no se sabía su altura al nivel del mar; ni se examinaba este portento de la naturaleza que hace vegetar las plantas, respirar a los animales y mantener a una población numerosa en una elevación que en otras partes no es dado a ningún ser viviente existir. Los valles y bosques que descienden de esta blanca etérea faja se extienden en llanuras inmensas en donde la vegetación copiosa ha poblado en bosques, cuyos robustos y gruesos árboles parecen exceder la fe humana. Sus aguas, rápidas en su origen, pierden su impetuosidad para formar el mayor y más grande río que se conoce en el mundo, como si el Omnipotente señalara con el dedo y dijera: mirad hombres

que habitáis sus márgenes, este es el caudal natural de vuestra civilización y de vuestro comercio. En medio de tantos dones de la naturaleza, en medio de esa exuberancia de producciones expontáneas de la tierra, marcadas todas con cierta grandiosidad que les es peculiar, sólo el hombre era pequeño; este ser que por su racionalidad debía propender a ponerse al nivel de sus semejantes, no parecía tener la misma perfectibilidad con que salió de la mano del Creador. Sin conocimientos para mejorar su condición moral y social, pobre con el mismo oro que poseía, degradado hasta sufrir las vapulaciones más vergonzosas en público, no conocía ni podía formarse idea alguna de la dignidad del hombre. Este es el estado en que estaba sumida la inocente población del Alto Perú, hasta que la revolución rompió la venda que cubría los ojos de los indígenas y de los que no lo eran; y los rayos de luz natural cuando súbitamente hiere los ojos del que ha estado encerrado por largo tiempo en un oscuro calabozo; sus primeros efectos fueron desórdenes y ensayos sanguinolentos que hicieron creer que el remedio era peor que la enfermedad. Ni podía ser de otro modo en un país tan oprimido, cuando la misma Península, según lo afirma el elocuente San Agustín Arguelles, se resentía de esta degradación. Si hoc in viride quid in arido? Pero esta no es una razón para que continuasen en ese estado y el mismo orador citado dice: Pretender que un pueblo esclavizado durante siglos no puede establecer la libertad porque no salga de improviso ilustrado ya, y práctico en el uso de ella, es lo mismo que condenarle a perpetua servidumbre. En efecto, parece que las sociedades siguen los pasos del hombre, y así como éste en su infancia sufre golpes y contusiones que afirman y robustecen sus miembros endebles, del mismo modo la sociedad política en su infancia padece iguales males, hasta que llega a tener fortuna de conseguir un brazo que le sostenga y que le dirija.

MANUEL JOSE CORTES

Nació en Cotagaita (Potosí), en 1815, y murió en Chuquisaca, en 1865. Se graduó de abogado en la Universidad de San Francisco Javier, de la cual llegó a ser Cancelario; asimismo ocupó los cargos de juez de la Corte Suprema de Justicia y Fiscal General de la República. En 1861 y 1864 fue nombrado Presidente del Congreso; posteriormente, Ministro de Instrucción y Culto. Enemigo de Belzu, éste lo desterró por tres veces del país. Sus obras his-

tóricas más importantes son: **"Bosquejo de los Progresos de Hispanoamérica"** (1858) y **"Ensayo sobre la Historia de Bolivia"** (1861). En este libro hay un proceso evolutivo de la creación de la nacionalidad, desde la Guerra de la Independencia; posee importantes referencias a la cultura y a la política de los primeros años de la República, de ahí que puede ser considerado una especie de monografía sociológica. Su estilo es objetivo y moralizante, a la vez que está lleno de algunas consideraciones sobre la historia, naturales del concepto romántico sobre ella.

FRAGMENTO DEL CAPITULO II DEL "ENSAYO SOBRE LA HISTORIA DE BOLIVIA"

Es un error, lo hemos dicho en otra parte (1), atribuirla guerra de la independencia a la crítica situación en que se hallaba la Metrópoli, a consecuencia de la invasión francesa. El conflicto de la España habría sido indiferente para la América, si otras causas no hubieran preparado los acontecimientos que tuvieron lugar en aquella época. Entre la invasión de Bonaparte en la Península y la revolución hispanoamericana, no hay más que una relación de sucesión, y no un enlace de causa y efecto.

La raíz de la revolución americana ha de buscarse en las ideas a la sazón difundidas en América. Los hechos de que tiene cuenta la historia, son siempre la manifestación del pensamiento: esto es demasiado obvio, para que pueda ponerse en duda. Los pueblos, como los individuos, no ejecutan sino lo que piensan. Las distintas fases que presenta el género humano, tienen su origen en el hombre mismo.

Aunque la instrucción no era bastante extensa en América, la inteligencia estaba en movimiento. La adquisición de los conocimientos permitidos por el gobierno, provocaba la de otros de distinto género. Lejos de fatigarse, el entendimiento cobra con la acción nuevo brío. La autoridad que hasta cierto punto había mejorado la condición moral de los americanos, debía esperar que ellos por sí quisiesen mejorar su condición social, y así fue en efecto. En el seno de la servidumbre se formaban las ideas de la libertad. Los hombres ilustres conocían el "Contrato Social" de

(1): "Bosquejo de los progresos de Hispano América".

Rousseau, el "Acta de la Independencia de los Estados Unidos" y la "Declaración de los derechos del hombre", hecha por la Convención Francesa.

No sólo los americanos, sino también muchos españoles, sentían la necesidad de una reforma social. Por el sólo transcurso del tiempo habían desaparecido muchas preocupaciones, y se habían mudado las máximas del gobierno. Bajo la perpetuidad aparente de las instituciones progresaba el espíritu público. Sucedía con él lo que con las aguas subterráneas, que estaban en movimiento, al paso que vemos inmóvil la tierra que las cubre. El espíritu humano obedecía, como siempre, a una ley superior, a todas esas leyes que en vano se quieren hacer eternas, en medio de las mudanzas imprescindibles a que están sujetas las cosas humanas.

La insurrección americana, que cuando empezó, no tuvo en España ningún ejemplo reciente que imitar, lo tuvo después muy notable en la revolución española: los llamados "insurgentes" tuvieron a la vista la constitución de Cádiz, que en expresión de Lamartine "sólo dejaba subsistir en el nombre de la dignidad real, que sobrepujaba en democracia a la constitución francesa de 1791, y que no otra cosa en realidad que la república encubierta por un trono. El pueblo español se lanzada de un solo golpe hasta la más completa realización de la filosofía de 1789; hasta la libertad de cultos, en una tierra de inquisiciones; hasta la reivindicación de su suelo sobre el poder sacerdotal, en un país de feudalismo monacal; hasta el destronamiento de sus reyes, en una nación en que la monarquía absoluta era un dogma, y en donde los reyes constituían una religión".

La injusticia de la conquista era, por otra parte, demasiado manifiesta, y demasiado grandes sus excesos. La impolítica desigualdad, establecida entre españoles y americanos; las ingentes rentas de la América, empleadas en provecho ajeno; las trabas del comercio y las demasías de todo género, no podían menos que exasperar los ánimos. La América se hallaba en tal estado, que podía decir lo que Guatimozin, al ser quemado por los conquistadores, "y esto no es un lecho de rosas". Más de trescientos años de dominación no fueron parte a borrar la ilegitimidad del gobierno de la Metrópoli, porque esa dominación era una serie de extorsiones e injusticias, y el origen de un gobierno espurio no desaparece sino a la sombra de grandes bienes atribuídos a la autoridad.

Hay además en el corazón humano un sentimiento ingénito, que repeliendo la violencia no concede más que a la razón el derecho de mandar: ese sentimiento, garantía de la dignidad del hom-

bre, explica la resistencia de los pueblos a la tiranía, bajo cualquier forma que se presente. Natural era pues, que la América se rebelase contra una dominación en que la injusticia y el derecho eran desconocidos.

Tampoco se debe olvidar que existe en todos los hombres un deseo innato de progreso: permaneciendo latente, por decirlo así, en las épocas de atraso, se manifiesta con toda energía en las épocas de avanzada civilización. Al buscar las mejoras, suelen a veces equivocarse las naciones en la elección del camino; pero no por eso dejan de adelantar. Habiendo llegado la América a cierto grado de cultura, debía favorecer las tendencias de la sociedad americana. Es cordura en los gobiernos dejar que los pueblos se muevan cuando los impele la necesidad o el espíritu de la época. Cuando se comprime el aire de la libertad se debe esperar la explosión y el estrago que la sigue. Es lo que no comprendió el gabinete de Madrid: no vio que los pueblos atraídos por el porvenir, rompen violentamente el lazo que los liga a lo pasado; no conoció, que cuando las revoluciones son inevitables, deben ser revolucionarios los gobiernos, so pena de ser víctimas si se empeña en conservar el antiguo orden de cosas.

"Qué fue (2) lo que impidió por siglos una revolución reformadora en América? La despoblación, efecto de una industria escaso y del comercio exclusivo: la falta de comunicaciones interiores que aisla las comarcas: la ignorancia que las embrutece y amolda para el juego perpétuo: la división del pueblo en clases que diversifican las costumbres y los intereses; el hábito morboso de la servidumbre, cimentado en la servidumbre, en la ignorancia y la superstición religiosa, auxiliares indispensables y fieles del despotismo; la cátedra del Evangelio y los confesionarios convertidos en tribunas de doctrinas serviles; los peninsulares revestidos con los primeros y más importantes cargos de la república; los americanos excluídos de ellos, no por las leyes sino por la política mezquina del gobierno, política por cierto menos hábil de lo que generalmente se ha creído; que se reducía al principio cómodo y fácil de no producir para no tener que cuidar, y cuyo resultado fue prolongar la independencia para hacer más larga y sangrienta la separación".

La historia de la separación, no de toda la América, sino sólo del Alto Perú, es la que va a ocuparnos. En el período que vamos

(2): Baralt y Díaz: "Historia de Venezuela".

a recorrer, en vez de ejércitos que llamen la atención por el número de sus combatientes o por el plan de sus operaciones, no veremos de parte de los americanos, sino grupos que obraban sin concierto. Mudando frecuentemente la escena, nos será necesario mostrar, aquí las victorias de los independientes, y allí la humillación de sus armas. La multiplicidad de acciones, a veces simultáneas, pero ejecutadas en distintos puntos del territorio, no sólo cede en detrimento de la regularidad literaria de la narración, sino que perjudicandoa la unidad, mengua el interés. Imposible nos será evitar este escollo nacido de la naturaleza del asunto.

JUAN RAMON MUÑOZ CABRERA

Nació en Cochabamba, en 1819. Educóse en Buenos Aires y Montevideo, donde produjo sus primeros ensayos literarios, publicando un drama intitulado: "Cienfuegos" y algunas críticas periodísticas. Durante el gobierno de Belzu tuvo una destacada actuación política, colaborando al caudillo; éste lo nombró Ministro ante el gobierno de Rosas, pero el tirano se negó a recibirlo como tal. En Chile y en la Argentina trabajó como periodista en importantes periódicos de aquella época como "El Mercurio", "La Crónica", "La Tribuna", "El Constitucional", y otros. Siendo diputado y para no firmar la aprobación del tratado de 1868, con el Brasil, que Melgarejo negociaba, se exilió voluntariamente y murió al año. Entresus obras históricas más importantes están: "Apuntes cronológicos de la Campaña sobre el sur por el ejército libertador del general Belzu", "Vida y escritos de don Bernardo Monteagudo" y, la más conocida, "La Guerra de los quince años en el Alto Perú". Todas estas obras se escribieron con la intención de realizar estudios interpretativos más que de narrar los hechos históricos. No hay un gran estilista en Muñoz Cabrera, pero lo que quiere decir lo dice sencillamente para ser ampliamente comprendido, con esa manera oratoria que empleaban todos los escritores de la época.

"LA GUERRA DE LOS QUINCE AÑOS EN EL ALTO PERU" (1867)

De muy diversos modos ha sido juzgado el acto de nuestra emancipación de la metrópoli por los escritores que, más o menos extensamente, se han ocupado de historiar la revolución de la América española.

Los acérrimos partidarios de la monarquía y de sus pretendidos derechos sobre el Nuevo Mundo, llamaron "insurgentes" a nuestros mayores y "traición infame" a la revolución, considerándose por largo tiempo dispensados los jefes de los ejércitos realistas, de guardar respeto de aquellos los principios sagrados del derecho y las prácticas de la guerra" (1).

Los revolucionarios, por su parte, proclamaron a la faz del mundo la santidad de su causa, enseñando, para justificar su conducta, la enormidad de sus cadenas. El mundo atónito contempló por largo tiempo esa sangrienta lucha entre padres e hijos, si bien sus simpatías se inclinaron en favor de los últimos; y fue preciso que la independencia de Sud América fuese aclamada por los clarines de Ayacucho y saludada por todas las naciones del orbe para que la generosidad encontrase palabras con qué cumplimentar a la América libre y vindicar de algún modo a los próceres de nuestra revolución.

"Los americanos (decía el Sr. Mora, hace algunos años, en la "Revista de Ambos Mundos") no quisieron lo mismo que no quisieron los españoles: ser súbditos de un monarca extraño. Tal fue la clave de su conducta: tal es la verdadera explicación de su rompimiento con la madre patria: fue la consecuencia forzosa, imprescindible, de lo que estaba pasando en la metrópoli".

Más tarde, en nuestros días, un escritor ilustrado, uno de esos claros ingenios que tanto honor hacen a España moderna, el señor don Miguel Colmeiro, escribiendo sobre la América española, dijo con mucho acierto:

---

(1) Calleja en Méjico y Morillo en Colombia, no respetaron nunca las capitulaciones con los independientes y fusilaron con frecuencia a sus parlamentarios. El doctor don Vicente Cañete, asesor del intendente de Potosí, tuvo el cinismo de proclamar por medio de sus escritos y dictámenes fiscales, que los forajidos en Salta, rendidos por las armas del general Belgrano, no estaban obligados a guardar un juramento. Goyeneche, jefe del ejército de Lima, no respetó el armisticio pactado con Castelli, y lo batió por sorpresa en los campos de Huaqui.

"Atribuyen la emancipación de la América a varias causas, que sin duda habrán influido más o menos en precipitar el desenlace del orden de cosas establecido por la conquista; pero, en realidad, este suceso es la sencilla manifestación de una ley de la naturaleza. El hombre, porque es débil en sus primeros años, ama la casa paterna, como las aves aman el nido; en llegando a ser grandes abandonan aquel hogar y se hacen cabeza de familia. Lo mismo pasa con los pueblos. Una colonia se apega a la Madre Patria y se le mantiene sumisa mientras necesita de su amparo; mas, sintiéndose robusta, se aleja del tronco primitivo y, al apellido de "libertad", organiza una manera de gobierno, mas como no siempre la metrópoli consiente la emancipación, resulta que las colonias apelan a las armas y se declara la guerra civil; grande calamidad por cierto, no sólo porque se derrama sangre de hermanos, sino por los odios que engendra, sembrando la discordia entre los pueblos".

Tales son las palabras del señor Colmeiro: ellas en nuestro concepto importan la solución más elevada y franca del problema revolucionario de América.

Como quiera que ello sea, es un hecho innegable, justificado por la notoriedad de los acontecimientos, que de mucho tiempo atrás estaba preparándose la emancipación del Nuevo Mundo, que sólo aguardaba una coyuntura favorable para tirar sus grillos y lanzarse en brazos de la revolución.

Desde mediados del siglo XVII, tuvieron lugar varias insurrecciones en América española, no ya por meras cuestiones civiles, como en los primeros tiempos de la conquista, sino por la insufrible tiranía de sus opresores.

Cuéntase que en 1692 el pueblo mejicano, cansado del monopolio ejercido por los empleados del rey y acosado por el hambre, prendió fuego al palacio del virrey Chávez y a varias oficinas públicas, salvándose éste último de la saña popular, por haberse refugiado oportunamente en un convento.

En 1780, Tupac Amaru y Tupac Catari, en Bajo y Alto Perú, dieron el grito de la insurrección, acosados por la desesperación y ansiosos por liberarse del férreo despotismo de los corregidores (2).

---

(2): La insurrección de Tupac Amaru, en 1780, y la de Tupac Catari en 1781, forman uno de los episodios más sangrientos de la historia revolucionaria de América y merecen consignarse, siquiera sea someramente en esta obra para conocimiento de la nueva generación a quien va dedicada. Este alzamiento, en el que sólo tomó

En 1797, don José María España y don Manuel Gual alzaron en Caracas el estandarte de la revolución, que más tarde fue secundado por el bravo Miranda y otros.

Todos estos americanos ilustres murieron en el cadalso y millares de víctimas regaron con su sangre generosa la tierra en que muy luego debía crecer el robusto árbol de la libertad.

Desde 1780, dice Angelis en su "Recopilación Histórica", se vieron en todas las ciudades, villas y lugares del Perú, pasquines sediciosos contra las autoridades reales, so pretexto del nuevo arreglo de aduanas y estanco del tabaco.

El virrey Vértiz escribió con tal motivo al del Perú: "Los diversos pasquines fijados en las más de las ciudades del virreinato, principalmente inculcan sobre las nuevas disposiciones de aduana y estancos, que, a la verdad, han causado un casi jeneral desabrimiento al comercio i al vecindario".

---

parte la casa indígena del Perú, no tuvo más origen que el intolerable despotismo de las autoridades reales y los abusos abominables de los "corregidores". En la interesante obra del dean Funes, titulada "Bosquejo histórico", encontramos una extensa relación de aquellos sucesos y de ella vamos a extractar lo que nos parezca lo más substancial. Don José Gabriel Tupac Amaru, cacique de Yungaruca, provincia de Tinta, en el Bajo Perú, cuya descendencia de los antiguos incas asegurase haber sido reconocida por los mismos reyes católicos, no pudiendo tolerar ya los abusos de los corregidores de su partido y cansado de hacer inútiles reclamaciones al Virrey, encabezó una insurrección, que duró tres años y se propagó hasta la provincia de Tucumán, en una estensión de más de 300 leguas. Dio principio esta insurrección con un acto de fiereza cual fue la muerte de don Antonio Arriaga, corregidor de Tinta, acaecida en noviembre de 1780. Tupac Amaru encontró una ciega y entusiasta decisión por él entre la casa indígena, y levantó numerosos ejércitos, que aunque mal armados e ignorantes del arte de la guerra, se batieron con valor y constancia y pusieron en gran conflicto las ciudades más importantes del Alto y Bajo Perú; hasta que, hecho prisionero en 1781 junto con su esposa e hijos, fue bárbaramente asesinado por los españoles. "El suplicio de Tupac-Amaru, (dice el juicioso y humanitario dean Funes), hizo retrogradar el siglo a aquellos tiempos bárbaros en que los hombres vivos eran arrojados a las hogueras; en que las viudas ardían sobre huesos animados y en que les era arrancado el corazón y arrojado a las llamas... El visitador Areche, juez de la causa, con un suplicio estudiado, en que agotó su entendimiento, quiso dar con la muerte de estos reos (Tupac Amaru y su familia) la última prueba de lo que pueden la ignorancia y la tiranía. Su sentencia se reducía a que, arrastrado Tupac Amaru hasta el lugar del suplicio, presenciase la muerte de su mujer y sus hijos, perdiese luego la lengua por manos del verdugo, y fuese luego descuartizado vivo al violento impulso de cuatro caballos, que unidos a sus brazos y piernas, lo arrastrasen en dirección contraria hasta dividirlo en cuatro partes..." La bárbara sentencia de Areche fue puntualmente ejecutada, pero ella no produjo los resultados que se deseaban. Por el contrario aumentó la rabia y desesperación de los indios, que capitaneados por Diego Tupac-Amaru, hermano de Gabriel, y por su sobrino Andrés, renovaron las hostilidades y continuaron largo tiempo la lucha, ejerciendo actos de venganza que sin embargo

EL ENSAYO LITERARIO

Durante el período romántico se escribió muy poco sobre los problemas esencialmente literarios. Para ello influyeron ciertos factores como, principalmente, la falta de lectores interesados en esos problemas, la poca importancia prestada a las producciones literarias nacionales y la casi nula resonancia de dichas obras, si se descuentan los reducidísimos grupos que trabajaban para intentar crear una expresión original en las letras y, sobre todo, que se esforzaban por formar un ambiente propicio para la elaboración artística. Hay sólo algunos aislados intentos en este sentido, lo que ya es un mérito considerándose el medio social económico en que debían producir y vivir los que se dedicaron de una u otra forma a la literatura.

SANTIAGO VACA GUZMAN

Nació en Sucre, en 1847, doctorándose de abogado en esa misma ciudad en 1866. Trabajó por algún tiempo en el colegio Junín y se inició como periodista en "El Porvenir"; desde allí organizó una protesta de la juventud boliviana contra los tratados internacionales del gobierno de Melgarejo. En 1871 funda "La Patria", importante periódico de aquella época que combatía al gobierno de

---

nunca pudieron igualarse al auto de Visitador español. En los propios tiempos en que Tupac Amaru efectuaba su alzamiento en el Bajo Perú, tres hermanos, Tomás, Dámaso y Nicolás Catari, originarios y vecinos de la provincia de Chayanta, departamento de Potosí, se sublevaban también contra su corregidor por idénticas razones. El fin de dos de ellos fue también trágico, sobreviviéndoles el último, que más tarde se plegó a la insurrección del impostor Julián Apasa que se hizo conocer por algunas comunidades de indios del Alto Perú, bajo el falso nombre de Tupac-Catari. Era este indio impostor, natural del pueblo de Ayopaya, en la provincia de Sicasica, y de oficio panadero. Habiendo interceptado un correo de Tupac Amaru a Tomás Catari, cuando éste ya no existía, concibió el atrevido proyecto de alucinar a los indios de su vecindad haciéndoles creer que aquellas cartas eran dirigidas a él. Desde aquel día, dándose a sí mismo el pomposo nombre de Tupac-Catari, asumió el carácter de virrey del Alto Perú, obteniendo la sumisión más absoluta de parte de sus naturales. De acuerdo con las fuerzas de Tupac-Amaru y en unión muchas veces con ellas, puso sitio a La Paz, a Oruro y aun a Chuquisaca y esparció el terror y el espanto en una larga extensión, comunicando el fuego revolucionario hasta el mismo Tucumán. Después de una serie de combates, ya prósperos o ya adversos, Tupac-Catari fue entregado a los españoles por traición de un amigo, y tuvo el mismo fin desastroso de Tupac Amaru. Así pudo sofocarse esta revolución de tres años que, mejor dirigida y preparada, hubiese dado quizá por última consecuencia la independencia de la América por la casta indígena.

Morales, motivo por el cual fue desterrado a la Argentina, de donde no regresaría ya. Desde 1884 a 1889 estuvo a cargo de la Legación de Bolivia en aquel país. Allí le cupo desempeñar una destacada actuación en el asunto relacionado con la incorporación definitiva de Tarija a Bolivia. Murió en 1896. Es autor de cuatro novelas, de marcadas características románticas, todas ellas son muy desiguales, con grandes fallas técnicas, pero —desde la primera— "Aves del corazón", hasta "Sin Esperanza" que es la última, existe un constante progreso formal sin que llegue a superar totalmente los defectos de la concepción romántica de la novela. Su estilo posee ciertos momentos de vigor y elocuencia y en sus últimas obras ("Su Excelencia y Su Ilustrísima", especialmente), escribe con mayor facilidad y espontaneidad, aunque conservando siempre ese melodramatismo truculento de la época; sin embargo, hay algunos aciertos excelentes en el análisis psicológico sentimental. Sus novelas son —ahora— de difícil acceso, y han perdido, desde luego, mucha de su vigencia literaria, pero en cambio es importante su pensamiento relativo al examen crítico de la producción artística de su tiempo: en su libro "La Literatura Boliviana" se puede encontrar un estudio muy certero de aquella producción. En su estudio "La raza quechua y la raza castellana y su influencia en las letras nacionales", sustenta la tesis de que no existe una influencia decisiva de la raza y las manifestaciones culturales quechuas en la literatura de aquellos días, opinión exacta para la mayoría de los escritos románticos.

LA RAZA QUECHUA Y LA RAZA CASTELLANA Y SU INFLUENCIA EN LAS LETRAS BOLIVIANAS.

II

Dos son las razas que han venido a formar la familia boliviana: el aborigen americano y el conquistador español; de este consorcio forzado ha nacido el mestizo, especie de bastardo en cuya naturaleza se entrechocaban las dotes antagónicas de sus padres.

Para poder apreciar las facultades poéticas y el desenvolvimiento de las letras y de las bellas artes altoperuanas, es necesario conocer el caudal hereditario que los ascendientes han legado a su descendencia en la esfera de sus padres.

Si hubiésemos de determinar los elementos de civilización aportados por la raza indígena, nuestro juicio sería la negación de toda influencia en la formación de la nueva sociabilidad. Una breve noticia acerca del desarrollo a que habían llegado las letras y las bellas artes en la raza originaria, confirmará nuestro aserto.

Los vestigios de la civilización del imperio de los Incas han dado lugar a juicios apasionados unas veces, erróneos otras. La crítica, aceptando ciegamente los escasos relatos que han llegado hasta nosotros acerca de aquellas instituciones, ha considerado el régimen administrativo de los emperadores Indios como un dechado del gobierno paternal y como la solución del socialismo bien entendido. Parangonando el gobierno americano con el de Esparta, que se había propuesto alcanzar la igualdad comunal, extinguiendo la acción y la autonomía del individuo en beneficio del Estado, los críticos han condenado a Licurgo y exaltado a los sucesores de Manco Capac.

¿Había en esto justicia? No podía haberla, porque el fallo contra el espartano procedía del relato parcial de los cronistas que preconizaban el régimen administrativo de la estirpe incásica. Garcilaso de la Vega en este orden ha engendrado entre los escritores europeos errores que recientes investigaciones vienen rectificando, y que obligan al crítico a tomar con reservas sus aserciones, sobre todo, las concernientes a la sabiduría y magnanimidad del gobierno de sus ascendientes.

Dos terribles delatores han venido a hacer vacilar las afirmaciones del cronista: los monumentos y el estado intelectual de la raza dominada por los Incas. Estos viejos testigos del pasado revelan que esta dominación, en vez de una comunidad social garantida por las libertades individuales, no era otra cosa que un despotismo atemperado, conforme al carácter dócil de los pueblos que constituían el extenso imperio de los "cuatro vientos".

Las observaciones de la historia han demostrado este hecho incontrovertible: la sumisión de los pueblos antiguos está en relación de la grandiosidad material de sus monumentos; las pirámides de Egipto están acusando a los Faraones de haber realizado un gigantesco remedo de las obras de la naturaleza a costa de las angustias de millares de esclavos; las anchas y colosales vías peruanas, midiendo la extensión de cuatrocientas leguas de rutas abiertas sobre los hombros de las montañas o alzándose soberbias sobre la profundidad de los abismos, llevan el sello de la servidumbre por el esfuerzo personal obligatorio que denuncian y por el inmenso número de brazos exigidos para dominar su extensión.

No lejos de la imperial ciudad del Cuzco, sobre una meseta llana y arenosa, se alza como un gigante desconocido en todo el contorno un dolman destinado, acaso, para la inmolación de las víctimas que demandaba el dogma primitivo de la raza creyente y fervorosa. ¿De dónde ha surgido aquél pedestal granítico extraño a las condiciones del suelo? Veinte mil hombres le arrastraron desde la veta nativa que corta el seno de la montaña a las diez leguas del arenoso recinto. Aquel inmenso cubo que parece labrado por los cíclopes, recorrió pesadamente las onduloses colinas, descendió a los ásperos valles, remontó las cumbres impulsados por diez mil brazos que oprimían su base, arrastrado por otros diez mil que le abrían paso sin rendirse a la fatiga ni acobardarse ante el peligro. Un día el gigante de piedra tuvo miedo de escalar la montaña y desprendiéndose de las manos de sus conductores, rodó sobre sus guardianes que seguían sus huellas y aplastó con su enorme peso centenares de cabezas humanas. Los hijos de las víctimas que vieron después al coloso aprisionado en la comarca donde la voluntad de su soberano le quiso encerrar, le bautizaron con el nombre de "la piedra que ha sudado sangre".

Y bien. Esta es la huella, no del poder inteligente y libre de un pueblo sino de la sumisión de la raza pronta a sacrificarse en religiosa obediencia del Señor dispensador de la vida. Hasta aquí la declaración de los monumentos; veamos la delación de la inteligencia.

El pueblo incásico carecía de medios para expresar sus concepciones; es decir, no poseía educación intelectual. Las ciencias, el cultivo de la poesía y el arte de consignar los sucesos pasados mediante los signos convencionales, eran privilegio de la clase noble, vinculada por la sangre al monarca: los amautas, o sean los filósofos, los haravicus, o sean los bardos, y los kipocamaes, o sean los cronistas o descifradores de los kipus, salían de la sangre real. La sabiduría que era el dote de un escaso núcleo no alcanzaba más allá de la familia depositaria del poder y acaso en este privilegio científico y refinamiento de educación, consistía el secreto de la autoridad y firmeza del gobierno. Entre el pueblo que todo lo ignora y la nobleza que todo lo sabe, hay la distancia del Señor al vasallo. De este modo el vasallaje se perpetúa esclavizado por su propia ignorancia. La centralización absorbía como un inmenso pólipo toda la vida del Estado y sofocaba hasta las palpitaciones del cerebro.

Esta centralización característica de toda civilización embrionaria ejerció naturalmente su influencia desecante sobre la inteligencia. He ahí por qué no ha podido formarse la literatura quechua. Las noticias que hemos alcanzado hasta el presente acerca del desarrollo de las bellas letras durante el reinado de los Incas, apenas revelan ensayos deficientes que no pueden constituir una literatura propia, tomando esta palabra en su sentido genuino.

Para su formación faltaba, sobre todo, el medio tradicional, es decir el signo escrito. Uno de los primeros historiadores del Perú consigna esta carencia de escritura fue debida a un golpe de autoridad. Antes del gobierno de Yupanqui, las letras habían despertado tanto los sentimientos de libertad, que el Inca alarmado de su influencia decretó la abolición de la escritura bajo las más severas penalidades; desde entonces los signos desaparecieron de la civilización peruana.

Indudablemente el cuento es bonito, pero desgraciadamente está en pugna con la buena lógica. Para que se extinguieran hasta los últimos vestigios de la escritura peruana, habría sido menester destruir o devastar los monumentos, primeras páginas donde el hombre imprime con caracteres imborrables las concepciones de su espíritu; además es un hecho humanamente imposible borrar las cifras de que se ha servido todo un pueblo con un solo mandato de autoridad. Para esto habría sido preciso arrancar la facultad de la memoria del cerebro de toda la raza.

Se han encontrado, es cierto, algunos ejemplares de signos esculpidos sobre la roca, pero estos signos, por su combinación y forma, revelan un origen anterior a la incásica.

LA NOVELA ROMANTICA

Pese a su tardía iniciación, este género literario es muy pobre, debido a la falta de imaginación creadora y por la carencia casi absoluta de un concepto rector sobre lo que debe ser una novela en cuanto a su estructura y técnica, y también porque la novela romántica boliviana no es más que un remedo de las peores producciones que entonces se escribían en España o Francia. Por eso, la mayoría de las novelas de aquel tiempo más que eso son folletines de muy mal gusto literario, en los que casi nunca se presentan los grandes problemas sociales que vivía nuestro país. Sus orígenes hay que encontrarlos en las crónicas tradicionalistas de la colonia, en esa mezcla de evocación histórica fantasiosa y moralizante y en el espíritu oratorio de los discursos debidos a los doctores de Charcas. La moralidad patente en esos folletines, es la expresión de la mentalidad estrecha de la burguesía: educada en la constante creencia de dogmas, leyendas y consejas sentimentales. En esta producción todo es externo y superficial. La única producción que se salva en este período es la novela de Nataniel Aguirre "Juan de la Rosa", expresión de un genuino romanticismo que mira la realidad nacional desde un punto de vista altamente evocador y constructivo. Tenía este autor una sensibilidad para lo social-histórico que es muy difícil encontrar en los demás cultores del género.

MANUEL MARIA GALLARDO

Nació en Vallegrande (Santa Cruz), en 1819. Se doctoró en Derecho en la Universidad de San Francisco Javier. En 1855 y 1857 se lo nombró diputado por Sucre y Santa Cruz; desde 1857 ya era catedrático de la Universidad charquense llegando a ser su Canciller de 1862 a 1863. Murió en 1866. Su novela "La Isla" (1864), por el asunto, por la concepción general y por el estilo, es típicamente romántica. De entre la producción contemporánea resalta por sus cualidades literarias: posee un estilo claro, sencillo, a veces, puesto que trata de evitar la falsa exterioridad de lo re-

tórico, cosa que no deja de mostrar en lo que se refiere a los diálogos que son pedantes y sin ningún aliento de vida.

FRAGMENTO DEL CAPITULO DE "LA ISLA"

El día era espléndido. Los valles escondidos entre nuestras sierras, tienen su magnificencia de vegetación, de aves, arroyos, céfiros perfumados, etc., aquella atmósfera, tibia en las noches y muy calurosa en el día, derrama sobre los seres todos los estremecimientos, por decirlo así, de la vida: allí la calma se sucede a la agitación, lo abrumador a lo liviano, la exuberencia a la desnudez, la tristeza del invierno a la alegría de la buena estación. Otra cosa diferente son las frígidas alturas, las planicies de las cordilleras, la puna, en una palabra; todo en esta región va escalonado por grados, desde lo habitable hasta esa zona que es eternamente mortal para los seres que alientan; pero cada recinto ofrece sino transiciones poco sensibles y marcadas, y una dulce uniformidad, es allí, se puede decir, el presente que hace la naturaleza a las almas tranquilas. Puede muy bien notarse que la parte que es habitable en la puna, encierra en rigor, si se quiere, tan benigno para el hombre, que acaba por convertirse en dulce bienestar; hay bajo ese clima un desarrollo armónico de las fuerzas y de las facultades; uno se siente ágil y se siente vivaz con el aguijón de un frío, que tan sólo viene a ser inclemente para la pereza y la inacción. Y no se crea, no, que la naturaleza es tan pobre que no pueda vestirse de gala; estas laderas tienen un horizonte mucho más ancho y luminoso que los hondos valles, y nada hay comparable a la transparencia del cielo en las mesetas. ¡Cómo es profundo y diáfano el azul del cielo! Una aureola lo rodea y limita por todas partes, como si fuera un resplandor de la tierra. Indudablemente, es la paz que reina en las alturas durante la estación propicia. El cielo abraza a la tierra con amor; posa su faz en las elevadas cumbres de las montañas para imprimirles un beso.

Pues bien, este día era un beso dulcísimo de bendición en la isla de nuestros queridos amigos.

Pero, ¡ay! no siempre late el corazón del hombre al apacible compás de la naturaleza. El uno y los otros fueron arrojados en aquella playa solitaria por una misma ola de la suerte. Prófugos de la batalla social, buscaron asilo en la paz del desierto; y ya la luz ¡oh Dios! no reinaba en todos los corazones. Mendoza había intentado oponer a la crueldad de su tiempo el alejamiento que era

en suma una crueldad todavía contra sí mismo y sus pobres seres queridos; pero su fatiga era sin duda tan grande, que la soledad tan muda y tan triste donde reposaba, no se había aún levantado contra él. Gabriel llegó para convalecer, al contacto de esos aires puros y tónicos, de una herida profunda y gangrenosa; y la herida no cicatrizaba, y sangraba todavía, y había recrudescencia en el dolor, y se complicaba con otro mal. ¡Pobre Filomena!, planta del valle trasplantaba muy de mañana a la puna! ¿Qué hay, dí, de tórrido, de febril, en la savia de tus venas, cuando en el campo yermono ha sidoesa savia atemperada? El lago es amigo variable y temible; hoy te acaricia mansamente, con murmullo suave; mañaua brama furioso bajo tus plantas, y de lejos azota tu morbidez en el cierzo helado. Mira al sol, Filomena; mírala tranquilo y majestuoso sobre tu cabeza: se levanta en los hielos de la cordillera real, se posa un rato en los hielos de la costa, y hoy como ayer se sumerje después en el océano; míralo cuando describe cada día un arco brillante, del cual llueve para la isla de tus padres un calor tibio y suave. Pero, lo hemos dicho, ya no reinaba la paz en estos corazones y la naturaleza estaba para ellos muda.

NATANIEL AGUIRRE

Nació en Cochabamba, en 1843. Se recibió de abogado en Sucre a los 21 años, al mismo tiempo que se casaba con una hija del presidente Achá. Combatió contra la tiranía de Melgarejo y concurrió como diputado a la Constituyente de 1871, donde adquirió renombre de orador y gran conocedor de los problemas nacionales, pues ya antes habíase iniciado en el periodismo y la cátedra universitaria. En 1872 toma parte del Consejo de Estado que se organizó después de la muerte del presidente Morales. Durante la Guerra del Pacífico organizó un cuerpo de milicias que no pudo llegar a combatir. La famosa Convención del año 1880 le nombró su presidente y, después, fue ocupando —sucesivamente, los cargos de Ministro de Hacienda, de Guerra, Gobierno y Relaciones Exteriores. Mientras se dirigía a posesionarse de sus funciones de Ministro de Bolivia ante la Corte del Brasil, murió en Montevideo, en 1888. Su labor intelectual ha sido vasta y fecunda. Ensayó el cuento, la poesía, el drama y la novela. Su obra "Juan de la Rosa", ha servido para que su nombre tenga una permanencia que muy pocos han logrado en las letras bolivianas. Novela romántica, en el más alto sentido de la palabra, sin embargo sobresale de toda la

producción de la época, no sólo por sus indiscutibles valores literarios, sino también por ser la gran primera novela nacional: por el tema y la expresión. El estilo de Aguirre es sencillo, emotivo y lleno de sugerencias; demuestra una habilidad nada común para las descripciones y llega a tener muchos aciertos en el análisis psicológico. Entre las narraciones pertenecientes al género denominado "tradiciones", Aguirre escribió uno de los mejores cuentos de la literatura boliviana: "La Bellísima Floriana".

FRAGMENTOS DE "JUAN DE LA ROSA"

De "Primeros Recuerdos de mi Infancia"

Otro amigo fiel, más asiduo, que nos visitaba todos los días, en las horas que le permitía su trabajo, era el maestro cerrajero y herrador Alejo, pariente yo no sé en qué grado de mi madre. Cobrizo, de más de mediana estatura, fornido, de cabeza al parecer pequeña enclavada en un cuello de toro; ancho de pechos y un tanto cargado de espaldas, con manos y pies descomunales, parecía la personificación de la fuerza, y la tenía realmente proverbial en la villa. Pero su semblante, de ordinario tranquilo, sus ojos de ingenuo mirar, revelaban un alma naturalmente bondadosa, a no ser que los animase la cólera, en cuyo caso tomaban una expresión bestial, espantosa.

Su traje semejante al de la generalidad de los mestizos, estaba mejor cuidado y era de telas menos groseras. Usaba sombrero de copa redonda y anchas alas, chaqueta de pana enteramente abierta, mostrando la camisa de tocuyo del país nunca abrochada al cuello, como si éste no lo consintiese; calzón de cordellate, sujeto por faja de lana colorada con largos flecos; gruesos zapatos de los llamados rusos, que parecían incomodarle siempre. Hablaba castellano sin estropearlo demasiado; pero prefería el quichua siempre que lo hablase también su interlocutor o fuese éste alguno de sus iguales. Llamaba "la niña" a Rosita y la adoraba como una santa. Su condescendencia llegaba a irritaren ocasiones hasta a esa santa, a mi cariñosa madre. Muchas veces le dijo a ella:

—¡Qué hermosa eres, niña mía! ¡Si quisieras hacerte retratar harían un cuadro como el de tu divina pastora!

Y hablando de mí agregaba:

—Déjale en paz. ¡Que corra por los campos de Dios! ¡que brinque y grite y se suba a los árboles! Ya no sé cómo tú misma no le

acompañas en sus juegos, cuando yo más viejo que tú, le enseño travesuras y las hago con él.

Si oía cantar a Rosita, se quedaba extático, abriendo la boca, como acostumbraban todas las gentes sencillas cuando concentraban su atención en alguna cosa. Mil veces se hizo repetir los versos de la despedida del Inca, o de algún fragmento del Ollantay sin conseguir nunca retenerlos por completo en la memoria. Confesaba humildemente su torpeza. No se obstinaba en sostener sus juicios u opiniones, cuando alguna persona queridalos refutaba con calma y dulzura, y comprendiese o no los razonamientos contrarios, parecía quedarse convencido, diciendo: "bueno... ahí está!" Todo esto no quiere decir, empero, que dejase de tener, si así convenía a sus intereses, la astucia y socarronería que suelen distinguir en alto grado a los indígenas embrutecidos.

Mi madre que no quería que yo saliese, ni me ocupaba en ningún mandado; me permitía a veces pasearme con él. Una tarde me llevó a los toros del Patrono San Sebastián. Terminado el espectáculo que entonces me divirtió y que después me ha parecido grotesco y repugnante, por demás, subimos la suave pendiente del cerrito que se elevaba sobre la plaza de aquel nombre. Me compró un cartucho de confites en las tolderías de refresco que allí se ponían, y me condujo después algunos pasos más arriba donde me señaló una planta espinosa, diciendo estas palabras misteriosas:

Allí pusieron su brazo derecho. La abuela lo vio sobre un palo y se quedó desmayada. Lo quería mucho; por eso me hizo poner su nombre.

Pero al ver el asombro con que lo miraba creyó que hacía alguna torpeza, y tomándome de la mano para alejarse precipitadamente conmigo, añadió:

—No le cuentes esto que te he dicho a la niña Rosita, ni me preguntes ya nada, porque sólo he querido asustarte.

Algunas infelices mujeres vestidas de tosca bayeta del país, descalzas, desgreñadas, venían, por último, a ayudar a Rosita en alguna labor sencilla o el cuidado de la casa, y nunca salían de ésta sin bendecir a la "niña", que era, decían, tan buena y bella como la santa limeña cuyo nombre llevaba. Sólo recuerdo yo el de una de ellas: María Francisca. Más tarde comprendí que, pobres como éramos, viviendo del trabajo diario de mi madre, enseñados a leer por oficioso maestro, podíamos considerarnos, respecto a las comodidades materiales y al cultivo de la inteligencia, mil veces más afortunados que la gran masa del pueblo, compuesta de indios y mestizos. Los únicos felices a su manera, debieron ser los españo-

les y algunos criollos, que se contentaban con vegetar en la indolencia, durante los buenos tiempos del rey nuestro señor".

De "El Alzamiento de las Mujeres"

Una ráfaga del viento del sur trajo hasta nosotros un confuso clamor, mezcla de todos los sonidos que puede producir la voz humana, que me recordó la comparación que hacía Alejo de los gritos y silbidos de los patriotas de Aroma con los de la multitud en la fiesta de toros de San Sebastián. Los dos interlocutores quedaron silenciosos, para ver entonces, desde allí, el increíble combate que iba a tener lugar entre un pueblo inerme y uno de los ejércitos mejor organizados, con todos los elementos de que podía disponer la secular dominación española.

Ligeras nubes blancas como gasas flotantes, simétricamente pegadas a trechos, hacían menos deslumbradora la luz del sol, que aparecía como punto blanco en medio de un círculo irisado, fenómeno frecuente en aquel cielo y aquella estación. Si yo creyera que la naturaleza toma parte en las sangrientas luchas de los hombres, diría que ella anunciaba así la bandera de la república, que al fin debía flamear después de muchos años, gracias a ese y mil otros sacrificios, que parecían insensatos ...

Al pie del Tieti, pico saliente de las colinas de Alalaí, una gran nube de polvo, en cuyo seno se distinguían fugaces resplandores, anunciaba la aproximación del ejército de Goyeneche. La multitud que iba saliendo de la ciudad inundaba la colina de San Sebastián. La ciudad parecía completamente abandonada.

Reuniendo a mis propios recuerdos los minuciosos informes que recogí después, de muchas personas que presenciaron de más cerca los sucesos y tuvieron parte en ellos, voy a deciros todo lo que pasó entonces y que no ha sido dicho hasta aquí por nuestros escritores nacionales, empeñados solamente en acriminar a Goyeneche.

El Gran Pacificador del Alto Perú, Conde de Huaquí, a quien la conciencia de españoles y americanos daba en aquel entonces sus verdaderos nombres históricos, por boca del fiscal Andreu y mi maestro, venía muy satisfecho a la cabeza de sus tropas, con su Pedro Vicente Cañete y numeroso estado mayor, creyendo que de un momento a otro vería salir a su encuentro al arrepentido pueblo de la ya sumisa Oropesa. Figurábase que vendría el clero por delante, con el palio que debía dar sombra a su laureada ca-

beza; que le seguirían el cabildo, justicias y demás corporaciones; que luego se presentarían una diputación de señoras con palmas en las manos y lágrimas en los ojos, que la multitud se agolparía detrás, clamando: ¡piedad!, ¡misericordia! Se prometía él mostrarse sordo a la clemencia, severo, inexorable. ¡Era preciso que la rebelde ciudad expiase sus repetidas traiciones al amantísimo monarca! ¡Qué dirían sus valientes soldados a quienes había prometido hacer dueños de las vidas y haciendas de los insurgentes! Pero repentinamente oyó un clamor extraño, especie de carcajada y rechifla que cada un tiempo le arrojaba aquel pueblo siempre rebelde e indomable, y miró por el camino y no vio a nadie, y levantó la cabeza y a la izquierda, sobre la colina de San Sebastián, vio la realidad y despertó, para exclamar con rabia y desesperación:

—¡No hay más remedio que exterminar a esa incorregible canalla cochabambina!

Dispuso entonces que sus tropas —más de cinco mil hombres de las tres armas—, formasen en batalla, apoyando su derecha en el Tioti y su izquierda en las barrancas del Rocha, para adelantarse a paso de carga, de modo que las alas fuesen describiendo un semicírculo y se unieran al fin al otro extremo de la colina de San Sebastián, encerrándola en un círculo de fuego y de acero, que se estrecharía destruyendo sin piedad a los patriotas. El terreno se presentaba enteramente despejado para esta maniobra. Era un llano arcilloso, horizontal, nivelado por la naturaleza, en el que apenas se veían a trechos raquíticos algarrobos. El cementerio público, que ahora existe al pie mismo de la colina, fue construído muchos años después, durante el gobierno del Gran Mariscal de Ayacucho. La pequeña aldea de Jaihuaico era una solacasa de hacienda con una pequeñísima capilla.

Los patriotas habían colocado, entre tanto, sus cañones de estaño en la Coronilla, prestándose a servirlos hombres, mujeres y niños indistintamente, bajo la dirección del Gringo y de Alejo, animados por la voz incesante de la abuela. Los que tenían fusil, arcabuz, honda o granadas, se formaron confusamente para defender los costados. Una multitud completamente inerme de mujeres y niños se agitaba por detrás rodeando a Antezana y los caballeros que le acompañaban. Ni un instantese interrumpían los gritos de insensato desafío, los silbidos de burla, las intensas carcajadas que llegaban hasta mí, agitándose con estremecimientos nerviosos y arrancándome lágrimas de furor y vergüenza. Más de una vez estuve a punto de correrme y bajar a brincos la escalera

para volar a donde creía estaba mi puesto; pero una mirada del Padre me contenía, y volvía yo a mirar al través de mis lágrimas la colina lejana en donde iba a morir un pueblo desesperado. De allí partieron los primeros disparos de cañón y de arcabuz. Las tropas enemigas seguían avanzando a paso de carga, y sólo rompieron el fuego general cuando se vieron a distancia de ofender. El clamoreo de la multitud creció entonces, como un inmenso alarido de rabia y de dolor, que debieron arrojar todas aquellas bocasal ver el derramamiento de la primera sangre. Vi, también, desde aquel momento, correr por el lado en que la colina desciende suavemente hacia la plaza de su nombre, muchas personas intimidadas, notando que eran más los hombres que las mujeres; y he sabido posteriormente que aquel ejemplo de cobardía lo dieron el Mellizo, el Jorro y los más bulliciosos de su banda.

Menos de una hora tardaron las tropas de Goyeneche en rodear completamente la colina. Quedaban sobre ella como doscientos patriotas de ambos sexos y de todas las edades, niños que sus madres abrazaban con desesperación contra su seno, jóvenes que iban a vender caras sus vidas, ancianos que no tenían fuerzas para arrojar una piedra certera a sus enemigos. El prefecto Antezana y los caballeros de su comitiva, consiguieron salvarse merced a la ligereza de sus caballos, no sin recibir la mayor parte de ellos alguna herida y sin dejar á dos muertos en el campo.

Más tiempo que combate, —le llamo así porque no quiero contrariar el parte del señor Conde de Huaqui—, duró el exterminio, la matanza sin piedad de los que se encontraban sin salida en aquel círculo de muerte, que se hacía más insuperable cuando más se estrechaba. Los soldados de Goyeneche no dieron cuartel a nadie, ni a las mujeres que se arrastraban a sus pies... Era la hora de matar; había tiempo de satisfacer otras brutales pasiones en la ciudad, cuya suerte les había entregado su general...

Voy a deciros lo que fue de algunas personas humildes, cuyos nombres no figuran en la historia, pero que tantas veces han aparecido en ésta de mi oscura vida.

Clara, la pobre palomita, se había desplomado desmayada delante de la abuela a los primeros disparos, y fue salvada sin conocimiento por las mujeres que comenzaron a huir con el Mellizo y su digno compañero. Dionisio ocupó su lugar y cayó con el cráneo destrozado. Mi amigo Luis le sucedió resueltamente, y su voz resonó con la de la anciana hasta que una bala le atravesó los pulmones. Su padre, el Gringo, hizo prodigios de valor, sirviendo con Alejo los cañones de estaño. Cuando vio perdida toda esperanza

de salvarse, cuando advirtió, sobre todo, que los implacables soldados de Goyeneche mandaban arrodillarse a los patriotas, exclamó en francés:

—¡Non, sacré Dieu! ¡Non, par la cullote de mon pére!

Y revolviendo contra su pecho la boca del cañón que había cargado de metralla, encendió la ceba, y cayó lejos destrozado.

Alejo, más feliz que él, sintió subírsele la sangre a la cabeza, se acordó de Aroma, embistió al primer granadero que se puso por su delante, le arrebató el fusil y escapó de la muerte, herido de todos modos, sin saber él mismo, cómo a merced de sus hercúleas fuerzas y a la ligereza de sus piernas.

Los vencedores encontraron en la Coronilla un montón de muertos, cañones de estaño desmontados, medio fundidos, y sentada en las groseras cureñas, de uno de ellos, teniendo a dos niños exánimes a sus pies, una anciana ciega, de cabellos blancos como la nieve.

—¡De rodillas! Vamos a ver cómo rezan las brujas. —dijo uno de ellos apuntando el fusil.

La anciana dirigió de aquel lado sus ojos sin luz, recogió en el hueco de su mano la sangre que brotaba de su pecho y la arrojó a la cara del soldado antes de recibir el golpe de gracia que la amenazaba!

LA POESIA ROMANTICA

La poesía del romanticismo boliviano desarrolla ese espíritu moralista, falto de imaginación, sensiblero, que expresa artificiosos estados de ánimo subjetivistas, en los cuales hay una oratoria y un sentimentalismo exagerados. Estas características provienen del afán imitativo de la peor poesía moralista romántica española y francesa. Además, hay que ver en esos versos una casi completa falta de cuidado formal. Pese a todo lo anotado, existen algunas producciones aisladas en las que se puede encontrar un deseo genuino de originalidad.

MARIA JOSEFA MUJIA

Nació en Cliuquisaca, en 1813. Quedó ciega a los catorce años. Poseía una inteligencia extraordinaria para una mujer de su edad. Sus versos fueron publicados por su hermano, que le servía de se-

cretario y lector. En su larga vida escribió bastante, pero hasta ahora no han sido publicadas sus poesías en un volumen. Murió en 1888, respetada por toda la intelectualidad de su tiempo. El dolor y el escepticismo de su poesía, es algo natural en ella; la forma no es muy perfecta pero quizá, por eso mismo, adquiere un aliento sincero que hay que destacar.

LA CIEGA

Todo es noche, noche obscura. . .
Ya no veo la hermosura
De la luna refulgente;
Del astro resplandeciente,
Sólo siento su calor.
Ya no hay nubes que el cielo dora:
Ya no hay alba, no hay aurora
De blanco y rojo color.

Ya no es bello el firmamento:
Ya no tienen lucimiento
Las estrellas en el cielo. . .
Todo cubre un negro velo,
Ni el día tiene esplendor.
No hay matices, no hay colores;
Ya no hay plantas, ya no hay flores,
Ni el campo tiene verdor.

Ya no veo la belleza
Que ofrece la naturaleza:
La que el mundo adorna y viste. . .
Todo es noche, noche triste,
De confusión y pavor. . .
Doquier miro, doquier piso,
Nada encuentro y no diviso
Más que lobreguez y horror.

Pobre ciega, desgraciada,
Flor en su abril marchita,
¿Qué soy yo sobre la tierra?
Arca de tristeza que encierra
Su más tremendo amargor,

Y mi corazón enjuto,
Cubierto de negro luto,
En el trono del dolor!

En mitad de su carrera,
Cuando más luciente era
De mi vida el astro hermoso,
En eclipse tenebroso
Por siempre se obscureció.
De mi juventud lozana
La primavera temprana
En invierno se trocó.

Mis placeres halagüeños
El porvenir me pintaba
Bellos días y risueños
Y seductor se mostraba
Por un prisma encantador.
Las ilusiones volaron
Y en mi alma sólo quedaron
La amargura y el dolor.

Cual cautivo desgraciado
Que se mira condenado
En su juventud florida
A pasar toda la vida
En una obscura prisión,
Tal me veo, de igual suerte:
Sólo espero que la muerte
De mí tendrá compasión!

Consumada mi esperanza
Ya ningún remedio alcanza,
Ni una sombra de delicia
A mi existencia acaricia . . .
Mis goces son el sufrir. . .
Y en medio de esta desdicha,
Sólo me queda una dicha:
¡Y es la dicha de morir!

RICARDO JOSE BUSTAMANTE

Nació en La Paz, en 1821. Estudió en Buenos Aires, Montevideo y París, donde conoció a varios literatos españoles, como Martínez de la Rosa y Donoso Cortés; al mismo tiempo que ayudaba, en sus trabajos científicos sobre Bolivia a Alcides D'Orbigny. Al regresar a su patria, ingresó a la diplomacia, siendo nombrado secretario de la Embajada en el Brasil. Más tarde fue nombrado prefecto del Beni y, luego, de La Paz. Durante el primer período del gobierno de Melgarejo, ocupó el cargo de Ministro de Instrucción y, después, de Prefecto de Cobija y cónsul en Valparaíso y Salta. En el gobierno de Daza ingresó al parlamento como diputado y fue su Ministro en Chile. Murió en Arequipa, en 1886. Poseía una natural tendencia hacia lo épico descriptivo, pero por una natural honestidad y severo rigor autocrítico no escribió mucho. En sus poesías hay un intento valioso encaminado a crear una expresión poética original dentro de la lírica boliviana. Su estilo es vigoroso y tiene grandes aciertos en las imágenes descriptivas; se nota que los moldes formales del romanticismo refrenaron la espontaneidad de sus versos. Su "Preludio al Mamoré" y "La Venganza del Movima" son sus dos poemas más conocidos y mejor logrados.

PRELUDIO AL MAMORE

Tú aquí en regiones ignoradas giras,
serpiente nacarada bajo un cielo,
palio de lumbre por do tiende el vuelo
la garza colosal;
río argentado que onduloso ciñes
vírgenes bosques, o en variadas tintas
sobre tu espejo con sus nubes pintas
el éter tropical.

Al fin respiro tus fragantes auroras;
tus palmas miro que columpia el viento,
oigo en tus selvas armonioso acento,
y admiro tu quietud:
Oh, tú, a quien siempre en ilusión lejana
ví cual portento que a la patria mía

las puertas abras a su gloria, un día,
¡gran Mamoré! ¡Salud!

De región fría y apartada vengo,
donde el monarca de los Andes brilla
con su manto de arrruño, maravilla
del ingénito poder.
De allí al empuje de infortunado infando
yo vengo, sí, cansado peregrino,
y al verte aparecer en mi camino
ya aliento de placer.

Placer que inspira al corazón patriota
alegre canto y de solaz lo llena;
así el proscrito ya olvidó su pena
al verte, Mamoré.
Si no es mi canto como el dulce canto
de los bardos que pueblan tus regiones
preludia sobre tí las bendiciones
del porvenir, con fe.

En el seno feraz de los desiertos
genio escondido en soledad murmuras
al blando soplo de las auras puras
con plácido reir;
mientras la patria tu existencia ignora
cual tú ignoras que en ella los humanos
se agitan por correr tras los arcanos
de un grande porvenir.

Sobre tu manto líquido ondulante
refleja el cielo diamantina estrella
que suerte anuncia venturosa y bella
al patrio pabellón;
cumplirse debe tan brillante ensueño,
undosa ría, que hacia el mar lanzas
mecido por futuras esperanzas
de gloria y ambición.

Corres hoy arrastrando añosos troncos
que aún ostentan ropaje de esmeralda,

o ya a los juncos de la verde falda
arrancas tierna flor;
tu majestuosa soledad recrean
parleras aves de pintadas plumas
que en tí retratan su elegancía suma
girando en derredor.

Caimán que invade la arenosa orilla
blanco bufeo que rasgando el agua
el rumbo sigue de veloz piragua,
o la hoja que cayó,
o ya algún tigre que a la opuesta margen
se lanza a nado con tranquila frente,
perturban la quietud de tu corriente
que el hombre aún no turbó.

Tendido al pie de la floresta virgen
cual amante de los pies de la que adora,
cuando el último rayo de sol dora
sus ondas de cristal,
te deleitas feliz con los perfumes
que en alas de la brisa pasajera
te arroja de su ondeante cabellera
tu amada virginal.

Es solemne el concierto de tus bosques
en el silencio de la noche, cuando
con grito melancólico turbando
la augusta soledad
el pájaro gemífero y el viento
en bonanza te duermen deliciosa,
mientras el rayo de la luna hermosa
te da su claridad.

Tal es tu vida en el presente, oh río,
gigante puerta del soberbio templo
que de prósperos pueblos ese ejemplo
la patria labrará.
Hay de vida otro mundo que en tí duerme
mundo y vida de acción en la natura
con que a los hombres dispensó ventura
la mente de Jehová.

Dormiste el sueño de pasados siglos,
siempre ignorado resbalaste en calma;
siendo tus ondas la acción el alma
tu noche larga fue.
Rompa tu sueño secular el hombre:
tu margen pueble de ciudades bellas;
marque en tus bosques el vapor sus huellas,
¡Despierta, Mamoré!...

EL POST-ROMANTICISMO.

ANTECEDENTES

El período literario denominado Post-romanticismo es una especie de crisol donde se forman y crean nuevas concepciones estilísticas, al abandonarse lentamente el espíritu romántico imitativo. La influencia de las escuelas realistas españolas y francesas y, luego, de las novelas rusas, sirvió para que nuestros autores comenzaran a preocuparse por la realidad nacional y trataran de expresarla. Hay menos exterioridad oratoria, una mayor claridad expositiva, al mismo tiempo que una dedicación mayor por los problemas propios de la literatura como arte.

LA HISTORIA

Desde la Guerra del Pacífico los intelectuales bolivianos se preocupan más por la realidad nacional y se proponen analizar todo el complejo formativo social e histórico republicano. Se investiga el pasado con el evidente propósito de hacer una interpretación de los hechos en base al estudio comparativo de la documentación. Aunque todavía no se escribe una verdadera historia que contemple la evolución de nuestra nacionalidad, —la mayoría de los historiadores parte para el estudio de ella desde la creación de la República—, las monografías son ampliadas y se producen algunas obras con un criterio científico más riguroso.

MODESTO OMISTE

Nació en Potosí, en 1840, y se recibió de abogado, en Chuquisaca, a los 18 años. En su ciudad natal fundó uno de los periódicos de más larga existencia en el país: "El Tiempo". Elegido diputado, concurrió a las legislaturas de los años 1874, 1880, 1889

y 1892. Además, fue Ministro de Bolivia en la Argentina y en Venezuela. La labor más meritoria de Omiste ha sido la realizada en Potosí, por intermedio de su periódico y en los cargos de Prefecto y Presidente del Concejo Municipal. Murió en 1898. Más que un verdadero historiador es un compilador de datos y hechos del pasado, anotados bajo un punto de vista moralizador. Por su preocupación constante y fervorosa a todo lo que contribuya a la creación de nuestra cultura, Omiste sobresale de entre los historiadores de aquella época. Su estilo es aún romántico, sentimental y evocativo, pero sin caer en lo puramente sensibtero ni en lo afectado.

FRAGMENTOS DE "EL CERRO DE POTOSI"

Etimología del nombre Potosí.

El Inca Huaina-ccapac, estando de paso de Cantumarca a Colque Porco, vio el cerro de Potosí, y admirado de su grandeza y hermosura, dijo: esto sin duda tendrá en sus entrañas mucha plata; y mandó a sus vasallos que vinieran de Colque Porco a labrar sus minas. Así lo hicieron; y habiendo traído sus instrumentos de pedernal y madera fuerte, subieron al cerro, registraron sus vetas y estando para comenzar el trabajo, oyeron un espantoso estruendo y una voz que dijo: no saquéis la plata de este cerro, porque es para otros dueños. Asombrados los indios, desistieron de su intento, volvieron a Porco, refirieron al Inca lo que había sucedido, y al llegar a la palabra estruendo, dijeron Potosí, que en su idioma quiere decir, hubo gran estruendo,y de aquí se derivó el nombre de Potosí y aseguró sus llamas contra unos matorrales de paja. Dicho por los españoles.

Otros añaden que no sólo por dicho suceso se llamó Potosí, sino porque luego que se descubrió el cerro le llamaron los indios Orcko-Potocchi, que quiere decir, cerro que brota plata. Antes que el Inca viniese a la provincia de Porco los indios llamaban a este cerro Sumac-orcko, que significa cerro hermoso.

Descubrimiento del Cerro por los españoles.

Los capitales Juan de Villarroel, Santandia, Diego Centeno y el Maestro de Campo D. Pedro Cotamito, mineros de Porco, son reputados como los descubridores del Cerro de Potosí pero lo fue

en realidad el indígena Diego Guallca o Guallpa, natural de Chumbivilca, cerca del Cuzco, puesto al servicio de Villarroel. El indio salió de Porco a apacentar sus llamas en Ptoc-unu, planicie cenagosa donde se fundó la ciudad, y no pudiendo llegar a los ranchos de la Cantera, por habérsele hecho tarde, pasó la noche en el Cerro de Potosí y aseguró sus llamas contra unos matorrales de paja. Dicen otros que Guallca salió de Porco en busca de una llama que se le había perdido, que la dio alcance en el mismo cerro, entrada ya la noche, que la amarró contra un pajonal, y esperó el día. Otros aseguran que estando de pie el indio Guallca, vio pasar un gran venado, y que lanzándose tras él le dio alcance, mas por no caer en un pricipicio a cuyo borde estaba colocado, se asió de un matorral que se le quedó en la mano, y mirando la raíz y el hueco que había dejado, descubrió hilos de plata. Se dice también que no fue el indio quien arrancó el matorral sino la llama amarrada a él. Pero la versión más admitida es la siguiente: el frío obligó a Guallca a hacer fuego con paja y ramas de kenua, en gran parte de la noche, y al día siguiente observó que se había fundido el metal y que corrió la plata en riquísimos hilos; Guallca recogió un poco de ese metal, regresó a Porco, le sacó la plata por fundición para comprobar el hecho, y revelósu secreto a Guanca, quien a su vez lo hizo saber a Villarroel, el que luego se puso en marcha a reconocer el Cerro, y encontrando cierta la revelación, se estableció con arreglo a sus ordenanzas. En diciembre de 1545, a los once meses del descubrimiento del cerro, principiaron a formarse las primeras caserías por el empeño que en ello pusieron Villarroel, Santandía, Centeno y Cotamito.

Noticia Histórica sobre las Principales Vetas del Cerro de Potosí.

Veta Centeno.— Don Juan de Villarroel, uno de los más notables mineros de Porco, a quien el indio Diego Guallca comunicó el descubrimiento de la riqueza mineral encontrada por él en el Cerro, fue el que registró la Veta Centeno, en 22 de abril de 1545, con el nombre de Descubridora, y a la que después se puso el nombre de Centeno, en honor del minero Diego Centeno, compañero de Villarroel.

A principios de febrero de 1545, don Juan de Villarroel determinó enviar a Carlos V la noticia del descubrimiento, juntamente con doce mil marcos de plata piña y un memorial en que, por ciertas oposiciones de los capitanes Diego Centeno, Santandía y el

Maestre de Campo Cotamito, pedía a Su Majestad le confirmase el título de descubridor y fundador de la Villa, y pidió asimismo que se señalase el Escudo de Armas designado: en campo blanco el rico Cerro; a los costados las dos columnas del Plus Ultra y la imperial corona al timbre según cédula Real de 28 de enero de 1547, en la que también se confirmó el título de Villa Imperial de Potosí. Estas armas mantuvo Potosí hasta el año 1565, en que por cédula de Felipe II, dada en el bosque de Segovia, en 10 de agosto de dicha año, le concedió las Armas Reales de España: en campo de plata una águila imperial; en medio de ella contrapuestos dos castillos y dos leones; debajo de éstos el gran Cerro de Potosí, las dos columnas del Plus Ultra y a los lados, corona imperial al timbre, y por orla el collar del Toisón.

En 1651 llegó la Veta a su mayor grado de producción, así como otras delas quese hará mención en el lugar correspondiente. Se calcua que desde 1545, en que fue descubierta, hasta 1690, rindió cincuenta millones de pesos.

Después llegó a ser propiedad del famoso minero, Maestre de Campo Antonio López de Quiroga. La boca de la mina Descubridora, que es la Centeno, se llama actualmente La Cueva, porque en el mismo lugar en que el indio Diego Gualca descubrió la veta, existía una especie de cueva de treinta varas de largo, sobre diez de ancho y ocho de altura en la que podían caber cómodamente quinientos hombres de pie, y la veta que se descubría por encima era de colores tan variados que parecía esmaltada artificialmente.

En el mes de abril de 1566 se encontró en esta veta una plancha de plata blanca, de forma circular, en la que se veía muy claramente una imagen de Nuestra Señora de la Concepción, con el rostro y los ojos levantados y las manos arrimadas al pecho; estaba formada de finísimas hebras de plata, con tanta perfección que no habría podido ser imitada por el más hábil artista. Esta piedra fue colocada en un nicho de plata, en la misma mina, donde permaneció hasta 1612, en cuya fecha se la llevó a su casa el Alcalde Mayor de Minas don Carlos Corso de Cesa, y luego fue enviada a España donde debe existir.

Las Vetas Estaño, Rica y Mendieta

Poco después del descubrimiento y registro de la Veta Centeno, fueron encontradas otras vetas tan poderosas como ésta, a las que se les puso los nombres de Estaño, la Rica y la Mendieta,

que, con la primera, son las cuatro principales vetas que pasan por la cumbre oriental del Cerro.

La Veta Rica, descubierta en 1562, contenía metal de plata filamentosa (plata nativa o pasamano), cuyas hebras eran notablemente gruesas y resplandecientes, que parecían plata bruñida. La Veta Rica se ramifica al sud de la cúspide en tres ramos conocidos con el nombre de los tres ramos de Dolores. La Veta Mendieta y Rica se unen y se forman en un solo gran cuerpo al norte de la cúspide. Sobre la Veta Mendieta, al norte de la cúspide, se notan dos dislocadores: el uno a las setenta y tres varas horizontales al norte de la Cueva, el otro a las 50 varas horizontales al norte del anterior.

JOSE ROSENDO GUTIERREZ

Nació en La Paz, en 1840. Estudió en el Seminario y en la Universidad Mayor de San Andrés hasta recibir su título de abogado. Antes de los 25 años fue admitido en el parlamento, como diputado por su ciudad natal. Desde muy joven se dedicó a la enseñanza; en este aspecto su labor ha sido meritoria, ocupando los cargos de Inspector de Instrucción Primaria, profesor y Director del Colegio Ayacucho y, después, Cancelario de la Universidad paceña. Su actuación más criticada ha sido la defensa que realizó de los famosos tratados con el Brasil, que Melgarejo obligó a firmar a los parlamentarios del año 1868; en el gobierno del tirano estuvo como Agente diplomático en Chile, representando a Bolivia. El presidente Morales, al subir al poder, lo desterró. Pero, después de la muerte de éste, Gutiérrez aceptó hacerse cargo de la defensa de sus intereses, encomendado especialmente por la familia de aquél. Durante la campaña de la Guerra del Pacífico fue secretario de Daza y, luego, diputado en la famosa Convención del 80. Murió el año 1883. Como historiador Gutiérrez inicia la escuela de los investigadores de documentos que encuentran en ellos no sólo la confirmación del pasado, sino su necesaria interpretación. Su estiloes vigoroso, claro y, sobre todo, metódico; desde luego, en muchos de sus escritos, es demasiado parcial en cuanto toca al examen de los acontecimientos que él viviera. A Gutiérrez se le debe la reivindicación de Murillo en una de sus mejores obras: "La Revolución del 16 de Julio", modelo de documentación. Aparte de varios folletos sobre cuestiones político-históricas e internacionales, es autor de una "Vida del Capitán Alonso de Mendoza".

FRAGMENTOS DE "ALONSO DE MENDOZA, FUNDADOR DE LA PAZ"

Garrovilla, aldea oscura distante dos leguas de Mérida en la provincia de Estremadura y que no llegó a tener el rango de Villa sino 40 años después que uno de sus hijos fundó la ciudad de La Paz, fue la cuna de Alonso de Mendoza (1).

No conocemos la fecha de su nacimiento, ni cual fue su ascedencia. Tampoco nos ha sido posible fijar la fecha en que vino a América, y en especial al Perú. Los historiadores de Indias, aunque reputándolo de los primeros conquistadores del imperio de los incas, no mencionan una sola vez su nombre hasta 1538, en que se lo encuentra combatiendo en la caballería de Gonzalo Pizarro, que decidió la célebre batalla de las Salinas con el Adelantado don Diego de Almagro (2).

Cuatro años más tarde se le encuentra saliendo de Chuquisaca al mando de Peranzures contra Almagro (3). Y el 16 de septiembre de 1542, vencido y prisionero en la batalla de Chupas, que decidió el trágico fin de Diego de Almagro (4).

En 1544 empieza a diseñarse con claridad su rol en la historia de las guerras civiles. Acaba de llegar a Lima el primer virrey del Perú Blasco Núñez de Vela. Gonzalo Pizarro, haciéndose el campeón de los descontentos, se preparaba a la rebelión que motivaría el carácter inflexible de aquél mandatario, obstinado en ejecutar las ordenanzas relativas al repartimiento.

Alonso de Mendoza aparece entre las huestes de Pizarro, manifestando una conducta poco honrosa, si no se la examinara con cuidado. Felizmente para él los historiadores son unánimes en otorgarle buenas dotes personales. El cronista Herrera lo reputa "hombre cuerdo" (5). Gomara lo designa como "uno de los señalados hombres de guerra que hay en el Perú, muy superior a Centeno y a Carvajal" (6).

Estos juicios bastan para que al narrar su conducta con Pizarro, busquemos para ella móviles más elevados y distintos de los

(1): Herrera, Décadas — cap. XX, Lib. dec. VII — Mreri, Tomo IV, pág. 350.
(2): Herrera — Dec. — cap. VI. lib. IV. dec. VI.
(3): Id., cap. IV, lib. III, dec. VII.
(4): Dec. VI, lb. V, cap. VI.
(5): Herrera, Décadas, cap. I, lib. X dec. VII.
(6): Gomara, Historia de las Indias, cap. CLXIX.

que determinaban a sus compañeros de armas cambiar de partido con tal frecuencia que la deslealtad a sus jefes no era ya una mancha en el blasón del caballero.

En el primer momento no todos los que rodean a Pizarro tenían el ánimo deliberado de lanzarse a la rebelión. Su actitud era más bien la de la protesta por las vías legales contra un acto de la corona que calificaban de poco equitativo e injusto, actitud que los prudentes y avisados creían bastante para obligar al virrey a cambiar su conducta. Mas éste no cejó y su terquedad fue convirtiendo en rebeldes a muchos, al paso que otros empezaron a abandonar a Pizarro o al menos a seguirle con tibieza, esperando ocasión propicia para entregarlos a la autoridad real o victimarlo.

Fue en estas circunstancias que varios pizarristas encabezados por Gaspar Rodríguez y entre ellos Alonso de Mendoza, principal instigador, enviaron al clérigo Baltasar de Loaiza, para que comunicara al virrey la disposición de ánimo en que se hablaban ellos de abandonar o victimar a Gonzalo. Ufano con esta embajada, el virrey creció en altivez y labró su pérdida. Loaiza de regreso al Cuzco y portador de los despachos dirigidos por Blasco Núñez y la Audiencia a los conjurados, fue capturado en el camino: toda la correspondencia entregada a Gonzalo. Este habría escarmentado severamente a los comprometidos, sin los consejos de prudencia de Carvajal, a quien muchas veces con injusticia, se ha calificado de sanguinario. No perdió sin embargo de vista a Gaspar Rodríguez, que estaba lejos de sospechar y menos sus cómplices, que su conducta no era un misterio para Pizarro. En tal persuación y cediendo las sugestiones de Alonso de Mendoza, ambos se encaminaron a la tienda del caudillo para victimarlo. Pizarro se les presentó armado, dándoles a entender que conocía sus planes, aunque lo disimulaba. Con lo cual quedó aplastado por entonces el criminal proyecto, que después se frustró por otros motivos (7), no sin que al fin Pizarro hiciera matar a Rodríguez y otros más, salvándose Alonso de Mendoza por felicidad.

La fortuna sonreía a Pizarro de una manera decidida. Blasco Núñez concita el odio hasta de los oidores, que después de destituirlo y enviarlo preso a España, tuvieron de grado o fuerza que reconocer la autoridad de aquél, que hizo su entrada triunfal en Lima. Viése dueño del vasto imperio de los incas, y no tenía más

(7) F. Herrera, cap. 2, lib. 8, dec. 7 — ibid, cap. 5 lib. 8, dec. 7 — ibid, cap. 7, lib. 8 dec. 7. — Relación de todo, edt. cap. 7 y 8.

que extender la mano para tomar la corona destinada a sus sienes.

El virrey sin embargo, ayudado por el que lo conducía, logró saltar a tierra en Tumbez y empezó a hacer armas en Quito para restablecer su autoridad perdida. Pizarro abre campaña en persecución suya, ¡y qué campaña! una de las crudas de la época por el sinnúmero de privaciones que sufrieron ambas huestes, perseguida y perseguidora, hasta que ésta no se atrevió a seguir las huellas de aquella, entre los riscos y selvas del interior de la Nueva Granada.

Era en 1545. Entre tanto el espíritu de traición y de anarquía incubaba nuevas peripecias en las provincias del Alto Perú. Pizarro, antes de salir de Lima en persecución del Virrey, nombró por Gobernador del Cuzco a Alonso de Toro, a quien ya tenía resentido, por haberle quitado el puesto de Maestre de campo, para substituirlo por el inolvidable Francisco de Carvajal. Al mismo tiempo envió de Gobernador de La Plata (Chuquisaca) y Potosí a Francisco de Almendras. Lo odiados que eran ambos por su carácter despótico y los resentimientos de aquel debían tener gran parte en los sucesos posteriores.

No tardó Diego Centeno, vecino principal de los Charcas y que fue dueño de la célebre mina de Potosí, a la que ha dejado su nombre, en preparar una conjuración contra Pizarro, la que estalló en La Plata con la prisión y muerte de Almendras.

Antes que la noticia llegara al Cuzco, Alonso de Mendoza que residía en esta última ciudad, viendo con ojo imparcial, y penetrante que la situación política del Perú no podía ser duradera y que convenía restablecer la autoridad real, quiso persuadir al gobernador Toro que abandonara la causa de Pizarro. Para ponerse al habla con Toro se valió de su íntimo confidente Luis García de San Mames; llegaron posteriormente a celebrar acuerdos personales entre los tres, conviniendo en esta línea de conducta. Unirse al virrey siempre que éste se aproximara al Cuzco con su tropas; o en todo caso, abandonar a Pizarro, siempre que la corona española se negara a confirmar la elección de Pizarro como gobernador del Perú. Para uno u otro caso, Toro ofreció a Mendoza nombrarle su Maestre de campo.

En pos de este concierto, Mendoza se retiró al Collao, esperando la ocasión de ponerse en obra.

Los dispersos de Guarina se incorporaron al ejército de La Gasca para abrir otra nueva campaña. Alonso de Mendoza se unió

en Jauja al Presidente que en la distribución de cargos le designó como uno de los seis capitanes de a caballo. Como tal se presentó en la jornada de Jaquijahuana, acto final de la guerra civil de los Pizarros, gracias a la sagacidad del clérigo que pacificó el imperio peruano con más tacto que sus predecesores.

Terminada la tarea de las armas, La Gasca se dedicó a los cuidados y arreglos administrativos de los vastos dominios confiados a su gobierno. Una de las primeras medidas que dictó fue la de la fundación de una ciudad en el Kollao, en un punto intermedio entre el Cuzco y Chuquisaca. Comisión tan importante en concepto del que la disponía, fue encargada a Alonso de Mendoza, que antes de recibirla ya había partido a los Charcas con otra anterior, reducida a pacificar la comarca y capturar a los secuaces de Pizarro que en ella quedaban.

Tales son los datos biográficos que hemos podido reunir del fundador de La Paz, consultando a los primitivos historiadores que en el curso de la narración llevamos citados. Bueno es siempre para los pueblos como para los individuos conocer los antecedentes de sus progenitores. Réstanos ahora revelar varios datos ignorados sobre el origen y primeras manifestaciones de vida de la ciudad cuyos orígenes investigamos. Lejos están ellos de ser completos: sin embargo de algo han de servir para reconstruir más tarde la crónica y la historia especial del Alto Perú.

GABRIEL RENE-MORENO

Nació en Santa Cruz de la Sierra, en 1836; estudió en esa ciudad y, posteriormente, en Chuquisaca. A los 18 años viajó a Chile para proseguir sus estudios en el Colegio "San Luis". Se tituló de abogado en la Universidad de Chile, pero nunca ejerció esa profesión; en aquella época se inicia en el periodismo, siendo nombrado, más tarde, profesor del Instituto Nacional de Santiago y, después, Director de la Biblioteca del mismo instituto. Durante la Guerra del Pacífico, viajó a Bolivia como portador secreto de una proposición del gobierno chileno para firmar un pacto con esa República; su misión ante Daza fracasó por la traición de éste que denunció el tratado a los peruanos. Toda su vida la pasó entre sus libros y recogiendo hasta el más insignificante papel referente a su patria; llegó así a poseer una de las bibliotecas más completas sobre la historia y la cultura bolivianas. Desde que viajara a Chile permaneció allí hasta su muerte, salvo breves estadías en Bolivia

y un corto viaje a Europa. Murió en 1908. La labor de René-Moreno es una de las más importantes y vastas dentro del campo de la historiografía americana. De ella sobresalen, por sus méritos literarios e históricos, sus libros: "Biblioteca Boliviana"; "Las Matanzas de Yáñez" y su obra aún no superada: "Ultimos días Coloniales en el Alto Perú". Como prosista es uno de los pocos clásicos de nuestra literatura; se lo puede considerar, por eso, como un verdadero artista del estilo. Su prosa es clara y tersa, y demuestra poseer una maestría expositiva raras veces dada entre los escritores del siglo pasado y aún del presente; la plasticidad idiomática y el conocimiento profundo de los temas que examina Moreno lo hacen acreedor de ser uno de los más grandes estilistas de aquella época, comparable incluso al ecuatoriano Montalvo. Como historiador es el precursor de la investigación científica moderna.

CAPITULO PRIMERO DE "ULTIMOS DIAS COLONIALES EN EL ALTO PERU"

La Capital del Alto-Perú
1804

I

Los sucesos que se reputan los más notables del siglo y que conseguían agitar más profundamente los ánimos, eran tres durante la era colonial en la ciudad de La Plata, Charcas o Chuquisaca, capital hoy de Bolivia con el nombre de Sucre, la exaltación al trono y la jura de un nuevo monarca español; la muerte del arzobispo y el recibimiento solemne de su sucesor, la llegada del peninsular promovido por S.M. a la presidencia de Charcas.

A revestir de importancia estas novedades contribuían no poco las circunstancias de ser ellas nada frecuentes, y de ocasionar demostraciones públicas capaces de interrumpir en el vecindario la apatía de su vida ordinaria.

Pero a la época en que comienzan las crónicas que vamos a apuntar, esos tres acontecimientos se agruparon para sucederse con una inmediación que les dió el viso de simultáneos, se verificaron en consorcio de circunstancias lejanas o externas singularmente extraordinarias, y trajeron consigo en el Alto-Perú mudan-

zas tan vastas, radicales y duraderas, que, si por causas notorias no fueron únicas ni exclusivas en aquella colonia de América, fueron tales como los veinte y cinco mil habitantes de La Plata jamás las pudieron entonces imaginarse ni soñar (1).

II

No era en verdad considerable esta masa de pobladores; pero las guerras de la conquista, la administración pública y la dulzura del clima se empeñaron en hacer de La Plata una cuádruple corte eclesiástica, forense, literaria y social, formada esta última con las familias de los altos funcionarios coloniales, y con las de los mineros acaudalados que buscaban allí el holgado descanso de sus años y fatigas.

Y lo habían conseguido.

"Pueblo pobre", la llamaba desde Lima en 1768 un autor, y decaído de opulencia de otros tiempos; de suerte que apenas hay en él a quienes elegir alcaldes, y demás oficios concejiles, ni quienes sirvan los de regidores; y en términos que el corregidor de Potosí lo es también de La Plata, donde muy raras veces reside (2).

Grandes alternativas de la suerte sobrevinieron, no hay duda, a Chuquisaca, pero no queda rastro alguno en los anales de la colonia que explique ni confirme tamaño abatimiento.

Desde que se estableció la Audiencia de Charcas el corregidor, por lo sobrado y subalterno de su oficio en la corte pasó a Potosí, donde tuvo algún mando importante mientras allí no hubo intendente (3). Así se explica la ausencia del corregidor.

---

(1): El doctor Moreno en su Vida y Memorias calculó la población hasta en 18.000 habitantes; pero aquí se verán en seguida cálculos más aproximados que se elevan a más de 20.000.

(2): Cosme Bueno, Descripción de las Provincias pertenecientes al Arzobispado de La Plata, Año 1768. Lima 80. —

(3): Martínez Vela en sus Anales de la Villa Imperial ("Archivo Boliviano" t. I, P. 302) dice: "Ese año (1559) se instituyó la Real Audiencia de Chuquisaca, y puso asiento el corregidor de dicha ciudad en la Imperial Villa de Potosí, y desde este año no asistieron a Chuquisaca sino sólo al recibirse". — En la Relación del conde De Superunda ("Memorias de los Virreyes del Perú", t. IV, p. 176), que alcanza hasta los años de 1756, aparece confirmado este mismo. Desde tiempo atrás los pocos indios de la ciudad eran administrados por el corregidor de Yamparáez, y éste nada tenía que ver con los mestizos, criollos y españoles que componían casi la totalidad de la población urbana. —

Es notorio, por otra parte, que cincuenta años más tarde, época también de penurias y decadencia, el vecindario acomodado y noble era numeroso, pleno y muy caracterizado el cabildo, la juventud floreciente y el populacho turbulento. Tal a lo menos aparece al tiempo de la revolución con abundancia de comprobantes (4).

En 1786 pintala otro autor con risueños y más verídicos colores. Mencionaba la hermosura y aderezo de sus edificios, sus huertos y jardines, las aguas frescas y saludables de sus fuentes públicas, su esbelta catedral de tres naves ricas en pinturas y alhajas. Nombraba sus numerosos templos, conventos y beaterios, su concurridísima Universidad y sus dos colegios o casas de estudio; los nombres ilustres de que había sido cuna, con la lista cabal de los presidentes, obispos y arzobispos; el grato pasar de su nobleza, perteneciente a las primeras y más antiguas familias del Perú (5).

Pero uno y otro autor se ponían de acuerdo al asignar a la ciudad metropolitana la exigua población de 13.000 habitantes; de los cuales 4.000 eran españoles, 3.000 mestizos, 4.500 indios y hasta 1.500 entre negros y mulatos (6). Cálculo total que, si se hubiese de aplicar a los últimos días del dominio hispano, no podría resistir a la lógica de un argumento armado de fuerza posterior.

Esta consiste en la actual extensión del nutrido caserío de Sucre, que es el mismo de principios de siglo, con ciertas refacciones y con muy contadas construcciones propiamente nuevas, y en el cual, antes de 1879, moraban 26.000 habitantes (7); siendo cosa vista que, mientras por un lado la guerra de la independencia y las guerras civiles posteriores con su secuela de penurias han favorecido la despoblación, la historia y la estadística no recuerdan por

---

(4): Más de 150 vecinos respetables suscriben en 1785 un poder otorgado para justificar su inocencia ante los tribunales, con motivo del motín de aquel año. Antes de la pesquiza del Motín. MR. — En 1802 había en Chuquisaca 54 abogados seculares y 16 eclesiásticos, según el Estracto de un expediente sobre el número de abogados existentes en todo el distrito de la Audiencia de Charcas, el año de 1802, MS. original en el Archivo de dicha Audiencia. — Una representación del gremio de carpinteros de la ciudad en 1807, ofreciéndose al presidente de Charcas para pelear por el rey contra los ingleses, está suscrita, fuera del Maestro Mayor, por 25 maestros de obra blanca y negra y 7 guitarreros, sin contar los simples oficiales. Todo induce a creer que la población pasaba de veinte mil almas.

(5): Alcedo, Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales, t. I, pág. 570 y 777.—

(6): Es evidente que Alcedo copiaba en esta parte a Bueno.

(7): Según el censo de 1854 y otros documentos oficiales posteriores. Véase a L. M. Guzmán, Curso Elemental de Geografía, Cochabamba, 1868. Imp. de Gutiérrez.

otro lado ningún hecho social y económico calificable, que haya contribuido al incremento según la ley del caso formulado por la ciencia.

III

Lo que está fuera de duda es que La Plata, como centro de población no pasó ni pasará nunca de cierta medianía.

Bellísimo, aún más que ahora, era el sitio por las selvas que poblaban sus contornos cuando, en 1539, llegó allí Pedro de Anzures a fundar villa por orden del marqués Pizarro. Su plano está atravesado por el divortium aquarum del Alto Perú; línea admirable donde, cuando llueve, dos gotas que venían juntas suelen separarse, una rodando a las cabeceras del más poderoso río del continente, y otra trayendo a los tributarios del mayor caudal de aguas que corre en el globo. Dos cerros cónicos de pórfido, a manera de esfinges misteriosas; uno junto a otro se empinan con aspecto singular tras los arrabales del sud y del sudeste. La línea del divortium aquarum divide sus bases con tal exactitud, que los arroyos que bajan del uno son vertientes del Amazonas, y los que bajan del otro, cabeceras del Río de La Plata.

Enclavado en uno de esos contrafuertes apacibles y abigarrados al bajar la gran altiplanicie de los Andes, como para servir su plaza de natural escala de comercio, entre las altas provincias de Bolivia y las bajas de la Argentina, Chuquisaca es un punto céntrico de término entre dos grandes vías fluviales; pues dista doce leguas del Pilcomayo y catorce del Guapay.

Pero, apesar de estas y otras circunstancias aún más notables y ventajosas, la verdad es que la naturaleza aquí fue avara de ciertos dones permanentes e inagotables, necesarios siempre para la economía vital de una gran población. tan medidas son sus aguas cristalinas, tan a trasmano el río, tan áridos hoy los alrededores, tan apartados los bosques de madera y las tierras de cultivo y crianza (8).

---

(8): Con el adelanto de la ciudad a fines del siglo pasado, y el predominio creciente de la raza española en ella, las autoridades comenzaron a lamentarse de la escasez de aguas y a idear proyectos para aumentarlas. Véase lo que en 1785 decía el Informe reservado del Gobernador Intendente de Potosí sobre la nueva Real Ordenanza e instrucciones de intendentes del Virreinato del Río de la Plata: "La ciudad de la Plata merece distinta reflexión: es, digámoslo así, el pueblo más civil de estas partes; su vecindario se ha aumentado un tercio de veinte años acá y se aumenta

Y aunque no tan exigua como lo afirman los escritores mencionados, es con todo indudable que era la calidad, no la cantidad, lo digno de notarse en la antigua población de La Plata.

Todo induce a creer que entre Lima y Buenos Aires dicha villa llegó a ser, en el hemisferio meridional, el agrupamiento más considerable de criollos ilustrados, magnates españoles y familias ricas o acomodadas.

La vastísima jurisdicción de su Real Audiencia, la fama de su Universidad en todo el virreynato, la alta primacía de su curia metropolitana, mantenían de asiento o de paso en su vecindario un número crecido de abogados, litigantes, ministeriales, estudiantes, maestros clérigos y empleados de diversas categorías, que con la variedad simultánea de sus ocupaciones y quehaceres, comunicaban no poco movimiento y animación a la ciudad en las altas horas del día.

Ciertamente, los círculos sociales no eran en La Plata menos apáticos, ni menos aislados entre sí, que en otros centros de las colonias; pero no se puede negar que el común del pueblo era aquí, respecto a la clase docente o educada, comparativamente mucho menor en número que en otras capitales importantes de Hispano-América.

A las antiguas familias de los conquistadores y fundadores se juntaban siempre, para formar el estado aristocrático, la del presidente, las de los oidores, las de cuatro o cinco títulos de Castilla, y unas diez o doce de mineros titulados. En inferior pero decorosa jerarquía venían las familias de los jefes de oficinas generales o importantes, como las cajas, el estanco, el correo, la recepturía de misiones, la clavería, etc.; familias todas que disponían de la renta suficiente para alternar, según la sencillez de los tiempos, con las de muchos mineros acaudalados pero sin blasón, con las de no pocos mercaderes enriquecidos a fuerza de economía y honradez, y con las de los demás vecinos que eran propietarios urbanos o individuos particulares en ejercicio de alguna profesión liberal.

---

mucho más, si se le facilita agua, de que tiene gran necesidad, habiendo salido ineficaces todos los medios que se han tenido para buscarla en manantiales, pero no hay cosa más fácil de conseguir, si S. M. gusta auxiliar el intento con una carta; y como sea tan conveniente a la seguridad del Reyno, crezcan los pueblos de españoles, y yo hallo, que ningún medio sería tan conveniente a éste como proporcionar a aquella ciudad el agua que le hace falta, con lagunas artificiales semejantes a las de Potosí". La carta que aquí se indica es para el arzobispo, a fin de que éste se sirva destinar por un año la mitad de sus cuantiosas rentas en hacer represas.

Todavía pudiera muy bien diseñarse una tercera clase de familias de buen trato y arreglado vivir que a pesar de las mudanzas operadas en la estructura social por la emancipación y la reinante decadencia, conserva hasta hoy parte de sus elementos, esferas y fisonomía, haciéndose notar del viajero por la cortesanía de sus modales, su parla salamera y su afición a los entretenimientos del estrado.

IV

Las castas de europeos, criollos, mestizos e indios formaban por decirlo así, la urdimbre social de estos pobladores en la capital altoperuana; habitaban los arrabales tan sólo el indio, mientras la plebe mestiza ocupaba la plaza mayor y los barrios centrales, en tiendas o cuartos a la calle bajo las habitaciones de las clases superiores.

En medio del estrecho agrupamiento de las tres primeras castas dentro de una ciudad de escaso y nutrido caserío, cuatro gremios principales se repartían la actividad de los negocios y de la vida, dentro de otras tantas esferas concéntricas, cada una con su núcleo y su atmósfera privativa de intereses, ideas y aun preocupaciones características.

La más vasta de estas esferas era la del gremio religioso, encaminado en la clase popular por el clero y los frailes, aconsejado en las casas nobles o ricas por los canónigos, inspirado universalmente por el arzobispo, fascinado de continuo por las pompas del culto. Era aquel un pequeño mundo, con sus trajines de convento en monasterio, sus novenarios y procesiones en competencia, sus negocios de gobierno y curia, sus celillos y mezquindades levíticas, sus exquisitos bocados, su numerosa y tierna grey femenina; pero por desgracia hacían falta para el mayor brillo local del reino de Dios, los capítulos de los conventos en la elección de provincial, la cual se verificaba siempre en la casa grande de Lima o el Cuzco con disturbios ruidosos. Esto de acá era más bien un grato y no turbado imperio, con suave predominio, esplendores incomparables, rentas suculentas, granizadas de estipendios, y adonde venían las gentes de los otros gremios de la ciudad a rendir el pleito homenaje de los deberes religiosos y de la fe sincera.

Seguíase después lo que aquí llamaremos el mundo oficial. Componíanlo todos los funcionarios y empleados de cargo u honor, gratuitos o rentados, tanto locales como provinciales o generales,

del orden administrativo, del militar y del municipal. Todas estas gentes estaban suspensas del ceño de S.M. el presidente de Charcas, a la vez gobernador intendente de la provincia, que ejercía por este medio sus influencias y ascendientes sobre el vecindario en general. Este magistrado posaba con firmeza un pie en el mundo eclesiástico, con el hecho de ejercer las atribuciones y preeminencias del real vice-patronato en todo el territorio del Alto Perú.

El foro era un campo independiente, otro mundo de personas especiales, donde la Real Audiencia de Charcas imperaba con un despotismo tan absoluto como temible por depender de sus gallos, vida y hacienda hasta más allá de quinientas leguas a la redonda, y porque en la ciudad vivían en litigios judiciales no menos de cincuenta abogados y un centenar de curiales, entre procuradores, alguaciles, amanuenses, personeros, etc. La gente leguleya ugasajaba de día y de noche a los oidores y se cuidaba muy bien de no incurrir en su enojo (9).

Reunida en real acuerdo con el presidente, la Audiencia tenía metida la mano en la esfera política y administrativa para ciertos negocios de supervigilancia.

Muy diferente del gremio forense de doctores patrocinantes, era el gremio universitario de los doctores opinantes, el cual extendía su magisterio fuera del claustro, las aulas y las cátedras sobre el espíritu y tendencias de la juventud altoperuana. Mundo de disputas, de desvelos por la letra muerta, de empeños para el examinador, la antesalazos hasta por bedeles y porteros, de emociones al sonar el ánfora de los votos, de ramilletes después de obtenido el grado, de férula implacable en cambio de un acendrado título de doctor o licenciado.

Cuando el joven ingresaba a la práctica forense en la Academia Carolina, traspasaba por el hecho el lindero de la república universitaria, y sentía de repente posarse sobre su cabeza la punta de una vara: la vara de la Audiencia, quien, por medio del oidor director de la Academia, enseñaba el arte de la abogacía y la ciencia del judicial respecto a los practicantes.

(9): "Tal vez no era tan peligroso desagradar al soberano que residía en Madrid como a alguno de los empleados que se sentaban en su nombre a administrar justicia en una Audiencia del Perú". Moreno, Colección de arengas en el foro, Pref., p. XLIII.

V

Atalaya de la administración pública en el Alto-Perú, metrópoli eclesiástica del virreinato, aula consagrada de una juventud inmensa de climas apartados, palestra de forenses y tumultuaria de los intereses y pasiones de la sociedad civil, no en vano ciertamente la investidura oficial acumuló durante siglos, en la cabeza de la modesta villa, las preeminencias todas de una verdadera señora de las provincias. Sus anales forman una página luminosa y colorida de la era hispana en los dos virreinatos meridionales de que fue sucesivamente segunda capital.

En otras partes, por ejemplo, la pujanza dominante del elemento español, como que se diluía en la enorme desproporción del elemento indígena, presentaba del sistema espectáculos confusos, dispersos, o tan sólo la batalla de la intrepidez o de la fuerza. Dentro de estos muros la vida colonial se agitó por completo ,desplegando en sus diversas esferas la intensidad más enérgica de su espíritu. Aquí estaba la médula de aquella vasta y poderosa organización; este pueblo era el cerebro de la sociedad entera en las altas y bajas provincias interiores del virreinato.

Pocos moradores ciertamente, pero, ¡qué moradores! Lo indígena y lo mestizo, lo europeo y lo criollo, lo pechero y lo hidalgo, lo secular y lo clerical, lo viejo y lo joven concentraron en La Plata la quintaesencia pura de su actividad para combinarse como en una redoma selecta. Estrecho era el recinto; pero en cambio era muy militante, primordial, trascendente y supremo el oficio de las gentes que allí trabajaban la obra del régimen establecido.

Por lo mismo que era estrecho el recinto y tantos y tan especiales los agentes allí agrupados para cooperar y entrechocar, el aspecto histórico de esta ciudad semejaba al de una enorme fábrica, en cuyas oficinas y dependencias las regias potestades, el populacho altanero, los magnates adinerados, las gentes de iglesia y la juventud nativa, codo con codo, y cabeza con cabeza, labraron de realce la tela colonial, tan poco conocida aun y tan digna de examen de las diversas secciones del Nuevo Mundo.

VI

Como a tantas otras, el rey concedió a la vieja capital de los Charcas el uso de un escudo. Sus armas eran un escudo dividido horizontalmente; en la parte superior dos montes con una cruz encima cada uno, y en medio un árbol con dos columnas a sus lados; en la parte inferior, a la izquierda un castillo con dos leones rampantes, a la derecha dos torres con otros dos leones, y un estandarte al medio; todo en campo de plata (10).

Pero su verdadero y nunca deslustrado blasón está en su gloria, y su gloria es aquel famoso grito de libertad, cuando en mayo 25 de 1809 América entera dormía el sueño profundo de la servidumbre; grito al que, días después, respondió temerariamente La Paz con la guerra y los martirios primeros de la emancipación continental.

Desde principios del siglo la idea redentora hervía como en un caldero en los cerebros juveniles de la Academia Carolina, al fuego de las disputas, con el pábulo de logros revolucionarios (11). De este foco partieron como centellas a las extremidades del norte y del sud, Monteagudo, llevando a la metrópoli del Perú los planes del nuevo pensamiento; y a la capital de Buenos Aires, corazón del virreinato, Moreno, Castelli y López, llevando la consigna, la espada y el clarín de la revolución.

Durante los quince mortales años de la guerra magna, los españoles defendieron los muros de Chuquisaca con una pertinencia

---

(10) Alcedo, Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales, tomo I, pág. 57.—

(11) Colección de Arengas en el Foro y Escritas del doctor Mariano Moreno abogado de Buenos Aires y secretario del Primer gobierno de la revolución de aquel Estado, t. I. Prefacio. Como el prefacio de este libro contiene de Chuquisaca noticias muy interesantes referentes a los primeros años del siglo, no será además que aquí apunte lo siguiente: En 1812 apareció en Londres un volumen de 8o. de XII y 333 páginas con el título de Vida y Memorias del doctor don Mariano Moreno... escritas por su hermano don Manuel Moreno, traducida al inglés dicha obra apareció en 1813 reproducida en el volumen del MONTHLY MAGAZINE, sección titulada "Memoirs and remains of eminents persons". En 1836 se publicó en Londres el primer volumen en 8o. (y —único que salió) de la Colección de Arengas en el Foro..., etc. (Jaime Pilburn, impresor): y en esta colección se dio a luz bajo el rubro de "Prefacio del Editor", otra vida del doctor Moreno en 176 páginas de tipo pequeño, basada principalmente en la que se había publicado en 1812 pero con modificaciones y algunas noticias nuevas. Creo que esta segunda biografía es también obra de don Manuel Moreno, quien desempeñaba en Londres el cargo de agente diplomático del gobierno argentino.—

y arrojo dignos tan sólo de una plaza fuerte de primer orden. No era tanto lo que la temían como lo que la amaban, a pesar de la negra ingratitud de sus letrados. Cuando sonó la última hora de la dominación española en América, Tacon, Morato y Espartero volaron de allí a buscar en el Viejo Mundo una celebridad por mil títulos ruidosa en los anales contemporáneos.

Privilegiada duranle la colonia, sigue siéndolo después de la independencia como capital de la República. ¡Qué sucesos tan memorables los de aquellos días críticos de la nueva era! Su vecindario fue entonces un cenáculo que concibió, debatió y formuló resoluciones fundamentales y perpetuas. Bolívar, que era estadista y poeta, pugnó contra mil obstáculos por visitarla, y la visitó. Entró enemigo de la autonomía y salió jurándola. Cuatro años preciosos de su vida, sus cuatro años de gabinete consagró allí Sucre en seguida a organizar la existencia futura del Alto-Perú.

Allí se está sin dar un paso, envejeciendo, algo de noble se cierne, se posa sobre ella. Parece que cierta vislumbre de lo pasado se levanta como una aureola sobre la masa vetusta de sus edificios. Cesó la bulla de sus aulas, pero quedó la vocinglería de las campanas. Bóvedas, torres, cúpulas y obeliscos bizantinos; puertas, ventanas, balcones y aleros como de celdas trapenses. Todavía algunas pompas majestuosas en el rito metropolitano. Ociosidad en las calles. Aquí y allá vestigios de una que otra carroza señorial. Por donde quiera cierto sello característico, el sello de la antigua corte del Alto-Perú que mantiene indeleble su timbre, timbre de cultura y refinamiento en el trato y costumbres de todos sus habitantes.

VII

¿Por qué con tan preclaros antecedentes no respetaron el tiempo ni las guerras su lozanía? Sin serminera, a Chuquisaca ha cabido poco menos la suerte y vicisitudes de las ciudades mineras.

Acaso no hubo tres ciudades en América adonde hubiera ingresado tantas riquezas colosales, como las que fueron trayendo consigo los mineros de Lípez, Chichas, Chayanta, Porco y Potosí que se retiraban a pasar el último tercio de su vida en Chuquisaca [12].

---

(1): Daience, Bosquejo Estadístico de Bolivia. — Chuquisaca, 1851. (Primer Vol. 4o.), cuadro LII pág. 110. Daience conocía mucho los papeles antiguos de la ciudad.—

¿Quién no ha oído de aquel José Quiroga, comparable en tesoros tan sólo con el conde de la Valenciana? (13). Consta que dejó a su muerte 100 millones de pesos fuertes, y además sus ingenios y sus minas, las cuales se hallaban todavía en bonanza. Había pagado al rey 27 millones tan sólo de derechos metálicos. Cuando las lagunas de Potosí rompieron en el siglo antepasado sus diques sobre la ciudad, erogó 40 millones de pesos para las obras de reparación y reedificación (14).

Cual acontece en todas partes con todos los del gremio, aquellos mineros disiparon en Chuquisaca sumas fabulosas llevados de la más loca vanidad. Es increíble lo que botaron en paseos, francachelas, saraos, amoríos, obsequios y magnates mitrados o togados, y en mandar oro a la corte de Madrid para conseguir bagatelas (15).

Es cierto que pensaron en el porvenir; pero pensaron a su modo, el cual no pudo ser más desastroso para su propios hijos y para la ciudad.

Al amparo de sus prerrogativas cortesanas el vecindario platense engrosaba en número y se levantaba en calidad, bajo clima benigno, en posición mediterránea. Nada más natural que los colonos acaudalados pretendieron ser en La Plata troncos venerables de una larga y blasonada posteridad. Así sucedió, en efecto. El mal estuvo en que el error económico del tiempo y las aberraciones de la preocupación nobiliaria les hicieron equivocar la senda que entonces conducía en derechura al patriciado estable y duradero, tratándose sobre todo de poblaciones primitivas o en formación.

Ser siempre ricos y llegar a ser nobles eran todo su conato; pero uno se pregunta ahora con asombro, ¿cómo en tal caso no se aprovecharon de la institución del mayorazgo de Castilla, para vincularse en el primogénito y perpetuar en su descendencia la propiedad de la tierra? ¿Cómo no invistieron siquiera en parte el cú-

(13): En conde la Valenciana... "autor por línea recta y legítima de la familia de los Yáñez de Chuquisaca, y del menesteroso redactor de estos cuadros...", dice Dalence. Ibid.

(14): Ibid.

(15): Dalence, escritor muy fidedigno y circunspecto, dice en el particular: "He visto algunos de los limones de oro y los figurines del mismo metal, en que estaban armados los ramos de flores que se obsequiaron al público, cuando su hijo (el de Tardío) don José Antonio se recibió de alguacil mayor de corte. He aquí uno de los modos con que disipaban su caudal nuestros abuelos. Cito estos ejemplos, porque respecto del primero, estoy en posesión de documentos públicos que lo comprueban y en orden al segundo, aún viven algunos de los testigos oculares de aquella fátua vanidad". Ibid.

mulo fungible de sus metales preciosos en adquirir, labrar, ensanchar y fomentar la propiedad raiz?

"Al que fijese su atención en el dilatado espacio que comprende el departamento de Chuquisaca (16), dice el escritor moderno antes citado; al que contemple su exhuberante fecundidad para todo género de producciones agrarias, y reflexione sobre los gigantescos caudales que ha habido en la ciudad de La Plata, no podrá dejar de sorprenderse ¡cómo nuestros abuelos, estando tan bien situada su provincia y ellos con sobrados medios, no fundaron en su territorio tan pingue, grandes haciendas de coca, caña, olivas y viñas, para proveer con sus valiosos productos a una gran parte de nuestros pueblos!; cómo no establecieron inmensas estancias de ganado, para surtir a todas las provincias y aun al exterior, de sabrosa carne fresca y salada, de peletería, de bueyes para la labranza, y de caballos, mulas y burros, entre tanto que esos artículos se traian al distrito de las enormes distancias del Tucumán, Santa Fe y aun Montevideo! Se admirará cómo no practicaron nada de esto, siquiera para obedecer las exigencias de un siglo, que pedia marquesados, condados y otras grandes vinculaciones de este jaez".

La explicación es muy sencilla. Esos criollos enriquecidos, cuyos agentes dilapidaban en Madrid sumas enormes por conseguirles un título o una condecoración, creían por una parte que la riqueza consistía sólo en el dinero, las joyas, y la vajilla, mientras que por otra desdeñaban para sus hijos las empresas agrarias, ¡ellos que habían manejado la barreta!

No se dejó mucho tiempo aguardar el resultado, así en las familias como en el vecindario. Los descendientes de aquellos indianos amamantados por las preocupaciones de la nodriza España, fueron quedando sucesivamente en la miseria; y las consecuencias de ese enorme error de cálculo y de previsión en los días de auge, han caido después como una plaga de retrocesos sobre Chuquisaca, sujetando desde entonces sin remisión su prosperidad a las eventualidades caprichosas y deleznables de la industria minera.

---

(16): Antiguamente provincia de La Plata.

LA NOVELA Y EL CUENTO

En la novela y el cuento post-romántico es de advertir un saludable ejemplo destinado a expresar la realidad nacional. Ahora los temas son, generalmente, los que examinan nuestra vida y están, además, expuestos con un criterio especialmente crítico y con una mayor reocupación por la forma literaria. Sin embargo, la mayoría de los cuentos y novelas de este período hay que considerarlos como ensayos en los que predominan ciertos resabios románticos. Las leyendas sobre temas de la colonia sirven para la creación de algunos cuentos en los que se ve la intención por tratar de desentrañar las fuentes de nuestra realidad social-histórica.

JULIO LUCAS JAIMES

Nació en Potosí, en 1845. Se dedicó algún tiempo a la enseñanza y, luego, fue designado Cónsul de Bolivia en Tacna, durante el período presidencial de Melgarejo. A la caída de éste, trabajó como periodista en Lima, fundando con Ricardo Palma el periódico "La Broma". A su regreso al país volvió a la enseñanza, siendo profesor del colegio Pichincha de Potosí, a la vez que se dedicaba al periodismo; posteriormente ocupó el cargo de Munícipe de esa ciudad. Durante la campaña de la Guerra del Pacífico cayó prisionero del ejército chileno. Cuando subió al poder Narciso Campero lo nombró su Director de Estadística. Representó también, como diputado, a Potosí en el Congreso. Nombrado Encargado de Negocios de Bolivia ante la corte de don Pedro II del Brasil, no pudo ejercer ese cargo por la caída del Emperador. Desde entonces permaneció en Buenos Aires, trabajando como profesor en el Colegio Nacional y en la Normal de esa ciudad. Pero su principal ocupación era siempre el periodismo y, sobre todo, la crítica literaria; desde "La Nación" hizo famoso, en todo el continente, su pseudónimo de "Brocha Gorda". Lucas Jaimes es autor de dos novelas cortas: **"Delia Castex"** y **"Hogar en ruinas"**, en las que junto a la agudeza y mordacidad del estilo existen muchos resabios románticos. Aparte de esas producciones y de sus críticas literarias, es autor de algunas obras de carácter histórico y jurídico internacional.

LA DESCUBRIDORA DE CENTENO (NACIMIENTO DE LA GRAN VILLA)

en ricos filones la luciente plata".
"Y Potoc que en orlando dice brota,
A Potosí denota,
porque brota y desata

Fray Diego de Yepes.

Famoso siglo el de su augusta majestad el Emperador D. Carlos V, cuyo poder daba la vuelta al mundo, sin que el sol llegara a ponerse en sus estados, porque si se arrugaba aquel astro y fruncía creciendo pálido y reluciente al hundirse en los movedizos colosales surcos del océano, como daba tarde a Flandes, medio día a Italia, vespertina al Africa y aurora de oro aljófares a la tierra, inocente y bellísima hija del Genovés, enviado por el cielo a redimir el mundo.

La cruz había reemplazado a la media luna en los dominios del Rey Moro, y al sol en los del Emperador Inca.

Dos nuevos mundos entraban en la iglesia católica, bajo el gobierno del Santo Papa Pablo III

El reino del Perú se organizaba al severo impulso del Excmo. Sr. Velasco Nuñez de Vela, primero entre los virreyes después del omnímodo poder del marqués don Francisco Pizarro, conquistador arrojado y heroico.

El orbe, en fin, rendía tributo a la grandeza del mismo que había de encerrarle más tarde en una estrecha celda de Yuste.

Las tradiciones de la Virgen Indú del Occidente, de la tierra del Perú, que tenía por capital y metrópoli el Cuzco, colocaban entre las laderas del Tahuacco Nuño y Cantumarca, un emporio de riquezas depositadas en la inmensa mole cónica que se levanta sola, atrevida y múltiple en colores, enclavando su maravillosa silueta en el purísimo azul de un cielo de nubes.

Huaina Capac, undécimo monarca inca del Perú, que visitaba los minerales de Porco, hospedado en Cantumarca, y admirado de la hermosura exterior de aquél cerro, y deseando poseer la riqueza de sus entrañas, mandó obreros para emprender trabajos; pero a punto de hacerlos, se oyó un espantoso estruendo que puso terror en todos, y una gran voz que dijo- Pachacamac janacpachapac guaccajchan! (El Señor lo guarda para otro que venga después). El In-

ca besó el suelo y mandó alejarse de él a sus súbditos. (Garcilaso). "De así se organizó el Potosí, que quiere decir "dio un gran estruendo" y se derivó el Potosí, que es como hoy se llama el cerro conocido por los naturales con el de Potosí" (Anales de la Villa Imperial).

Aquellas anunciadas gentes debían ser los tributarios de Carlos V, hijos amados de Pablo III, nombrados el capitán don Juan de Villarroel, el primero entre los españoles que pisó el cerro, y los hermanos Diego y Francisco Centeno.

El indio Gualca fue el descubridor de las riquezas, asistido por la casualidad en forma de una llama perdida que le obligó a pasar en la parte más abrigada de las faldas la noche, y encender fuego, el cual había fundido el metal y ofrecido al día siguiente "en ricos filos la luciente plata" según la feliz expresión de Fray Diego.

II

Era Guaina Guanca una india nacida en Porco y descendiente de una de las nobles esposas que llevó en su viaje el Inca Capac.

Rendíanle homenaje todos los naturales, porque sobrellevar en su rostro el sello de su origen noble, era, según la tradición, de gallardísimo continente, ojos como el lucero acompañante de la luna, boca como la roja y pura sangre de las tiernas llamas del sacrificio divino, cabellos como el manto de la noche sin estrellas y suave y luciente la tez como el millo mineral o la retama silvestre.

Amábanla tiernamente Villarroel y Diego, si bien el primero le prodigaba los cuidados de padre por el afecto que profesaba a su adicto Guanca: pero los naturales no miraban con buenos ojos estos amores, porque, supersticiosos y pegados aún a sus hábitos, creían que sólo un gran cacique podía merecerlos sin atraer la cólera divina.

De allí el respeto entre ambos, que tenían en la hermosa Guaina una prenda de seguridad personal.

A nadie mejor que a esta inocente joven, hija de monarcas, y dotada por el cielo con la corona de la belleza, podía escogerse para desenojar al genio adusto que guardaba los tesoros del Cerro.

El 10 de abril de 1545, una comitiva compuesta del capitán D. Juan de Villarroel de Diego Centeno, de los indios Gualca y Guanca y una docena de naturales de Cantumarca, llegó a la parte del gran Cerro que se marcó con el nombre de Kolque guaccac (que

llora plata). Allí se arrodillaron, y el capitán, con un lábaro en la mano, dijo en voz alta una oración propiciatoria, que repitieron todos, y en seguida, clavando en tierra el oriflama, dijo: "Posesiono este cerro en nombre del Muy Augusto Señor D. Carlos V Emperador y bajo la protección del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

En seguida la bella Guaina, vestida de gala, derramó de las ánforas de plata, en forma de riego sobre el terreno, abundante cantidad de chicha y declaró propicios a los hados.

III

Aunáronse para emprender labores los dos españoles antes citados, y señalando definitivamente el doble terreno, echaron suertes, y cada cual con seis peones emprendió el trabajo que debía dar comunes resultados.

"El 20 de abril de 1545 se topó y vido la maravillosa veta con la ayuda de Santa Inés, patrona de esedia, y por acuerdo unánime, por ser de Diego la suerte, se la bautizó con agua bendita por mano de virgen con el nombre, después fabuloso por su grandeza, de la Descubridora de Centeno".

Cinco meses después, el 8 de septiembre de ese mismo año, dice el cronista Vela: habiendo en Potosí más de 170 españoles y 3.000 indios, comenzaron la fundación de la Villa el capitán Villarroel, los dos Centenos, y otros nobles de España.

Pero está escrito que no ha de allarse paz entre las gentes sino en la mansión de la eternidad.

Los indios de Cantumarca, unidos a los de los valles próximos, atacaron a los españoles, ladrones del terreno sagrado en el Cerro que respetó Capac Inca.

Hubo batalla encarnizada que hubiera sido desastroza para los españoles, a no mediar Guaina que fue dada en matrimonio al valeroso indio joven y fuerte, jefe de la insurrección, con una espléndida dote sacada de los primeros rendimientos de "La Descubridora".

Villarroel y Centeno sacrificaron su amor a su codicia, pero la separación de Guaina fue el motivo de la mayor concordia entre los notables fundadores de la grandiosa Villa que ha llenado el mundo con su fama.

LINDAURA ANZOATEGUI DE CAMPERO

Nació en Tojo (provincia Avilez de Tarija), en 1846. Al trasladarse a Sucre, para estudiar, perdió a sus padres a la edad de 16 años. En 1872 se casa con su tío Narciso Campero, entonces Ministro de la Guerra. Al poco tiempo, —al ser designado su marido Ministro en Francia, Inglaterra e Italia —Lindaura Anzoátegui lo acompaña en ese viaje de indudables beneficios para su aprendizaje cultural. Desde su regreso de Europa, escribió algunas crónicas y cuentos, publicados con el pseudónimo de "Tres estrellas", hasta que —posteriormente— hace famoso el de "Novel". Aparte de algunas poesías y cuentos cortos, ha dejado escritas cinco novelas: "Una mujer nerviosa", "Cuidado con los celos", "Cómo se vive en mi pueblo", "Huallparrimachi" y "En el año de 1815". Murió en Sucre en 1889, después de haber dedicado íntegramente su vida a los problemas culturales bolivianos. En sus cuentos y novelas —que más que novelas son cuentos largos—, existen ciertos aciertos psicológicos escritos en una prosa sencilla, con alientos románticos que la hacen caer, a veces, en los tonos oratorios y patéticos, pero esto más bien se evidencia en los temas más que en el desarrollo mismo de sus creaciones, las cuales ya anuncian el realismo posterior. Su obra es, pues, una especie de transición entre el romanticismo, del que conserva muchos elementos, y el realismo al que prefigura en sus novelas cortas.

FRAGMENTO DE "LUIS"

En una noche borrascosa del mes de noviembre de 1850 y tantos, dejábase oír por intervalos, en una habitación de la calle de San Roque, las voces discordantes de individuos que cantaban y disputaban al mismo tiempo, señal inequívoca del efecto producido por la afamada chicha de aquel barrio.

Tronaba el cielo, deslumbraban los relámpagos, y las gruesas gotas de lluvia, amenazando convertirse en torrentes.

Dio la una de la mañana en el sonoro reloj de la Catedral que, entre paréntesis, hasta este año de gracia de 1892, es el único que tiene para su gobierno, el pueblo de la culta Sucre, capital de la República de Bolivia, y se escuchó, al extremo de la calle, el acompasado y sonoro paso de un caballo de raza. En ese mismo instante

se elevó el diapasón de las destempladas voces de los parroquianos de la tienda, y el jinete que había detenido el paso de su fogoso caballo, como incierto de la dirección que debía seguir, después de un corto momento de vacilación, avanzó resueltamente y golpeó con fuerza la puerta.

—¡Alto ahí! ¿Quién vive? —exclamó una voz varonil.

—Paisano y amigo—contestó el viajero.

Siguióse un corto silencio, y entreabriéndose con precaución la puerta, asomó por ella la cabeza de una mujer.

—¿Quién va? —dijo.

—Soy yo, buena mujer.

—Sin duda que debe ser Ud, pero eso no me dice cómo se llama.

—Vengo de Yotala y me ha tomado la tormenta. No me atrevo a presentarme a esta hora en casa de... de mis patrones.

—¡Ola! ¿Y quiénes son los patrones de Ud.?

—Son...

Aquí una fuerte voz cortó la palabra del viajero.

—¿Quiénes son? —insistió la mujer.

—Son... son los señores Jergam.

—No los conozco ni pizca: debenser gringos, ¿no?

—Sí, son gringos —contestó apresuradamente el viajero—, y muy delicados y exigentes: por eso temo sufrir una reprensión si voy a llamar a la puerta de su casa a esta hora. ¿Querría Ud., buena mujer, permitirme que espere en esa habitación hasta que aclare el día?

Hubo una breve consulta en voz baja, que interrumpió un hombre abriendo resueltamente la puerta.

—Pase Ud. adelante —dijo.

—Gracias, amigo; pero ¿dónde dejo mi caballo?

—En el patio. Voy a abrir a Ud. la puerta de calle.

El viajero echó pie a tierra, y guiado por el ruido de la puerta, condujo por la brida a su brioso corcel, y asegurándolo en un derruido pilar del mezquino canchón, condecorado con el nombre de patio, siguió a su conductor a la tienda, tristemente alumbrada por un famoso cabo de vela. Allí vio a dos hombres y dos mujeres del pueblo, apurando sendos vasos de chicha. El viajero arrojó sobre ellos una rápida e inquieta mirada, mientras que el hombre que lo había introducido, lo examinaba con persistente atención, sin llegar a descubrir más que dos hermosos ojos negros, pues el gran sombrero de paja que sombreaba el rostro del viajero y la bufanda en

que lo tenía envuelto, desafiaban la más indiscreta mirada. Alto y de marcial continente, llevaba con desembarazo y elegancia un largo poncho de paño azul, que cubría parte de sus altas botas de montar. La lluvia lo había calado completamente y el poncho destilaba agua.

—Tome usted esta tacita de ponche calientito para confortarse, —le dijo la mujer que le había interpelado desde la puerta.

—Muchas gracias —contestó rehusando el viajero—. Estoy tan rendido que sólo deseo echarme en un rincón para descansar.

—Eso no impide que tome Ud. el ponche.

—Repito que se lo agradezco —repuso con alguna impaciencia el recién llegado—. Necesito reposo y nada más.

—Haga Ud. lo que guste; sólo que le daré un poncho de mi marido mientras haga que se seque el suyo.

—Es inútil —contestó el viajero—. Pido a ustedes permiso para recostarme en aquel banco yver de dormir un poco.

El que parecía dueño de la casa, una vez que notó que su huésped, tomando la postura más cómoda, tenía la cara vuelta hacia la pared, hizo seña para que lo siguiese a uno de sus compañeros, ambos salieron cautelosamente al patio.

—Oye —le dijo—. vas a quedar tú al cuidado de ese viajero, y procura tener los ojos bien abiertos para que no se nos escape. Yo, de este paso, me voy a la Intendencia.

—¡Vayala idea! ¿Y qué vas a hacer yendo a la Intendencia con este tiempo de perros?

—Eso a tí nada te importa: Ten mucho cuidado con ese hombre que yo no tardaré en volver. ¿estás?

—Vete, pues, sin cuidado.

Desapareció el hombre, dejando la puerta de calle abierta, para hacer el menor ruido posible, y su compañero volvió a la tienda.

—¿Dónde ha quedado mi marido? —le preguntó la dueña de casa.

—¡Chist! —articuló el recién entrado, señalando al viajero.

—¿Qué hay, pues, de nuevo? —exclamó sobresaltada la mujer.

El hombre puso un dedo sobre los labios y aproximándose a ella, le habló al oído.

—¡Virgen de Guadalupe! —interrumpió ésta, juntando las manos con angustia— ¡A la Intendencia! ¿Se ha descubierto alguna nueva revolución?

El viajero se enderezó sobresaltado.

—¿Quién habla de revolución aquí?—exclamó dando un paso adelante—. ¿No estamos entre amigos? ¿No somos los más leales

servidores del pueblo, de nuestro ilustre Presidente el General Belzu?

Semejante apóstrofe, llenó de temor y consternación a los concurrentes.

—¡Señor! ¡tata! —dijo la dueña de casa, en ademán suplicante—; no se equivoca Ud, si, nosotros somos los mejores servidores de nuestro padre, el General Belzu, y por eso mismo, mi marido ha creído tal vez que Ud....

—¡Ola! ¿Se han atrevido Uds. a sospechar de mí? —interrumpió el viajero, paseando su mirada brillante y dominadora sobre el consternado grupo—. Voy a marcharme en el acto y mañana sabrán Uds. si se ofende impúnemente al hombre de confianza de los señores Jergam, encargado de darles un mensaje de importancia, para que se lo transmitan a Su Excelencia el señor Presidente.

Y avanzó con aire decidido hacia la puerta.

—Pero, señor ... se atrevió a decirle el encargado de vigilarlo, poniéndose tímidamente al paso.

—Hasta mañana, pues, o mejor dicho, hasta dentro de breves horas, en que tendrán Uds. noticias mías —añadió el viajero, separándolo sin mucho esfuerzo de la puerta.

Una vez en el patio, tomó su caballo, que al reconocer su voz, piafaba incesantemente, y montándolo, con la destreza consumada de un jinete, dirigió con la mano una señal de despedida a los concurrentes, que lo seguían mudos y consternados, y salió a la calle, antes de que pensasen en oponerse a su partida.

En los primeros instantes sólo procuró alejarse de la casa, y, para el efecto, dirigió su marcha por el mismo camino por donde lo había traído, es decir, hacia la quebrada del Tejar. Una vez en ella, se detuvo y aspiró con fuerza el aire húmedo y fuerte que le azotaba el rostro. La lluvia había cesado, pero la obscuridad era profunda.

LA POESIA

La influencia de las escuelas simbolistas y parnasianas europeas, se deja sentir en las producciones poéticas de este período. La búsqueda de temas originales dio lugar a la introducción en ellas de elementos descriptivos de un lirismo objetivo que se aparta de la afectación sentimental de los románticos. En el post-romanticismo hay muchos versificadores excelentes, y estilistas —incluso—, pero ningún creador de verdadera poesía, a no ser los aisla-

dos aciertos de Villalobos que, por otra parte, son muy irregulares, y la originalidad temática de la Zamudio que posee aún lo discursivo del romanticismo. Se ha abandonado la ampulosidad, aunque no del todo, los sollozos y las falsedades anteriores, para buscar más bien los verdaderos valores expresivos de la palabra. Existe una sustancial preocupación por la correcta utilización de los medios formales, pero no se puede decir que se haya dejado de lado, definitivamente, muchos de los elementos constituyentes de la poesía romántica.

ROSENDO VILLALOBOS

Nació en La Paz, en 1859. Se graduó de abogado en la Universidad Mayor de San Andrés y se dedicó al profesorado en varios colegios de esa ciudad. Más tarde fue nombrado Director de la Biblioteca Pública, a la cual organizó. Estuvo de Adjunto Civil en la Embajada de Bolivia en Lima, dondese vinculó con los escritores peruanos Ricardo Palma y Gonzáles Prada; en esa misma ciudad desarrolló una importante labor periodística. En 1900 concurrió como diputado, por La Paz, a la Convención Nacional y, en 1902, se lo nombró Ministro de Colonias. Su actuación parlamentaria fue constante desde 1906, en que fuera elegido como Presidente de la Cámara de Diputados, y sucesivamente en los años 1910 y 1911. De 1912 a 1917 fue Prefecto de La Paz y Director General de Correos y Telégrafos. A la caída del partido liberal se retiró de toda actividad política, dedicándose a sus tareas literarias. Murió en 1940. Su poesía representa una especie de transición entre el romanticismo y el simbolismo. Se puede decir que es uno de los primeros autores que ya tiene un completo conocimiento de la problemática creadora de la poesía. Siempre correcto en lo formal, hay en sus versos muchos aciertos conceptuales en imágenes límpidas y bien construidas.

VISIONES

La estatua que tomaste por testigo,
del jardín en la lóbrega espesura,
escuchaba tus férvidas promesas
y tus frases de amor y de ternura.

De súbito brilló, dardo de plata
que se clava en las alas de la noche,
un rayo de la luna. Vi a su lumbre
de las flores abrirse el casto broche.

Más... mensajero de ambición espuria,
llegó importuno un dios: besó tu frente,
en sus alados pies vi polvo de oro...
se lo dieron los sueños de tu mente.

Y ante el dios mercader la fría estatua,
por santa indignación estremecida,
sintió en su rostro arder olas de sangre...
La luna se ocultó sobrecogida.

MI HOMENAJE AL POETA GREGORIO REYNOLDS

Pagano al par que místico. Qué crueles ironías
tornan en duelo el goce de tu mundo interior?
Con el de Asís, con Kempis, con Job, con Isaías
dirá siempre tu musa que el amor es dolor.

Amor dulce de amada, amor puro de Cristo,
amor de patria, altísimo, amor de humanidad;
todo lo que en tu numen tenemos entrevisto
nos da un temblor divino de espiritualidad.

Irónico y risueño, vestírnos suele el hado
con el grotesco traje de un lloroso Pierrot,
y al ir hacia el futuro volvernos al pasado
sin temer el ejemplo de la mujer de Lot.

Y con rumbo a la muerte, yo que canto a la vida
y a cuanto tiene el alma en eterna eclosión,
de entre mis olvidanzas ofrézcote rendida
con mi incolora cántiga mi viva admiración.

¡Salve! Príncipe pío de la rima pagana,
que aristócrata y bohemia, y emotivo y sensual
colocas como un nimbo sobre la frente humana
tus visiones, tus sueños, tus ansias de ideal.

¡Salve a tí! que tu cofre nos tiendes, nunca huraño
a los locos de ensueño, mendigos de ilusión,
los que a veces reímos de nuestro propio engaño
sin saber que la vida es la contradicción.

¡Salve! sutil orfebre de la frase. A tu paso
Cellini rompería su encantado buril,
y el vino que nos brindas en tu esculpido vaso
bebiéranlo los dioses con ansiedad febril.

Pagano a par que místico, qué crueles ironías
tornan en duelo el goce de tu mundo interior?
Con el de Asís, con Kempis, con Job, con Isaías,
dirá siempre tu musa que el amor es dolor.

ADELA ZAMUDIO

Nació en Cochabamba, en 1854. Solamente estudió las primeras letras y, luego, se dedicó a autoeducarse con pasión ejemplar. Escribía versos desde la adolescencia. Ingresó al profesorado en 1900 y, en 1905, era ya Directora de la Escuela Fiscal de Señoritas, una de las primeras escuelas femeninas que ella fundó. Murió soltera en 1928. Su labor como maestra ha sido fecunda, lo mismo que como propulsora de la culturización de la mujer boliviana. Su poesía es una de las más originales de las letras bolivianas: por su vigor expresivo y el realismo descarnado que muestra. Es romántica en muchos aspectos: por su patetismo, principalmente, pero por la forma expositiva deja de serlo. En ella se encuentra una sustancial preocupación por lo conceptual, más que por lo puramente formal, ya que su poesía es rudamente descriptiva, sin pulimentos. Su tono lírico se nutre de la angustia por los problemas sociales y las injusticias que había entonces en la posición de la mujer.

¿QUO VADIS?

Allá en los templos donde el culto impera
¿Qué hay enel fondo? O lucro o vanidad.
Cuán pocos son los que con fe sincera
te adoran en espíritu y verdad.

El mundo por tu sangre redimido
veinte siglos después de tu pasión,
es hoy más infeliz, más pervertido,
más pagano que en tiempos de Nerón.

Ante el altar de la deidad impura,
huérfana de ideal, la juventud
contra el amor del alma se conjura,
proclamando el placer como virtud.

Hoy como ayer los pueblos de la tierra
se arman para el asalto de la traición,
y alza triunfante el monstruo de la guerra
su bandera de espanto y confusión.

EN EL CAMPO

¡Qué noche! El techo que escuda
mi solitario aposento
cruje al soplo que lo abate;
y desde mi asiento, muda,
oigo del agua y el viento
el prolongado combate.

Mas, ya cesa lentamente
callan los lúgubres ecos
de la tempestad lejana.
Ya sólo se oye el torrente
que entre los pedrosos huecos
gime al pie de mi ventana.

Contra los vidrios, afuera,
presa en la peña musgosa
que forma rústico banco,
la débil enredadera
tiembla empapada y llorosa
sobre el oscuro barranco.

En la fragosa quebrada
murmullos hondos, sombríos,
van ya cediendo en violencia,
y la lluvia sosegada
se escurre por los bajíos
con monótona cadencia.

Yo sola en pie permanezco:
yo sola en toda la casa
que la obscuridad rodea:
á intervalos me estremezco
al ver vacilar la escasa
luz que junto a mí flamea.

Nervioso desasosiego
turba con terrores vanos
vagamente mis sentidos,
y en el lúgubre sosiego
pienso que escucho lejanos
pavorosos alaridos.

¿Qué dice el viento en su vuelo
trayéndome, del pasado
el eco desvanecido?

—¡Morir! ¡Oh, triste consuelo!
¡Morir, sin haber amado,
morir, sin haber vivido!

Negro espectro de la nada
que te alzas en los rincones
y llegas pausado y quedo
sombra doliente y callada
de mis mustias ilusiones
no vengas, que tengo miedo...

Mañana, cuando la aurora
con su luz brillante y pura
bañe la vega lozana,
llena de horror, como ahora
me oprimirá la negrura
de mi noche sin mañana.

EL REALISMO Y EL MODERNISMO.

ANTECEDENTES

La intelectualidad boliviana, nacida durante y después de la Guerra de Pacífico, se formó bajo la influencia del pensamiento positivista. Pero la mentalidad romántico burguesa y colonialista seguía perviviendo y se hace notar, al principio, atacando duramente aquella doctrina filosófica y, después, al aceptarla la desfigura torciendo sus directivas bajo la presión de los hechos económico-sociales imperantes. El realismo objetivo del positivismo, que desdeñaba las teorías metafísico-religiosas, sólo fue aceptado como un instrumento del pensamiento y no como promovedor de una acción en la realidad que se vivía; se convirtió en una abstracción literaria propia para la cátedra y los estudios de carácter sociológicoque aparecieron en aquella época, o —máxime— en fuente para la discusión y la reforma de los viejos conceptos jurídicos dominantes.

EL ENSAYO SOCIOLOGICO Y PEDAGOCICO

A pesar de que el positivismo no cumplió con sus propósitos de reforma filosófica, en el período que dura su influencia pedagógica-especulativa y, mayormente, literaria, aparecieron algunos ensayos que debemos considerar como las bases de la investigación sociológica de nuestra realidad. En ellos hay críticas a esa posición abstracta del positivismo y exámenes muy acertados de los hechos social-históricos y culturales bolivianos. Aunque en rigor no son propiamente estudios sociológicos, se los puede considerar como los antecedentes de la posterior investigación de esa disciplina que, más tarde, será emprendida con mayor rigor científico. El subjetivismo romántico se deja mostrar en esas obras en una forma im-

perceptible, pero evidente. En cuanto a la influencia que ha ejercido para la misma creación artística, se puede decir que ha sido muy saludable, cosa que se verá al confrontar las creaciones novelísticas.

FRANZ TAMAYO

Nació en La Paz, en 1879. Estudió el bachillerato en el Colegio "Ayacucho", viajando después a Europa, donde permaneció algún tiempo realizando estudios libres. A principios de siglo, después de regresar a Bolivia, se recibió de abogado, carrera que jamás ejerció, dedicándose más bien al periodismo y a la política. En 1913 era ya diputado por La Paz, y lo seguiría siendo en muchas ocasiones; casi al mismo tiempo fue nombrado catedrático en la Facultad de Derecho de la Universidad Mayor de San Andrés. Por aquella época fundó el periódico "El Fígaro" y, después, fue Director de "El Hombre Libre". Fundador del partido Radical de corta actuación, comienza por entonces a intervenir en la política como colaborador de Saavedra, quien lo nombró su Ministro de Relaciones Exteriores. Anteriormente, en la presidencia de Montes había presidido una delegación a la Liga de las Naciones. Elegido Presidente de la República no llegó a posesionarse por la revolución militar del Chaco (1935). Su última actuación pública fue la que cupo desarrollar como Presidente de la Convención Nacional de 1944. Murió en 1956. Su libro, o ensayo, **"Creación de la Pedagogía Nacional"** puede ser considerado como el más valioso aporte para la dilucidación de la problemática cultural y social de nuestra nacionalidad. Tiene una importancia vital, aun hoy, para estudiar la evolución de las cuestiones socio-históricas, en las que Tamayo ha sabido ver cosas que hasta entonces eran ignoradas o desdeñadas. Su tono vigoroso, claro, su lógica implacable para decir las verdades, se recargan en el análisis de algunos aspectos que con el tiempo se han dejado a un lado. La Creación de la Pedagogía, fue, originalmente, un conjunto de editoriales de "El Diario", aparecidos en 1910.

FRAGMENTOS DE LA "CREACION DE LA PEDAGOGIA NACIONAL"

Del Capítulo XII:

Tercera orientación: La provocación de la conciencia nacional, que es más un sentimiento que un concepto general. El boliviano debe hacerse consciente de su fuerza como hombre, y como nación, y esto sin metafísicas complejas y apriorísticas. Debe hacerse un concepto claro y nítido de su vida y de la vida general, más ajustada a la realidad de la lucha por la existencia que a la idealidad de una armonía metafísica.

Aquí cabe destruir de una vez por todas las fantasías con que se aduerme la energía personal y colectiva, y que se ha bebido en algunos ideólogos modernos (Tarde, Fouillée, Guyeau, Amiel).

Tratándose de la pedagogía nacional y de la modelación de un alma racial, se habla con una seguridad dogmática y doctoral del ideal de la humanidad, y se le detalla en sonoras y hermosas palabras: Altruismo, Verdad, Belleza, etc.

Preguntamos, ¿dónde ha existido, no diremos dónde se ha realizado este ideal de humanidad, si es lícito saberlo? Se habla de las grandes naciones y de su apogeo histórico. ¿En cuál de ellas ha existido ese famoso ideal humano de altísima moralidad? ¿Tal vez en Inglaterra, a propósito de Irlanda y la India? ¿Quizá en Alemania y Rusia, a propósito de Polonia? ¿Quizá en Italia a propósito de Abisinia?

¡Ideal de la humanidad! Esa es una irrealidad que no ha existido nunca sino como un producto artificial y falso del romanticismo francés (¡oh ingratísimo Rousseau!) y que lasnaciones no han practicado jamás, ni hoy ni antes. Imaginaos un poco el imperio romano o el imperio británico teniendo por base y por ideal el altruismo nacional. ¡Qué comedia!

El ideal humano, si existe, es la preparación de las fuerzas de la nación, no en vista de un imposible y necio siglo saturniano de paz y concordia universales, sino en previsión de que la vida toda es lucha sin tregua, lucha de intereses, lucha en todo terreno y de todo género, en los mercados lo mismo que en los campos de batalla.

Debemos destruir de raíz esa necia y pueril orientación de que nuestros pedagogos plagiarios e impotentes pretenden imponer al alma y a la energía bolivianas. ¡Altruismo!, ¡verdad!, ¡justicia!

¿Quién las practica en Bolivia? ¿Tal vez Figueroa Alcorta o Río Branco?

La cuestión es quese ha leído a los idcólogos franceses, enfermos todos de moralismo sentimental, y se ha viajado por Europa con los ojos vendados; y en vez de ver y palpar la cruda realidad de la vida y su organización en las grandes naciones, se ha preferido plagiar los sueños consignados en libros necios y que las leyes de la vida desconocen. ¡Hablad de altruísmo en Inglaterra, el país de la conquista sabia, y en Estados Unidos, el país de los monopolios devoradores!

El nuevo oráculo délfico que habrá que grabar sobre la portada de nuestras escuelas, no será el de "haceos sabios", sino el de "Haceos fuertes". Esta es la solución del problema total de la vida; este es el sentido del siglo en que vivimos; esta es la realidad de las cosas como las practican las más grandes naciones del pasado y del presente. Los pedantes vienen a orientar falsamente nuestra educación y nuestra pedagogía nacional, y vienen a hablarnos de un "ideal de humanidad" que no ha existido jamás ni se ha realizado en ninguna parte. Se preguntaría: ¿quién ha definido ese famoso ideal? ¿La Biblia? ¿Cuál de nuestras infinitas filosofías? En el terreno de la realidad, ¿cuál de las naciones?, ¿cuál de las razas? ¿Es tal vez el sensualismo estético y espléndido del Renacimiento italiano? ¿O el egoísmo sabio, triste y puritano de Inglaterra? ¿O el imperialismo brutal, erudito, minucioso y hambriento de Alemania? ¿O el pompadourismo afeminado y refinado delsiglo dieciocho francés? ¿En cuál de estas formas humanas se encuentra ese famoso ideal de la humanidad?

Y es hacia un embuste semejante que se pretende orientar la educación y la pedagogía nacional!

Lo peor del caso es que el embuste no solamente es tal, sino que es infinitamente peligroso y nocivo para nosotros. Significa para nosotros el adormecimiento de nuestras escasas energías; la pérdida del tiempo en la contemplación de una irrealidad; el alejamiento voluntario de una filosofía sana y simple, como es siempre la verdad. ¡Cómo no! ¡Eduquemos carneros altruistas que sólo sepan de justicia y que no sepan de luchar ni de vencer, la sola ciencia que es capaz de engrandecer una nación! ¡Y esto se llama orientar la pedagogía nacional!

Definamos un poco nuestras ideas educativo-pedagógicas de las de nuestros sabios pedagogos. Definamos nuestros papeles; mientras ellos instituyeron una doctrina, el "ideal de la humanidad" y hablan de altruismo, de belleza, de justicia, etc., todos conceptos in-

finitamente elásticos, vagos, todas ideas generales; mientras ellos se instituyen en maestros de ideal y de belleza, nosotros nos instituimos en profesores de energía nacional.

Y esta es la cuarta grande orientación de la pedagogía nacional.

27 de julio de 1910.

Capítulo XVII

¿Qué hace el indio por el Estado?
Todo.
¿Qué hace el Estado por el indio?
¡Nada!

Considerad un poco sus condiciones generales. Comenzad por estudiar lo que el indio significa para el indio. El indio se basta. El indio vive por sí. La existencia individual o colectiva demanda una suma permanente de cálculo y de acción, el indio la da de sí y para sí. Tiene aunque en un grado primitivo e ingenuo, todo el esfuerzo combinado que demanda la vida social organizada y constante: el indio es constructor de su casa, labrador de su campo, tejedor de su estola y cortador de su propio traje; fabrica sus propios utensilios, es mercader, industrial y viajero a la vez; concibe lo que ejecuta; realiza lo que combina y, en gran sentido shakesperiano, es todo un hombre. Que el indio apacente, o pesque, sirva o gobierne, encontrais siempre la gran cualidad de la raza: la suficiencia de sí mismo, la suficiencia misma que en medio de su depresión histórica, de su indignidad social, de su pobreza, de su aislamiento, en medio de los olvidos de los indiferentes, de la hostilidad del blanco, del desprecio de los imbéciles; la propia suficiencia es la que le hace autodidacta, autónomo y fuerte. Porque es preciso aceptar que en las actuales condiciones de la nación, el indio es el verdadero depositario de la energía nacional; es el indio el único que, en medio de esa chacota universal que llamamos república, toma a lo serio su tarea humana por excelencia: producir, producir incesantemente en cualquier forma, ya sea labor agrícola o minera, ya sea trabajo rústico o servicio manual dentro de la economía urbana. Y esta es la segunda faz de nuestro estudio: lo que el indio significa para los demás, para el estado, para la sociedad, para todos. Hay que aceptar: el indio es el depositario del

noventa por ciento de la energía nacional. Ya se trate de rechazar una posible invasión extranjera; ya se trate de derrocar a Melgarejo o a Alonso; en todas las grandes actitudes nacionales, en todos los momentos en que la república entra en crisis y siente su estabilidad amenazada, el indio se hace factor de primer orden y decide de todo. Queda, pues, establecido que en la paz como en la guerra, la república vive del indio, o muy poco menos. ¡Y es en esta raza que el cretinismo pedagógico, que los imbéciles constituídos en orientadores de la pedagogía nacional, no ven otra cosa que vicios, alcoholismo, egoísmo y el resto!

Se habla de civilizar al indio ... y esto es otro de los lugares comunes que se repiten por los bovarystas que saben de todo menos de la realidad y de la verdad, y que se repiten sin saberse cómo ni por qué.

Pero señores bovarystas, ya seáis pedagogos o legisladores, ¿habéis soñado por un momento lo que significa civilizar al indio, si tan espléndido ideal fuera realizable de inmediato? ¿Sabéis lo que daría ponerle en estado de aprovecharse directamente de todos los medios de vida de la civilización europea, de todo género de conocimientos o instrumentos? Eso sería nuestra ruina irremediable e incontenible. ¡Eso sería habilitar al verdadero poseedor de la fuerza y de la energía, a sacudirse de todo parasitismo, a sacudirse de vosotros, como la grey fortalecida y ruborizada se sacude de la pinjera epidémica! ¡Adiós todo bovarysmo pedagógico! ¡Adiós parasitismo gubernativo y legislativo! Sería el despertar de la raza y de la reposición de las cosas. Porque es preciso saber que Bolivia no está enferma de otra cosa que de ilogismo y de absurdo, de conceder la fuerza y superioridad a quien no los posee, y de denegar los eternos derechos de la fuerza a sus legítimos representantes.

Nos hemos instituído en profesores de energía nacional, y la primera condición para serlo es decir la verdad, pese a quien pese y duela a quien duela. Y una de las formas y de las causas de la inferioridad boliviana es que vivimos de la mentira y de la irrealidad. El trabajo, la justicia, la gloria, todo miente, todo se miente en Bolivia. Todos mienten, menos aquel que no habla, aquel que obra: el indio.

Pero si se pudiese aplicar un ergógrafo social y político a nuestro estado-obra que haremos con más tiempo y con mayor espacio, obra infinitamente científica, se podría valorar y aquilatar el esfuerzo nacional y solidario de cada una de nuestras clases, y entonces seguramente se vería, poniendo en la balanza a un lado todo el esfuerzo secular del indio y al otro la labor de todo el para-

sitismo colonial y republicano, se verían las magníficas cifras del uno y el cociente sarcástico del otro.

Y esto es verdad; y de esto no se habla jamás, ni se tiene en cuenta cuandose avalúa las fuerzas de la nación, el carácter nacional. ¡Cómo ha de ser, si éste sólo consta de vicios y para curarlos bastan fórmulas, plegarias y métodos bovárycos!

Y con estas consideraciones suponemos que se comienza a ver que es posible, a pesar de todo, operar sobre la vida y no sobre el papel impreso; que es un poco más útil y fecundo cerrar los libros y abrir los ojos; que es posible servirse del propio espíritu observador y preferirlo al ajeno; que tratándose del juicio, nada vale lo que el propio, cuando éste brota de un verdadero trabajo sobre las cosas y la vida, y que tratándose de pedagogía nacional, los bovarystas deberían contentarse con lo lucrado personalmente, y no pretender orientar el porvenir nacional.

2 de agosto de 1910.

Capítulo XVIII

Entretanto, el Estado existe para el indio sólo en las formas más odiosas y más duras. Son impuestos legales que no se acuerdan con la dignidad personal; es la exigencia de servicios personales y especiales, sin tasa y sin orden; es la imposición de precios inequitativos, cuando el Estado merca con los indios; es el confinamiento absoluto de la raza a cierto género de trabajos que se consideran inferiores, aunque no lo sean, pero que devienen tales, por la fuerza de la opinión; es su exclusión justificada aparentemente, por la notoria impreparación en que se mantiene a los indios; es, por fin, (y esto es lo más grave y es el mal central), la atmósfera ingrata de odio racial y de ficto desprecio en que el colono español y el blanco republicano han envuelto y envuelven a la raza. Y aquí se presenta un punto de altísima fisiología y psicología raciales.

Hay dos fuerzas que la historia ha puesto en América una frente de otra: el blanco puro y el indio puro. Han chocado las dos sangres, y entonces se ha visto el fenómeno más extraño que registra la historia de las razas. La superioridad del blanco se hizo patente en seguida; pero era una superioridad entendida y convencional. Lo que sobre todo habilitaba al blanco era una herencia secular de cálculo y de experiencia humana. El blanco sabía más por

viejo que por diablo, y prevalecía más por astuto que por fuerte. En tanto el indio poseía, como pocos, la fuerza primitiva, material, y estofa de toda cultura posible y entonces como ahora la ecuación se concreta: el indio, por su parte poseyendo y conservando la fuerza fundial y real de la historia; el blanco, de su lado, armado y sirviéndose de expedientes históricos y tradicionales que le dan una inmediata superioridad y que lo convierten de invasor en conquistador.

Pero en este punto se manifiesta la crisis. Una raza no puede vivir indefinidamente de medios y de expedientes; se vive de real energía. Y en la lucha por la vida, cuando la propia no basta, la ajena acaba siempre por prevalecer. Este es nuestro caso. El hechoes que, históricamente hablando, el blanco nose basta en nuestro continente. De raza a raza la lucha es demasiado desigual. La energía no está de su lado: la verdadera fuerza creadora de vida no está con él, y entonces la historia le ofrece un dilema sin salida: para continuar evoluyendo étnicamente y para continuar guardando algo de su primitiva hegemonía racial en América le es fuerza renunciar a su personalidad de raza y aceptar en sus venas la energía extraña, ausente de ellas. Para el blanco cruzarse o perecer; tal es el dilema. Estas son las revanchas subterráneas, diríase, de la historia.

El blanco inconscientemente, desde Pizarro y Balboa hasta nuestros días, se da cuenta de estas condiciones fatales de la vida. Se da cuenta de su momentánea superioridad y de su irremediable declinación futura. A la segunda generación no siente más en su sangre la energía creadora, y al revés siente que ella está intacta en el autóctono oprimido y deprimido. Atiéndase que hablamos del blanco que pretende establecerse y se establece en el nuevo mundo, y pretende evoluir como raza y predominar como tal.

Ahora bien; es de este contraste histórico, es de esta lucha de sangre que han nacido el actual estado de cosas en América. ¿Cómo explicar el odio real y el desprecio aparente del blanco por el indio? Es el rencor previo de quien se sabe condenado a claudicar y plegarse un día ante el vencido de ayer; y este sentimiento malsano que se ha traducido en inhumanas leyes coloniales y, lo que es peor, en absurdas costumbres privadas y públicas; y es él que ha creado, tratándose concretamente de Bolivia, este incomprensible estado, de una nación que vive de algo y de alguien y que a la vez pone un empeño sensible en destruir y aniquilar ese algo y ser alguien. Diríase el rencor suicida.

Esta es la significación de nuestro actual estado y de la presencia de razas autóctonas en nuestras actuales nacionalidades. Por lo demás, estamos tocando los resortes más recónditos de la Filosofía de la Historia, y quizá éste no sea su lugar dada la manera sumaria y rápida con que forzosamente debemos tratar estas cuestiones. Además, deberíamos indicar siquiera someramente una base sólida sobre que reposen nuestras disquisiciones en materia de educación nacional e indicar también los elementos que sirvan a una de las grandes orientaciones de la ciencia futura: la formación de la conciencia nacional.

Capítulo XIX

¿Se mide la extensión y comprensión de la instrucción primaria del indio? No; todos creen que la cuestión es única, y que ella consiste en instalar escuelas rurales o cantonales gerentadas por maestros más o menos buenos. La cuestión no es única; es un encadenamiento de cuestiones. La instrucción primaria supone antes otra cuestión más trascendente, tal vez porque se refiere a la formación de nuestra nacionalidad misma: la difusión de la lengua española entre los indios, problema de que nadie habla ni encara seriamente. Para aprender a leer y escribir precisa saber antes hablar y comprender la lengua. Pero se dice o se pretende tácitamente que enseñando a leer y escribir se enseña también la lengua española.

Pero entonces, señores orientadores, la cuestión es muy diferente: la cuestión no es solamente la instrucción primaria, sino de enseñanza de lenguas vivas, cosa muy varia y más compleja que la enseñanza de las primeras letras. Ahora bien, ¿creen los que gobiernan la materia que el solo maestro de escuela, cuyo arte se reduce a hacer deletrear y hacer dibujar palotes, basta para la compleja labor de enseñar una lengua viva?

La cuestión de difundir la lengua española entre los indios no es un punto simplemente pedagógico, si se quiere hacer las cosas seriamente. Es por esto que hemos dicho que la instrucción primaria supone un encadenamiento de cuestiones, unas más difíciles que otras, y que no han sido ni propuestas por nuestros teorizantes y pedagogos. ¡Claro! La cuestión sólo se había presentado en Bolivia y no en Europa, y como los pedagogos europeos nada dicen de un

problema que no han columbrado siquiera, los nuestros tampoco dicen nada de él. Y siguen hablando de alfabetizar al indio, como si todo se redujese a eso.

Ahora bien, la cuestión del alfabetismo indígena supone la hispanización del indio; y ésta, según nuestro entender y nuestra experiencia, sale, debe salir, del marco estrictamente pedagógico, y caer de lleno en el terreno de las costumbres.

La sola manera eficaz de difundir la lengua española entre los indios, es acercarlos de una manera constante y consciente, al elemento, no diremos español, pero que habla y posee generalmente la lengua. Sólo este contacto y comercio puede asegurar una gradual y segura difusión de la lengua.

Imagínese al humilde maestro de escuela en medio de cien niños aymaras en las actuales condiciones del indio. O el maestro profesa en español, y nadie entiende; o profesa en aymara, en el cual caso no hay enseñanza de las primeras letras castellanas. ¿En qué quedamos? En que el maestro de escuela tiene que dejar de ser tal para convertirse, antes de toda enseñanza primaria, en Ollendorff o Berlitz, tarea que está muy por encima de la humilde y relativamente fácil de maestro de primeras letras.

Trasmutando las cuestiones de previa en previa queda lo siguiente: La cuestión de instrucción primaria en Bolivia es una social y ética; y es un problema que estudiada a fondo cambia de lugar y de dirección. Según nosotros se trata nada menos que de la reeducación de aquella parte de la nación que tiene en sus manos la dirección de la cosa pública, ya sea en el orden estatal, ya sea en el sentido social. Se trata de reeducar a todos los que por la ley, por la sangre, por la educación, por las costumbres y a veces por la sola casualidad, están por encima del indio autóctono. Se trata de destruir un prejuicio secular que ha abierto un abismo entre todo lo que es el indio y lo que no es.

Se trata de modificar una manera de concebir absurda, según nosotros, en aquella parte de la nación que se dice y es en realidad más inteligente y más cultivada. Se trata de destruir la barrera insensata o injustificada que divorcia a la nación de sí misma, que la divide y subdivide, y al hacerlo destruye la unidad de las fuerzas nacionales indispensables para la gran lucha por la vida. Se trata de crear nuevos criterios sociales y éticos para rehacer una nación que no es tal, y crear una escala de nuevos valores, como diría Nietzsche, más humana, más razonable, más comprensiva y —digámoslo sin escrúpulo— más sabiamente egoísta, bajo el punto de vista de la nacionalidad.

Y este trabajo, grande si lo hubo, y que significa la reeducación nacional, la refección de la historia, y la comprensión superior y verdadera de las leyes de la existencia, no está llamado a hacerse en ese terreno humilde e irresponsable quees el indio, sino en todo lo que no lo es, en aquella parte que en Bolivia se llama dirección, cultura, educación, gobierno, etc.

BAUTISTA SAAVEDRA

Nació en La Paz, en 1869. En 1896 se graduó de abogado en la Universidad Mayor de San Andrés, y dos años después, obtiene una cátedra en la Facultad de Derecho y Ciencias Económicas de la misma Universidad. Al mismo tiempo se iniciaba en el periodismo, colaborando en "El Telégrafo". Más tarde ocupó el cargo de Director de Límites de la Cancillería. En 1903 viaja a España para estudiar, en los Archivos de esa nación, cuestiones relacionadas con la historia boliviana. A su regreso prosigue trabajando en el Ministerio de Relaciones Exteriores; más tarde es nombrado Ministro de Educación. En 1912 viaja a Lima como Ministro Plenipotenciario. En 1914 ingresa al parlamento como senador por La Paz y, en 1918, como diputado por Potosí. Desde esa época Saavedra tuvo una relevante carrera política que culminó en 1920 cuando es nombrado Presidente de la República, a raíz de un golpe revolucionario contra Gutiérrez Guerra. Murió en 1939. Sus libros más importantesson: "El Ayllu", publicado en 1910; "La Democracia en nuestra historia" (1920); "Los Orígenes del Derecho" (1929) y "El Chaco y la Conferencia de Paz de Buenos Aires" (1934). "El Ayllu"es uno de los primeros trabajos sociológicos más completos sobre los orígenes y la evolución histórica de la comunidad indígena de trabajo: escritoen un estilo objetivo, claro y vigoroso, es una base imprescindible de los posteriores trabajos que han desarrollado ese tema.

Capítulo Sexto de "EL AYLLU"

Todos los elementos que pueden recogerse de las civilizaciones precolombinas nos inducen a aceptar que el ayllu se remonta a una época antiquísima, anterior al período megalítico. Los momentos dedicados a los chullpas, con sus diferentes formas arquitectónicas, copiándose los unos a los otros, son los comprobantes más sólidos para fortalecer tal creencia. Los túmulos en su simplísima cons-

trucción primitiva, revelan el culto del antepasado, la solidaridad familiar. Sin embargo, algunos cronistas peninsulares han creído que la antigua forma convivencial de los aimaras era el salvajismo completo. Así, Cieza de León, por ejemplo, nos dice, hablando de los primitivos habitantes del Collao: "que los antiguos moradores vivían hechos salvajes, sin tener casas ni otras moradas que cuevas de las muchas que vemos y riscos y peñascos de donde salían a comer de lo que hallaban en los campos" (1). Pero este modo de ver el origen de los pueblos de la hoya del Titicaca es propia del criterio convencional, a partir de Aristóteles, que se ha tenido de los grados de desdoblamiento social: salvajismo, barbarie y civilización.

A lado de la organización del imperio peruano, existían tribus salvajes disgregadas, en plena degradación social, que fueron sucesivamente incorporadas por las armas a la centralización política incásica. Estas tribus bien pudieron ser miradas como restos degenerados de otras organizaciones nacionales anteriores al imperio cuzqueño. Y en tal pendiente degenerativa encontraron los descubridores a los aimaras en el siglo XVI, que hoy se hallan próximos a su extinción. Es posible que Cieza de León hubiera recogido una tradición fácil de explicar el origen de aquellas gentes, viendo por una especie de espejismo mental, en los grupos degenerados cercanos, las formas de vida de las tribus antiguas.

Igual o parecida opinión daba el virrey Francisco de Toledo en la "Memoria" dirigida a la Corte de España en 1582. Entre otras cosas, manifiesta lo que a la letra copiamos: "El gobierno que los indios tenían antes que yo personalmente los visitase, era el mismo, o muy poco menos político, que tenían en tiempo de la tiranía de los incas, y en este se iban conservando y los habían dejado estar los gobernadores; porque, no embargante que se entendía que para el servicio de Dios y de V.M. y de su bien y cristiandad, era muy conveniente mudarles el modo de vivir y todo lo demás que hacían, les parecía a los mismos gobernadores y los persuadía la gente, que no se sufría ni convenía meter la mano en esto, porque les sería muy grave a los naturales y que sería escandalizarlos y alterarlos y cosa infinita mencar materia tan pesada y dificultosa como en efecto lo ha sido y contradicha de todos. Estos indios, como se ha dicho, hacían su vivienda en los montes y mayor asperezas de la tierra, huyendo de hacerla en lugares públicos y llanos;

(1): Crónica del Perú, IV, pág. 2.

allí vivía cada uno con la libertad que quería en cuanto a la ley, porque no se podían doctrinar, y en lo demás, en vicios, borracheras, bailes y taquis, muy en perjuicio de su vida y salud. Morían como bestias y enterrábanse en el campo como tales, gastaban el tiempo en comer, beber y dormir, sin que voluntariamente ninguno se ofreciese al trabajo, aunque fuese la labor de sus mismas heredades, sino lo que tasadamente habían menester para su comida y jornal, para la paga de sus tasas. Los curacas y caciques principales los tenían tan sujetos que ninguna cosa les mandaban que no la tuviese por ley; no poseían cosa propia más de los que los caciques querían, ni les valían ni les osaban negar las haciendas, mujeres e hijas, si se las pedían, ni se atrevían a pedírselos si se las tomaban de miedo que no los matasen" (2).

Estas y otras referencias a un estado de pleno salvajismo, no prueban nada contra la anarquísima organización familiar del ayllu. Son testimonios simplemente de que antiguas naciones habían caído en degradación completa desde épocas anteriores al descubrimiento de América. Verdad, que la degradación que atribuimos a los pueblos aimaras que en el altiplano andino y comarcas adyacentes esbozaron una civilización digna de consideración no puede extenderse a todas las tribus del continente. Ha habido, y hoy mismo existen, hordas salvajes que no pasaron de las formas más rudimentarias de convivencia social y política. Ellas han vivido y viven en pleno estado de salvajismo, separadas las unas de las otras, hablando dialectos particulares, que en el fondo revelan una procedencia común. Probablemente, a esta clase de tribus, que pueblan aún vastas regiones del centro del continente sud, ha debido referirse Müller. Empero, es extraño que ignorase que nos quedan huellas asombrosas de la existencia de civilizaciones poderosas.

El estudio de las relaciones sexuales de los habitantes primitivos, constituye una fuente de indagación riquísima respecto del ayllu linaje. Los cronistas españoles aluden a una tradición vaga y lejana de un estado de comunidad sexual. La poligamia que se encuentra en los tiempos del imperio incásico, reservada tan sólo a los jefes o incas, si es que esta se considera como un rezago de comunidad sexual, sería de una época anterior a la constitución del ayllu. Cosa distinta pasó en la rama azteca, en la cual se conservaron hasta un período posterior al callpulí, huellas evidentes del uso colectivo de la mujer, poligamia que coincidía con la comuni-

(2): Relaciones Geográficas de Indias, I, apén. LLI, pág. CLI.

dad de la tierra (3). ¿Pero la poligamia aristocrática, será necesariamente, como se ha supuesto, un aspecto de desdoblamiento, o, por lo menos, un rezago de la comunidad sexual? ¿Será más bien un signo de predominio excesivo del varón y de la abyección de la mujer? Así nos lo atestiguan los pueblos orientales, en que florece la poligamia dentro de un régimen despótico patriarcal. En el pueblo israelita como en la China, un hombre tenía tantas mujeres cuantas podía mantener, y en muchos pueblos semíticos la cuantía del ganado se relacionaba con el número de mujeres, colocándose a éstas en una categoría y dependencia casi semejante a aquél.

Entre las tribus americanas, es la misma la razón de la pluralidad de mujeres. Así en la relación que hace el Padre Armentia de las tribus del Madre de Dios, vemos la explicación de esa costumbre. Rectificando ciertas aseveraciones respecto de los indios araonas, dice: "Sólo los capitanes tienen cuatro mujeres, y uno he visto que me aseguraron que tenía seis: éste era el capitán "yuma". Habiéndoles dicho yo que debían vivir con una sola mujer, me contestaron: ¿y si ésta muere, quién me servirá? Es decir, que las mujeres son una especie de lujo y comodidad, como lo son los criados entre las familias acomodadas, en los países civilizados. Aún más, son una especie de bestias de carga, unas verdaderas esclavas. Los hombres son ociosos, haraganes, quieren ser servidos por mujeres, porque consideran indigno del hombre servir a otro ... este oficio es entre ellos propio de las mujeres" (4).

Lo que se ve aquí es más bien una relación del poder económico y social delos hombres. Ahora bien: esa posesión privilegiada de los hombres deriva de la acumulación de energías y prerrogativas que tuvo siempre el sexo fuerte respecto del femenino. Y si la poligamia fuera la consecuencia de la comunidad sexual y del predominio social de la mujer, no se explica que ella exista siempre dentro de un régimen despótico del hombre. El aymara hoy trata como bestia a su mujer, con ausencia de las dulzuras domésticas, cuando se embriaga la maltrata y estropea como un gaje de su derecho marital. Las faenas, por pesadas que sean, se reparten igualmente, sin distinción de sexo y, cuando emprenden viaje por los ásperos y solitarios caminos de las serranías, ellaes quien va a pie tras de su marido, caballero en el asno. Esa falta de benevolencia hacia el sexo débil, sentimiento que, por otra parte, es esencialmente moderno, nacido de una idealización del afecto sexual, o sea del

(3): Sentenach, Ensayo sobre la América Colombina, III, pág. 40.
(4): La Revista de La Paz, pág. 355.

a lo contrario al predominio de la mujeren épocas lejanas, predominio que se ha hecho coincidir con la promiscuidad de ella (5). La agrupación de muchos sentimientos e ideas en derredor del apetito sexual, sólo puede ser el resultado de la mayor duración de la unión de las parejas. A la satisfacción puramente carnal de la unión pasajera, se sucede el afecto de la benevolencia mutua, procedente de la mayor intensidad de la convivencia en un solo hogar.

"La duración de estas uniones, dice Starcke, es decir, lo que hace que los llamemos matrimonios y no uniones libres, no la motivan las relaciones sexuales sino razones económicas, en cuanto el hombre elige una mujer para tener una ayuda en los deberes cotidianos de la vida" (6).

A la necesidad de asistencia y cuidados recíprocos, sucede el interés por la prole, como sentimiento de reproducción, al principio, y de la proyección moral de la personalidad, después. Es una observación muy exacta la hecha por un sagaz investigador: "En las primeras etapas del desarrollo humano, el afecto sexual es muy inferior en intensidad a los tiernos sentimientos con que los padres halagana sus hijos" (7), y a la mujer, agregaríamos nosotros. Se puede concluir en este punto, que la unión sexual gana en intensidad de afectos y duración, cuando pierde en extensión y variabilidad. Si la duración de las uniones sexuales es cada vez más acentuada y tiende a espiritualizarse, es pues, probable, que la prostitución o el uso indiferente de la mujer, el hetarismo, no hubiese existido dentro de la constitución de la familia, del ayllu, ni quizá antes, como un período social marcado.

Empero, Garcilaso de la Vega, al hablar de las uniones sexuales de los antiguos peruanos, nos cuenta que: "Muchas naciones se juntaban al coito, como bestias, sin conocer mujer propia, sino como acertasen a toparse, y otros se casaban como se les antojase, sin exceptuar hermanas, hijas ni madres. En otras guardaban las madres y no más. En otras provincias era lícito y aún loables ser las mozas cuan desbonestas y perdidas quisiesen, y las más disolutas tenían más cierto su casamiento, que al haberlo sido, se te-

(5): A propósito de los maltratos que el aymara le da a su mujer, cabe rectificar una falsa apreciación respecto de los bolivianos. Sighele en su obra "El Delito de dos", dice: "Mantegazza habla en sus viajes de la mujer de Bolivia, las cuales se quejaban de sus maridos, cuando éstos no les golpeaban". (Cap. V, pág. 141). Semejante afirmación en términos generales es contraria a toda verdad.

(6): Las familias en las diferentes sociedades, I, pág. 36.

(7): E. Westermarck, Historia del Matrimonio en la Especie Humana, XVI, pág. 376.

nia entre ellos por mayor calidad, a lo menos las mozas de aquella suerte eran tenidas por hacendosas y de las honestas, decían, que por flojas no las había querido nadie. En otras provincias, usaban lo contrario, que las guardaban las hijas con gran recato, y cuando concertaban de casarlas, las sacaban en público, y en presencia de los parientes, que se habían hallado al otorgo, con sus propias manos las desfloraban, mostrando a todos el testimonio de su buena guarda. En otras provincias corrompían la virgen que se había de casar los parientes más cercanos al novio, y con esa condición concertaban el casamiento, y así la recibía después el marido. Pedro de Cieza, capítulo veintecuatro, dice lo mismo"(8).

De propósito hemos copiado el párrafo en que el historiador incaico nos describe las formas de matrimonio americano, para con estas aparentes contradicciones comprobar la estructura patronímica del ayllu. Esas diversas maneras de considerar el valor de la pureza e impureza de la mujer, pueden conformarse o no con las teorías vertidas sobre lo que se ha llamado "el matrimonio primitivo". Todas las combinaciones posibles que se vean en el matrimonio humano que, por otra parte, por razón misma de esta inquieta variabilidad no son susceptibles de ser clasificadas en ciertas y determinadas formas, son naturales en el hombre, que no reconoce límites ni épocas para sus uniones. Westermack ha dicho que en "el hombre se encuentran todas las formas posibles de matrimonio" (9). La poligamiaes un fenómeno social de todas las razas y de todas las civilizaciones, una tendencia específica, destinada a fundar en un solo tipo las variedades creadas por la monogamia, como observa muy bien Remy de Guormont en su interesante libro "Física del Amor" (10). "En casi todas las especies humanas, agrega después, existe una poligamia sustancial, disimulada bajo una apariencia de monogamia" (11).

La familia patronímica y la evolución duradera del matrimonio excluyen la mezcla de sangre de los parientes ya consanguíneos, ya facticios, o acomodándonos al tecnicismo de MacLenan, la familia y la gens son exogámicas. Puede objetarse contra el sistema patriarcal de las familias que formaron el imperio peruano, que según los ritos de la realeza incásica, debían los miembros de ella casarse entre hermanos. Algunos autores han visto en este gé-

(8): Comentarios Reales, t. I, XIV, pág. 16.
(9): Ob. cit., pág. 449.
(10): XVI, pág. 170.
(11): Ibid, pág. 186.

nero de uniones los rezagos del uso colectivo de la mujer, o por lo menos, la precedencia del "matrimonio consanguíneo". Cuando Mommsen sostenía "que la gens era una república nacida de la comunidad de origen real o probablemente hasta ficticia, mantenida en un haz compacto por la comunidad de fiestas religiosas, de sepultura, y de herencias, a la cual podían pertenecer todos los individuos libres y, por tanto, las mujeres también", se objetó que tales relaciones implicarían una constitución endogámica de la gens. La gens, se dijo, fue exógama, como lo confirman varias descripciones, entre ellas las de Tito Livio (12). Pero el carácter exogámico o endogámico de la gens, por mucho que estas formas matrimoniales fuesen marcadas y excluyentes, no destruye ni ataca su constitución y composición patronímica.

El ejemplo de los simbólicos hermanos Mallcu-Capac y Mama-Ocllo, no probaría la supervivencia ni de la unión sexual pasajera, ni la existencia de la familia consanguínea en que "el vínculo de hermano y hermana, en ese período, trae consigo el ejercicio del comercio carnal mutuo" (13). Estas uniones entre parientes, como se ha dicho, demuestran más bien la tendencia a mantener la pureza de la sangre, esto es la constitución gentilica aristocrática de la familia. Por otra parte no es del todo evidente que entre los peruanos existiese tal costumbre desde tiempos desconocidos, como tradición recogida del ayllu preincásico. Westermack sostiene a propósito: "Garcilaso de la Vega afirma que, desde un principio, los Incas del Perú establecieron como ley absoluta que el heredero del trono se casara con su hermana mayor legítima, mientras Acosta y Ondegardo afirmen que entre los peruanos se consideraba ilegal todo matrimonio en el primer grado, hasta que Topac Inca Yupanqui, al terminar el siglo XV, se casó con su hermana consanguínea y dictó un decreto para que los Incas se pudieran casar con sus hermanas consanguíneas, pero no con otras" (14).

Bien considerado este punto de las relaciones incestuosas, la opinión de la mayoría de los arqueólogos de la familia primitiva, se inclinan a la conclusión de que las uniones consanguíneas se hacen cada vez más prohibitivas, por razón de sus consecuencias degenerativas. Morgan sostiene que las prohibiciones de matrimonio entre parientes cercanos, ha nacido de la observación de los resultados visibles de semejantes uniones. Otros escritores suponen

(12): F. Engels, Ob. cit., pág. 66.

(14). Ob. cit., pág. 310.

por el contrario, que tal conocimiento es imposible en razas nómadas e infantiles. Haciéndose cargo de estas y otras observaciones, Westermarck se decide y parece que con mucha justicia, por la natural y secreta diferenciación de parientes que se opera en el seno de las familias. Sus frases, de una convicción sobresaliente, son éstas: "Naturalmente, estoy de acuerdo con M. Houth en lo que no existe aversión innata a un comercio sexual entre personas que viven juntas desde los primeros años, y que siendo generalmente parientes estas personas, tal sentimientose manifiesta especialmente con horror al comercio entre parientes cercanos" (15).

Es profusa la historiografía de las diversas y complejas formas en que puede considerarse la familia primitiva, y nada podría sacarse en limpio en lo que respecta a la promisciudad de la mujer, a la incestuosidad de las uniones, a las reglas prohibitivas o permisivas de las uniones con miembros extraños a la gens o a la constitución verdaderamente patronímica de la asociación familiar.

RIGOBERTO PAREDES

Nació en La Paz, en 1871. En 1893 ya era abogado diplomado en la Universidad Mayor de San Andrés. Desde entonces ingresa a las luchas políticas, llegando a ser Presidente de la Cámara de Diputados en 1921 y 1922; en este último año fue nombrado también Ministro de Industrias. Fue, además, catedrático de Economía Política de la Universidad de La Paz. Murió en 1939. Es autor de numerosos estudios de geografía e historia, así como de un importante ensayo: "El Arte en la Altiplanicie" (1913) que, junto con "Mitos, Supersticiones y Supervivencias Populares de Bolivia" han sido las oportaciones más originales y más o menos completas sobre esos aspectos culturales. "Mitos y Supersticiones" es un ensayo de divulgación que sugiere mucho más de lo que dice. Merece ser estudiado por la importancia que posee como material de especulación artística y sociológica.

(15): Ob. cit., pág. 437.

CAPITULO II DE "MITOS, SUPERSTICIONES Y SUPERVIVENCIAS POPULARES DE BOLIVIA"

MITOS

En la cúspide de la mitología delos kollas se encuentra el dios Huirakhocha, a quien se le tiene por hacedor de la luz, de la tierra y de los houibres. Diversas interpretaciones se han dado a la etimología deese nombre: unos creen que proviene de las palabras quechuas **vira**, grasa y **khocha**, mar, osea grasa de mar. Esta interpretación extravagante, nose conforma con el origen de la divinidad, que es kolla, y por consiguiente, que debe buscarse su significación en la lengua deesa nación. Además, convicne no olvidar queel nombre primitivo, como ha ocurrido con el desenvolvimiento de las palabras en todos los idiomas, ha sufrido serias alteraciones con el transcurso del tiempo y el roce con pueblos de distinta indole y lenguaje, hasta llegar a tener la estructura y fonética que actualmente conserva.

Uira, según Bertonio, es el suelo (1). Esta acepción es la principal. **Khocha**, parece una alteración de **jucha**, pecado, negocio, pleito, según el mismo autor. Palabra que comprendía también el que hacía o ejecutaba alguna cosa: al hacedor por excelencia. De suerte que Uira-jjocha, convertido en **Huira Kocha** por haberse kichuizado la frase, podría decir **hacedor del suelo**, con más propiedad: **hacedor de la tierra.**

También pudo haber provenido de las palabras aymaras **juira**, producto, y **kota** lago, alterada después en **kocha**, por los quechuas. Kocha y khasahui son en el lenguaje kolla, denominaciones de aluvión. Tal vez, nombre tan discutido, seha formado de las palabras aymaras: **uru**, día, **jaqque**, gente, **jjocha**, hacedor, osea, **hacedor del día y de las gentes**, convertidas por disimilaciones, metátesis y apéntesis continuados, en huiracocha. Los nombres tienen su formación definitiva a través de los siglos: son como las piedras de los rios, que para perder sus extremidades y asperezas, y ponerse lucias y redondas, tienen las corrientes que arrastrarlas por enormes distancias.

Según la tradición generalizada y aceptada comúnmente por los indios, con ligeras variantes, Huirakhocha surgió del lago Titi-

(1): Vocabulario Aymara. Edición Platzmann, Segunda Parte. Pág. 388.

caca, hizo el cielo y la tierra. Creó a los hombres y dándoles un señor que debia gobernarlos regresó al lago. Pero como las gentes no habían cumplido los mandamientos que les impuso, volvió a salir del seno de las aguas del Titicaca, acompañado de otros hombres, y se dirigió a Tiahuanacu, en donde encolerizado por la desobediencia, redujo a piedras a los culpables, que hasta entonces habían vivido en la oscuridad: "mandó que luego que saliesen el sol, la luna y las estrellas y que se fuesen al cielo para dar luz al mundo y así fue hecho, y dicen que creó la luna con más claridad que el sol y por eso el sol envidioso al tiempo que iban a subir al cielo, le dio con un puñado de ceniza en la cara y que allí quedó obscurecida del color que ahora aparece" (2). Creó en seguida numerosas gentes y naciones, haciéndolas de barro, pintando los trajes que cada uno debía tener. "y los que habían de traer cabellos con cabellos, y los que cortado el cabello, y que concluído a cada nación dio la lengua que debían hablar, los cantos que habían de cantar y las simientes y comidas que habían de sembrar. Y acabado de pintar y hacer las dichas naciones y bultos de barro, dio ser y ánimo a cada uno por sí, así a los hombres como a las mujeres, y les mandó se sumiesen de bajo de tierra, cada nación por sí; y que de allí cada nación fuese a salir a las partes y lugares que él les mandase; y así dicen que los unos salieron de las cuevas, los otros de los cerros y otros desatinos de esta manera, y que por haber salido y empezado a multiplicar de estos lugares, en memoria del primero de su linaje que de allí procedió, y así cada nación se viste y trae el traje con que su guaca vestían. Y dicen que el primero que de aquel lugar nació, y allí se volvió a convertir en piedras; y otros en halcones y cóndores y otros animales y aves, y así son de diferentes figuras los guacas que adoran y que usan" (3).

En esta tradición se encuentra el origen de los achachilas y adoración de las piedras, que aun persiste en las creencias de los indios.

Después ordenó Huiralhocha a sus compañeros que fuesen cada cual a lugares determinados, de donde aquellas gentes debían salir y les mandasen para que saliesen. Así fue que a la palabra de los comisionados fueron surgiendo de las cuevas, ríos, lagunas y

(2) Historia Indica, de Sarmiento de Gamboa. Cita tomada de la Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú, por Horacio H. Urteaga y Carlos Romero. Tomo I, pág. 7.

(3) Relación de las Fábulas y ritos de los Incas, por Cristóbal de Molina, etc, de la Colección citada. Tomo I, pág. 6.

cerros de los llamados, poblando los sitios que se les señalaban. Mandó también Huirakocha, a los últimos compañeros que habían quedado con él en Tiahuanacu, que el uno marchase a la parte de Condesuyu y el otro a la de Andesuyu, y dieran voces a las gentes que debían salir de esas regiones. En seguida él, en persona, se dirigió hacia el Cuzco, llamando por el camino a los indios que vivían en cuevas y cerros. Cerca a Cacha, sus moradores salieron armados y desconociendo a Huirakhocha, trataron de matarlo. lo que dio lugar a que les hiciera descender fuego del cielo, el que iban quemando y asolando los sitios ocupados por los indios rebeldes. Visto lo cual por éstos, arrojaron amedrentados las armas y postráronse a los pies de Huirakhocha, le imploraron perdón por su atrevimiento. Viéndoles éste humillados y arrepentidos, tomó una vara y encaminándose hacia el fuego, con dos o tres golpes que le dio, hizo que se apagase. Los indios en señal de reconocimiento le erigieron allí un famoso templo, donde colocaron su estatua labrada en piedra y le ofrecían en ofrenda mucho oro y plata.

Siguió su camino Huirakhocha y en el Tambo de Urcus se subió a una altura y allí llamó a los indios que debían poblar aquella tierra. En esta cumbre y altura hicieron los indios otra muy rica huaca, donde sobre un escaño de oro colocaron la imagen de Huirakhocha. De allí se dirigió al Kusco, donde creó un señor que gobernase las gentes de aquél lugar, nombrado Alcahuisa. Desde allí se fue hasta Puerto Viejo, donde juntándose con los suyos, que habían ido a esperarlo, se metió con ellos mar adentro caminando sobre las aguas, como si estuviese sobre la tierra y desapareció de la vista de los que lo contemplaron irse.

Tal es la relación que hicieron los indios a los cronistas de su divinidad suprema. Por eso cuando vieron por primera vez surgir a los españoles de la mar, creyeron que regresaban a la tierra Huirakhocha y sus compañeros y los recibieron con veneración, dándoles el nombre de sus dios, nunca supusieron que éstos les trajeran la esclavitud y la muerte, en vez de la vida y bienestar que el anterior les había prodigado.

Este dios tan popular y venerado en la antigüedad va desapareciendo de la imaginación de los indios actuales; pocos son los que al presente lo mencionan. Los más lo confunden con Jesucristo o el Padre Eterno y, por último, otros terminan por decir que no se acuerdan de él; Huirakhocha es el blanco, que pudo más que él, destruyendo sus efigies y reduciendo a sus hijos a la más dura servidumbre. El Huirakhocha, pero terrible y desalmado Huirakhocha, es para le indio, el blanco o el mestizo que ocupa su rango.

Los templos principales dedicados a esa célebre divinidad están situados en las islas o Huatta del Titicaca, sobre cuyas ruinas edificaron después los kechuas su templo del Sol; otro, el más famoso, en Tiahuanacu y otro en Cacha. Estos fueron los más célebres adoratorios de la antigüedad y de los que al presente no quedan sino ruinas.

II

Mayor vitalidad han tenido en la mitología indígena y sigue teniendo aún la creencia de los Achachilas, o sea la de considerar a la montaña, cerros, cuevas y peñas como puntos de donde se originaron los antecesores de cada pueblo, y que por este motivo nunca descuidan aquellos de velar por el bien de su prole.

Entre los Achachilas, a unos los tienen como a principales troncos de grandes pueblos, tales eran el lago Titicaca, el Illampu, el Caca-haqqe, o Huayna-Potosí y el Potosí; otros eran de menor importancia y cepa de tribus insignificantes. El Achachila de los urus, decían que era el fango, de donde éstos habían brotado y que por eso eran despreciables, de poco entendimiento, ásperos y zahareños; que vivían en balsas de totora, contemplando constantemente desde la superficie de las aguas a su progenitor, el limo del lago (*). Los Lupi-haqqes o lupakas, los omasuyus y paccajjas, se suponían de prosapia superior, nacidos de los amores del Illampu con el lago Titicaca, los quillacas se decían hijos del lago Poopó, que estaba entre los indios consagrados a la Luna por lo que se llamaban hombres de la luna: killa-haqqes. Al Potosí se lo tenía como antecesor de los chayantas, y al Tata-Sabaya, de los kkara-cankas, o carangas. El Sajama y el Tunari, el río Cachimayu, el Pilcomayo, etc., etc., se los consideraba como Achachilas de los pueblos próximos a esas montañas y ríos.

Cuando en 1898 Sir Martín Conway, trató de realizar su ascensión al Illampu, los indios quisieron sublevarse y atacarlo, porque temían que el extranjero profanase a su deidad y ésta les enviara

(*) A los uros los llaman también chascumankeris, comedores de ciertas plantas acuáticas de los géneros Myriophyllum Potomogeton, Chanophora, Elodea, y Chara. La tradición cuenta de ellos que fueron trasladados, en tiempos remotos, en calidad de esclavos de las costas del pacífico, por el gran conquistador kolla Tacuilla y distribuidos en las riberas de los lagos del altiplano, donde se les dedicó exclusivamente a la pesca. De aquí proviene que se los nombre chancus, a los que aún quedan por aquellas regiones.

castigos, por lo que Conway sólo pudo efectuar a medias su intento, y en ausencia de los indios.

Denominaban **huacas** a las deidades particulares adoradas por un ayllu o pueblo, comúnmente formadas de piedras, algunas sin figura ninguna. Otras dice el Padre Oliva: "tienen diversas figuras de hombres, o mujeres de otras huacas; otras tienen figuras de animales y todas tienen sus nombres particulares con que las invocan y está tan establecida esta adoración, que no hay muchacho en algunos pueblos o en algunas provincias, que en sabiendo hablar no sepa el nombre de la huaca de su ayllu, por cuanto cada parcialidad tiene su huaca principal, y otras menos principales, y de ellas suelen tomar el nombre de aquel ayllu; algunas de éstas las tienen como a guardas y patrones de sus pueblos, porque sobre el nombre propio llaman Marcaaparac o Marcachara" (5).

Las khonopas o Khanapas (6), como pronunciaban los kollas, eran dioses tutelares destinados a proteger las familias. Los fabricaban indistintamente de metal, de barro, o de piedra, o solamente era alguna piedra preciosa u objeto de metal raro. Tenían las más el aspecto de figuritas cuyos brazos y manos formaban sobre el pecho un ángulo recto, según la geometría mística y sacerdotal. Algunos eran de forma lálica, otros representaban pescados. El cronista citado, dice: "Herédanse estas konopas de padres a hijos y están siempre en el mayorazgo de la casa, como vínculo principal de ella a cuyo cargo está guardar los vestidos de las Huacas que nunca entran en división entre los hermanos porque son cosas dedicadas al culto. Entre estos khonopas solían tener algunas piedras vezares que los indios llaman **guícos** y el P. Pablo Joseph certifica en su tratado que en algunas de las misiones que hizo se hallaron no pocas de ellas manchadas con la sangre de los sacrificios que le habían hecho" (7).

Khonopas aun conservan las familias indígenas en sus casas con mucha veneración.

---

(5) Historia del Perú y Varones Insignes, etc., pág. 133.

(6): Esta palabra quiere decir: "su luz de él o su demostración de él". Se compone de dos voces: Khana, que significa claridad, luz día, y también verdad y demostración de ella. La otra es la partícula pa, que es un sufijo positivo de la lengua aymara que significa "suyo, suya, su". De manera que khanapa es la luz de él o su demostración. ¿De quién? Del fenómeno producido o de su autor; del hecho moral y material que simboliza la figura representante y del cual es su demostración. De este modo el pueblo aymara ha logrado mismuir la memoria de los hechos de una manera constante y eterna, si se quiere, porque ese modo de ser social kolla hace parte integrante de sus propios hábitos y costumbres.

(7): Historia del Perú citada, pág. 135.

III

Huari llamaban los antiguos kollas un cuadrúpedo semejante a la llama, probablemente el **Macrauchenia** ya extinguido, y lo tenían por su dios totémico, representantes del vigor y de la fuerza de la raza. Le erigieron templos en diversas partes y su imagen esculpida en piedra era objeto de culto muy solemne.

Al Huari lo consideraron como coetáneo del dios Huirakhocha, viviendo en la época en que las divinidades habitaban la tierra junto con los primeros hombres, a quienes se les llamaba **huari-huqqes**, gentes del huari, o sea descendientes de éste.

Los adoratorios del Huari se conocían con la denominación de **Huari-uilleas** y dos hubieron muy celebrados; uno en la ribera del lago Titicaca en el lugar que hoy ocupa el pueblo de Huarina y otro cerca del lago Poopó, donde después se fundó el pueblo Real de Huari. Las huacas que en ambos parajes existían, como en muchos otros sitios del altiplano, fueron destruídas por los misioneros quedando como recuerdos únicamente el nombre de la divinidad aplicado al lugar.

Se ha dado en confundir el huari con la **huikkuña** la que es distinta de aquél. La huikkuña se la ha conocido siempre con este nombre y, además, con los de **sayraka** y **saalla**. El de huari parece que se le dio posteriormente.

También acostumbraban llamarlo **Hauriullca**, sin tener en cuenta que la palabra **ullca** tiene distintas acepciones. Antiguamente llamaban ullca al sol y a los adoratorios que se le dedicaban a otros ídolos como el huari. Después se denominó ullca al sacerdote. En este sentido se expresa el autor de la "Relación de las Costumbres de los naturales del Perú", denominando ullcas y yanaullcas a los prelados y sacerdotes (8). Existe además una yerba dedicada al sol que se llama ullca. Los brujos la emplean como purgante, con objeto después del afecto de que la persona que ha sufrido algún robo se duerma y en sueños descubra al ladrón, o se presente por propia voluntad, durante ese acto, a restituir lo robado. Dicen los naturales, que este don dio la yerba al sol.

La fiesta de huari se celebra aún en algunos lugares apartados y de una manera muy reservada.

---

(8): Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas, publicadas por Marcos Jimenes de la Espada. Pág. 103.

IV

El mito de Pacha-Mama, por los vestigios que aun quedan, debió referirse primitivamente al tiempo, tal vez vinculado en alguna forma a la tierra; al tiempo que cura los mayores dolores, como extingue las alegrías más intensas; al tiempo que distribuye las estaciones, fecundiza la tierra, su compañera; da y absorbe la vida de los seres del universo. Pacha significa originariamente tiempo en lenguaje kolla; sólo con el transcurso de los años y adulteraciones de la lengua y predominio de otras razas ha podido confundirse con la tierra y hacerse que a ésta y no aquél se le rinda preferente culto. El Saturno indígena no llegó, pues, a conservarse como personalidad independiente en la imaginación de sus prosélitos; al identificarse con la Déméter india, desapareció de la mitología aborigen.

Los indios antes de su contacto con los españoles llamaban en el kollasuyu Pacha Achachi a esta deidad; después se sustituyó el Achachi, que quiere decir viejo, y también cepa de una casta y familia, con la palabra mama, que significa grande, inmenso, cuando se refiere a los animales o cosas, y superior cuando a las personas. En este caso tiene relación la palabra únicamente con las del sexo femenino. Los términos mamatay y mamay con los que en aymara y quechua, respectivamente, se designa al presente a la madre, son de introducción posterior a la conquista española; parece que provienen del mamá castellano. Probable es que algún misionero los introdujo en el habla indígena, por no encontrar otra palabra más expresiva para el vulgo, con que nombrar a la Virgen María, a quien la plebe llama siempre con unción y ternura mama. Mamay era el nombre que daba el indio a la madre o señora principal, aunque prefería y era de uso más común el llamarla tayca, como se escucha actualmente. De manera que Pacha Mama, según el concepto que tiene entre los indios, se podría traducir en sentido de tierra grande, directora y sustentadora de la vida o de la potencia creadora.

La fiesta de Pacha, la celebran los naturales en un día determinado del año, que después ha venido a concuasar con la del Espíritu Santo. Consiste ella al presente, en sacar la víspera del Espíritu Santo, en la noche, las joyas de los habitantes de una casa, el dinero que han ganado ese año, y exponerlos en una mesa colocada en medio del patio al aire libre; invocar la protección de la Pacha Mama derramando en su homenaje aguardiente en

el suelo antes de probar ellos siquiera una gota. Al contorno de la mesa colocan braceros encendidos sobre los cuales ponen el momento preciso ramas de khoa (Mentha pulegium), con pedazos de feto seco de llama, cordero o vaca, porque dicen que los animales son puros sólo en este estado; agregan a esas especies, tallos y hojas de cardo santo, millu, confites, mixtura, y cuando comienza a arder todo esto, desocupan los concurrentes la casa, a fin de no recibir el humo; porque mantienen la creencia de que reduciéndose los males en humo, deben perderse y evaporarse para siempre en el espacio, sin allegarse a una persona, a cuyo cuerpo penetrarían en caso contrario, haciendo que adquiera alguna enfermedad, o sea víctima de constantes desgracias. Después de que las brasas se han consumido y extinguídose el fuego, vuelven a la casa, y en señal de contento derraman en el suelo confites y flores.

Esta ceremonia conocida con el nombre de khoaña, es muy popular y la celebran las familias, además de la fecha expresada, toda vez que tienen que trasladarse de una casa a otra, aunque no con las solemnidades anteriores, concretándose a sahumar, con hojas del arbusto mencionado y trozos de feto las habitaciones que se han de ocupar, con lo que tienen por expulsados a los malos espíritus y los males que pudieran haber dejado los anteriores ocupantes.

El martes de carnaval, también en homenaje a la Pacha-Mama, acostumbran derramar en todas las habitaciones de la casa, flores, confites y mixtura pidiéndole conserve con salud a sus dueños y la propiedad permanezca en poder de estos.

Por lo regular las ofrendas no deben levantarse del suelo y aprovecharse de ellas porque, quien tal hace, atrae sobre sí el enojo de la deidad honrada, que puede mandarle en castigo de su desacato la muerte o una enfermedad o una desgracia. Lo ofrecido a la Pacha-Mama debe destruirse y consumirse por la acción del tiempo.

Los pastores acostumbran, a su vez, a degollar cada año uno o dos corderos tiernos, con objeto de que su sangre sea ofrecida a esta deidad, empapando con ella el suelo en su honor y esparciéndose antes en direcciones distintas. Este acto llamado huilara, lo tienen por obligatorio y a él le dan suma importancia para la conservación y aumento del ganado.

Samiri, descansadero, es el sitio señalado como morada originaria de los antepasados, sea de los hombres o animales y que por esta circunstancia ha quedado localizado en el lugar una ex-

traña fuerza vital, que toda vez que el descendiente va allí a recibir un hálito vivificador y regresa alentado. En ese sitio ha sido reservada semejante virtud por la Pacha Mama, que no quiso dar a sus moradores de entonces todo lo que poseía, con la mira de que a sus hijos, mientras durase la vida, mientras existiese el mundo, no les faltare algún remedio a sus desalientos, o al desgaste de sus fuerzas. Ese sitio es una madre que reanima al ser viviente, que le implora ayuda. A estos lugares, tenidos por sagrados, los veneran y les ofrecen sacrificios.

Mi samiri, dice el indio, y muestra una prominencia, cerrito, campo o cueva. El samiri de mi ganado, es aquel otro paraje, e indica otros lugares parecidos, por más que a ellos jamás haya ido.

LA HISTORIA

Los escritores que se dedicaron a la investigación histórica, en este período, tienen un mayor cuidado por el análisis documental, por la forma expositiva y una preocupación fundamental por reunir y ordenar los datos desde el punto de vista más riguroso: contemplando su validez actual y su veracidad; pese a que, al mismo tiempo, existen algunos historiadores que siguen falsificándolos obedeciendo sus puntos de vista particularistas e interesados políticamente, cuando no parten de la anécdota popular, antes de hacer un examen de la historia nacional con una estricta sistematización científica. Al lado de esas producciones también existen algunos intentos aislados de interpretación con miras sociológicas donde se pueden hallar ciertos aciertos.

AGUSTIN ITURRICHA

Nació en Sucre, en 1863. Se dedicó, desde muy joven, al periodismo y a la enseñanza, siendo profesor en diversos colegios de la capital. En 1907 fue elegido Rector de la Universidad de "San Francisco Xavier" y, en 1908, diputado por Chuquisaca. Un año más tarde, Ministro de Justicia e Industria y, luego, Fiscal General. Murió en 1927. Ha publicado diversos trabajos sobre Derecho, Antropología y algunos ensayos dispersos en diarios y revistas de la época. Pero su obra fundamental es la **"Historia de Bolivia bajo la administración de Santa Cruz"**, uno de los estudios interpretativos más serios y completos sobre ese período re-

publicaao, por la documentación y su científica utilización, aunque tenga algunos errores de valorización respecto a la colonia. Su estilo es lo más objetivo posible, claro y directo. Iturricha expone los sucesos con un rigor pocas veces visto entre el fárrago de "interpretaciones" lírico oratorias de los demás historiadores precedentes.

FRAGMENTO DEL ESTUDIO "HISTORIA DE BOLIVIA BAJO LA ADMINISTRACION DE SANTA CRUZ"

La cuna del Mariscal Santa Cruz

Llegó Santa Cruz a al ciudad de La Paz el día diez y nueve de mayo de mil ochocientos veintinueve, "resuelto a ejecutar los planes que tenía perfectamente trazados" y que son el programa de todo su gobierno.

Antes de comenzar el delineamiento de las labores administrativas del protagonista de este período histórico, sin duda el más interesante en el movimiento político del continente suramericano, es de rigor histórico hacer un esbozo de los acontecimientos de la vida pública de Santa Cruz que precedieron a su gobierno en Bolivia y aquellos de su vida íntima que nos muestran al niño en los cuidados del hogar: al discípulo en los bancos de la escuela, con las preocupaciones de las primeras letras; al amigo en las expansiones de la vida social, y al ciudadano, en el culto del deber cívico; para obtener la revelación, en esas gradaciones del desarrollo individual, en el desenvolvimiento expontáneo del alma, las naturales inclinaciones humanas fuera de los convencionalismos que llevan al hombre público por vías ajenas alos impulsos del corazón.

Nacido en la aparentemente tranquila época colonial, su infancia se meció sin inquietudes. Arrastrado después entre los dolorosos y sangrientos dramas de la revolución por la independencia, uncido más tarde al carro que conducía a la libertad hacia los altares de la patria; tomó asiento en esas luchas épicas entre triunfos y caídas, con esfuerzos de bien, así como con errores cul-

minantes. Señalar las influencias que templaron su carácter y describir el sendero que recorrió para ascender a la cumbre, sería un trabajo digno de un historiador psicólogo, porque tal es seguramente el único procedimiento científico para descartar las fábulas que la credulidad o adulación han forjado en beneficio de los grandes hombres y también el recurso más eficaz puesto a disposición de los estudiosos, en esta época de análisis en que se desentrañan todas las acciones, poniéndolas en finos crisoles, para asentar la pura verdad como la conquista más preciada del humano entendimiento. Y en ese trabajo se descubren, naturalmente, detalles ignorados y se exhuman personajes que se dejaron en la penumbra con grande injusticia, haciéndose necesario rehabilitar sus nombres para consignarlos "en el calendario de nuestras glorias".

Sensiblemente para el propósito doctrinario que acabo de esbozar, ningún documento, ninguna tradición, han dado a conocer la vida íntima de la familia Santa Cruz para valorar las inspiraciones primeras del carácter y de la moral recogidos en el regazo materno. Sólo sabemos que fue hijo legítimo del maestre de campo José Santa Cruz y Villavicencio y de doña Juana Basilia Calaumana. Las crónicas de familia apuntan que el primero descendía de los condes de Cañete y Pinar, en las genealogías españolas; y la segunda, fue hija del cacique Calaumana, de la dinastía de los incas del Perú, y falleció a la edad de 56 años, el 13 de febrero de 1832, víctima de una aguda enfermedad que ni los recursos del arte médico pudieron atenuar.

Igual obscuridad reina acerca de las primeras inspiraciones docentes que en su infancia recibiera el César Altoperuano. ¿Quién fue el maestro que desbrozó su infantil cerebro y lo alimentó con las ideas que formaron su carácter, mostrándolo con los ideales de la vida las cimas del honor y de la gloria? ¿Cuál la escuela donde pasó los primeros años de la niñez, y que seguramente repasaba en la memoria en la tarde de su existencia, asociando a esos recuerdos las mil y una travesuras de sus compañeros, con episodios de alto interés para la primera edad, los patios y los objetos que decoraban los salones de lectura?

Saavedra Fajardo decía: "El maestro se copia en el discípulo y deja en él un retrato y semejanza suya". Esta sentencia se encuentra corroborada por Alejandro Magno: "Yo debo la vida a mi padre, pero si reino con alguna gloria, exclusivamente a Aristóteles la debo". Bolívar expresaba también: "Yo he seguido el sendero que Rodríguez me señaló. El formó mi corazón para la li-

bertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso".

Santa Cruz no mencionó jamás al que hubiese sido su mentor intelectual. Seguramente no lo tuvo de la talla de aquellos a quienes inmortalizaron Alejandro, Bolívar y tantos otros grandes, considerándolos por sus cualidades eminentes y que por sus inspiraciones de sabiduría hacen época en la historia de la civilización humana. Bien es verdad que la enseñanza colonial no alcanzó jamás ni las proporciones de lo mediano, siendo fama que la madre patria misma no tenía sino un establecimiento de educación para cada 20.000 almas. En esta parte de la América, formaban los cuadros de la escuela primaria individuos a quienes no estimulaba sino la necesidad de vivir, y que tan aptos eran para enseñar letras como para fregar una cocina. La tradición de tan desgraciados tiempos nos pinta al maestro de escuela como al prototipo del descuido en los conocimientos, del desaliño en lo moral y del desarreglo en lo económico. Sucios y desarrapados, torpes de lengua y de ingenio, arrojados de las luchas de la vida; encontraban un refugio en la escuela, considerada como un rebajamiento en la escala política. No demandaba tampoco el ejercicio que se exornara la mente con grandes nociones de ciencia ni de moral: un poco de lectura, una nada de escritura y algo de contar, con mucho de catecismo, el papel del maestro estaba satisfecho con creces. Los hijos de familia pudientes podían costearse una enseñanza más confortable, dotándose de maestros aventajados, o viajando a Europa. Para enseñanza superior, no había sino el colegio conciliar donde absorbían los estudios la gramática latina, una escasa erudición sobre filosofía escolástica y mucho de teología moral. Tal bagaje no especializaba maestro de verdad.

Los biógrafos apenas nos dicen que Santa Cruz cursó humanidades y filosofía en el colegio de San Francisco, y que pasó al Cuzco a continuar los estudios, pero no los concluyó.

La fecha en que nació el mariscal Andrés de Santa Cruz, no ha suscitado controversia de interés. La familia y sus amistades le saludaron siempre en el día 30 de noviembre como el aniversario de su alumbramiento, consagrando así una costumbre que hizo respetable la tradición de la familia. Según ella, había nacido el niño Andrés el treinta de noviembre de 1792. Por tal razón no ofrece prueba en contra la partida de bautismo, que afirma ser "recién nacido" el párbulo que se llevó a cristianar el cinco de diciembre del mismo año 1792. El dato pudo consignarlo de propia cuenta y sin la previa información de los interesados,

el canónigo de merced Dr. Antonio Rodríguez de Olivera, que fue quien le puso óleo y crisma.

Fueron sus padres el mariscal de campo don Josef Santa Cruz y Villavicencio y doña Juana Basilia Calaumana de Santa Cruz.

El lugar en que nació no está bastante esclarecido.

El cura párroco doctor José O. Meave, apoyado en las tradiciones recogidas en su feligresía, sostiene que el Mariscal Santa Cruz vio la luz en el pueblo de Huarina y fue enviado a La Paz para bautizarse, bajo la protección del canónigo doctoral Dr. Baltasar Reque, a la sazón provisor y vicario general del obispado, que fue también padrino de agua y óleo del recién nacido. A su vez, el coronel Oscar de Santa Cruz, hijo del mariscal, contradiciendo el aserto del párroco de Huarina, afirma que su padre nació en la ciudad de La Paz.

La versión del anciano sacerdote, que escuchó a sus feligreses el ingenuo relato, que tiene quizá por móvil el inocente deseo de ver cómo la más alta honra para el pueblo de Huarina el hecho de que hubiese nacido en cuna en él el más ilustre de los ciudadanos de Bolivia, deseo infantil y cándido si se quiere, por su brote de una vanagloria disculpable, no está lejos de la verosimilitud, porque añadiendo a los recuerdos de las gentes sencillas que pudieron ser testigos del acontecimiento, el antecedente innegado de haber vivido los padres de Santa Cruz en Huarina, no se hace imposible que acaecidera en el pueblo discutido el alumbramiento del niño. En contra no se excluye como razón suficiente sino dificultades de poca monta. Dice el coronel Oscar de Santa Cruz: ¿cómo es posible suponer que a un niño de tan pocos días, y a la madre así mismo delicada, se les hubiese expuesto a los peligros y accidentes de un viaje de más de 18 leguas con medios de locomoción primitivos y en un clima riguroso? Pero tales dificultades son aparentes. En nuestros climas el mes de noviembre no es rá de las intemperies. El niño, entregado a los cuidados de fieles criados, que suelen ver con intenso cariño a los recién llegados a este valle de lágrimas, máxime si pertenecen al hogar de los respetados patrones, ningún accidente podría ocurrirle en el camino; al contrario le conducían la ternura y el sentimiento de la grave responsabilidad por la salud del infante. La madre no tenía para qué viajar. La distancia de dieciocho leguas no es excesiva para recorrerla por indio cuya resistencia fisiológica constituye un verdadero prodigio y es un hecho ya de vulgar observación para ponerlo en tela de debate en este caso histórico, que no es el único. Le consta al que estas líneas escribe otro viaje en

prendido, no a través de dieciocho leguas, sino de más de treinta y ocho, por ágiles colonos de una finca situada en las fronteras de Chuquisaca, portadores de un párbulo para ser cristianado en esa capital: el niño llegó sano y salvo y bueno no obstante haberle hecho atravesar caminos accidentados y en época de lluvias torrenciales, de grave peligro en el territorio que va a las fronteras de Chuquisaca.

Para la tesis del coronel Oscar de Santa Cruz, era necesario que la madre del mariscal se trasladase de Huarina a La Paz, antes de dar a luz el fruto de sus amores y permanecer allí hasta su restablecimiento.

Pero sea este o aquel lugar donde dio el primer vagido el héroe de esta historia, el hecho interesa poco a la verdad científica, ni influye su averiguación en los destinos del hombre que ilustró un largo período de la vida nacional con acciones notorias. Si él tomó vestidura en el seno de la familia que escogió y dejó cubrir su ropaje material con los elementos tomados de los organismos corporales de sus progenitores, para desenvolver con plena conciencia la misión que trajera al planeta, dedicando a ese objetivo todos sus esfuerzos y todas sus energías; le era indiferente nacer aquí o allí, desde que para la vida del espíritu, ilimitada en el espacio y en el tiempo, carece de influencia el accidente del nacimiento en la ciudad floreciente o en la aldea humilde, en el palacio o en la cabaña, en los riscos o en los llanos, siendo la acción desenvuelta en el ejercicio de la misma, el todo para las responsabilidades en ultratumba, de los destinos confiados a su dirección.

El coronel Oscar de Santa Cruz, persuadido de la evidencia de los títulos nobiliarios de su padre, ha formado cuidadosamente un árbol genealógico, que dice constar de documentación bien autentificada. Y agrega que de tales títulos nobiliarios no hizo su padre, el gran mariscal ostentación alguna "por un exceso de republicanismo democrático", añadiendo que "ni siquiera dejó que sus más íntimos amigos y colaboradores tuvieran la más remota idea de su elevada alcurnia". Sin contradecir esta convicción, hija también de la piedad filial, y sólo con el intento de suministrar material de abundante investigación a los historiadores del porvenir, copio en seguida un juicio emitido, por escritores de algún concepto. Dice Carlos I. Salas en su obra "Bibliografías del coronel Brandsen", lo siguiente: "El origen del general Santa Cruz está envuelto en el más profundo misterio. El año 1558 residían en la ciudad de Huamanga los hermanos Cipriano y José Santa Cruz. Ambos eran españoles y desempeñaban funciones eclesiás-

ticas en la catedral de aquella localidad. Una noche al retirarse a su domicilio don Cipriano, encontró depositado en los umbrales de la puerta de su casa, un niño recién nacido. Movido a compasión lo recogió y resolvió encargarse de su crianza, llegando más tarde a adoptarlo como hijo suyo. El niño fue bautizado, dándole el mismo nombre de su hermano. En aquella ciudad recibió su primera instrucción enviándole más tarde al Cuzco a completarla. Allí se enroló en la milicia llegando a alcanzar hasta el grado de coronel. De allí se trasladó a La Paz donde se radicó. Por medio de sus parientes solicitó y obtuvo el puesto de Corregidor de Huarina, en los yungas de aquella ciudad. En Huarina conoció a la poderosa cacica de aquella aldea doña Francisca Calahumana, con cuya hija María Basili se casó. La cacica Calahumana sostenía descender en línea directa de la familia real de los Incas. De este matrimonio nació don Andrés de Santa Cruz en el año 1785".

El autor copiado indica los nombres de los historiadores que hacen relación transcrita y son: Markham, Historia del Perú, Cap. XV, página 216; y Bulnes, Ult. Cam. Perú, página 217.

ALBERTO GUTIERREZ

Nació en Sucre, en 1862. Se graduó de bachiller a los diez y seis años, en el colegio Junín de esa ciudad. Al abandonar sus estudios de abogacía, ingresó a la carrera diplomática. En 1882 es ya Adjunto de la Legación de Bolivia en Francia. En 1900 ocupa el cargo de Subsecretario de Relaciones Exteriores ", después, viaja a los EE.UU. como Encargado de Negocios; mas tarde, fue Ministro en Chile, en el Brasil, en el Ecuador, en Colombia, Venezuela e Inglaterra. Durante la presidencia de Gutiérrez Guerra, de Saavedra y de Hernado Siles fue Ministro de Relaciones Exteriores. También fue diputado en 1917 y 1920. Murió en La Paz, en 1927. En sus libros sobre historia y sociología se sirve de los documentos del pasado con sumo cuidado y, sobre todo, desde un punto de vista valorativo subjetivista. Naturalmente en esa posición existen algunos errores debidos a la mentalidad social del autor. Lo que más atrae en esos análisis, aparte de los conceptos valorativos de los sucesos que examina, es el estilo claro, sin cansadoras erudiciones ni afectaciones de forma. Gutiérrez poseía una prosa limpia siempre agradable de leer. Su principal obra histórica es su estudio sobre "El Melgarejismo Antes y Después de

Melgarejo" ,1916). Otros libros de carácter histórico que escribiera Gutiérrez, han sido "La Muerte de Abel" (sobre el Mariscal Sucre), "La Guerra de 1879" y "Hombres Representativos".

FRAGMENTO DE "EL MELGAREJISMO ANTES Y DESPUES DE MELGAREJO"

I

El Melgarejismo

A la distancia de medio siglo de los sucesos que rápidamente hemos relatado, se pregunta el observador por qué conjunto de circunstancias sociales o políticas, merced a qué prodigio de fortuna o audacia militar, pudo un régimen de gobierno como el de Melgarejo sojuzgar y maniatar a un pueblo entero, con la fuerza que representan las 1.600 bayonetas del héroe de diciembre. Se interroga angustiado cómo podía ocurrir en una época en la que la cultura general había hecho ya evidentes progresos y en que la enseñanza universitaria había propagado doctrinas avanzadas de derecho público, que un grupo de hombres sin escrúpulos, dispusiera a su antojo de los destinos de un país que había sabido conquistar su independencia política con los esfuerzos más generosos y con la más tenaz e indomable perseverancia.

El hsitoriador tiene que buscar las causas determinadas de ese fenómeno y descubrir la manera cómo se desenvolvió aquel proceso político y social. Sería inexacto afirmar que Melgarejo se encontraba sostenido exclusivamente por la fuerza. Existía un elemento de opinión, grande o pequeño, pero incuestionablemente valioso, que servía de apoyo a su estabilidad genuinamente política. Ese elemento era el melgarejismo.

La fuerza sola nada puede realizar ni nada sostener. Es menester que ese elemento material se encuentre apoyado por un factor moral, por un concurso de opinión, por un contingente de voluntad pública. Y ese elemento existía y merced a él pudo vivir y pudo desenvolverse aquel régimen abominable que se llamó el despotismo de Melgarejo.

El observador se interroga todavía con espanto: ¿acaso hay partidarios y servidores de tiranías? Fuera del tirano mismo y de su mecanismo ejecutivo ¿tienen partidarios las dictaduras?

La historia puede darnos ejemplos múltiples de la realidad de ese fenómeno social y el tema tiene un interés tan considerable bajo el punto de vista político que es menester le dediquemos un extenso y prolijo esclarecimiento.

El doctor Muñoz, en su célebre folleto publicado en Tacna en 1871, señaló y condenó a los políticos que, después de haber apoyado y servido a Melgarejo, se apartaron de su lado y anatemizaron su conducta después del triunfo de las armas revolucionarias el 15 de enero de 1871.

"¿Dónde terminaría, dice, el catálogo de los tránsfugas si me propusiera formularlo? Lo omito por decoro de mi país y porque más fácil sería señalar a los que durante el sexenio de Melgarejo dejaron de servirle, porque ciertamente son en menor número y si se quiere contados".

En el libro de Thajmara titulado "Habla Melgarejo" se encuentra una argumentación análoga, con el propósito de dividir las responsabilidades de la dictadura de Melgarejo entre ese hombre arbitrario y la gran parte de la población boliviana, que se dejaba arrastrar por el brillo del éxito.

"Si soy culpable, hace decir ese libro en una supuesta evocación al espíritu de Melgarejo, si soy criminal, la responsabilidad es tan mía como vuestra. ¿Por qué me tolerí[illegible]steis? ¿Por qué la adulación quemó todos los inciensos, por qué la bajeza agachó tantas frentes, por qué las ciudades iluminaban sus torres, los balcones se empavesaban, por qué las flores regaban mi camino y las esencias exhalaban sus más delicados perfumes a mi paso? ¿No os acordáis cuántos amigos me nacieron, cuántos parentescos se improvisaron, cuántos recuerdos se inventaron para vincularse conmigo o con las personas que merecían adictas? ¿Creeis que el Melgarejo del sexenio hubiera sido lo que fue si en todas las frentes hubiera leído la reprobación, si en todas las miradas hubiera adivinado el anatema? ¿Creéis que Melgarejo, el del sexenio, hubiese sido lo que fue si no hubiera tenido ministros complacientes, prefectos dóciles y sumisos, ejército fiel y adicto, y si en todas aquellas adhesiones que llenaban salones y corredores, en lugar de hacer el vacío a su rededor, en vez de hacerle sentir la reprobación general y el desprecio de todos los buenos?"

En otra página hemos mostrado cómo fueron naciendo y muriendo los partidos que, llamándose doctrinarios, no eran sino per-

sonales. El belcismo, herido de muerte en las matanzas del Loreto, acababa de ser enterrado el 27 de marzo junto al cadáver de su caudillo. El septembrismo había caído con el golpe de estado y dejaba como heredero de sus ideales al partido rojo, en pie con su bandera legalista. Con el último cañonazo de las Letanías, surgía el melgarejismo como cimiento del régimen despótico con que Melgarejo humillaba y escarnecía su pueblo.

El melgarejismo no era una improvisación de las circunstancias: se había manifestado ya en diversos episodios de nuestras pasadas dissensiones. El consejo de guerra de Belzu, que ahogó en sangre las conspiraciones del año 50, era el melgarejismo que daba las primeras muestras de su vitalidad. Con el advenimiento del poder despótico de diciembre, surgía el melgarejismo práctico, que razonaba como partido de verdad y que mantendría a toda costa el régimen sombrío de la tiranía.

Cuando Campero regresaba de Europa y pasaba por Lima, el ministro boliviano en esa capital, viejo servidor del gobierno de Achá, le explicaba los rudimentos del melgarejismo:

—Melgarejo, le decía, desea rodearse de hombres de valer; si lo abandonan, ellos tendrán la culpa. Aprovechemos de este hombre que se presenta grande y al mismo tiempo dócil. Que no suceda lo que con Belzu. Belzu hubiera sido un buen mandatario. Las exageraciones del espíritu de partido, la contradicción inconsiderada y terca, lo exasperaron y lo hicieron malo. No seamos, pues, optimistas o utopistas. Fijémonos más en las cosas que en las personas... No abandonemos tampoco el teatro porque figuran en él tales o cuales personajes..."

Esas reflexiones de buen sentido, de la prudencia, de la moderación, condensan el sentimiento dominante del melgarejismo que es el oportunismo.

La historia nos muestra cuánto de error había en ese raciocinio y cuánta falsedad en esas aseveraciones. Todos los que rodearon a la persona y al sistema de Melgarejo sabían lo que valía y lo que había que esperar de su índole perversa y de sus procedimientos despóticos.

No es la oposición obstinada y terca la que hace malos a los gobernantes y a los hombres; son la educación y la abyección las que los desorientan y los pierden. El endiosamiento y la lisonja, repugnan un instante a un espíritu cultivado y fuerte, pero este tiene que ceder al marco inevitable del incienso palaciego. Entonces, el hombre no vuelve a ser dueño de su libre albedrío; ha pasado a ser instrumento de la abyección constituída en fuerza política.

El melgarejismo tiene, como toda enfermedad social, sus síntomas y sus accidentes peculiares. Podemos avanzar respecto de su índole algo como una clasificación biológica. La primera de sus condiciones es la sumisión, silenciosa, absoluta, sin veleidades de resistencia. Debe ofrecerse ese homenaje a un poder despótico, arbitrario, voluntarioso, fuera de toda restricción legal. El legalismo es contrario al sentimiento, a la esencia del melgarejismo. Debe estimularle el interés privado, pero no es indispensable perseguir una conveniencia propia y personal para profesar como doctrina política el melgarejismo; este puede ser desinteresado y aun desprendido hasta la abnegación. Lo esencial es que sirva de pedestal al interés del que manda. El melgarejismo no prospera bajo los gobiernos legalistas; en esa situación estéril para su desenvolvimiento, se recluye en el silencio o conspira o se rebela.

Conforme a la denominación y clasificación de los partidos que hemos detallado en otra página, un vínculo común debe unir. los a todos, que es el patriotismo y una misma razón de existencia debe confundirlos en su esencia: la persecución de un fin elevado y lícito. El melgarejismo ignora el alcance de la palabra patriotismo, o considera que es una expresión vacía de sentido. Sirve en su concepto para adornar la retórica de las proclamas, pero no representa ninguna idea, ningún sentimiento positivo.

Algunos aforismos que ya hemos conocido y que son en su esencia los sofismas más perniciosos de la retórica política, forman lo que podría llamarse la base doctrinaria del melgarejismo. "Más vale un mal gobierno que una buena revolución", es un precepto melgarejista. Los consejos del ministro Benavente que acabamos de copiar encierran toda una moral melgarejista: la moral del situacionismo. El doctor Oblitas tenía otra sentencia del mismo jaez para defender sus actos públicos: "Boliviano antes que todo, debo prestar mis servicios a mi patria".

El melgarejismo tiene notoria y profunda predilección por lo arbitrario como sistema de gobierno. Cuando lo arbitrario se torna tiránico y violento, colma las aspiraciones de su doctrina. Cuando hay persecuciones, deportaciones, y sobre todo espionaje y delaciones, el melgarejismo se siente en la plenitud de su satisfacción política. Las armas preferidas de su ministerio y de su influencia social, no son precisamente el puñal y el veneno, sino la adulación al que manda, el estímulo a sus excesos, y como procedimiento ejecutivo, el espionaje y la delación.

Estas ideas, estas pasiones, estos procedimientos públicos, son manifestaciones de una enfermedad social. El melgarejismo no es,

en efecto, un accidente ordinario de nuestra vida política, sino una dolencia que brota de viejos errores, de vicios tradicionales y del desgreño de la educación universitaria. En la plena florescencia del sentimiento melgarejista, vemos mostrarse cualidades de abnegación personal que nos conmoverían hasta las lágrimas si fueran dedicadas a objetos más nobles.

Ello prueba que puede existir el melgarejismo en corazones generosos pero débiles. Las defecciones numerosas que tuvo la causa de Melgarejo, demuestran que puede existir el melgarejismo por error, por mal consejo, por condescendencia, por debilidad de carácter. Para colmo de males, existe el melgarejismo inconsciente, sin dejar de ser lo más pernicioso y funesto para la sociedad política.

ALCIDES ARGUEDAS

Nació en La Paz en 1879. Se graduó de bachiller en el colegio Nacional "Ayacucho" y en 1902 se recibía de abogado en la Universidad Mayor de San Andrés. Es desde entonces que comienza a escribir sus primeros ensayos novelísticos. Al poco tiempo ingresa a la diplomacia, siendo nombrado segundo secretario de la Legación en Francia y, luego, primer secretario en Londres. En 1915, de regreso a Bolivia, dirige el periódico "Los Debates"; al año siguiente ingresa al Congreso como diputado por La Paz. Desde 1922 a 1924 es Cónsul General en París y, en 1932, Ministro en Colombia. En 1940 fue nombrado Ministro de Agricultura, y en 1941 Ministro en Venezuela. Murió en Buenos Aires en 1946. Aparte de sus novelas, sus obras más conocidas y discutidas son: "Pueblo Enfermo", estudio sociológico, y su "Historia General de Bolivia". Estos dos libros son los que inician la escuela interpretativa pesimista de la historia nacional y han sido escritos falseando muchas veces los hechos relatados. De ahí que "La Historia" sobre todo, siendo uno de los intentos más serios y laboriosos por lograr un análisis completo de nuestra historia y que contiene además datos sumamente importantes, pierden valor por los defectos anotados; por otra parte su estilo a veces se resiente de ligereza y es poco cuidadoso, lo que no ocurre con sus producciones literarias. De "Pueblo Enfermo" tienen vigencia aún algunas caracteriologías sociales, especialmetne de ciertos grupos sociales; y de la "Historia General", su empeño de planificar toda investigación con líneas directivas claras.

FRAGMENTO DE LA "HISTORIA GENERAL DE BOLIVIA"

De La Fundación de la República

Muy otra fue la revolución de La Paz y no tuvo, de pronto, epílogo sentimental de romance, porque la sangre corrió a torrentes, y en el patíbulo rodaron las cabezas de los caudillos, brutalmente sacrificados por Goyeneche.

También en La Paz ardía el deseo de emancipación acaso más agudo que en Chuquisaca, pero por otras causas. La dialéctica chuquisaqueña no tenía ambiente, ni las discusiones académicas echaban raíces en ese medio no porque fuese herméticamente cerrado a las especulaciones intelectuales, sino porque el carácter de las gentes pedía otra clase de ejercicios para el desarrollo de su actividad.

La causa de la animosidad de los paceños contra el dominio peninsular, provenía, fuera de las causas generales ya mencionadas, y que idénticos resultados produjeron en todo el continente hispano, al hecho simple de que en la cuenca honda del yermo andino había echado más raíces que en ninguna otra parte el despotismo y la crueldad españoles, y esto porque el carácter hosco y levantisco de los serranos, ya manifiesto desde los lejanos tiempos de la conquista incásica, pedía el que allí fuera a dar mandones de temple duro con preferencia a los doctores pulidos y amanerados que también pedía la docta y amanerada Charcas. E ibau soldados en recia campaña, aventureros y díscolos, vagabundos buscavidas ávidos de lucro y no nada escrupulosos para alcanzar su deseo. Y al topar con gente brava y decidida hízose lujo de valor y hombría al extremar los arrestos batalladores de los amos originándose así una lucha de siglos de que ya estaban hartos los andinos.

El comisionado chuquisaqueño, doctor Michel, llegó el 8 de junio a La Paz y no tuvo necesidad de desplegar grandes esfuerzos ni meterse en comprometidas aventuras para ganar la decisión de los paceños, tiempo ha prevenidos contra los peninsulares y anhelosos de verse libres de la dominación española, todos los días más despótica y menos liberal para implantar reformas que estuviesen en armonía con los adelantos del tiempo. Unicamente tuvo que presentarse a las juntas secretas que a menudo se celebraban desde que se conocían los conflictos internos y externos de España y explayar allí lo que sus antecesores de la Universidad de San Xavier de Chuquisaca, desde antes de 1802, venían pregonando, es decir la emancipación.

Promovió sin embargo, cinco juntas secretas reuniendo a los que ya se mostraban como jefes del movimiento libertario, y la última se efectuó el 13 de julio en la que se tomaron acuerdos sobre la manera de atacar el cuartel y adueñarse de la fuerza pública y quienes debían desempeñar ciertos roles de importancia. Días antes habían aparecido pegados en las paredes de los puentes de San Sebastián y San Francisco, pasquines ilustrados con horcas y leyendas en que se advertía que serían ahorcadas las autoridades que se prestaban a sostener los planes de doña Carlota. La última reunión llevóse a cabo la noche del 15 de julio en casa de don Pedro Domingo Murillo con asistencia de los más influyentes miembros de la junta revolucionaria, muchos criollos caracterizados, varios comerciantes de nota y dos o tres artesanos de los sobresalientes. Allí se ultimaron las disposiciones para el levantamiento general que iba a efectuarse al día siguiente, después de pasada la procesión de la Virgen del Carmen, patrona de la urbe, que cual tradición se sacaba todos los años en igual día y se la paseaba por las calles de la ciudad en medio de la reverencia de los contritos fieles.

Amaneció el 16 de julio un sol radioso de invierno y con ruido riente de las campanas de la Iglesia que llamaban con alegre son a los devotos y les recordaba su deber a entregarse a las piadosas prácticas de rito. Y en tanto que los fieles oían la misa en el templo de la Compañía y los bailarines lucían sus galas de oro en plaza mayor y danzaban al monótono compás de los instrumentos tristes, los conjurados se entregaban, cada uno por su lado y cuenta, a desempeñar lo mejor posible el rol que se había cabido en las deliberaciones de la noche anterior. Don Juan Pedro Indaburu, jefe de las reales milicias, ganado a la causa de la revolución, había invitado a su casa a algunos soldados de confianza y su hija, una garrida mozuela, les suministraba armas y los elementos necesarios para que convidasen a la tropa y la embriagasen; don Melchor Giménez, alias el Pichitanca (gorrión), apostado en la garita que cual atalaya señorea la ciudad breñosa y de abruptos flancos, avizoraba ansiosamente las cumbres de los cerros que la rodean listo a dar el grito de alarma a la menor sorpresa; don Pedro Domingo Murillo, según unos, andaba disfrazado entre los grupos de cholos dispersos en la plaza y se entretenía en verbos bailar, o tomaba parte en la danza y les recordaba su promesa de no cejar en el momento oportuno, y según otros, preparaba armas en ocultos parajes.

Cuenta el general Bilbao la Vieja, testigo de estos acontecimientos, alférez en aquel tiempo por obra y gracia de la Junta Tuitiva, que los directores de la revolución habían logrado ganar a un

cabo del Fijo, que era una compañía de veteranos, la mayor parte españoles, el cual cabo, el día de la revolución entró en guardia al cuartel, comunicó a los conjurados el santo y seña y puso en la guardia a los más viejos, y de principal centinela, a un tal Bastos, sordo de remate como una pared.

Salió, pues, la procesión de la Virgen del Carmen, como de costumbre en la tarde; dio una vuelta a la plaza principal y recorrió las calles del itinerario precedida de la comparsa de danzantes indios y bajo la lluvia de flores y papel picado que las criollas y españolas devotas situadas en los balcones de las casas, arrojaban sobre la santa imagen que iba descansando al pie de los arcos de plata, colgados de trecho en trecho y de balcón en balcón en las calles todo parecía y era plácido; y tenía apariencia igual; pero en la plaza donde a la sombra de las tolderas de enemies dispersos en el espacio o bajo los portales de una casa contigua a la Compañía, casa sustituida hoy con el nuevo Palacio Legislativo, se agitaba un mundo de cholas alrededor de los juegos de azar y otras distracciones permitidas en aquellos días, se echaba de ver escasa concurrencia de mujeres del pueblo y los andares huídos o esquivos de los conjurados confundidos entre las turbas.

Pasó la procesión sin ningún accidente, la tropa ganó su alojamiento, y después de rezar devotamente el Rosario, se retiró parte de ella al cuartel para gozar de la hora de la libertad que se le daba hasta las siete.

A esa hora, muchos de los conjurados reunidos en la sala de billar de la esquina de La Merced y tenida por Mariano Graneros, alias el Challatajetas, también comprometido, y entre los que se hallaban Murillo, Sagárnaga, Monje, Catacora, Lanza, el cura Medina y otros, salieron y se encaminaron a la plaza, centro de las operaciones.

Don Melchor Giménez, alias el Pichitanca, que en la tarde había abandonado su puesto de garitero y era el designado, acaso por su audacia y mucha fuerza, para atacar al centinela sordo, llegó con paso indiferente a donde estaba el soldado, lo sujetó entre sus brazos y dio el silbido convenido que era señal establecida. Inmediatamente acudieron los otros, cogieron las armas que estaban en el zaguán, "y cuando el centinela llamó al guardia —dice un testigo— ya estaban tomadas las armas del armario, pero la imaginaria que había quedado en los altos, hizo fuego y a poco rato se rindieron y fueron tomados el comandante y su alférez y puestos en un calabozo".

Al ruido de los disparos acudió la gente a la plaza, plebe en su mayoría, y en ese instante sonaron a rebato las campanas y hubo tropel en las calles. El gobernador Dávila quiso detenerlo yendo a pedir la ayuda a su gente, pero fue detenido y apresado en el cuartel donde ya estaban aprisionados los oficiales de guardia, como se dijo. En el asalto murió uno de los promotores de la revolución, Juan Cordero, bordador de oficio, que se presentó en los balcones del cuartel luciendo el uniforme del oficial de guardia que había vencido y que los amotinados tomaron como a jefe realista, y hubo varios muertos y heridos entre los del pueblo.

La algazara en la plaza era enorme y atronaba el espacio los vivas a Fernando VII y los muera a los traidores, sin que la presencia del obispo era suficiente para contener la explosión de alegría que se manifestaba en el pueblo, no faltando atrevidos que le endilgaran burlas y hasta groseros ultrajes. Pedían a grandes voces que se hiciese Cabildo abierto, en lo que hubo de accederse a eso de las ocho de la noche, hora en que por proclamación popular fueron elegidos representantes del pueblo los doctores Lanza, Sagárnaga y Catacora, los dos últimos graduados en la Universidad de Chuquisaca e imbuidos por consiguiente de ideas francamente revolucionarias. Entre tanto los jefes militares, Murillo e Indaburu, enviaron órdenes por medio de un piquete para que los propietarios iluminasen sus casas a las que se habían anticipado las mujeres del pueblo encendiendo grandes fogatas en las puertas de sus tiendas alimentadas con las esteras de enseres con que cubrían sus toldetas y les servía para vender frutas y legumbres de los mercados. Cuando la ciudad ardía por el fuego de los faroles y fogatas, salió Indaburu de la plaza para rodear la ciudad y detener los saqueos a que se había entregado la plebe enardecida, y su nombre fue entusiastamente vitoreado, junto con el del Rey.

Abierto, pues, el Cabildo, bajo la mirada muda del busto de Fernando VII, se procedió a redactar el acta de la independencia, donde entre otras cosas, los conjurados, "declaran y juran defender con su sangre y fortuna la independencia de la patria".

Concluida esta diligencia y bajo la iniciativa del doctor Lanza que en esa noche asumió la personería de las turbas y fue el orador escuchado y obedecido por éstas, procedióse a proveer a las peticiones que el pueblo hacía a la voz de ¡Viva Fernando VII! y que sus personeros formulaban sin obedecer a ningún plan, al capricho, quizá a los dictados de la ambición o al de la codicia, cosa que es fácil de presumir dada la tendencia a destruir toda clase de documentos que revelasen compromisos o deudas pendientes con los

tesoros reales. Y pidió al pueblo, y el Cabildo se apresuró a conceder, que fuesen depuestas las autoridades establecidas por ese Rey en cuyo nombre se pedía la destitución. Y el obispo, don Remigio de Santa Ana y Ortega y el gobernador Dávila fueron depuestos de sus cargos, como también lo fueron el administrador del correo, los subdelegados, el administrador de tabacos. El pueblo pidió que se suprimán los alcabales, y fue obedecido en su demanda porque se suprimieron "las de los comestibles y manufacturas de los naturales". Por último, el pueblo obedeciendo a sus simpatías y preferencias y a una sola voz, aclamó a don Pedro Domingo Murillo, como jefe de armas anteponiéndolo al coronel don Juan Pedro de Indaburu, jefe de las milicias reales, español neto y cuya acción había sido tan eficaz para ese primer éxito revolucionario.

La imprudente política tuvo desastrosos resultados un poco más tarde. Irritóse el amor propio de Indaburu, caudillo principal, al verse subordinado a Murillo, hijo del pueblo, mestizo puro también, y se le hacía pesado el consentir que él, de pura estirpe castellana, tuviese que obedecer a un bastardo de casta inferior como entonces se pensaba en la mestiza propia para vegetar perpetuamente bajo la dura y necesaria opresión de los señores. De no haberse sentido poseídos de desbordante alegría los directores de la revolución al ver la relativa facilidad con que se daban comienzo a sus planes, bien pudieron haber columbrado esa misma noche que Indaburu no permanecería fiel a la causa independiente porque se herían sus prejuicios de raza y sangre, seguramente más fuertes en él que cualquier otro sentimiento vago de libertad.

La deliberación del pueblo duró casi hasta el amanecer y "la Plaza permaneció llena de chusma toda la noche habiendo cesado el continuado rebato cosa de las diez, como también las fogatas que hacían con las esteras de los puestos de las revendonas, de las que no les dejaron ni una que no quemasen". A las tres de la mañana los miembros del Cabildo pidieron licencia para retirarse, como lo hicieron después de haber dispuesto, según lo anotado, por unánime aclamación, la abrogación de las alcabalas; el perdón de todos los deudores al fisco, la suspensión de los monopolios de sal, carbón y otros artículos, la liberación de los presos y algunas medidas más, todas en favor de los naturales del país y en daño de las rentas fiscales de la corona.

De "Los Caudillos Letrados"

Físicamente era Santa Cruz robusto y de firme complexión. Tenía los ojos negros y algo almendrados, "de un mirar lento y reposado, pero oblicuo y esquivo, velado por largas pestañas", según el retrato duro de Vicente Fidel López, historiador argentino. "Era trigueño y completamente lampiño, ... larga la nariz, bien torneada y puntiaguda en su extremidad sin ser aguileña". Feo no era es decir feo repulsivo; pero la ninguna graciosidad de su rostro había dado en todo tiempo tema de fácil comentario a los epigramas.

Bajo el aspecto moral, nada tan complicado ni tan contradictorio como la constitución de este hombre; más por la pintura casi unánime de las gentes de su tiempo se pueden descubrir los rasgos predominantes de su carácter.

Lo primero, en él, su ambición. Era el resorte predominante de su personalidad. Una ambición loca, desenfrenada. Ambición de gloria, de honores, de títulos, de dinero. La vanidad, dice un folleto anónimo del año 1829, "ha sido el móvil constante de su conducta". Esto se manifiesta en todos los actos privados de su vida. Le gustaban los títulos sonoros y las condecoraciones, las ceremonias llenas de etiqueta protocolar, los honores rendidos a golpe de sonaja y bombo. Su flaco era el prurito de nobleza. Ya que no podía lucir auténticos títulos de abolengo peninsular, que habría sido el colmo de su vanagloria, por lo menos jamás cesaba de hablar de la sangre pura en venas de su madre, heredera directa de los Incas, como hacía proclamar en los periódicos oficiales. Y siendo heredero real, creía que lógicamente debiera tener la preocupación de los grandes títulos, de los signos exteriores de su alto origen y del natural empleo de marcas de distinción en el traje...

Su poder de seducción y de intriga eran grandes. "El primer intrigante del mundo de Colón" se le llamaba en su época. Consiguientemente debía ser también suspicaz y desconfiado. Ya lo pinta como tal Casimiro Olañeta, que le conocía no sólo porque ofrecía las mismas tintas de carácter, sino por haberle acompañado de cerca en casi todo el período de su gobierno. "Esencialmente suspicaz, desconfiado por naturaleza y aborrecedor por organización", le llama. Y agrega: "Siempre pequeño en lo más grande, desconfiado nimiamente y aborrecedor por instinto".

Estas condiciones de su carácter le imponían también la reserva y la concentración. Jamás gustaba bromas ligeras con nadie,

ni entraba en confidencias íntimas con sus amigos. Era hosco, huraño, y caviloso. Los hombres no le merecían ninguna fe; tampoco gran estima, sobre todo los hombres de su tiempo y de su país, acaso porque los juzgaba a través de su experiencia dolorida y de su temperamento frío para las emociones simpáticas.

Mas, lo que nadie podría negarle entre sus virtudes, era su laboriosidad incansable, su amor a la familia y sus grandes dotes de buen administrador, su talento perspicaz, aunque sin refinamiento.

"A su lado —cuenta el historiador peruano Nemesio Vargas— no había reposo; sus subalternos trabajaban sin darse cuenta... Si los edecanes de Bolívar dormían rendidos sobre la silla, a los ministros y secretarios de Santa Cruz los cogía el sueño sobre el bufete dejando escapar la pluma".

Tenía la particularidad de hacerlo todo personalmente o bajo su dirección; y hacerlo con rapidez y sin postergar su ejecución, sola manera de realizar totalmente una obra, llegara un punto, alcanzar un fin. Su defecto era concebir muchos proyectos a la vez y pretender los mejores esfuerzos y... quedarse a medio camino.

Proverbial era su amor a los suyos, su respeto y solicitud por su esposa y el cuidado vigilante que desplegaba en aumentar el patrimonio de sus hijos, haciéndoles caer en ciertas manías de ahorro que iban a la ridiculez, según el testimonio unánime de sus contemporáneos. "Santa Cruz... no gastaba ni en vestir ni en comer... y no tenía otras nociones que las de aumentar su fortuna sin respeto ni escrúpulos a los medios", lo acusaron enconadamente sus adversarios; y la acusación está confirmada por el testimonio verídico del historiador chileno Sotomayor Valdés: "Un sujeto respetable, que por algún tiempo fue administrador de los negocios particulares de Santa Cruz, nos ha referido que éste corría con los más pequeños gastos de su casa, en medio de las atenciones de la administración del Estado; y que en su mesa se ponía de ordinario una sola botella de vino, de la que se servía él solo, sin convidar jamás ni a sus edecanes ni a otras personas que accidentalmente le acompañaban a comer".

Este mismo afán de ahorro y economía sabía poner al servicio de la administración vigilando con esmero la inversión de los caudales públicos, agotados todos en la prosecución de sus planes políticos, y acaso sin beneficio alguno para Bolivia, porque esos caudales fueron disipados antes que en la construcción de caminos o en el fomento de la educación, en el cuidado de los diversos ejércitos destacados sobre casi todas las fronteras de la patria, persi-

guiendo siempre la anulación de los formidables adversarios que se le pusieron al frente, decididos a destruir sus planes, temerosos de su poder . . .

JAIME MENDOZA

Nació en Sucre, en 1874. Se graduó de doctor en medicina en la Universidad de San Francisco Xavier, en 1901, trasladándose inmediatamente a los centros mineros a ejercer su profesión que, desde entonces, fue un verdadero apostolado. Allí es donde también escribió sus primeros ensayos literarios. En 1903 se alista en los ejércitos que iban a combatir la invasión brasileña al Acre, donde estudia todas las posibilidades económicas de aquella zona. Terminada la campaña, viaja a Chile a iniciar sus estudios de perfeccionamiento en su profesión. De 1911 a 1914 viaja por Europa, especialmente por España, Francia, Alemania e Inglaterra; en esos países conoció a muchos intelectuales americanos y europeos que dieron publicidad a sus primeras novelas. Al regresar a Bolivia fue nombrado Catedrático de la Facultad de Medicina de la Universidad de Sucre y, en 1925, Director de los Manicomios; más tarde ocupa la rectoría de la Universidad de San Francisco Xavier. En 1931 es diputado por Sucre, sosteniendo una ardua campaña para tratar de arreglar los asuntos referentes al Chaco por medios pacíficos. Murió en 1939. Su obra histórica, así como sus estudios de interpretación sociológica, parten de un concepto esencialmente determinista de ella; sin embargo, tienen ambas claras tendencias y conclusiones ideales y optimistas. En los estudios de Mendoza predomina siempre la tesis de una geopolítica vigorosa encaminada a crear y desarrollar las fuerzas nacionales. No es un estilista, pero sus libros están escritos con claridad y sencillez. Entre ellos el más conocido y más importante dentro del campo histórico, es "El Factor geográfico de la nacionalidad boliviana".

Fragmento del "Macizo de Charcas"

En libros anteriores hemos llamado Macizo de Charcas, y por extensión Macizo Boliviano, a esa formidable expansión orográfica de los Andes suramericanos en la parte céntrica de su recorrido de más de cuatro mil kilómetros por las costas del Pacífico. De ella dijimos que constituye el eslabón más grueso y pujante de

cuantos integran la cadena andina, dilatándose al oriente, hacia el corazón de América, cual si quisiera darse la mano con el Macizo del Brasil (Matto Grosso). Un geólogo llama a esa formación Brasilandes. De antiguo, Humboldt la había denominado "el promontorio de la América del Sur". Y, más modernamente, otro viajero: "La espalda del continente". Nombres que, de suyo, ya están revelando sus monstruosas proporciones.

En la noche de los tiempos, allí se alzó una deslumbrante civilización, cuando las del Nilo y Mesopotamia ni siquiera habían nacido en el Viejo Mundo, cual si estuviese predestinado que justamente en este relieve físico gigantesco, culminante en la tierra, brotaría, también, como su natural producto, una raza que ha dejado huellas geniales en monumentos megalíticos, como los de Tiahuanacu, cuyos restos aún asombran al viajero en la altiplanicie boliviana.

Y hablando del complejo geológico del Macizo de Charcas recordamos cómo las fuerzas recónditas del globo, al provocar tan colosal levantamiento orográfico, habíanse resuelto en una maravillosa floración de las más variadas riquezas metalíferas, que están allí mezcladas, yuxtapuestas, apretadas como en un solo depósito descomunal. Por eso D'Orbigny había dicho, hace más de cien años, del Macizo de Charcas: "mesa de plata asentada sobre bases de oro". Y ahora mismo aparece ante el mundo esta formación como una sola montaña de estaño. Y al lado de esos metales, ¡cuántos otros de los que la mayoría ni siquiera están en explotación!

La Leyenda Amarilla.

Cuando los conquistadores españoles, desde comienzos del siglo XVI, fueron llegando a las costas septentrionales de Sudamérica, ya tuvieron noticias claras de un país situado al sur y colmado de oro. Muy conocido es, a este propósito, el episodio de aquel indio que viendo pesar a Vasco Núñez de Balboa en una balanza un poco de oro recogido entre los nativos, le dijo que pues tanto le gustaba ese metal él sabía de un país "donde se comía y bebía en platos y vasos de oro". Y el indio señalaba hacia el sur. A poco, Balboa, perforando el Istmo de Panamá descubría el Pacífico (1513). Y una vez allí se lanzaba en el Gran Océano, dirigiendo la proa de sus improvisados bergantines al sur. Pero en vano. Ese mismo mar al que Magallanes llamaría Pacífico, se mostró para Balboa agresivo, y hostil, viéndose el conquistador obligado a volver a Panamá.

E igual ocurrió tiempos después a Pascual de Andagoya (1522) que emprendió también la tarea de ir en busca del país áureo y debió volver enfermo y maltrecho.

Pero tampoco esto fue parte para contenar a otros. En Panamá todos estaban hipnotizados por el país aladinesco de los vasos y platos de oro. La idolatría del becerro bíblico había ganado hasta a un ministro del Señor. En efecto, el cura de Panamá —Fernando de Luque—, ayuntándose con dos obscuros soldados —Francisco Pizarro y Diego de Almagro — organizó una empresa para ir al descubrimiento de la "tierra incógnita". Fue esa la empresa que los vecinos de Panamá dieron en llamar la "Sociedad de los locos".

Y esta vez ocurrió que, como tantas otras, los locos tenían razón.

Ellos alcanzaron el país áureo: el imperio de los Incas. Es decir, verificaron eso que llamamos la "leyenda amarilla".

La Leyenda Blanca

Y mientras así los españoles del Pacífico buscaban las tierras del oro, otros, por el lado del Atlántico, las buscaban también.

Pero aquí se trataba de una leyenda blanca.

Entre ellos corría la fama de que hacia el occidente estaba una gran sierra, toda ella de plata maciza donde imperaba un rey inmensamente poderoso: el "Rey Blanco". Esa noticia había sido propalada también por los naturales, y causaba a los conquistadores españoles y portugueses las más curiosas ensoñaciones. Todos hasta los infelices náufragos que habían sido abandonados en las costas del Brasil por anteriores expediciones, hablaban de la tal sierra y hasta creían verla refulgiendo en la lejanía.

Se trataba, como ya se puede comprender, del Macizo de Charcas cuyo prestigio, atravesando las selvas inconmensurables del Amazonas y del Plata, había llegado hasta las riberas atlánticas.

Y aquí lo del mito.

Dícese que un náufrago portugués llamado Alejo García que vegetaba junto con otros entre los indígenas guaraníes de las costas de Santa Catalina (Brasil), reunió un buen número de ellos y se lanzó tierra adentro, al occidente, cruzó el río Paraguay y el Chaco logrando alcanzar el Macizo de Charcas donde recogió grandes tesoros con los que regresaba muy satisfecho al punto de partida, pero fue victimado en el trayecto por sus propios compañeros.

Esta expedición de García habría sido hacia los años de 1524 a 1526, o sea en los mismos días en que la sociedad de los locos iniciaba la suya por el lado del Pacífico.

He ahí la leyenda blanca.

Los del Atlántico habían sintetizado su ideal en esta fórmula pintoresca: "la sierra de la plata".

Y ahora volvamos a los otros.

Formada la "Sociedad de los locos", y mientras el cura Luque se quedaba en Panamá, los otros socios, Pizarro y Almagro se embarcaron hacia el Mar del Sur, uno después de otro, no sin antes haberse hecho mil protestas de hermandad, llegando hasta comulgar en un solemne acto religioso con una hostia dividida en tres pedazos.

Y fue entonces para los expedicionarios la tremenda odisea que la historia narra. No lo haremos nosotros dada la índole de este estudio. Bástenos decir, para ciertos fines del mismo, que pasados varios años, todavía no habían arribado al país de los vasos y platos de oro, viéndose Almagro obligado a retroceder a Panamá en pos de nuevos recursos con qué proseguir la empresa. Irritado allí el gobernador Pedrarias, negaba tales recursos y quiso quitar a Pizarro el mando de la expedición dándoselo a Almagro, con lo cual aquél entró en celos de éste y comenzaron las disidencias de los mismos que habíanse prometido constante unión. Después, el propio Pizarro debió dirigirse hasta España, llevando los tesoros hasta entonces recogidos entre los indígenas de las costas y algunos ejemplares de los mismos indios, para granjearse la ayuda de la Corona. Como que así fue. El Rey hizo diversas concesiones en favor de Pizarro, poniendo a Almagro en lugar subalterno lo que, a su vez, suscitó las quejas de éste contra aquél. Por lo demás Pizarro, a su regreso de España, para reunirse con Almagro, trajo consigo toda una legión de hermanos —Hernando, Gonzalo, Juan— y un sobrinillo, Pedro Pizarro, todavía niño.

Y prosiguió la expedición. Pasáronse nuevos trabajos y calamidades, hasta que al cabo de casi diez años, los socios pudieron llegar a Túmbez en la costa del Pacífico, desde donde se dirigieron por tierra al Oriente, para alcanzar Cajamarca.

Cajamarca

En Cajamarca cayó en poder de ellos el Inca Atahuallpa. El imperio de los Incas, obra de siglos, se derrumbó en horas. Y los tesoros recogidos fueron ingentes, que muy fácilmente el Rey cau-

tivo había podido llenar con ellos toda una casa como precio de su rescate. Lo que tampoco lo salvó.

De Cajamarca envió Pizarro a España a su hermano Hernando con gran parte del botín para el Rey, con el cual debía quedar deslumbrada la Corte.

Y hecho esto, los expedicionarios prosiguieron su marcha hacia el Cuzco, la capital imperial.

El Cuzco

Y en el Cuzco, el botín fue mayor aún que en Cajamarca. Ya no sólo se trataba de platos de oro. Los mismos muros de ciertos edificios como el Templo del Sol, estaban enchapados con láminas de amarillo metal. Y todo esto, junto con los tesoros de gran valor artístico, fue extraído y fundido para dar a cada expedicionario su parte. Los soldados astrosos quedaron ricos en un periquete. Hubo entre ellos uno a quien le había tocado en suerte la imagen del sol, algo así como un cáliz áureo del culto católico, que el buen hombre jugó y perdió a los naipes como si tal cosa.

La realidad, superaba pues, con mucho la fantasía de aquellos buscadores de tesoros.

Y más todavía: en el Cuzco supieron ellos de otras tierras situadas al sur y repletas de incontables riquezas.

Entre esas tierras empezaron a oír el nombre de Charcas.

El Alto Perú

Sólo que en el Cuzco se fueron haciendo más ostensibles las animosidades de Pizarro y Almagro, que comenzaron años atrás, como dijimos, cuando el gobernador Pedrarias nombró a éste último jefe de la expedición, agriándose cuando, posteriormente, en España el Rey dio a Pizarro la mayor suma de poderes en las tierras descubiertas. Para entonces, los dos socios aún no sabían de fijo lo que a cada uno le correspondía por disposiciones del Rey en las tierras que iban conquistando. Justamente, entre los encargos que llevó Hernando Pizarro a España, cuando fue de Cajamarca portando los quintos reales, estaba el de la partija de dichas tierras. Pero como el resultado había de tardar aún en saberse, dado lo moroso de las comunicaciones, ya cada uno de los socios pretendía para sí tal o cual circunscripción. Así ocurría con la ciudad del Cuzco que fue la manzana de la cruenta discordia en que murieron ambos.

Después de todo quedó acordado que Almagro permanecería en el Cuzco como gobernador, mientras Pizarro descendía a la costa para fundar Lima. Luego pasaría Almagro a Charcas, para la conquista de la chiriguanía.

Chiriguanía llamaron los españoles al país de bárbaros situado al pie de las vertientes orientales del Macizo de Charcas.

Asimismo, comenzóse a llamar Collao al Kollasuyo, región de los indios moradores de la Altiplanicie boreal y una gran masa de tierras circundantes a las que después denominóse Alto Perú.

Era el mismo territorio que los conquistadores del Atlántico habían nombrado la "Sierra de la Plata". En una palabra era el Macizo de Charcas.

Chile

Mas, de acuerdo con Pizarro, antes de pasar al descubrimiento y conquista de los Charcas y Chiriguanos, Almagro decidió dirigirse a otro país vecino, situado a la vera del Pacífico y del que se le había hablado como emporio de enormes riquezas. Allí, le dijeron, estaba el Copayapu (sementera de piedras preciosas donde los tejos de oro y las esmeraldas y los zafiros y los rubíes estaban al alcance de la mano. A este país, los indios llamaban Chili o Chirí (frío).

Con esto, Almagro perdió la cabeza; se olvidó de Charcas y chiriguanos y organizó una brillante expedición a Chile. Pasó, pues, del Cuzco a la Altiplanicie, enviando por delante a su teniente Juan de Saavedra, que fundó el pueblo de Paria (1535) cerca a donde está ahora Oruro. Todavía, cuando al pasar por allí, alguno de sus compañeros le invitó a seguir la ruta de Charcas, él contestó con aquella frase muy conocida: "Es poca tierra para tanta gente honrada".

Y siguió a Chile.

Era esto a mediados de 1535. Si entonces Almagro hubiera seguido a Charcas ya entonces habría descubierto y poblado Chuquisaca.

LA NOVELA Y EL CUENTO

Aunque todavía existen, en las novelas de este período, muchos elementos provenientes del romanticismo: sentimentalidad evocativa, descripciones y narraciones demasiado subjetivistas, sin embargo hayya una decidida confrontación de la realidad queees vista con un irónico sentido de crítica. Se inicia, a la vez, la narrativa costumbrista, que se encamina a desechar toda la extravagancia ramplona y el sentimentalismo lírico del romanticismo. La prosa realistaes acusativa y despectiva de las formas de vida burguesas al estudiar el costumbrismo. Pero corresponde todavia a un realismo idealista, porque no propugna la solución de los problemas que examina: sólo los presenta subjetivamente. La visión artística e intelectual de los escritores deeste período esdeterminista por la importancia que se da a la influencia formativa del medio ambiente. Lo significativo es que se encuentra en muchas páginas un substancial esfuerzo por lograr la creación de un estilo propio, a través de la atención prestada a los problemas técnicos de la novela.

ALCIDES ARGUEDAS

Es el verdadero creador de la novela boliviana y uno de los más importantes precursores de la novelística de la tierra sudamericana. Aparte de los esbozos primigenios, como "Wata-Wara", "Pisagua" y "Vida Criolla", su obra más importante la constituye su ya famosa "Raza de Bronce": la primera novela en realizar una acusación decidida al feudalismo agrario imperante y en traer a la prosa los problemas sociales de las grandes mayorías. Su vigencia actual sigue perdurando porque es una lección de vigor literario. Aunque está escrita con muchas fallas estilísticas: oratoria fácil, rebuscamientos lingüísticos, amaneramientos y pintoresquismo exterior y superficial, también tiene grandes virtudes, como ser su realismo descriptivo y narrativo que, a veces, alcanza una emotividad poética pocas veces superada.

FRAGMENTOS DE "RAZA DE BRONCE"

La mazamorra

—¿De veras este pueblo ha sido enterrado por la mazamorra? — preguntó Agliali, que había retenido la breve relación de su compañero.

—Sí. ¿No viste acaso las ruinas al llegar al pueblo?

—Vimos. Pero Manuno no supo explicarnos cómo había pasado la cosa. ¿Viste tú?

—Pasó la noche, como ahora, y nadie vio nada; pero todos sentimos la desgracia.

—¿También tú?

—Yo también.

—¿Y cómo fue?

El valluno se calló. La ascua roja ensanchó su círculo, alzóse una llamita azul del fogón, y a su resplandor se vio que Choke encendía un cigarrillo. Y de pronto surgió su voz tranquila y gruesa.

—Era, como ahora, una noche oscura y hacía calor. Estábamos en el mes de Carnaval, y las gentes que habían venido de la gran ciudad (marca) se divertían bailando en la plaza a la luz de la luna que brillaba entre nubarrones negros. Todas las noches precedentes habían bailado, hasta el amanecer, pero en ésta, ya porque estuviesen rendidos o amedrentados por el aspecto del cielo, se recogieron temprano a descansar. Entonces era yo muchacho y había corrido casi toda la semana en pos de las pandillas de los patrones que discurrían por las huertas, arrojándose flores y romaza, que nosotros las alcanzábamos talando acequias y jardines. No sabiendo qué hacerme, también me fuí a dormir en el momento en que del cielo comenzaban a caer torrentes de agua tan grandes como jamás viera ni espero ya ver. Era una masa compacta que se desgajaba desde sus alturas: parecía que allí arriba el cielo era un lago desfondado y que la masa de agua caía precisamente sobre este pueblo . . .

"Entonces, repito, era yo un muchacho, y para volver al campo (sayaña) de mis padres, tenía que atravesar un arroyo casi siempre seco, menos cuando llovía en las alturas; pero al aproximarme esa noche, su ruído me anunció que había crecido hasta desbordarse. Las aguas, salidas de un cauce empinado y hondo, invadían gran parte del camino y se entraba por las calles, llegándome hasta el tobillo. Me detuve: no iba a ser tan loco de atra-

vesarlo. ¿Qué hacer entonces? Yo estaba mojado de pies a cabeza y tiritaba, no tanto de frío como de miedo: miedo de la noche, miedo del ruido, miedo de encontrarme solo y hasta de recibir al día siguiente una paliza de mis padres, a los que no debía volvera ver nunca.

"Entretanto, el ruido del río crecía más y más. Era como si cajones enteros de cohetes reventasen en el espacio, y ese ruido no provenía del arroyo, a cuya orilla temblaba yo de espanto, sino de otros que, convertidos en ríos, se precipitaban sobre el pueblo desde lo alto de los cerros vecinos.

"De repente me pareció sentir que el agua entre mis pies tomaba mayor violencia e iba aumentando de caudal. Al mismo tiempo hacia la playa, sentía ruidos intermitentes y poderosos, como disparos de las camaretas en el día de nuestra fiesta parroquial. ¡Cómo! ¡Yo conocía de sobra ese ruido! Una vez que se le oye, ya no se le confunde jamás con ningún otro. ¿Se nos venía acaso la mazamorra? Echéa correr con todas mis piernas por entre los árboles de las huertas, tropezando con los troncos, resbalando entre los charcos, levantándome, pero ganando instintivamente las alturas . . .

"En esto oí gritos: demandaban socorro, y eran gritos angustiosos de espanto, y sentí temblar la tierra cual si todos los montes se viniesen abajo... Corrí, corrí desesperado, camino de la rinconada; y conmigo corrían muchos, y detrás de nosotros sentíamos aullidos de perros en pena, gritos de gentes como esos mismos aullidos y que pronto cesaban cual si una mano les tapase la boca, y otros mil ruidos terribles que expresaban el espanto, el terror más bien . . .

"Al amanecer no quedaba casi nada del pueblo: la mazamorra se lo había llevado y cubierto. Las huertas estaban enterradas y sólo surgían sobre el lodo las copas de los árboles. Y aquí y allá se veía algún cadáver rígido . . . Era el castigo de Dios contra un pueblo que sólo sabía pecar.

"Desde entonces ya no vienen las gentes de la gran ciudad a divertirse y el pueblo está abandonado . . .

"Al oír la relación, los suruchos se estrechaban unos contra otros, como si ya sintiesen venir la mazamorra; pero el ruido de la lluvia fue calmando poco a poco y cesó por completo.

Volvieron a dormirse.

Se encogió de hombros y se puso a maldecir al río, lleno de rencor.

¡Cómo era condenado el maldito! En invierno, cuando no hay nada para conducir a la ciudad y el sol luce y la tierra es yesca seca, apenas caen unas cuantas gotas para refrescar el casco de las bestias y sólo la playa desnuda y polvorienta. En otoño, rico en frutos y pródigo en verduras, diluvio de aguas, avenidas, tempestades, el desplome incontenible de los cerros trocados en lodo...

El río es traicionero, veleidoso, implacable. Hay que arrojarlo palmo a palmo, sin reposo ni desfallecimientos. Hoy corre por aquí, socaba el terreno y lo derrumba. En vano se ponen muros a su veloz corriente; vanamente se construyen a fuerza de paciencia y dinero esas grandes albergadas de troncos y asentadas con piedras acumuladas en largos días de trabajo porfiado; de pronto se encapricha, toma nuevo rumbo, y la deja en seco, para mostrarse allí donde no existen, cuando no las ataca por detrás, para cargárselas con toda su trabazón, después de haberlas despojado de su armadura de piedras.

¡Oh, ellos bien conocían el río! Toda su vida no era sino una perpetua lucha contra él. Lucha tenaz, porfiada, perenne, eterna... ¡pero él siempre triunfante, siempre devastador, siempre terrible!

De padres a hijos, era la misma cosa. El río es peor que la peste y que cualquier otra de las calamidades. La peste viene, calienta, se va, llevándose algunos. Otros nuevos los reemplazan, y se vuelve a recomenzar la lucha. El río ataca la tierra, la carcome y la derrumba. Una vez caída, se convierte en playa, y la playa es estéril como vientre de momia...

¡Y cómo mata el perverso!

En los ríos mansos, aunque hondos, se puede flotar, nadar, tocar tierra, asirse a cualquier cosa, salvarse, aquí nada es posible. Las aguas, sobre un lecho inclinado de rocalla, corren encrespadas, furiosas, chocando contra peñascos, dando tumbos, y ¡guay del que se deje coger las cochinas!...

Y Cisco, lleno de rencor, lanzó un escupitajo al río.

Caía dulcemente la tarde cuando los viajeros llegaron a la orilla del río.

Las aguas negras y lodosas, pero divididas en varios brazos, se arrastraban con violencia, y de sus entrañas surgían ruidos sordos producidos por el choque de las piedras. Rodaban estas lanzando tumbos que caían desflecándose como las barbas de una pluma, daban con otras y se detenían, avanzaban otra vez, volvían a pararse...

En la playa no habían viajeros. Habían detenídose en la opuesta orilla, sobre la tierra firme, y se les veía formar grupos al lado de las bestias descargadas que ramoneaban en los bordes de la escarpa por entre floridos retamales. Yacían sentados junto a su cargamento, mirando las corrientes negras y siguiendo los andares de esos nuevos caminantes que serían tan locos de atravesar esa corriente enfurecida.

—¿Qué hacemos? No podemos pasar —dijo Quilco, mostrando las aguas barrosas.

—¿Y cómo pasaron aquellos? —repuso Manuno señalando a los viajeros de la opuesta banda.

—Acaso fue antes cuando no entró la avenida.

—Yo creo que sería preferible volver —opinó prudentemente Agiali.

Manuno se enojó:

—Ustedes no parecen hombres. Ya está cerrando la noche, y no sabríamos dónde dirigirnos para encontrar forraje, cuando de dos saltos podremos llegar a la orilla opuesta, alojarnos en casa de Cisco y hartarnos con choclos y buena fruta...

Al oír esto brillaron los ojos de los sunichos y se les cayó la baba. Tenían un apetito devorador, y era inhumano hablarles de cosas suculentas.

En ese momento llegó junto a ellos un hombre alto, delgado, musculoso, amojamado, de piernas redondas, finas, llenas de nervios. Traía completamente remangados los calzones y se sostenía en una percha de más talla que él, nudosa, recta, y fuerte: un khupi magnífico, endurecido y dorado al fuego.

Saludóles con urbanidad, y echando una rápida ojeada a los brazos del río, como para ver por dónde podía atravesarlos, comenzó a despojarse de sus ropas.

—¿Ven cómo ha de pasar éste? No tenemos sino que seguirle —dijo Manuno, aflojándose los calzones.

Le imitaron los otros, contagiados por el ejemplo.

El valluno les miró y no dijo una palabra. Se había despojado de los calzones, la chaqueta y el chaleco con los que formó un paquete que se lo puso sobre los hombros sujetándolo con la correa del calzón alrededor del cuello; luego se solivíantó la camisa hasta las axilas, hundió con un golpe el palo en la corriente y se metió en ella.

El agua le llegó hasta la cintura y se levantó al chocar con el cuerpo del hombre, en brusco salto, con furia crispada; más no pudo derribarlo. Avanzaba el indio con rapidez, siguiendo el sesgo

del curso de la corriente pero sin perder de vista el punto de arribo de la orilla opuesta.

Le imitó Agiali, con valentía, halando del ronzal al más débil de los asnos, y detrás de Agiali se metió al agua Supaya, el perro. Tras él lanzáronse los demás, colocándose al lado de las bestias, para recibir ellos todo el choque de las aguas y quitarles la fuerza, oponiendo la frágil resistencia de sus cuerpos.

Estaban en medio vado, cuando se oyó el sordo choque de una piedra y uno de los burros de Manuno fue envuelto por la corriente. Alzóse otro tumbo negro, y desapareció la bestia un instante, más al llegar a un punto en que se explayaba la turbia honda, probó ponerse de pie, pero era tal la violencia de las aguas, que sólo alcanzó a erguir la cabeza. Y río adentro, se fue dando tumbos en alto las patas rígidas o mostrando el combo de la carga, que iba alejándose a una angostura, donde las aguas corrían en anchas ondulaciones por un cauce desigual y lleno de agujeros.

Manuno prorrumpió en un grito desolado. Y, ciego ante el peligro, atento únicamente a su desgracia, dejó la recua y se lanzó corriente abajo, en auxilio de su bestia; pero, a unos cuantos pasos, perdió el equilibrio y cayó también.

Las aguas dieron otro salto.

—¡Hu—u—u!— aulló el indio, sacando al aire la mano crispada, como en busca de un asidero.

—¡Choy! —gritó Agiali, sin atreverse a soltar el ronzal del asno.

Y a su grito de sin igual espanto, volvió la cabeza el valluno y al ver rodar el cuerpo de Manuno, vaciló un segundo, cual si quisiera prestarle socorro; pero siguió avanzando, con más presteza aún, pues bien sabía que detenerse era morir.

Llegó a la ribera, y sin preocuparse del náufrago, gritó a los otros indicándoles el camino:

—¡Avancen, avancen sin parar! . . . ¡Por aquí! . . . ¡Por aquí!— y con el palo mostrábales el punto en que las aguas saltaban entre las piedras y por el que acababa de ganar la banda.

Los otros, pálidos, despavoridos, con los ojos fuera de las órbitas, seguían avanzando. Agiali fue el primero en llegar, y apenas hubo tocado tierra firme, dióse a correr playa adentro con los ojos fijos en su compañero, que seguía luchando con la corriente, irguiéndose a veces hasta ponerse en pie queriendo nadar otras para ganar la orilla; más las aguas lo derribaban a cada intento, arrastrándolo cual frágil rama de árbol seco.

Uno de esos momentos quedó, sin embargo, atravesado contra un peñasco que en el cauce hacía saltar el agua, y probablemente hubo de asirse de alguna arista, porque en la base de la turbia honda aparecía la redonda forma de su cabeza como una bola de lodo, en la que blanqueaban los ojos con expresión de infinito terror... Y, hasta ellos, por sobre el ruido impetuoso y cóncavo de las aguas, llegó su aullido horrendo que nada tenía de humano. Pero eso apenas duró un instante corto, porque resonó un postrer alarido, ahora de dolor, y el cuerpo desprendióse de la piedra para ir a reunirse al de la bestia que seguía rodando, informe...

Se agruparon en la orilla, despavoridos, con los ojos agrandados por el más profundo de los espantos...

—¿Qué hacemos, tata? —preguntó Quilco al valluno, llorando.

—Nada —repuso éste con acento triste.— Y añadió: seguir avanzando o quedarse. Lo que es a su compañero ya no lo encuentran vivo.

—¿De veras? —interrogó Agiali, ansiosamente.

—Seguro. Si no se ha ahogado, lo han destrozado las piedras... Pero ahora ustedes no pueden quedarse aquí. Pasen de una vez el río, y ya verán mañana si encuentran el cuerpo de ese desgraciado. La noche se viene.

Efectivamente, las sombras se espesaban y en la orilla brillaban los fuegos encendidos por los viajeros. Las aguas ya se veían negras, y en la penumbra parecía resoanr un hueco mugir.

—Yo sigo, y si quieren vengan tras de mí —dijo el valluna.

Y partió.

Siguéronle doloridos y sin voluntad. Todo su temple se había aflojado como un resorte roto, e iban ahora ganados por el miedo a la muerte, avasallador, terrificante.

Pasaron otro brazo menos fuerte, luego algunas ramificaciones dispersas, hasta llegar a un islote ancho y largo como de treinta metros, tenía la forma cabal de un hierro de lanza. Arroyuelos de agua limpia lo cruzaban por tres puntos, y una enorme mole de granito detenía todo el ímpetu de la corriente, obligándola a dividirse en brazos para formarse en medio del islote.

Los viajeros acampados en la orilla opuesta habían corrido al borde del acantilado, para seguir con miedo las terribles peripecias de esa travesía.

Muchos gritaban a los sunichos, aconsejándoles se volviesen; pero su voz se perdía en el tumulto de las aguas, y los cuitados iban llorando, no tanto al muerto como al caudal que con él se

perdiera, e iban a quitar sus nublados ojos de sus bestias ni perder una pisada del valluno.

El cual, llegando a la orilla, se detuvo, con los pies metidos en el agua y los ojos fijos en la corriente, a esperar que se reuniesen los desolados caminantes. Cuando los vio juntos habloles a gritos:

—Mejor es que ustedes no sigan y me vean pasar. Este brazo es más fuerte que los otros y les dará muchos trabajos, porque ustedes no saben atravesar el río. Si ven que el agua me llega hasta el pecho, mejor es que no pasen y se queden la noche en este sitio que no ofrece ningún riesgo, porque mañana la corriente habrá disminuido.

—Si tatay, y gracias —repuso Quilco, dando diente con diente, a la vista del río y lleno de un terror indefinible.

El valluno hizo una cruz y, santiguándose, volvió a meterse en las aguas negras. Los viajeros acampados en las huertas prorrumpieron en una serie de alaridos que más parecían de amenaza que de súplica:

—¡Locos!... ¡Estúpidos!... ¡Condenados!

—¿Nos quedamos? —consultó Agaili a Quilco, cuando vio arribar a la orilla al audaz caminante.

—Si; ¿no viste acaso que casi se lo llevó? —dijo señalando con los ojos al mozo, que sentado sobre una piedra, se ponía los calzones.

—Mejor, porque yo no vuelvo.

—Tampoco yo.

—¿Y les quitamos las cargas a las bestias?

—Les quitamos. ¿Cómo nos abrigaríamos sinó?

Así lo hicieron. Y con las cargas formaron, en medio del islote, en la parte más seca, un círculo, dentro del cual se instalaron hombres y bestias, enloquecidos por el terror: los hombres se juntaron en un solo grupo temblante y las bestias doblaron las patas dando grupas a la corriente, como si quisiesen evitar espectáculos de miseria.

Cayó, densa, la noche; dejó de soplar el viento y los pobres, apretados entre sí, yacían inmóviles, mudos, sombríos, en tanto que el río mugía bravamente y sin ruido, en la obscuridad de las tinieblas, llenaba todo el valle. A veces —cosas de la ilusión— parecía que el rumor cambiaba de rumbo; entonces los viajeros sentían un estremecimiento de gozo en sus corazones ateridos de miedo y de frío...

Pensaban en el compañero desaparecido quizás por siempre... Nada veían a su alrededor; la obscuridad impenetrable los envol-

via. Para darse un poco de tibieza, se habían cubierto de ponchos y mantas; pero la humedad de la playa subía hasta ellos, pegándoles la ropa hasta las carnes, y las salpicaduras les bañaban el rostro con gotas lodosas y de sabor extraño.

Pasaron las horas.

Chispas luminosas brillaban con intensidad en las tinieblas densas, y los cuitados no sabían si eran luciérnagas o los otros viajeros que fumaban... ¡Qué les importaba a ellos, después de todo lo que fuera! Sólo anhelaban que viniese la luz, se hiciese el día o que engrosase de veras la corriente y se los cargase. ¡Perra vida!

—¿Sientes? —gritó Agiali a oídos de Cachapa.

—¿Qué-eé?

—Tengo los pies mojados: el agua se nos viene...

Cachapa se estremeció. Y extendiendo las manos palpó el suelo para convencerse. El perro aullaba sin reposo.

—No, son las piedras frías. Me parece más bien que se oye menos la corriente.

Y así era. El ruido parecía alejarse poco a poco y cual si las aguas hubiesen tomado otro rumbo.

—¿Sabes? Estaba escrito. La Chulpa (bruja) lo ha predicho.

—¿De veras? —preguntó ansioso y temblando de espanto.

—Sí: dijo que moriría de mala manera... Así... Su voz profunda temblaba de pavor, y al extraño eco Supaya se dolía con largos gemidos. Cachapa se estrechó aún más contra su compañero, que repitió:

—Sí, cierto; lo ha dicho la Chulpa. El diablo ha de estar contento. Tengo miedo.

Se callaron: sus pechos latían, tumultuosos.

—También ha muerto mal su padre. Recuerda que lo cogió una avalancha en la apachota; no se pudo encontrar su cadáver, y la Chulpa dijo que el diablo se lo había llevado.

—Sí; y también el tío; se ahogó una noche cogiendo suches.

Volvieron a callar sin fuerzas ni ánimo para seguir evocando recuerdos de muerte.

Al fin, el alba se anunció en las alturas.

Una franja violácea lució primero sobre el fondo obscuro de los montes, empurpuró después, y poco a poco se fue extendiendo y cambiando de tonos, yendo del púrpura al anaranjado, en tanto que la cuenca del río permanecía ahogada en sombras impenetrables. Las estrellas comenzaban a languidecer y el obscuro aterciopelado de la ancha bóveda se fue haciendo más claro.

Allá, en lo hondo, al parecer entre la espesa sombra de la huerta, apareció el parpadeo intenso y brillante de una hoguera. De lejos, vino el rebuzno de un pollino. Y, por el cauce profundo, pasó zumbando un cuerpo opaco.

A poco se diseñaron sobre la claridad vespertina las cimas de los montes como grupas de camellos enormes, y las aristas dibujaron sus picos sobre la opaca tonalidad del cielo. Luego, vióse esparcir un resplandor rojo y, en el fondo de la playa, saltó el blanco de un muro de granito cortado a pico.

Agiali fue el primero en ponerse de pie sobre el grupo hecho un ovillo. Diestro en sondear las tinieblas, investigó la corriente, cuyos tumbos lodosos parecían espesar las sombras del valle. Y vio, que, como lo presintiera Cacliapa, gran parte de la corriente se había volcado a la banda opuesta, cual si se apiadase de la tribulación de los hombres.

Pasaron el río, en medio de la espectación de los viajeros acampados sobre el talud, que los vieron ganar la plataforma con curiosidad y conmiseración, pero sin dirigirles la palabra; y fueron alojarse a la vivienda de Cisco, alzada sobre el camino, al amor de viejos árboles de peros ya cosechados.

—¿De veras se ha llevado el río a uno de sus compañeros? —les preguntó el dueño, apenas los hubo visto.

Los cuitados contaron, gimiendo, las escenas de pavor. Y no bien aseguraron sus acémilas en el corral del caritativo valluno, se dieron prisa en cumplir su piadosa tarea en buscar al compañero.

Playa adentro, siguieron la corriente, investigando en el hueco de los pedrones, deteniéndose allí donde las viscosas aguas formaban remansos, para hurgonear el fondo con las perchas de que se habían provisto. Descendieron así más de una legua, sin hallar rastro del desaparecido. Y Quilco aventuró la sospecha de que quizás haya podido salir en alguna orilla distante... Cisco, que iba con ellos, meneó la cabeza negativamente.

—Inútil, cuando el río lleva, mata.

Pero no se dejaron convencer y siguieron buscando hasta la hora de la merienda, en que mutuamente se obsequiaron ofreciéndose sus comestibles. Se habló de las cosechas, de los malos años, y poco de Manuco. Al final, fue Cisco quien dijo su parecer en frase breve:

—Inútil, no hay más que irse. Se ha perdido.

—¿Y el dinero? —exclamó Agiali—. Si no lo encontramos, han de creer que nos lo hemos repartido.

Cisco hizo un gesto y no repuso nada. Subido sobre una piedra, con las manos sobre los ojos, miraba el fondo de la playa, en actitud pensativa. Al fin interrogó:

—¿Cuánto llevaba?

—Cuarenta pesos.

Hizo otro gesto vago y añadió:

—Inútil, las aguas se lo han quitado: son ladronas. ¿Los llevaba en las ropas?

—No, atados al cuello, en un pañuelo.

Escupió el valluno con cólera y dijo:

—¡Cochinas aguas!! ¡Todo lo tragan!

Aún buscaron dos horas, hasta el atardecer, y la playa arriba, porque Cisco les juró no haber visto jamás que los cadáveres fuesen arrastrados más de una legua. Cuando llegaron a la casa, les esperaba la consorte de Cisco, con una bandeja de choclos reventados y otra de manzanas y duraznos recogidos del suelo, caídos de la rama por maduros.

Comieron con apetito y sin hablar. Estaban entontecidos de dolor, no tanto por el compañero como por el dinero perdido... ¿Cómo llenarían su misión? ¿Qué responderían a los patrones?

Acordaron, unánimes, la última tentativa. Irían playa adentro, hasta la vega, si posible, y, si no daban con los despojos de Manuno, no tornarían a la hacienda, fugarían lejos, donde nadie pudiera verlos más. Así lo declaró Quilco rotundamente.

—¿Y tu casa? ¿Tus bueyes? ¿Y tu mujer y tus hijos? —aventuró Agiali.

Quilco se alzó de hombros, desolado.

—¡No importa! ¡Pero el patrón nos mata!

Y llorando por el miedo al castigo por venir, volvieron a emprender al día siguiente la búsqueda. Del amanecer al mediodía, recorrieron toda la orilla del río hasta su encuentro con el de Palca; pero cuando se vieron en ese sitio desolado y salvaje, perdieron toda esperanza de encontrar el cadáver de Manuno.

Tornaron al alojamiento. Estaban rendidos, fatigados, y se echaron a reposar al pie de los árboles, donde quedaron adormecidos con profundo sueño.

Durmiendo los encontró Cisco, al caer la tarde y dijo a su mujer:

—El muerto llevaba cuarenta pesos y sé dónde está.

—¿Dónde?

—Allá abajo, cerca de la toma.

Y señalando el confín de la playa, que en ángulo se perdía en

la falda del cerro, añadió:

—¿Ves revolotear allá abajo a los cuervos? Pues en aquél sitio está.

—¿Y por qué no vas a cogerlo el dinero? —le interrogó la hembra.

Cisco no repuso. Y ella insistió:

—No seas tonto. Con ese dinero tenemos para comprar una yunta joven, y la tuya está ya vieja: no puede más. ¡Cuarenta pesos! No los ganas en un año...

Cisco no opuso mayor resistencia: el argumento le pareció convincente y decisivo.

Se encaminó hacia sus huéspedes, que acababan de despertar, y les dijo:

—Voy a regar mi huerta, y les ruego cuidar de la casa, porque llevo a mi mujer.

Hizo una seña a la consorte, enterraron las herramientas y se internaron en el fondo de las arboledas.

La tarde estaba serena y tibia. El viento había cesado y había profunda calma en el follaje. Las aves, por bandadas, revoloteaban en torno de sus madrigueras, gorjeando a plena garganta. Había mirlos canoros de rojo pico, azulejos, gorriones, jilgueros negros, dealas y pechos amarillos, torcazas cenicientas. En la fronda se oía el aleteo de las medianas; el silencio estaba poblado de trinos, y la tierra exhalaba baho tibio y perfumado. En el éter triunfaba el azahar.

Anduvieron algunos minutos por un sendero abierto a borde del acantilado, sobre la playa rumorosa y pedregosa y por entre los altos perales cargados de frutos y cuyas ramas pendían el abismo. Iban silenciosos, mascando hojas de coca y rumiando halagüeños pensares. Al doblar el recodo bruscamente se detuvieron y se miraron azorados. En sus rostros se pintó una viva inquietud: una víbora acababa de atravezar el camino por la siniestra, y esa era señal de mal agüero.

—¿Has visto? —preguntó Cisco con inseguro acento.

—Sí. No hay remedio. Tenemos que regresar; algo nos pasaría si seguimos.

—¡Hay que regresar!...

Dieron media vuelta, y sin volver la cabeza, a paso lento, deshicieron lo andado.

—¿Y qué les decimos? —inquirió el esposo cuando estuvieron por llegar a la casa.

—La verdad. Si mentimos, puede que nos pase algo.

No hablaron más. Pero, al día siguiente y cuando los forasteros acaronaron sus bestias para emprender el interrumpido camino, Cisco, simplemente, sin conceder gran importancia a sus palabras, les dijo:

—Habría que ir a ver lo que rondan los cuervos allá abajo; pudiera que sea él.

Se consultaron los otros. Cachapa arguyó:

—¿No será un perro muerto?

—Puede; un perro o un hombre muertos. Los cuervos no revolotean en torno de las rosas.

Resolvieron ir. La distancia quedaba corta, y no era inútil intentar la última prueba, pues lo más que podía ocurrirles era perder una media jornada, y ellos la recuperarían andando de noche, ya las bestias estaban reposadas y comidas, y había en el cielo anuncios de luna nueva.

Les acompañó el valluno.

Al acercarse al sitio en que revoloteaban los cuervos, tuvieron que buscar cosa de una hora para dar con el cadáver, y acaso no lo habrían conseguido si por indicación de Cisco no tomasen precaución de seguir la dirección en que miraban los voraces animales, que en sus revuelos pesados y lúgubres se cernían en torno de un solo círculo, sobre las aguas del río.

Fue Agiali quien, detrás de un peñón, en una especie de remanso, vio una piedra lodosa en forma de pie. Dio con el suyo una patada, y sintió una masa blanda y elástica, que le hizo correr un temblor por el ruecpo...

Se pusieron al trabajo, y a la media hora retiraron el cadáver de Manuno. La única preocupación de los dolientes fue ver si aún llevaba el retobo de dinero. Allí estaba fuertemente anudado alrededor del cuello, y tan fuertemente anudado, que hubo necesidad de cortar con el cuchillo el pañuelo.

Trasladaron el cadáver y lo enterraron esa misma tarde en el cementerio de la hacienda, sobre una colina que dominaba el valle, pelada de verdura. A Cisco le obsequiaron un cuarto de carnero seco (chalona) y algunos puñados de pescadillo asado (bisoi), y partieron casi tranquilos y con el corazón más ligero, pues habían dado con el caudal, lo más precioso para ellos, y ninguno sufrió quebranto de fortuna yendo todo el daño a la cuenta del difunto...

ARMANDO CHIRVECHES

Nació en La Paz, en 1881. Se educó en el colegio de los jesuitas, y después, en la Universidad Mayor de San Andrés, donde se licenció de abogado. Desde los veinte años escribió y fue publicando sus primeros trabajos literarios. Ingresó a la diplomacia, iniciándose como Jefe del Protocolo de la Cancillería y llegó a ser Subsecretario de ese portafolio. En 1914 estuvo como Encargado de Negocios en el Brasil y, posteriormente, se radicó en Francia, dedicándose completamente a la creación literaria. Se suicidó en París, en 1926. Es autor de cuatro novelas, además de algunos poemas. Todas ellas representan una lenta evolución, con algunas ocasionales caídas, hacia la prosecución no sólo de un estilo propio, sino de la misma afirmación realista de la novela. Si en sus producciones: "Celeste" (1905), "La Candidatura de Rojas" (1909), "Casa Solariega" (1916), "La Virgen del Lago" (1920) y "Flor del Trópico" (1926), predomina aún el poeta romántico por el sentimiento, modernista por la forma, no es menos cierto también que ya había en él un atento observador de la realidad social, a la cual traducía en un estilo vigoroso, ágil e incisivo, a la vez que cuidadoso y, en algunas ocasiones, afectado, en los diálogos, especialmente. Pero por encima de todo lo anotado, su obra importa por ser uno de los intentos más serios y valiosos por hacer del realismo una expresión integral de nuestra sociedad.

Capítulo nueve de "La Candidatura de Rojas"

Fue en el "Bar 16 de Julio", centro de la aristocracia masculina de la Provincia, donde para ponerse de acuerdo acerca de los trabajos de su candidatura y renovar su directorio, desfilaron, uno por uno, los miembros de la "Sociedad Cívica, filantrópica, popular, científica y artística".

Aquella noche, el local parecía más grande, pues el billar que ocupaba el centro del salón había sido llevado a otra parte. En una especie de testera formada ad hoc y haciendo pendant con el mostrador, detrás del cual se alineaban en grandes armazones centenares de botellas, veíase una pequeña mesa con recado de escribir. Doble hilera de siluetas cuadraba la habitación. Colgaba del tumbado una lámpara de kerosene, oscilaba bajo una bomba blanca de cristal con labores polícromas, que le daban el aspecto de un gran

sombrero chino. En las paredes, lloraban sus lágrimas blancas y opacas bujías colocadas en candelabros de bronce.

Don Estéban Martínez, sentado cerca del mostrador, me contemplaba con aire satisfecho, como si pensara: gracias a tus bolsillos, esta noche tendré pingües utilidades.

En el asiento de la testera, hallábase altivamente reclinado don Eleuterio, presidente de la "Sociedad cívica, filantrópica, popular, científica y artística", a la izquierda se hallaba el secretario, y a la derecha encontrábame yo.

A las nueve de la noche, estaban reunidas allí todas las escalas sociales de la capital.

Veíanse cabezas sudorosas, cabelludas, crespas o de pelo lacio, pegado por veces a las sienes; otras por el contrario, como la del novio de Concepción, escrupulosamente peinadas con lociones aceitosas, reflejaban la luz de la lámpara y de las bujías; junto a cabellos sucios, en torno de los cuales se anudaban un pañuelo de Madrás o de seda, erguíanse orgullosamente cuellos almidonados, que martirizaban con sus agudas puntas la indócil epidermis provinciana. En las rodillas de algunos, en una pequeña percha o en el suelo, yacían sombreros alones de paño, tongos negros de alas recogidas, sombreros panamá, chisteras de elevada copa, sombreros blandos, sombreros duros y, como prenda de gran valor, encima de la mesa presidencial, un pretencioso dac de baile, lucía, esmeradamente como conviene a un aristócrata, la tersa suavidad de su seda. Pertenecía éste a la orgullosa cabeza de don Eleuterio, el que tan pronto como la concurrencia estuvo reunida y sin duda a causa de haber observado que de aquella suerte, su amada prenda ocupaba mucho espacio, aplastó cuidadosamente la arrogante copa, con admiración de muchos de los circunstantes.

El sonido penetrante y argentino de una campanilla, anunció que la sesión comenzaba.

Don Eleuterio se puso de pie, el secretario apoyó una mano sobre el papel destinado al acta y humedeció la pluma en la tinta azul que llenaba el tintero de cristal blanco.

La voz de don Eleuterio se dilató sonoramente por el recinto:

"Señores:

Pongámonos de pie para saludar a nuestro candidato. Aquí tienen ustedes al Dr. Rojas; el Dr. Rojas pertenece a la brillante pléyade de jóvenes que en el transcurso de las etapas de nuestra historia ha de dar gloria a Bolivia.

Muy joven todavía y ya miembro distinguido del foro nacional, va a llevar su palabra conspícua... (don Eleuterio trepidó un

poco), va a llevar su palabra al Legislativo en pro de nuestros intereses.

Digno sucesor de Cicerón, de Mirabeau, de Milton y de Castelar (don Eleuterio no dudaba que Milton hubiese sido orador) impondrá el convencimiento de nuestra causa en el ánimo de los Padres de la Patria.

La patria, ¡señores! En no lejano día, nuestra patria ocupará el primer lugar en el concierto de las naciones, porque el sistema de las libertades y los tópicos de la democracia, mayormente, cuando se encuadran a la justicia y a la sociología, conducen el bajel del Estado a la metrópoli de la civilización".

Don Eleuterio se detuvo. Jamás su meollo había producido una pieza oratoria tan bordada de grandes términos. El mismo se admiraba. Apoyó ambas manos en la pequeña mesa que dejó oir un alarmante crujido y continuó:

—La democracia, cuna de las libertades, tumba de los demagogos, abismo de los oligarcas, ¡Señores! Gracias a la democracia, nos hallamos en este instante reunidos para elegir un representante, y ese representante es el Dr. Rojas, que tiene el uso de la palabra.

Con el uso de la palabra concedido por Montes de Oca, pedí a don Estéban que hiciera servir cerveza a los circunstantes, y poniéndome de pie, tan luego como cada elector tuvo delante un vaso de cerveza espumosa, pronuncié una alocución, haciendo constar mis excelentes propósitos de contribuir en la medida de mis fuerzas al progreso de una provincia, en la que la naturaleza había sido tan pródiga en producciones de todo género, en materias primas que únicamente necesitaban brazos y vías de comunicación para alcanzar cifras fabulosas de rendimientos agrícolas.

Dije, que era necesario tender a través de los incultos misterrales y de las montañas casi vírgenes dos clases de líneas: líneas férreas y líneas telegráficas y telefónicas: las primeras, para que los productos pudieran exportarse con rapidez y baratura para poner en más inmediata relación la provincia con la capital del departamento, y los segundos, para transmitar nuestros deseos y nuestros pensamientos a la medida de las necesidades.

Les dije que sin esos elementos, la riqueza del suelo no podía llamarse tal, puesto que sus tesoros yacían guardados como los tesoros de un avaro; que la riqueza era la que circulaba en las diferentes formas de trabajo, del capital invertido, de la producción, de la distribución y del comercio.

Terminé manifestando que ya que mis deseos eran inmejorables, esperaba de ellos me ayudarían cumplidamente.

Aunque hasta entonces no había pronunciado en mi vida un solo discurso, parecióme descubrir en mi persona cualidades de orador. No sé si el que me sintiera superior al medio bajo, bajo en todos conceptos, dio soltura a mi lengua o si fue algo de lo trabajosamente aprendido en las aulas lo que me vino a la boca y resonó en el recinto del Bar, convertido en templo de las libertades, en forma de cláusulas casi tan fluidas como los discursos de mi padrino el Dr. Menéndez.

Un hurra estruendoso acogió mis palabras; bebióse la cerveza y en seguida se procedió a elegir la Mesa Directiva que en adelante debía presidir las sesiones de la "Sociedad cívica, popular, científica y artística".

Todos los circunstantes abandonaron sus asientos: formáronse grupos y camarillas para resolver el personal del nuevo directorio y un cuchicheo ininterrumpido se dilató medrosamente en el Bar.

Iban de grupo en grupo los más activos conquistando votos y llevando el convencimiento al ánimo de los irresolutos, hablábanse muchos al oído, intrigábase, seaccionaba, se amenazaba.

Algunos pretendían que la presidencia fuera ocupada por un abogado, de suerte que opinaban porque se eligiese al Dr. Martínez, un tinterillo de grandes pretensiones que había sabido imponerse; otros suponían que el candidato más a propósito sería un gran propietario y como tal discernían su voto en favor de don Cosme Encinas, enorme mulato de grandes mostachos, que poseía tres o cuatro propiedades rústicas de subido precio y que a pesar de ser casi analfabeto, se creía competente para desempeñar todos los cargos, aun aquellos que requerían conocimientos profesionales; finalmente, creían los más que la dignidad de la presidencia sólo podía caber dignamente en la personalidad de don Eleuterio Montes de Oca y prometían sufragar por él.

Terminado el acto intermedio volvieron perezosamente a sus asientos mis importantes electores, escuchóse de nuevo la voz metálica de la campanilla, y don Eleuterio anunció que se iba a proceder a la votación para presidente, en tanto el secretario repartía papeletas en blanco a fin de que cada uno de los presentes escribiera un nombre. Luego, el aristocrático clac de don Eleuterio con la copa levantada, sirvió para recoger los papelitos que contenían el voto y que cuidadosamente doblados cayeron con toda suavidad en el forro de seda de la elegante prenda.

El secretario leyó con voz grave y sonora el nombre de cada uno de los favorecidos.

Oíase alternativamente pronunciar los nombres de los tres candidatos: don Estanislao Martínez, don Cosme Encinas y don Eleuterio Montes de Oca. Hecho el cómputo, resultó victorioso don Eleuterio por simple mayoría relativa, de suerte que fue proclamado presidente en propiedad.

Posesionado solemnemente de su cargo, procedióse a las elecciones de secretario, y tesorero, que fueron llevadas a cabo con iguales formalidades.

Una vez constituída la mesa directiva, bebióse en un cuarto intermedio, una copa de pisco y luego, abierta la sesión, se tomaron serios e importantes acuerdos como eran: dar a cada uno de mis futuros electores la cantidad de dos bolivianos, de los fondos enviados por mi tío para los trabajos electorales, evitar por todos los medios posibles el cohecho por parte del partido oficial (reservándose el derecho de cohechar a su antojo); oponerse, aun cuando fuera a la fuerza y a mano armada, a la coacción que ejerciera la subprefectura; publicar un largo manifiesto en el que se diría pestes de los gobiernistas y de los principios liberales, haciendo constar que el gobierno tenía los nefandos propósitos de profanar y adulterar la Constitución Política del Estado, proclamando mediante su influencia en el Congreso la libertad de cultos, el matrimonio civil y otras asquerosidades por el estilo; pasar una circular a los curatos de la Provincia para que obligaran a sus feligreses a sufragar por mí; ofrecer a los administradores de las propiedades rurales una prima de cincuenta centavos por cada indígena que lograra llevar a las ánforas; dar a luz un periódico manuscrito en que se narrarían circunstanciadamente todas las oprobiosas acciones de Manuel Garabito y, finalmente, reunirse la víspera de las elecciones para lo que fuere preciso.

Nombróse, además, una comisión directiva de las elecciones, que se encargaría de todos los trabajos acordados y que debía presidir don Eleuterio, y a las diez de la noche, fue clausurada la sesión con general aplauso de los asistentes.

La cerveza comenzó a correr a torrentes, vaciadas las baterías que formaron a uno y otro lado del mostrador; el pisco, que en las botellas parecía una inmensa gema de una sola faceta que reflejara tentadoramente la luz del Bar, había colmado docenas y más docenas de copas.

Don Cosme Encinas, que sin embargo de tener una cabeza grande, era débil y se emborrachaba fácilmente, decía dirigiéndose

a un muchacho pálido y lleno de granos, presunto yerno suyo:

—Ché, dáme ojén.

Y su futuro hijo político, cogía una botella blanca, de un blanco de leche, llenaba una copa hasta los bordes, en tanto que don Cosme miraba con delicia chispear el licor opalino. Vaciaba el contenido, inclinaba la cabeza, y pasado un rato, volvía a repetir la frase:

—Ché, dáme ojén.

El abogado Martínez, que tenía el vino cariñoso, me abrazó varias veces y llegó en su entusiasmo hasta intentar besarme. Lo rechacé con fuerza, cayó cuan largo era y se puso a roncar tranquilamente con la cabeza metida bajo la mesa.

Don Serafín Rodríguez recitaba sus detestables versos, Montes de Oca bordaba comentarios alrededor de los mandarines del mundo entero y don Estéban Martínez contaba con lenguaje pintoresco chistes andaluces.

Muchos de los concurrentes habían abandonado sigilosamente el Bar, en tanto que otros se empeñaban en beber sin tregua.

Oíanse tristes cantados a solto voce. Algunos marcaban el compás de un huayño o de un bailecito sobre las mesas del Bar, cuando, de pronto, la voz de Eusebio levantó amorosamente:

—Vamos donde las Chacalaris.

La proposición fue unánimemente aceptada.

Sentí que me cogían del brazo. Pusímonos en marcha.

Las calles obscuras y escuetas, que parecían bostezar perezosamente, en la noche tibia y llena de quietud, exhalaban a manera de hálito, ráfagas de niebla.

El silencio de la ciudad dormida era turbado por nuestros cantos y por los sendos golpes que se descargaban sobre las puertas de las tenduchas en que habitaban mujeres de vida alegre.

Por fin, llegamos a la tienda de las Chacalaris. Cayeron sobre la madera de las puertas, puños y bastones, al mismo tiempo que tres o cuatro voces aguardentosas gritaban:

—Abre, Manuela.

—Abrí, Encarnación.

—O abren o echamos abájo la puerta.

Oyóse al principio una voz débil, que contestaba apenas, sofocada al parecer por la cama.

—¿Quién eres? Ya estamos durmiendo.

Desatóse una serie de exclamaciones de lo más expresivas que tiene la lengua española; las puertas fueron estruendosamente gol-

pendas y rechinaron como si fueran a abrirse, cediendo al empuje de Eusebio Toro.

Una lucecilla cernió un hilo luminoso por el ojo de la llave y la carcomida comisura del viejo portón; oyóse caer una pesada aldaba y las dos hojas se abrieron perezosamente para adentro, mientras una mujer en cueros, toda desoliñada y soñolienta nos hacía pasar.

Tomamos asiento en banquitos o en poyos cubiertos con frazadas de lana unos, otros se sentaron en las camas tibias aún y medio deshechas. Las Chacalaris: tres cholas y una birlocha, encendían bujías o velas de sebo, las que, a falta de candelabros, eran colocadas en los cuellos de algunas botellas de cerveza.

Tan pronto como la habitación estuvo medianamente iluminada, pude darme cuenta, a pesar de los gases alcohólicos que llenaban mi cerebro, de la fisonomía especial de las hembras que allí vivían, así como de su casa habitación.

En las paredes pintadas al temple y llenas de manchas y nidos de insectos, veíanse, clavadas con tachuelas, colecciones de figurillas, réclames de cigarrillos, estampas regaladas en las boticas, tarjetas postales, fotografías, ilustraciones, primas de año nuevo de las tiendas de trapos y almanaques exfoliadores. Al lado mismo de las bailarinas semidesnudas que alzaban el pie o levantaban los brazos, veíanse oleografías de santos: San José, San Antonio, San Pedro; la Virgen de Copacabana, la Virgen de los Dolores, y Nuestra Señora de las Nieves.

Una panzuda guitarra pendía orgullosamente de un clavo alcayata, cruelmente incrustado en la pared y un charango fabricado en una concha de quirquincho hacía pendant con la guitarra, desde la pared de enfrente.

En el suelo agrupábanse silletas desvencijadas y canastas abiertas, rebosantes de melcochas y de bolitas semitraslúcidas de caramelo; más allá, alzábase un armazón de madera empapelado con papel rameado rosa subido, en el cual yacían, cubiertas de polvo, las botellas de cerveza nacional, de aguardiente, de vino tinto, áspero y blanco, dulce; la chancaca, las latas de sardinas y de salmón y un poco más abajo, en cajas de arroz, los fideos, el azúcar y el pan.

En los ángulos veíanse gruesas tinajas de vientre obeso, en que fermentaba el guarapo y la chicha de caña.

El cuadro resultaba caballeresco en sumo grado. Experimenté una gran repugnancia de encontrarme allí, en medio de una atmós-

fera de alcohol, escuchando voces aguardentosas y mirando caras grotescas.

¿Si Inés me hubiese visto? ¿Si hubiese sospechado que su primo, el candidato a la diputación, había estado en una tenducha de cholas llamadas Chacalaris, si hubiese? ...

Y ante tal idea no pude contenerme. De dos o tres saltos me puse en la puerta de la tienda, derribé a algunos de mis electores que intentaron impedirme la salida y me encontré de nuevo en la angosta y tortuosa callejuela.

Medio borrosa, cercada de nubes, amarillenta, entre un claro de niebla, la luna parecía burlarse de mí.

JAIME MENDOZA

Las novelas de Mendoza son consideradas como precursoras del realismo descriptivo nacional. Por los temas que explota, es el primero —con Arguedas— en traer a la novela boliviana los problemas sociales de urgente solución — como ser la explotación de los trabajadores en las minas, en su **"En las Tierras del Potosí"** (1911), y en **"Páginas Bárbaras"** (1914) cuyo tema es la explotación de la goma en las selvas del noroeste. Estas son sus dos novelas más importantes; escritas en un estilo narrativo y confidencial, tienen algunos aciertos descriptivos de la naturaleza, pero los problemas sobre los cuales llama la atención están tratados con poca hondura y mucho de exterioridad. Sus novelas carecen de una sustancial construcción formal y pueden ser consideradas más bien como relatos autobiográficos: su realismo es primario, explicativo e informativo; son —más que creaciones literarias— documentos en los que la ficción no alcanza a estructurarse y dar cimiento a una sólida construcción.

Fragmento del capítulo XVI de "Páginas Bárbaras"

Dos días después Yno se presentaba a Verdugo en Puerto Rico, a efecto de realizar aquella excursión en busca de Buda, que los dos habían acordado en Muimanu.

Verdugo acogió con gran satisfacción al bárbaro y al día siguiente muy de madrugada, y sin que nadie en la barraca sospechase ni por asomo lo que hacían, metiéronse los dos hombres en el bosque en dirección que mejor le pareciaa Yno.

No era ya ésta una de aquellas excursiones en que Verdugo había solicitado andar en el bosque por sendas más o menos "trilladas". Yno le condujo así hasta los primeros momentos a rincones inexplorados. Allí donde el bosque se presentaba más hostil y amenazante.

Iban al principio por una senda antiquísima donde solamente los ojos de Yno reconocían los árboles con las ramas cortadas años atrás, único indicio que podía servir de guía, pues por lo demás el bosque lo cubría todo, según pasa en esa región, donde bastan pocos años para que el camino más ancho vuelva a mostrarse como selva virgen si no se ha tenido cuidado de mantenerlo. Yno iba por delante con su bolsa de goma, en la que estaban equipajes y provisiones. Verdugo —por detrás— caminaba con su rifle al hombro y en la diestra mano el indispensable trazado con que se había que estar cortando los bejucos que impedían el paso. Tenían los excursionistas que ir poniéndose en varias actitudes. Ya se arrastraban bajo troncos y ramas, ya saltaban por encima de ellas, ya se escurrían de lado, ya se encaramaban sobre enormes troncos y raíces que estaban al descubierto. A Verdugo le valía su costumbre de esta clase de andanzas que de otra suerte no habría podido seguir al bárbaro cuya agilidad y resistencia no flaqueaban en ningún momento. No obstante su reciente enfermedad, Yno se mostraba tan animado como si nunca le hubiese pasado nada.

A medio día detuviéronse sudorosos junto a un arroyo para descansar y comer algo. Yno sacó de la bolsa bananas de amarillas bayas, yucas blandísimas y carne fría que comieron con mucho apetito. Después, a caminar de nuevo. Yno dejó la senda antigua que hasta entonces seguía y entró resueltamente en la selva brava y tupida. Había que redoblar los esfuerzos para pasar.

La vegetación se mostraba a momentos tan espesa que los viajeros tenían que tardar mucho para romper las trabas que se les oponían. Sobre todo a Yno le perjudicaba el bulto que llevaba y esto lo hacía notar a Verdugo, protestando a su manera contra la ferocidad del bosque.

—¿Vamos bien? —preguntaba con frecuencia Verdugo.

—Bien —contestaba siempre el bárbaro.

Los animales de caza abundaban tanto en aquellos sitios, que en un momento habrían podido hacer gran provisión de ellos los excursionistas; pero no estaban para eso, y tenían que limitarse a mirarlos lanzando tal o cual exclamación. Ya saltaba un sochi de entre los pies de Yno, ya cruzaba corriendo frente a ellos un mutun de negro plumaje y pies y pico rojos; ya un tejón evolucio-

naba a su vista entre los árboles; ya una tropa de monos hacía algazara en el bosque. A Yno se le hacía agua la boca, pero tenía que refrenar sus ímpetus de cazador, porque no había que perder tiempo ni agregar a su carga nuevos pesos de los animales que se podían cazar. Yno afirmaba hablando con Verdugo, que las bestias selváticas sabían muy bien que no se las podía cazar y por eso se presentaban en tanta abundancia, y que si ellos hubiesen salido a cazar no habrían encontrado un chichilo.

Pronto la sed se dejó sentir por los viajeros, pero no había ya ningún arroyo dónde aplacarla. El terreno se elevaba poco a poco, y la selva se mostraba más rala. De allí se notaba el sol ya muy inclinado en el cielo. Pasaban por debajo de enormes grupos de palmeras. Yno avisó a Verdugo que se encontraban cerca de un lugar donde suponía que podían estar los fugitivos. Verdugo se entusiasmó. Había caminado casi todo el día y bajo el impulso de la sed deseaba el joven llegar pronto al lugar indicado, donde Yno le decía había bastante agua. Por largo rato caminaron por aquella pequeña altura que Yno llamaba "loma". Luego empezaron a descender. La vegetación se mostraba más abigarrada y alta. Veíanse gigantescos "almendrales" cuyos frutos caídos en el suelo parecían brindarse a los caminantes. Yno seguía protestando contra el bulto que a cada paso embarazaba sus movimientos. Los trazados estaban en continua actividad. Los animales del bosque continuaban mostrándose con frecuencia y esto aumentaba la mortificación de Yno. Se oía claramente los golpes que daban los monos, en los cocos de los almendros, y el grito de los mutunes que iban diciendo sus nombres con voz grave y varonil. Verdugo, más sediento que su compañero, miraba a todos lados para ver si habían "platanillos" o "tacuaras" de dónde extraer un poco de agua. A veces también se engañaba creyendo que al bajar a una sinuosidad del terreno iban a encontrar un arroyo. Pero todo estaba seco. El sol ya no se distinguía a ningún lado, pero aún su claridad difusa se difundía en las interioridades del bosque. Yno redoblaba su actividad, anunciando que estaban "cerca" muy "cerca". De súbito Verdugo lanzó una alegre exclamación. Había visto cerca un "tacuarat". Llegaron allí y a golpes de trazado cortaron los tallos tubulares del vegetal y encontraron en ellos bastante agua. Los mismos tallos les servían de copas. Verdugo, sobre todo, se regaló con aquella agua fresca aunque un poco picante que guardaban las cañas huecas de las tacuaras.

Media hora después, salían a un claro y pasaban por un arroyo cuyas aguas ya no supieron como la otras a Verdugo. Yno se detuvo desalentado en aquel punto y exclamó:

—Aquí es.

Verdugo miró en su redor. Aunque se notaba que aquel punto fue habitado en otros tiempos por la escasez de árboles en un pequeño espacio, con todo, lo crecido de las nuevas plantas mostraba que no se había vuelto a vivir allí. Entre la hierba alta y los arbustos mostró Yno al joven algunos palos plantados en tierra, que eran los restos de antiguas viviendas.

—No hay señales de que hayan venido por acá —dijo Verdugo.

Yno estaba sombrío y mustio.

Vieron la hora. Iba a ser las cinco. Habían caminado doce horas. El bosque se hacía a cada momento más negro, sereno e imponente. Algunos mosquitos comenzaban a impacientar a los viajeros. Había que acampar en aquel sitio. Verdugo consideraba con lástima a Yno que puso una cara malísima al ver defraudadas sus esperanzas, y por su parte el joven estaba también nada satisfecho del resultado negativo de la excursión. Arreglaron hamacas y mosquiteros entre los árboles. Yno se perdió por un buen rato, y entretanto Verdugo permanecía pensativo en aquel sitio solitario. "Heme aquí —se decía— llegado a un rincón retirado de la selva. ¿Si pensarán mis compañeros que estoy metido en estas danzas?" Luego fijándose en los palos secos que sobresalían entre la hierba continuaba. ¿Quiénes vivirán aquí? Estos palos que aun subsisten fueron los compañeros de seres humanos que aquí se ocultaron de otros humanos. Aquí alentó la vida. Aquí en el corazón de la selva palpitaron otros corazones. ¿Dónde estarán ellos? ¿Quizá ya no latirán a esta hora? Oh, hermanos míos . . .

Como se ve, el joven se iba poniendo "sentimental". Pero Yno le interrumpió. El bárbaro apareció trayendo una buena cantidad de leña, con la que hicieron una fogata. Verdugo, ahora, se entretenía mirando las bellas llamaradas que salían de ellas. Pocos momentos después cuando se volvió para mirar en torno, todo estaba negro. La noche cayó de golpe. Yno de su lado cada vez más reconcentrado y cejijunto, y Verdugo al notarlo de ese modo, no quería interrumpirlo. Merendaron sin decirse apenas una palabra y luego se recogieron a sus mosquiteros.

JOSE EDUARDO GUERRA

Nació en La Paz, en 1893. Hizo sus primeros estudios en el colegio "San Calixto", de aquella ciudad. En los juegos florales de 1915 fue proclamado poeta laureado. Se dedicó al magisterio por algunos años en la Normal de La Paz, hasta que ingresó a la diplomacia. Estuvo como Secretario de la Legación en España y, luego, como Encargado de Negocios; poco después fue Secretario de la Legación en Francia, Cónsul General en Bélgica, Encargado de Negocios y Cónsul en el Japón, Consejero de la Embajada ante la Sociedad de las Naciones y, por último, Subsecretario de Relaciones Exteriores. Murió en 1943. Guerra es autor de una antología de "Poetas Contemporáneos de Bolivia" (1920), un ensayo literario titulado: "Itinerario Espiritual de Bolivia"; dos libros de poemas: "Del fondo del Silencio" y "Estancias", y una novela: "El Alto de las Animas", publicada en 1919. En ella se dan ya las características estilísticas de su poesía: psicologismo interior, introspección y cuidado formal poético. El estilo es claro, sugerente y tiene excelentes descripciones del paisaje; sin ser una novela acabada, es una de las mejor escritas en aquél período. Guerra introduce en la producción realista el elemento introspectivo, el psicologismo individualista que está planteado como una natural reacción hacia el medio burgués imperante; por otra parte, el realismo descriptivo poético impresionista, le confiere a su novela una vigencia actual indudable. Es, pues, precursora en nuestras letras de la novela introspectiva y, lo que es principal, presenta por primera vez una preocupación sustancial por los problemas específicamente literarios de la construcción novelística, aunque todavía no posee una forma decisiva, porque su obra es un boceto, no una novela acabada.

Fragmento de "El Alto de las Animas"

Llovía, llovía incesantemente, por la mañana, por la tarde, por la noche. El agua corría por las calles pendientes y el lodo se estancaba en los lugares planos. Los días eran largos, interminables. La uniformidad del gris persistía odiosamente bajo el cielo. Las paredes y los tejados de las casas trasudaban humedad. Cuando la lluvia cesaba algunos instantes, perduraba el monótono e intermitente caer de las goteras.

Andrés Bermudez pasaba las horas muertas encerrado en su alcoba. Se tendía en el lecho; volvía a levantarse; tomaba un libro que hojeaba maquinalmente; paseaba por la habitación; se acercaba a la ventana para mirar al cielo... Un desasosiego inmotivado no le permitía estar quieto en un lugar, y, al mismo tiempo, una lasitud de todos sus nervios, lo obligaban al reposo. Por las noches se acostaba tarde y no dormía sino a ratos, mientras afuera, en la calle y en el patio, la lluvia caía siempre, obstinada, terca, inagotable...

Una tarde doña María entró en la habitación de Andrés.

La anciana señora parecía indecisa, como si tuviera que decir a su hijo algo desagradable para él. Al principio habló de cosas indiferentes, haciendo entre sus palabras espacios de silencio que dejaban entrever al joven las vacilaciones de su madre; pero él nada preguntó.

Por fin se resolvió doña María.

—Esta noche —dijo— Carlos Miranda traerá a un joven Sorzano que ha manifestado mucho deseo de visitar la casa. ¿Crees que he hecho bien en consentir? Yo no lo conozco, pero ha insistido tanto por intermedio de Isabel y las niñas, de quienes es muy amigo, que no he podido menos...

—Si... ¿Por qué no?... Has hecho bien, seguramente.

Doña María calló un momento. Sabía que aquella noticia disgustaba profundamente a su hijo, y fue esa seguridad la que le hizo vacilar en comunicársela. Conocía el carácter orgulloso de Andrés, quien no había nunca tolerado la idea de que un hombre de familia obscura se introdujera en la suya; pero la anciana que había aprobado siempre el orgullo de su hijo, sintiendo halagado el de ella que era idéntico, tuvo que luchar dolorosamente en esa ocasión, porque no ignoraba las pretensiones de Sorzano, y porque tampoco le era desconocido el amor que Amalia profesaba a aquel hombre, y había acabado por comprender que no tenía derecho a sacrificar, ante un prejuicio puramente sentimental, la probable felicidad de su hija.

—He obtenido muy buenos informes de personas que no tienen interés en engañarnos, y por eso he consentido en recibirlo —volvió a decir doña María.

Andrés no hizo objeción a este argumento, porque, muy a pesar suyo, sabía que Sorzano era un joven de raras cualidades. Su egoísmo patricio se veía, pues, obligado a ceder ante un paso semejante que definiría, tal vez favorablemente, el porvenir de Amalia.

Pero, con todo, se guardó muy bien de revelar lo que él consideraba una abdicación, y se limitó a preguntar:

—¿Qué dice mi tía?

Confiaba, como en un último recurso, en que la hermana de su padre, haciendo uso de la influencia que ejercía sobre Amalia, persuadiría a ésta a no aceptar a Sorzano, pero ignoraba que la solterona, después de sondear el corazón de su sobrina y de largas conferencias con su cuñada, se había visto precisada igualmente, aunque con mayor trabajo, a convencerse de que era una crueldad inútil violentar el sentimiento de la joven.

—Antonia también cree que no se pierde nada en recibirlo. Así podemos juzgar por nuestros propios ojos. No quise decirte nada antes, porque no nos decidimos hasta esta mañana. Vinieron Rosalía y Carolina a exigirnos que diésemos permiso a Miranda para que lo trajera esta noche, y como tú dormías en ese momento...

Hubo un nuevo silencio. Andrés, viendo que su madre rehuía hacer alusión al único y verdadero motivo que tenían para recibir al pretendiente, comprendió que ya no había remedio. Sorzano sabría conquistarse la simpatía de la dueña de casa, con sus maneras afables y la cultura de su trato, aquel joven, siendo de origen humilde, logró, como había dicho Salcedo, una espectable situación, gracias a su inteligencia y a su perseverancia en el trabajo. En cuanto a tía Antonia, a despecho de su exagerado apego a las tradiciones de la familia, acabaría también por transigir para complacer a su sobrina, en quien, más que la madre misma, pusiera todo su cariño y todas sus esperanzas de verla algún día casada con un hombre digno de ella, perpetuando en sus hijos, sin mezcla de sangre plebeya, las hidalgas tradiciones de una familia cuyo lustre nobiliario se mantenía sin mancha a través de tantas generaciones: pues iba perdiendo día a día la ilusión de que Andrés llegase a ser un muchacho sensato capaz de realizar semejante sueño, cada vez más arraigado y más querido.

Doña María habló de nuevo, pero con mayor timidez e indecisión.

—Te ruego, puesto que ya no es tiempo para evitar que venga, que nos acompañes a recibirlo. Seguramente será una visita corta.

Pero Andrés se negó a ello con bastante acritud, de la que más tarde se arrepintió.

—¿Para qué? Aquel hombre no me inspira la más mínima simpatía, y sería descortés dárselo a entender, pues ya no puedo ocul-

tar el desagrado que me produce una persona, aun estando en presencia de ella misma.

Doña María tuvo que conformarse y Andrés pensando:

—Un hombre a quien apenas conozco, pues ni siquiera he puesto atención en sus modales ni en su rostro; pero que sin duda es un hombre de acción, perseverante, o por lo menos audaz, se lleva a Matilde; y otro hombre que me es profundamente repulsivo, pero que tiene también voluntad, que es emprendedor, que ha resuelto ser feliz y que lo conseguirá, estoy seguro, se lleva a mi hermana; y a mí ¡claro! que no tengo voluntad ni fe en mi mismo, que ni siquiera soy audaz, ni hombre práctico, me mandan a paseo con entera justicia, pues para ellos, para los audaces, los activos, se ha hecho la felicidad, el amor, la fortuna, la vida en fin, y para mí, pobre diablo, sin voluntad y sin nada, la soledad, el olvido, el renunciamiento... ¡la muerte!

Durante la comida nadie hizo alusión a la visita que esperaban.

Amalia estaba pensativa, Andrés sorprendió en sus ojos una mirada de resentimiento. Sentía que la hermana se alejaba de su vida, y esto aumentaba su disgusto. ¡Cómo habría querido que se confiase en él como en otro tiempo, cuando eran niños todavía y se referían mutuamente sus pequeños sueños y sus desmesuradas ambiciones; o cuando, siendo jóvenes ya, indagaban el uno en el corazón del otro, el motivo de sus tristezas o de sus alegrías! Al menos esa última muestra de confianza de parte de ella, habría aumentado el descontento que le inspiraba la conciencia de su propia inutilidad y de la impotencia de su orgullo lastimado. Ahora un intruso se interponía entre los dos, y Amalia, en el egoísmo de su amor, se consideraba ofendida por la reserva de su hermano, cuyo otro egoísmo, menos justo tal vez, pero no menos arraigado, no comprendía o no quería comprender.

Había escampado un poco

Cuando Andrés salió a la calle, inmediatamente después de la comida, el piso estaba menos húmedo y en el cielo lucían pálidamente algunas estrellas, a través de la atmósfera empañada por una especie de neblina. Soplaba un aire helado, que desmentía aquella primavera engañosa, semejante al invierno de ciertos países cálidos.

Bermúdez dio dos o tres vueltas en la plaza, y luego, tuvo intención de encaminarse a la Alameda: pero estaba cansado sin saber por qué, y sentía la necesidad de permanecer inmóvil, en un largo reposo.

—¿Qué hacer? —se preguntó deteniéndose en la esquina del cinema, en el que la concurrencia entraba ya. Los carteles anunciaban, en grandes y pomposos letreros, una película de efecto.

Por fin se decidió y, penetrando en el pequeño teatro, ya casi lleno, tomó una butaca en una de las últimas filas de platea.

En un palco vio a Matilde con su madre y su novio. Ella apoyándose ligeramente en la barandilla, sostenía en sus manos un anteojo y pasaba la vista por los palcos de en frente y sobre la concurrencia de platea.

Un momento su mirada distraída se cruzó con la de Andrés, que la observaba sin querer. Se saludaron. Matilde tuvo una sonrisa leve, indiferente, y se volvió para escuchar a su novio que, inclinándose hacia ella, hablábale en voz baja.

La exigua orquesta comenzó la ejecución de un fox-trot muy en boga, arrancando el entusiasta aplauso de los espectadores, y se apagaron las luces de la sala. Principiaba la exhibición de la película anunciada.

En la semiobscuridad del recinto, Andrés distinguía el vestido claro de Matilde y la mancha de su sombrero que le ocultaba el rostro... Pareciale que no había conocido nunca a aquella mujer a la que creyó, no hacía mucho, tan cerca de su corazón y árbitro único de su voluntad. ¿La había amado alguna vez? ¿Nose engañó, acaso, a sí mismo, creyendo que no podía prescindir de ella en su vida sentimental? Andrés se preguntaba con una frialdad analítica de la que él mismo se asombró, si podría abrigar algún día un sentimiento duradero, una pasión real en su corazón siempre en busca de un objeto cualquiera para dar finalidad a su existencia.

Se aburría soberanamente.

Cuando salió del cinema, mucho antes que terminara el espectáculo, comenzaron a caer gruesas gotas. La tempestadse aproximaba. Vivos relámpagos incendiaban la atmósfera, y los truenos se sucedían, casi sin interrupción, en sordo y prolongado clamoreo.

Bermudez no llevaba paraguas, y tuvo que apresurar el paso para llegar a su casa, antes de que arreciara el aguacero, que comenzó a caer con violencia en el mismo momento en que traponía la puerta de calle. En el patio, el viento y el agua, agitaban furiosamente las ramas del ceibo cemenario que se quejaba con un lamento casi humano.

Aun había luz en el salón y, entre las ruidosas arremetidas del vendaval, llegó claramente a los oídos de Andrés, la risa de Miranda.

—Ya son las once, y el intruso no se ha marchado todavía —se dijo con indefinible desagrado.

Cuando estuvo en su alcoba, se tendió en el lecho sin encender la luz.

Oyó que su madre, cuyo temperamento era sumamente sensible a la influencia de la electricidad atmosférica, saliendo al corredor, imploraba la ayuda de la tía Antonia para ofrecer una cera a Santa Bárbara, al mismo tiempo que se lamentaba de la ausencia de su hijo.

—¡Ay Señor! ¿Qué será de Andrés?

Unos momentos después, la fuerza de la tormenta había pasado, pero la lluvia continuaba azotando los cristales. Andrés estaba inmóvil, como adormecido. La monotonía del aguacero, como una canción de cuna, lo iba sumiendo en una plácida somnolencia y haciéndole olvidar momentáneamente las desagradables impresiones de aquel día.

De pronto, despertando de su modorra, oyó rumor de voces, y, después de unos segundos, el estruendo de la puerta de calle que se cerraba. Quedó todo en silencio, y sólo la música del agua que caía, continuó igual, interminable, arrullando la tranquilidad de aquella casa.

Andrés se levantó del lecho, dio vuelta a la llave de la luz eléctrica, y comenzó a desnudarse lentamente.

LA POESIA

Al influjo de las producciones parnasianas y simbolistas europeas, se crea la escuela americana del Modernismo. Predomina en ella un espíritu aristocrático que se origina en un aprendizaje cultural refinado, esteticista, desdeñoso de las realidades de la vida cotidiana. El exotismo temático y verbal de esta poesía la hace ser una expresión individualista en extremo. A pesar de que, en algunos poetas, hay una preocupación por la creación de formas literarias nacionales: en la búsqueda de sus temas y en su misma exposición; pero, lo más importante es el exotismo y la introspección mística, traducida en formas poéticas que tienen su valor en sí mismas; esdecir, quese da mayor importancia al estilo, a la "manera", a la expresión musical o sugestiva de la palabra. Todo esto se lo puede notar en los poetas representativos del moder-

nismo boliviano, que tienden a una universalización artística, al conceder un valor esencial a la forma más que al contenido poético.

SIXTO LOPEZ BALLESTEROS

Nació en La Paz, en 1860, titulándose de abogado en la Universidad Mayor de San Andrés. Desde los primeros años de la organización del partido liberal se afilió a él y, muy pronto, llegó a ser uno de los dirigentes juveniles más conocidos. Vive algún tiempo en el Oriente, en el Beni y en el territorio del Acre, especialmente, donde gana una considerable fortuna. Realiza un viaje por el territorio del Amazonas hasta el Brasil (1895) y desde allí se dirige a Europa, donde vivió dos años. En París se hace muy amigo de Henry de Regnier, de quien más tarde traduce varios poemas, al igual que de José María de Heredia. A fines de 1897, está en Buenos Aires donde dicta algunas conferencias y publica varias poesías, al mismo tiempo que estrecha sus relaciones con Rubén Darío, Lugones, Freyre, etc. En 1899 toma parte en la Revolución Federal y es nombrado miembro integrante del Comité Revolucionario Liberal, junto con el general Pando, Pérez Velasco y Guachalla. Al año siguiente concurre a las cámaras como diputado, realizando brillante actuación defendiendo la tesis federalista y algunas cuestiones internacionales en las que demuestra una extraordinaria versación. Apartado del liberalismo montista, muere en 1907. Ballesteros es reconocido, ahora, como el introductor del modernismo en Bolivia; además de ser el primero en querer fijar en la poesía una expresión lírica nacional, sobre todo por los temas elegidos. Su poesía tiene un panteísmo imaginativo que lo emparenta con los románticos, aunque, por la forma, es parnasiano y modernista. Hay en su poesía un sentido descriptivo nativista, a veces superficial, que siempre se mantiene dentro de una sustancial elegancia.

INDIANA

(Viracocha-Inca)

El adoraba al sol— ella la ñusta,
la vestal de sus templos aquel día,
vio que lánguida y triste en susaltares
la ofrenda de su Dios se consumía

Y aquel monarca, aquel monarca indiano
que su cetro inmortal regó con llanto,
vio que al pasar las sombras de la tarde
se llevaban jirones de su manto.

Los severos arúspices, sumidos
en la regia tristeza de su duelo,
vieron que algo pasaba extraño y lúgubre,
algo extraño en la tierra y en el cielo.

Velado se hallaba el sol... ya las gaviotas
no rizan con sus alas los cristales
del lago azul, ni cantan en la selva
en la vecina selva los turpiales.

El pueblo está de hinojos: desde lo alto
de Pucára Imperial hasta la playa
se oyen gritos de muerte y de agonía,
que estremecen la incásica atalaya.

Llora, viejo monarca de las nieves,
llora viejo monarca de los lagos,
donde un día se alzaban tus palacios,
morada de cantores y de magos.

Augusto "Wiracocha" que en las selvas
entonas tus dolientes elegías
y predices la muerte de tu raza
y predices sus lentas agonías:

Llora en la "Isla del Sol" donde en la noche
al lúgubre gemido de los vientos,
vaya tu regia sombra — y aún se escuchan
el eco sepulcral de tus lamentos.

Muda está la zampoña... no se escucha
aquella sinfonía del que llora
con que el hijo del Inti, sollozando
saludaba a los vientos y a la aurora.

OLA DE FUEGO

Cuando el pueblo sintió que en sus espaldas
descargaba su látigo el tirano,
lanzó un rugido de dolor, salvaje
y cogió el arma con potente mano.

Tronó la tempestad a los acentos
de la oprimida multitud — los rojos
estandartes de guerra tremolaron
sobre el campo cubierto de despojos.

Después del recio, popular castigo
que escarmentó al menguado con la afrenta
arrojándole al rostro su ignominia,
dejó rastros de sangre, la tormenta ...

Dos veces inmortal, dos veces grande,
alzóse el pueblo invicto en su defensa;
volvió la fusta al rostro del tirano,
salvó el derecho y castigó la ofensa!

Olas de fuego que nos alzáis gigantes
en el momento audaz de la pelea,
¡Bendita vuestra llama que redime,
que purifica, que castiga y crea!

RICARDO JAIMES FREYRE

Nació en el consulado de Bolivia en Tacna, el año 1868. Allí pasó su infancia y adolescencia. Al iniciar sus estudios universitarios se casó, motivo por el cual los abandonó luego para regresar a Bolivia y dedicarse a la enseñanza, como profesor de Literatura en el colegio "Junín" de Sucre. Al poco tiempo, Baptista lo nombró su secretario privado; más tarde, con su nombramiento de Secretario de la Legación en el Brasil viaja a ese país, pero no alcanza a llegar a él ni a posesionarse de su cargo, a raíz de la revolución que derrocó a don Pedro II. Tuvo que quedarse, con su padre, en Buenos Aires, donde inicia su actuación en el pe-

riodismo como redactor de "El País". En 1891 funda con Darío la "Revista de América", propulsora del movimiento poético modernista. En 1899 publica su libro **"Castalia Bárbara"**, una de las producciones fundamentales del Modernismo. Anteriormente ya había publicado un drama: **"La Hija de Jefthé"** y una **"Historia de la Edad Media y de los Tiempos Modernos"**. Desde 1900 hasta 1920 vive en Tucumán y trabaja como profesor de Filosofía y Literatura en el colegio Nacional de esa ciudad. Allí, en 1905, fundó la **"Revista de Letras y Ciencias Sociales"** y se dedicó a sus estudios históricos sobre el descubrimiento, la conquista y la colonización de Tucumán. En 1912 publica sus **"Leyes de la Versificación Castellana"**, ensayo fundamental para comprender y conocer la poesía modernista española y americana. En 1917, luego de casi 18 años de abandono, regresa a la poesía con su libro **"Los Sueños son Vida"**, en el que se encuentran "Anadiomena" y "Las Víctimas". Posteriormente, publica otro drama: **"Los Conquistadores"**. Desde 1920 se afilia al partido Republicano y es elegido diputado por Potosí; un año después se lo nombra Ministro de Instrucción Pública. Fue también delegado ante la Liga de las Naciones y, en 1922, Ministro de Relaciones Exteriores. Como Ministro en Chile promueve la revisión del Tratado de 1904, sin resultados positivos. En 1923 viajó a los EE.UU. como representante de Bolivia ante ese país y México. Su último cargo diplomático fue el de Ministro en el Brasil. Murió en Buenos Aires, en 1933. **Freyre, es considerado como el primer gran creador de poesía en Bolivia, siendo la suya altamente original, de una musicalidad asombrosa y llena de símbolos poético-religiosos; lo formal en sus versos es de una pureza extraordinaria, así como lo conceptual que se caracteriza por su vigor y valentía,** sin dejar nunca de abandonar su fundamental preocupación por los valores estéticos.

(De "Castalia Bárbara")

SIEMPRE...

Peregrina paloma imaginaria
que enardece los últimos amores;
alma de luz, de música y de flores
peregrina paloma imaginaria,

Vuela sobre la roca solitaria
que baña el mar glacial de los dolores;
haya, a tu paso, un haz de resplandores,
sobre la adusta roca solitaria ...

Vuela sobre la roca solitaria,
peregrina paloma, ala de nieve
como una divina hostia, ala tan leve

Como un copo de nieve: ala divina,
copo de nieve, lirio, hostia, neblina,
peregrina paloma imaginaria ...

EL ALBA

Las auroras pálidas,
que nacen entre penumbras misteriosas,
iluminan las montañas.
y enredados en las orlas de sus mantos
llevan jirones de sombra,
las crestas de las montañas, rojas;
bañan las torres erguidas,
que saludan su aparición silenciosa,
con la voz de sus campanas
soñolienta y ronca;
ríen en las calles
dormidas de la ciudad populosa,
y se esparcen en los campos
donde el invierno respeta las amarillentas hojas.
Tienen perfumes de Oriente
las auroras;
los recogieron al paso de las florestas ocultas
de una extraña Flora.
Tienen ritmos
y músicas harmoniosas,
porque oyeron los gorjeos y los trinos de las aves
exóticas.

Su luz fría,
que conserva los jirones de la sombra,

enredóse, vacilante, de los lotos
en las anchas hojas.
Chispeó en las aguas dormidas.
las aguas del viejo Ganges, dormidas y silenciosas;
y las tribus de los árabes desiertos,
saludaron con plegarias a las pálidas auroras.
Los rastros de los errantes beduinos
se bañaron con arenas sudorosas,
y murmuraron las suras del Profeta
voces roncas.

Tendieron las suaves alas
sobre los mares de Jonia,
y vieron surgir a Venus
de las suspirantes olas.
En las cimas,
donde las nieblas eternas sobre las nieves que posan
vieron monstruos espantables
entre las rocas,
y las crines de los búfalos que huían
por la selva tenebrosa.
Reflejaron en la espada
simbólica,
que a la sombra de una encina
yacía, olvidada y polvorosa.

Hay ensueños,
hay ensueños en las pálidas auroras...
Hay ensueños,
que se envuelven en sus jirones de sombra...
Sorprenden los amorosos
secretos de las nupciales alcobas.
y ponen pálidos tintes en los labios
donde el beso dejó huellas voluptuosas...

Y el sol eleva su disco fulgurante
sobre la tierra, los aires y las suspirantes olas.

EL INFINITO AMOR

¡Vuelve a mí la caricia de tus ojos!
Mi corazón, que estremeció el deseo
arderá como incienso en tu mirada...

¡Vuelve a mí la caricia de tus ojos!
A mi noche, poblada de visiones,
la alegría auroral de tu mirada...

Desfallezca mi espíritu en tus ojos,
gozosamente, luminosamente,
al infinito amor de tu mirada...

El argentino timbre de tu risa,
harmonioso sueño mío, llene
de lírica harmonía mis oídos.

De lírica harmonía, como el canto
del ruiseñor, la selva dolorosa
donde caen las hojas como lágrimas...

Ciña mi cuello el lazo de tus brazos,
llamaradas ebúrneas, desprendidas
de la amorosa hoguera de tu cuerpo.

Desvanézcase el sueño de mi vida
en el sueño de fuego de tus ojos,
en el sueño de mármol de tus brazos...

(De "Los Sueños son Vida")

RUSIA

Enorme y santa Rusia, la tormenta te llama!
Ya agita tus nevados cabellos, y en tus venas
la sangre de Rurico, vieja y heroica inflama...
desde el Neva hasta el Cáucaso con tu rugido llenas
las selvas milenarias, las estepas sombrías...

—Mujik, tu arado hiere, tu hoz, mujik, hiere y mata;
como la negra tierra los pechos abrirás:
tiñéranse en tus manos las hoces de escarlata . . .
—Padre Zar, ese pueblo te llama padre. Tiene
callosas las rodillas y las manos callosas;
si hasta el umbral de mármol de tu palacio viene
con manos y rodillas se arrastrará en tus losas.

—Allá lejos, muy lejos, donde el sol nace, luchan,
mujik, tus hijos, desfallecen y mueren . . .
—Padre Zar, los esclavos tu sacra voz no escuchan
aunque las rojas lenguas del knut sus flancos hieren.
—Mujik, en tus entrañas el hambre ruge . . .
—El cielo,
señor, te dio su vida . . .
—Mujik, cuando las fieras
sientan el hambre, aguzan sus garras en el hielo.
Tú . . . ¡que el pastor te entregue la cervatilla esperas!
—Padre Zar, los gusanos quieren ser hombres. Miran
de frente al sol. Te miran de frente . . . ¿Qué malignos
genios sus tentaciones de rebelión inspiran
cuando son de tu misma misericordia indignos?
—Llenas están de sangre las lúgubres prisiones,
llenos están de aullidos los hondos subterráneos . . .
De la vida y la muerte, tú, como Dios, dispones:
¡y saben el camino las hachas de los cráneos!

—Mujik, las muchedumbres de tu señor domina,
que tiemblan si al mirarlas sus ojos centellean,
van del brumoso Báltico a la apartada Clina
y las naciones todas a sus pies serpentean.

¡Ay, si de cada pecho brotara un solo grito!
¡si un solo golpe diera cada afrentada mano!
¡su empuje arrancaría la mole de granito,
como el de los millones de golas del océano!

¡Enorme y santa Rusia! De tu dolor sagrado
como de un nuevo Gólgota, fe y esperanza llueve . . .
La hoguera que consume los restos del pasado
saldrá de las entrañas del país de la nieve.

El pueblo con la planta del déspota en la nuca,
muerde la tierra esclava con sus rabiosos dientes,
¡y tiñese entretanto la sociedad cadaca
con el sangriento rojo de todos los Poniente!

EL IDOLO

Oh, el incesante trueno
que estremece la tierra!
Oh, el rayo que aniquila!
Oh, el resplandor que ciega!

Los ojos milenarios
del Idolo contemplan,
desde la enhiesta cumbre
la espantosa contienda.

Tiene el oro en su seno
en sus brazos la fuerza,
y un reptil ponzoñoso
enroscado en la lengua.

El mar de fuego y sangre
que hasta la cumbre llega,
como un lebrel sumiso
sus plantas lame y besa.

Cuando en un haz se juntan
las angustias secretas,
las hondas agonías
y las mudas protestas,

y ese haz equilibre
la vibradora flecha,
que en las rígidas manos
de la justicia tiembla;

y parte el dardo y llegue,
rugiendo en su carrera,
al ídolo amasado
con sangre y con miseria,

y rotas sus entrañas,
a borbotones vierta
todo el oro y el fango
de las entrañas negras,

entonces, encarnándose
la pálida quimera,
un sol de redenciones
alumbrará el planeta.

MANUEL MARIA PINTO

Nació en La Paz, el año 1872. Se graduó de abogado en la Universidad de esa misma ciudad, trasladándose inmediatamente a trabajar en el estudio de su padre en Buenos Aires. Anteriormente ya había publicado su primer libro de poemas: "Acuarelas" (1892). En la capital argentina cultivó la amistad de Darío, Lugones, Freyre y otros modernistas, y fundó la revista literaria "Resurgimiento", donde publicó varios estudios sobre cuestiones históricas e internacionales de Bolivia, los que le sirvieron de base para su libro: "El Conflicto del Pacífico" (1918). Desde que abandonara su país no regresó a él sino ocasionalmente. Murió en 1942. Aparte de los libros mencionados, Pinto es autor de una historia de "La Revolución de la Intendencia de La Paz" (1909), un estudio sobre "Bolivia y la triple política internacional" (1902), y sus obras poéticas: "Palabras" (1898) y "Viridario" (190). Su poesía representa una de las más audaces creaciones, en lo formal, dentro del modernismo. Contiene una honda sugestión simbólica y exótica, en la que siempre predominan los valores estilísticos parnasianos. Es también uno de los iniciadores de la búsqueda expresiva de la poesía nacional, que comienza con la exteriorización de temas indígenas, como lo demuestran su serie de poemas: "Uca Pacha" incluidos en "Palabras", en los que se encuentra un fuerte sentimiento por querer expresar lo nativo, lo étnico, aunque es expresado en forma muy rebuscada y exterior.

SHAKESPEARE

Es hueso humano el soberano plectro,
es fibra humana la tremante cuerda.
Al eco de su pífano, recuerda
de humana carne el humanal espectro.
Es hombre que domina con su cetro
la humana especie. Su ideal concuerda
con el del viejo Job. Y aun cuando muerda
la podre vil del alma: siempre un tetro;
Vida carnal y vida de la idea,
misterios de la carne misteriosa,
esfígica visión de toda Rea

Y en toda cosa el alma de la cosa,
alma de Tethas y espíritu de Astrea
desde la blanca cuna hasta la fosa.

BAUDELAIRE

Aroma de flores del mal, y fragancias
de opulentas carnes, de opulentas pomas:
en cáliz de lirios sangre de palomas;
ansias virginales y principescas ansias.
Alcobas radiantes de las elegancias
donde rojas rosas esparcen aromas
de besos de sangre que dicen Sodomas,
de besos de sangre que pueblan la Francia.
Como alegre trío de abejas de oro
que labran panales que el Arte repuja
con el polvo de oro de áureo meteoro;
Así este Poeta, virtuoso cartuja
del Arte, sus "Flores del Mal" como un coro
de crótalos rima. (Le inspira una bruja).

HUANKARAS

Enteramente rítmicos son los pausados pasos
de las dulces tokjoris, las púberes imillas;
con las plantas al brazo, con azules almillas
y polleras con cintas pompadour de áureo raso:

y la huanca tejida con afilado hueso
del huri o de la alpaca que murió en su belleza,
con añil, cochinilla, con la roja corteza
del nogal de las selvas: teñida con exceso.

(El verde es preferido, y el blanco de la espuma,
casi rojo el naranja, el rojo rojo, rojo,
pero siempre prefieren el verde del abrojo,
verde de la totora, verde de la tutuma).

La pichica con tullma de irisados colores
artística, redonda, turgente de alto seno.
Con la cara trigueña, con los ojos morenos,
color de vino añejo los labios como flores.

Y con el paso rítmico, rítmico enteramente,
al son de las huankaras, de las grandes huankaras,
las púberes tawakos, las brillantes pankaras
se enlazan con los huaynas que aman eternamente.

Los traviesos kusillos, los traviesos bufones
hacen reir la risa de la alegría humana,
la risa del sarcasmo, la risa que engalana
los cadáveres fríos de tantas emociones...

Ya callan las huankaras, ya callan los pinquillos,
se paran las imillas, callan los corazones,
y radian en los ojos antiguas ilusiones,
y callan las huankaras y callan los kusillus.

Ya se sienta la rueda y en círculos oscila.
En pequeños tilinquis el licor se derrama.
Con el pulgar y el índice saluda a Pacha-Mama
el de cabellos ralos demacrado achachila.

Y dice: Pachaca-Mama, mama-huakaychaquita:
Tú, fuente de la vida, conserva mi existencia.
Y dice: Pacha-Mama suma juyra churita:
Tú, sangre de la sangre, dé a las mieses tu esencia.

Y beben aullando, como sedientos cerdos
los hombres y las hembras: revientan las huankaras
sus distendidos parches, y beben los aymaras
y con ebrias lágrimas enturbian sus recuerdos.

CLAUDIO PEÑARANDA

Nació en Sucre, en 1884. Se inició en el periodismo en "La Mañana" y en "La Prensa". Dedicóse también a la enseñanza, siendo profesor en el colegio Nacional y, después, Secretario de la Universidad de "San Francisco Javier". Pertenecía al partido liberal, el cual lo llevó al parlamento como diputado por Sucre, en 1916. Al año siguiente ganó los Juegos Florales de La Paz. Murió en 1924. Es autor de dos libros de poemas: "Líricas" (1907) y "Cancionero Vivido" (1919). Más que un poeta modernista, es un romántico simbolista; seguidor de la oratoria de Darío, en lo formal y conceptual, era un poeta hondamente subjetivista. Su mismo estilo pertenece más al romanticismo que al modernismo.

ELEGIA A RUBEN DARIO

"Padre y Maestro mágico, liróforo celeste
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
diste tu acento encantador:
Panida! Pan tu mismo, que coros condujiste
hacia el propileo sacro que amaba tu alma triste,
al son del sistro y del tambor".

I

Así rezaste un día, con hondo desconsuelo,
cuando el divino sátiro quiso llevar al cielo
su pobre pierna de hospital;
cuando su última lágrima tornada en una nube
hecha de los pecados de un alma de querube,
fue todo el Bien y todo el Mal.

Así rezaste un día... Fue cuando Sor Quimera
era tu hermana monja, cuando la Primavera
querida fue del Rey Rubén;
cuando todo era "Azul"...; cuando tristes campanas
lloraban con los sones de las "Prosas Profanas"
la santa muerte de Verlaine.

El abuelo sublime de la pierna anquilótica,
el de cara de diablo y de niña clorótica
te dio de herencia pena y sol;
esa pena risueña que es florida cadena,
ese sol de alegría que hace negra la pena,
y un dulce ensueño con alcohol.

Y el ladino veneno no mató tu energía,
Y la mísera vida no robó tu alegría,
serena como un Partenón,
porque siempre te diste y el que da nada espera,
y cada rima nueva es la rima primera,
y luz, consuelo y oración.

Eras bueno, eras noble. ¡Padre y Maestro Darío!
Eras como si un águila, en pleno bosque umbrío
de oculta y torva ingratitud,
extendiera las alas que besara la aurora
y rizaran espumas de brava mar sonora
sobre un nidal de juventud.

Por eso sonreías con inmensa amargura
(amargura, vinagre de un vino de ternura)
ante el injusto frenesí ...
Y mirabas sin odio cómo las cien portadas,
hechas para tus hijos caían, profanadas,
caían todas sobre tí. ..

¿Qué importa esa tristeza? Es la sombra del genio.
Es la fea tramoya del glorioso proscenio.
¡Velar la estrella con un tul! ...
(Era un aire suave .. Y un rumor de violines,
Una escena grotesca: centauros y arlequines ...
Y un torpe insulto: "El indio azul").

II

Yo quisiera cantarte a la sorda sordina,
ahogando en un sollozo, cual una golondrina
que en vano busca el nido fiel ...

Yo quisiera llorarte con fervor infinito...
Y siento que se adverme la intención de mi grito
en una sombra de laurel.

¿Te acuerdas Padrey Maestro, de aquella Margarita
deshojando los pétalos de la primera cita
que nunca, nunca volverá?
¿Te acuerdas de los pinos, como frailes ancianos,
hermanos por la gracia, por la tristeza hermanos?
Y el cruel pensar del más allá?

¿Te acuerdas del coraje de la "Marcha Triunfal"
que cual mágica tromba de tonante raudal
enciende flamas de valor?
¿Y aquél rojo leproso a quien el caballero
Rodrigo de Vivar — a falta de dinero —
le da su mano, lis de amor?

¿Te acuerdas que has cantado las risas y las bocas,
las lindas risas rosas, las guindas bocas locas,
la carne blanca del placer?
Después, como el abuelo, también sentiste el frío
del asco de las copas, el bostezo del hastío
y el ansia rota del deber.

Y perdido ya el rumbo de tu voluble aguja,
anhelaste la calma de fúnebre cartuja
cual un humilde hermano Asís...
Y tus sueños de fiebre — alas, besos y aromas —
revolares de blondas y arrullo de palomas
fueron nostalgia de París...

Y así termina un claro curso de agua,
llevaste tus dolores y amor a Nicaragua,
con ansias de apagar tu luz...

.....

("El sátiro contempla sobre un lejano monte
una cruz que se eleva cubriendo el horizonte
¡y un resplandor sobre la cruz!)

FRANZ TAMAYO

La poesía de Franz Tamayo es una de las expresiones más altas y significativas de la lírica moderna boliviana, pese a estar construída bajo ciertos cánones formales que pertenecen a una concepción superada de la poesía. El valor concedido a la versificación, por ejemplo, le da una fuerza y una musicalidad singular, pero también contribuye a alimentar esa oratoria que se expresa muchas veces en un exagerado rebuscamiento lingüístico, común a toda su obra y también a muchos de los poetas modernistas. Dentro de lo "temático", su poesía es un alambicado juego intelectualista que, en muchos casos, dificulta la libre percepción de la belleza inherente a esas audaces metáforas e imágenes que se desarrollan como motivos musicales. Una de las principales características de su poesía, es su musicalidad: una musicalidad que llega a extremos de exacerbación y que se emparenta con el sentimiento esencial de la poesía precolombina; aunque la de Tamayo está más elaborada y responde a otra noción poética, como que busca y pretende encontrar en lo griego, en el humanismo clásico, su forma expresiva ideal e idealizante. Aspecto este que se puede comprobar muy bien en "Odas" (1898), y "La Prometheida o las Oceánides" (1917).

(De "La Prometheida o las Oceánides")

PSIQUIS

Espera y calla; calla
y espera: Ese es el arte
De vivir, y mis dedos
Conocen do está el nudo
Que anuda toda cosa
Yo te diré el secreto
Que callan Dioses y hombres.
¿Conoces la Esperanza,
La Dea misteriosa
Que emerge de las ruinas
Y de agonías vive?
Nada el milagro iguala
De sus manos intáctiles,
Ni la constancia vence
De su silencio insomne.
Su magia envuelve al mundo
Como nimbo invisible
Donde beber parecen
Su peso los planetas
Y los soles su lumbre.
Nadie ha visto a la Dea,
Pero todos la saben
Honda, remota, íntima,
Presente y fugitiva.

Sus incorpóreas palmas
Llueven sobre los seres
Un manjar infinito
E inefable que es menos
Que viento y más que pan.
Cuando todas las luces
Se apagaron, sus ojos
Contemplan todavía,
Y cuando al fin callaron
Todas las voces, todas,
Sus oídos sin fondo
Quedan aún escuchando.
Su cara tiene el gesto
De la vida, sus trazas
Miman la muda mímica
Del Destino: en sus ojos
Mira la eternidad.
Es ella si las huesas
Resucitan en flores,
Y cuando el viento aparta
Las semillas, y esparce
Fuvilas que ya fueron
Fragantes frondescencias.
Es ella, es ella, es ella
Cuando el árbol hiemal
Funeral y espectral
Sus nudos negros brazos
Tiende hacia una invisible
Remota primavera.
Señora de los ortos
Y de los perigeos
Tiene en su mano el radio
Del círculo y la oculta
Clave de la parábola.
Y así en la tela viva
Del tiempo traza el rumbo
Para las eutanasias
Y la curva proyecta.
de las palingenesias.
Yo conozco a la Dea
Y he tocado el sutil
Flujo de sus imanes.
La ví sin verla un día,
La sentí sin sentirla.
Llegaba inmensa y honda
Como las primaveras,
Y en el silencio íntimo
Con que la nieve cae.
Su ser indefinible
Cual un efluvio mágico,
Fluctuaba en la leve
Sombra de Prometheo.
Tenía la indecisa
Realidad de los éteres;
Fugaz e intáctil era
La carne de un ensueño,
La sombra de una sombra;
Y así inmaterial era
Más vivaz que la vida,
Más eterna que el mundo!
Me habló con el silencio
De mis desolaciones,
Me miró con la cara
De mi dolor recóndito.
Dea sin lar ni fano,
Flota en su torno el ánima
Del eco y del espejo.
De mirarme en sus ojos,
De oírme en sus mudeces,
Supe el secreto un día
Que yo, la ninfa súplice,
Era la Dea Victrix!
Oh, tornos y retornos,
Tránsitos y trasluces!
Grande es sobre los seres
El poder de los Dioses;
Más el Titán un día
Me enseñó el arte único
De osar. Si él tuvo el genio
Yo tengo la esperanza...
Oh ninfa! Espera, espera!
Yo tentaré a los Dioses!

PSIQUIS

¡Dolor, dolor, dolor!
¿Conoces el dogal
que anuda las gargantas
que se dicen adiós?
Y el silencio sin lágrimas
Con que se entierra un sueño
Muerto en el corazón?
Tremor de despedidas,
Verano que se parte,
Valle que muere ya!
Mustias sombras errantes
De las melancolías,
Funerales tambores
De los otoños pálidos!
Crepúsculos supremos!
Tristeza de tristezas!
Decidme la congoja
De un sueño que se entierra
Muerto en el corazón!

IRIS

Oh altitud! Paz de las montañas, cimas
Donde el ansia apaga su vaivén!
Cumbre en que la quietud finge insondable
Fondo de mar, profundidad de cielo!
País nocturno que ilimita un Numen
Allende el mar y el llano, allende el cielo,
Más allá del dolor y la alegría!
Lejos espuma el canto sollozante
De la vida, y su amargo afán de ola.
Lejos la pleamar canora, lejos
El himno vencedor y el ay de muerte.
Lejos la empresa delirante donde
La nave es vértigo, la onda vórice.
Aquí es la Cólquida en que al fin las cosas
Pierden su voz, su luz y su sentido,
Donde no encuentran sendas ni posadas
El dolor nómada, la fiebre ubicua,
Rendido pie, talón triunfante, y donde
Vive la soledad, habla el silencio!
Aquí para las almas desgarradas
Baño de luz cerúlea es el olvido!
Oh altitud, paz de la montaña, vértices!

CORO

Reconozco la voz maravillosa
De mi viejo dolor maravillado.
Más, ¿fue siempre dolor el dolor mío?
Oh rara alquimia, tenebrosa magia!
Esto sin nombre que palpita en mí
Antes fue sueño y fue después dolor.
Tanto era sueño que al fin fue dolor!
Y este tal dolor que me parece sueño.
Tanto es dolor y tal que llega a sueño!

GREGORIO REYNOLDS

Nació en Chuquisaca, en 1882. Obtuvo el primer premio de los Juegos Florales de La Paz, en 1913. En aquél año se traslada a esa ciudad e ingresa a la Cancillería, llegando a ocupar el cargo de Director de la Sección de Límites. Al poco tiempo fue nombrado Cónsul en Jujuy; luego, Primer Secretario y Encargado de Negocios en el Brasil. Al regresar a Bolivia, trabaja como Jefe de la Sección de Fomento en el Ministerio de Gobierno, Secretario de la Inspección de Instrucción Secundaria y, después, Rector de la Universidad de San Francisco Javier. Por encargo del Congreso de 1925 escribió su poema épico **"Redención"**, publicándose la parte relacionada al período incaico, el descubrimiento y la conquista. Desde 1940 le fue conferida una pensión vitalicia. Murió en 1948. Además del poema mencionado, es autor de **"Quimeras"** (1915); **"El Cofre de Psiquis"** (1918); **"Horas Turbias"** (1922); **"Edipo Rey"** (1924). Es un poeta romántico por su exaltación de los problemas metafísicos y por el sentimiento agonista de la vida, y modernista por la forma, por su refinamiento estilístico, su exotismo temático y su frialdad e intelectualidad.

LOA AL REY DE LAS QUIMERAS

"Para mí sólo nació don Quijote,
yo para él; él supo obrar yo escribir;
sólo los dos somos para en uno".

Cervantes

Gloria a tí, gran señor, paladín fiero,
loco ejemplar, divinamente humano;
de Francisco de Asís eres hermano
y hermano de Don Juan el pendenciero.

Necesitan, señor aventurero,
tu amparo la mujer, tu odio el villano
y, eterno Rocinante, el vulgo vano,
tu luciente espolín de caballero.

Comprendías a Jesús y a Don Rodrigo
de Vivar... Los poetas, cuando sales
ávido de imposibles, van contigo.

porque el gran don Miguel te hizo en sus males
consejero leal y buen amigo.
Tú por él y él por tí sois inmortales.

PSIQUIS

Este olor, casi ya desvanecido,
del ataúd de los cariños viejos,
¿no es el alma de Aquella que está lejos
que está semiperdida en el olvido?

¿No es su alentar en lo desconocido
la núbula que enturbia los espejos?
¿No es su oración de tonos tan complejos
esta imprecisa estela del sonido?

En la vida que acaso no he vivido,
que no he vivido aún sino soñado,
¡quién sabe si he ensoñado!... Que no ha sido.

Mi amada llega, inmaterial... ¿Me nombra?...
Por mis ojos febriles ha pasado
la sombra fumiforme de una sombra.

AQUELLAS NOCHES

Cafetín con gramófono: Fracturada armonía
que repitió implacable su plebeyo cantar,
nervios atormentados que la aguja mordía
en una sinuosa cosquilla medular.

Y la nébula amarga del ajenjo en la fría
y traslúcida fiebre de los ojos de Agar.
Ojos casi nictálopes, sonámbulos, que un día,
clavados en los míos, echáronse a llorar.

Espejos de la sombra, fantasmales y turbios...
Y luego, por la fúnebre quietud de los suburbios,
el encuentro fortuito con alguna mujer.

de escurridizos pechos y blandicie rastrera...
y el alejarme, solo, y el paso por la acera,
furtivo, de aquel alguien que nunca pude ver.

NO ANALICES, POETA

No analices, Poeta... Vive, aspira,
deja al alma su equívoca ventura,
si estar enamorada se figura
de una mujer que finge que suspira.

Que te ciegue el amor, y que tu lira
eleve un himno a la ilusión perjura.
¿Qué te importa el futuro y su impostura
si hasta para ti mismo eres mentira?

Si en la eterna promesa de la hora
que va huyendo, te ofrece, tentadora,

engaña a la embustera primavera,
porque acaso a mitad de la jornada,
se encontrarán la muerte y tu quimera.

JOSE EDUARDO GUERRA

La poesía de Guerra es una de las más sugerentes por la hondura de sus especulaciones místicas. En ella existe un ardoroso, empecinado y solitario análisis psicológico y religioso individualista; es esencialmente subjetiva y expresa no sólo la angustia intelectual, sino que también nos muestra la profunda crisis del concepto burgués de élite ante una realidad que desconoce los valores morales en los que éste se fundamentaba. Cosa que también se advierte en muchos de los modernistas y entre los poetas contemporáneos. Por otra parte, en lo que se refiere a la expresión estadística, se aparta de la exterioridad formalista del modernismo, para darnos una poesía que busca nuevos moldes poéticos más sencillos, más sinceros y más libres, sin que esto quiera decir que carezca de una substancial forma y hasta mucho de un apego a los cánones modernistas, pero ya no son éstos la materia esencial, sino que se convierten en ropaje exterior. Hay también, en esa poesía, una evidente tendencia a valorizar las palabras y su musicalidad más por lo que sugieren que por su ordenamiento.

De "Del Fondo del Silencio"

Y bien, cerrad ahora la caja de mis versos
con la tosca factura del hierro de esta llave,
(En el hacinamiento de mis versos diversos
de mi secreto a voces encontraréis la clave).

Se fueron los minutos en que llevar solía
por lágrimas ardientes los ojos escaldados,
cuando toda mi sangre para el placer hervía
y no estaba mi boca ni mis brazos cansados.

En tantas cosas pongo mi fe y en tantas veo
surgir y hacerse cuerpo la larva del desgano;
más, con todo, en mi alma no se extingue el deseo,
y apuro, sorbo a sorbo, mi cáliz cuotidiano.

A veces el demonio me induce al extravío,
el mundo con sus falsas perspectivas me halaga
y con mi carne, enferma de anticipado hastío,
se confunde la carne que se ofrece y se paga.

Y aunque acaso en mi vida no tuve más placeres
que el opio de los libros y el humo del cigarro,
aprendí que es verdad cómo todos los seres
en carne y en espíritu somos hechos de barro.

Y aunque dióme la vida la trivial enseñanza
de que el barro y el oro van a igual pudridero,
como en tantas quimeras ya perdí la confianza,
sobre todas las cosas me seduce el dinero

Está el alma del poeta
—fuera del bien y del mal—
perpetuamente sujeta
al milagro musical.

Siempre inquieto por la vida
deja a la vida pasar
si no puede convertida
en un cantar perdurar;

y en la caja de harmonía
que es su propio corazón
se convierte cada día
su propia vida en canción.

Quiméricos países donde el sol
engendra inaccesibles perspectivas
que ardiendo en llamaradas fugitivas
desbordan de su mágico crisol;

o países de bruma en que una luz
crepuscular denuncia en el misterio
frente a un viejo castillo un monasterio
moradas de la espada y de la cruz;

o ciudades hidalgas en las que
—sobre el viejo granito de los muros—
los blasones enfáticos y obscuros
conservan la virtud de lo que fue

Con alas alevosas aventaron las furias
la cándida y ligera semilla de ilusiones
haciendo que a su sombra floreciera en injurias
el campo que mi madre sembró de bendiciones.

Desde entonces mi vida fue negación y duda
y negación y duda fue mi labor entera,
y a cada paso era la espina más aguda
y en cada encrucijada la sombra más artera;

frente a un turbo hurizonte de tedio, parecía
a mis ojos la ruta cada día más larga;
en vejez prematura mi juventud caía
y fiebre y sed llenaban mi boca siempre amarga . . .

Confuso malestar, pequeña insidia
de la eterna inquietud por la mañana;
hipótesis pueril que nos fastidia
complicando la vida cuotidiana.

Implacable carcoma del minuto
que con diente menudo y escondido
va royendo la médula del fruto
que antes de madurar se habría podrido.

Complicidad cobarde de la duda
cuando, de subterfugio en subterfugio,
damos la espalda a la verdad desnuda
y buscamos a tientas un refugio.

Tortura de la carne por la furia
de la imaginación, en el hastío,
que embota los sentidos de lujuria
mientras se asfixia el alma en el vacío.

Proseguir caminando y caminando
sin saber el porqué ni hasta dónde
en este eterno diálogo del cuándo
con ese no lo sé que nos responde.

LA PRODUCCION LITERARIA CONTEMPORANEA (1930 -1960)

1) Antecedentes: Las ideas filosóficas y políticas, antes de la Guerra del Chaco.

La situación de dependencia y las profundas convulsiones políticas que sufren las naciones latinoamericanas, desde la década de 1920 a 1930, expresan una crisis de la democracia liberal como sistema de gobierno y la insuficiencia doctrinal del Positivismo para explicar y justificar esos cambios.

El Positivismo, con su fe en el progreso científico ilimitado, son su dogmatismo preponderante de la Razón, con su intransigente defensa de la libre empresa, sobre todo, no había podido evitar las rebeldías sociales, nacidas de la desigualdad amparada por una democracia que sólo permitió su libre ejercicio político a las clases altas. El Superestado minero, especie de asociación de los grandes empresarios mineros, controlaba todas las actividades de la vida nacional: desde la producción económica hasta el funcionamiento de las universidades, ante la impotencia y la misma complicidad de los gobernantes liberales.

En ese estado de cosas, se conoce en Bolivia el Materialismo filosófico y los postulados nacional-socialistas europeos. Ambas ideologías — porque fueron difundidas como tales, más que como especulaciones teóricas (*)— partían de las nociones sobre el

(*) Para comprender la diferencia entre estos dos conceptos, diremos que la Teoría nace de la comprensión y explicación de cómo está conformada una realidad, —es decir, que la Teoría viene a ser una sistematización de la realidad: la ideología— en cambio —es una noción primaria que se tiene de determinada realidad, en base a conceptos asumidos no siempre con una estricta lógica—, tiene un carácter más subjetivo por eso no estrictamente científico y como es una enunciación explicativa y justificadora